

A woman with long dark hair, wearing a red spaghetti-strap dress, is seen from the back. She has a large, intricate tattoo on her upper back. She is standing in front of a window with horizontal blinds. Light is streaming through the blinds, creating a dramatic, high-contrast scene. The overall mood is mysterious and sensual.

«Karen Chance domina a la perfección el arte de mezclar sensualidad, romance, fuerza e intriga. Lo mejor desde Stephanie Meyer y Sherrylin Kenyon»
—Romantic Times

El aliento de las Tinieblas

Karen Chance

Un bestseller lleno de sensualidad, fantasía y romance

Lectulandia

Cassandra Palmer puede ver el futuro y comunicarse con los espíritus. Los fantasmas de los muertos no son peligrosos normalmente; sólo les gusta hablar... y mucho.

Como cualquier chica sensata, Cassie trata de evitar a los vampiros. Pero cuando el mafioso chupasangre del que escapó hace tres años encuentra a Cassie de nuevo, a ella no le queda más remedio que dirigirse al Senado de los vampiros en busca de protección.

Cassie se encontrará trabajando con uno de los integrantes más poderosos y atractivos del Senado, un maestro vampiro peligrosamente seductor; y el tributo que él desea puede ser más grande que lo que Cassie está dispuesta a pagar...

Lectulandia

Karen Chance

El aliento de las Tinieblas

Cassandra Palmer - 1

ePub r1.1

sleepwithghosts 28.12.14

Título original: *Touch the Dark*
Karen Chance, 2006
Traducción: Roberto Gelado Marcos

Editor digital: sleepwithghosts
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Agradecimientos

Me gustaría dar las gracias a Mary por revisar el primer borrador, plagado de horrores tipográficos, y a Marlin por proporcionarme un techo mientras lo iba adecentando. Gracias también a Anne Sowards, magnífica correctora (si ha sobrevivido alguna errata más, la culpa es enteramente mía), y a Louisa Edwards por pensar el título perfecto.

«Cassie, mírame».

Luché con él, sabiendo como sabía desde que era niña que mirar a un vampiro directamente a los ojos hacía que le resultara más fácil controlarte, pero todo el mundo nos ignoró, supongo que porque daban por supuesto que lo único que yo hacía era bailar horriblemente.

Al contrario de lo que dice la leyenda, su cuerpo se venció hacia el mío y lo sentí caliente y suave como raso firme, aunque bien pudiera ser que lo tuviera esculpido en acero por todas las ganas que tenía de acabar con su control. Mi pulso se aceleró y pensé que me iba a desmayar cuando inclinó la cabeza y sentí como sus labios planeaban sobre mi cuello. De hecho, creo que mi corazón llegó a pararse cuando besó delicadamente mi piel como queriendo adivinar el pulso que yacía bajo la superficie. Era como si mi sangre pudiera sentirle, como si se volviese más lenta y espesa en mis venas, esperando a que él la liberara. Empecé a sudar, y no porque hiciera calor o porque hubiera tantos cuerpos hacinados en tan poco espacio. ¿Me iba a matar allí mismo, delante de unos doscientos testigos?

Debería haber sabido que algo así iba a ocurrir. Cada vez que me fiaba de alguien, me traicionaba; cada vez que me enamoraba de alguien, moría. Dado que él ya estaba muerto, supongo que la regla seguía cumpliéndose.

Me di cuenta de que estaba metida en un lío en cuanto vi aquella esquela. Evidentemente, el hecho de que llevase mi nombre me sirvió para hacerme una idea de que aquello era grave. Lo que no sabía era cómo me habían encontrado y qué clase de tipo tenía ese sentido del humor. Antonio nunca había mostrado un talento tan especial para la comedia. Nunca me había planteado si aquello tenía que ver con el hecho de estar muerto o si, simplemente, es que siempre había sido un hurraño hijo de puta.

La nota necrológica estaba en la pantalla de mi ordenador, en lugar del habitual logotipo de la agencia de viajes. Parecía como si alguien hubiera escaneado parte de una página de periódico y la hubiera configurado como papel tapiz en el escritorio del ordenador. Lo que estaba claro es que, hacía media hora, cuando salí a por una ensalada, aquello no estaba allí. Si no, me hubiera quedado tan alucinada, seguro que me habría llevado una impresión mucho mayor. Si ni siquiera me imaginaba que alguno de los idiotas de Tony supiera incluso qué era un ordenador.

Rebusqué mi arma en el interior de un mueble archivador mientras leía cómo había descrito aquel gracioso mi horrible muerte, que según la esquela sucedería unas horas después, aquella misma tarde. En mi apartamento tenía un arma mejor y alguna que otra sorpresita más, pero volver allí no era seguramente una jugada demasiado inteligente. Y, salvo que me esperase un problema lo suficientemente gordo como para arriesgarme a ir armada, lo único que debía llevar en mi bolso era el *spray* de defensa contra posibles atacadores. Después de más de tres años de relativa seguridad, me había empezado a preguntar hasta si el *spray* era necesario. Me había vuelto despreocupada y lo único que deseaba era que aquella gracia no tuviera nada que ver con mi muerte de verdad.

Debajo de mi nombre había un párrafo en la esquela que describía un desafortunado incidente en el que estábamos involucrados yo misma, un tirador desconocido y dos balas en la cabeza. El periódico tenía la fecha de mañana, pero los disparos estaban previstos para las 8.43 de esa misma tarde en Peachtree Street. Eché un vistazo a mi reloj, las ocho menos veinte, me habían dado una hora. Aquello parecía muy generoso para venir de Tony. Lo único que se me ocurría para explicar por qué no estaba ya muerta era que matarme sin más era algo muy fácil para alguien que se está cargando gente a todas horas. Sería que, en mi caso, él quería algo especial.

Por fin encontré mi Smith & Wesson 3913, que estaba oculta debajo de un folleto de un crucero a Río de Janeiro. Me pregunté si aquello era una señal.

Desde luego yo no disponía del suficiente dinero como para huir del país, y tampoco cabía duda de que una rubia de ojos azules y mofletes rechonchos sería un objetivo demasiado fácil de reconocer en medio de todas esas *senhoritas* de ojos

endrinos. Además, no sabía si Tony tenía socios en Brasil, pero no lo descartaba en absoluto. Cuando has vivido lo suficiente como para recordar a Miguel Ángel borracho como una cuba, es que has tenido bastante tiempo como para hacer unos cuantos contactos.

Saqué un paquete de chicles del compartimiento de pistolas de mi bolso y metí dentro la Smith & Wesson. Había comprado la pistola, la primera que tenía, y tres de los bolsos hacía casi cuatro años por recomendación de un poli llamado Jerry Sydel. Como mucha gente, él creía que yo estaba de la olla; pero desde que le ayudé a desarticular una de las mayores familias de delincuentes de Filadelfia, se mostró más dispuesto a darme algún que otro consejo. Fue así como me ayudó a hacerme con la pistola semiautomática de nueve milímetros, que combinaba un agarre lo suficientemente pequeño para mis manos con un poder intimidatorio que entendería cualquiera que caminase sobre dos piernas.

—Excepto fantasmas y espíritus —me decía Jerry con una sonrisa—. Con ellos te las tendrás que ver tú solita.

Jerry también me llevó a hacer prácticas de tiro todos los días durante dos semanas. Así consiguió que, aunque no fuese capaz de darle a la pared de un granero, por lo menos no errase el tiro por mucho. Seguí con las prácticas mientras me lo pude permitir, y ahora ya sí que le doy a una pared, siempre que sea lo suficientemente grande y que yo esté a menos de treinta metros de ella. Siempre deseé para mis adentros no tener que disparar a nada que no fuera un objetivo del campo de prácticas. No fue culpa mía que al final las cosas no acabasen siendo así.

Creo que, en cierto modo, a Jerry le caía bien. Yo le recordaba a su hija mayor y parecía como si él quisiese llevarme por el buen camino. Él pensaba que yo me había juntado con las personas equivocadas cuando era demasiado pequeña como para saber lo que me convenía, lo cual era más cierto incluso de lo que él pensaba, pero que luego había madurado y había decidido dar el paso y convertirme en testigo de cargo. Lo de cómo explicaba que una huérfana de veinte años conociera todo el engranaje interno de una familia de delincuentes de primera categoría es algo que nunca llegaré a saber, aunque estoy segura de que él no creía que fuese por «la mierda esa de brujería» a la que se refería al hablar del tema. Jerry no creía en lo sobrenatural, fuese cual fuese la forma que adoptase. Como no quería que me acabara encerrando en una habitación acolchada perdida en medio de la nada, no le mencioné ni mis visiones ni lo cerca que él mismo había llegado a estar de fantasmas y espíritus.

Siempre he sido una especie de imán para atraer a los fantasmas. Puede que sea una parte más de todo el tema de la clarividencia, no lo sé. Tony siempre tenía cuidado con lo que me dejaba estudiar; yo creo que por miedo a que me enterase de alguna forma de usar mis habilidades contra él si llegaba a saber demasiado. Por eso no sé muy bien hasta dónde llega mi talento. También puede ser que mi atractivo para el mundo de los espíritus se deba sencillamente a que puedo verles: tiene que ser un

poco deprimente ir por ahí cazando a gente que ni siquiera se da cuenta de que existes. Bueno, tampoco es que quieran darme caza, sino que les gusta aparecer cuando estoy cerca.

A veces eso tiene sus ventajas, como cuando era adolescente y, en plena huida, me topé con una anciana. Tengo cierta tendencia a confundir a los fantasmas con personas vivas en muchas ocasiones, sobre todo si el fantasma es nuevo y poderoso. Por eso mismo, tardé un poco en darme cuenta de que la anciana era un fantasma. Después descubrí que estaba allí haciendo las veces de ángel de la guarda de su nieto, a quien ella ayudó a criar. Cuando ella murió, él tenía diez años y el novio de su hija comenzó a pegarle en cuanto se fue a vivir con ellos. El muchacho no tardó ni un mes en escaparse. La anciana me dijo que si le había estado cuidando durante diez años, no iba a abandonarle ahora, y que estaba segura de que a Dios no le importaría esperar un poco más por ella. A petición de la anciana, le di al chico suficiente dinero antes de irme para que cogiera un autobús que le llevara a casa de su hermana en San Diego. Naturalmente, a Jerry no le mencioné este tipo de cosas. Él solo creía en aquello que podía ver, tocar o disparar, como si hiciese una especie de criba que le permitía discriminar a los sujetos con los que podía conversar. Ni que decir tiene que él no creía en los vampiros, al menos no hasta que, una noche, dos de los chicos de Tony se toparon con él y le destrozaron la garganta.

Sabía lo que le iba a ocurrir a Jerry porque «vi» sus últimos segundos según estaba entrando en el baño. Como siempre, fui espectadora de excepción de una carnicería que me llegaba a todo color, en primer plano y con todo lujo de detalles, a consecuencia de lo cual casi me rompo el cuello de un resbalón en el suelo de mi baño. En cuanto dejé de temblar lo suficiente como para poder sujetar el teléfono, llamé al número de emergencias del Programa de Protección de Testigos, pero el agente que cogió el teléfono empezó a desconfiar cuando no supe decirle cómo había podido saber lo que iba a pasar. Al final, dijo que le haría llegar el mensaje a Jerry, pero no parecía que le entusiasmase mucho la idea de molestarle durante el fin de semana. Fue entonces cuando llamé a uno de los cabecillas de la banda de matones de Tony, un vampiro llamado Alphonse, y le recordé que se suponía que lo único que tenían que hacer era descubrir dónde me había escondido el Gobierno, no arriesgarse a enfurecer al Senado matando humanos que ni siquiera sabían nada. Y era verdad: Jerry no les servía porque la información que poseía estaba a punto de ser ya agua pasada.

Nunca he tenido mucha suerte cuando he intentado cambiar el resultado de mis visiones, pero tenía la esperanza de que la alusión al nombre del Senado sería suficiente como para que Alphonse se lo pensara dos veces. El Senado es un grupo de vampiros realmente viejos que aprueban leyes que los vampiros menos poderosos deben obedecer. Aunque no se preocupan por los humanos mucho más de lo que lo hace Tony, les gusta la libertad de ser solo un mito y moverse por donde les place sin llamar la atención de los mortales. Matar agentes del FBI es la clase de cosas que

tiende a cabrearles. Con todo y con eso, Alphonse se limitó a dar rodeos para alargar la llamada mientras sus chicos intentaban rastrearla. Al final, lo único que pude hacer fue asegurarme de que cuando alguien llegase a mi puerta, yo ya estuviera saliendo de la ciudad en un autobús. Me imaginaba que, dado que el Gobierno no admitirá nunca que los vampiros existen, las posibilidades de que me mantuvieran a salvo de ellos no eran demasiadas. Por eso, decidí que era mejor ir por mi cuenta y, durante más de tres años, tuve razón. Hasta ahora.

No me molesté en coger nada del despacho aparte de la pistola: en una carrera por tu vida aprendes a reducir el número de tus prioridades. Tampoco es que mi nueve milímetros le fuera a hacer mucho a un vampiro, pero a menudo Tony usaba matones de carne y hueso para liquidar asuntos menores. Deseaba de veras que no me tuviese en tanta estima como para llamar a uno de sus secuaces de verdad. No me emocionaba la idea de meterme unas cuantas balas en el cerebro, pero me apetecía aún menos acabar como una de sus adquisiciones permanentes. Tony nunca dejaría que me convirtieran porque en una ocasión había tenido a un médium que, al volverse vampiro, perdió por completo su talento para contactar; y él seguía considerando que mi don era demasiado valioso como para arriesgarlo. Sin embargo, ahora yo temía que él estuviese dispuesto a asumir el riesgo. Si perdía mi talento después de que me convirtieran, a él le bastaba con clavarme una estaca para resarcirse en parte de las faenas que le había hecho yo. Si no lo perdía, él tendría una adepta inmortal y absolutamente fiel, ya que es realmente difícil ir en contra de los deseos del vampiro que te hizo. Visto así, él salía ganando siempre, y era previsible que, si conseguía aparcarse su ira, él también fuera consciente de esta situación. Revisé el cargador de la pistola para asegurarme de que estaba lleno. Si me cogían, no era cuestión de dejarse vencer sin ofrecer resistencia, y si las cosas iban de mal en peor, me guardaría para mí la última bala. Mejor eso que acabar llamando maestro a ese cabrón.

Al contrario que la última vez, había algo que debía hacer antes de montarme de nuevo hacia otra nueva vida. Me marché de la agencia enseguida, por si acaso a los chicos de Tony les daba por adelantar la hora señalada, y evité la puerta principal colándome por la ventana del baño. Todo esto parece tan fácil cuando lo ves hacer en televisión... El caso es que yo acabé con una rozadura en el muslo, una media rota y un labio mordido por tratar de evitar unas cuantas blasfemias en voz alta. Al final me las apañé, bajé corriendo un callejón sombrío que conducía a un aparcamiento y cogí un atajo hasta llegar a una cafetería Waffle House. El trayecto fue corto, pero fue suficiente para ponerme de los nervios. Esos callejones tan familiares de repente me parecían escondites perfectos para los matones de Tony, así que en cuanto escuchaba el más mínimo ruido, me daba la impresión de que alguien estaba cargando una pistola por allí cerca.

Aquella Waffle House tenía una zona de aparcamiento iluminada con brillantes focos halógenos, lo cual me hacía sentir terriblemente expuesta según la atravesaba. Afortunadamente, la hilera de cabinas telefónicas se encontraba en una zona más

resguardada del poder de las luces, cerca de uno de los laterales del edificio. Me planté delante del teléfono que funcionaba, saqué algo de cambio de mi bolso, y marqué el número del club, pero nadie cogía la llamada. Estuve esperando hasta escuchar veinte tonos mientras me mordía el labio y me repetía a mí misma que aquello no significaba nada. Era viernes por la noche, así que seguramente nadie podía oír el teléfono en medio de todo el jaleo; y si podían oírlo quizá no tenían tiempo para responder.

Tardé un rato en llegar allí a pie, sobre todo teniendo en cuenta que quería evitar ser vista a toda costa y que no quería romperme un tobillo caminando con mis nuevas botas de tacón alto, que me llegaban por encima de las rodillas. Me las compré porque me iban de maravilla con la preciosa minifalda de cuero que tan bien me había sabido colocar aquella dependienta, y pensaba lucirlas en el club después de salir de trabajar; pero no estaban pensadas desde luego para someterse a pruebas de velocidad. Vale, supuestamente soy una poderosa clarividente, pero ¿realmente creen que si se me hubiera pasado algo por la cabeza unos momentos antes tendría que ver con si era mejor llevar deportivas o, al menos, ir con zapato plano? Por Dios, no. Por esa misma razón, nunca me toca la lotería. Lo único que puedo «ver» es la clase de imágenes que uno puede ver en las pesadillas y cuando tiene serios problemas con la bebida.

Era una de esas típicas noches calurosas de Georgia en las que el aire parece una losa pesada y la humedad es tan densa que no se puede ni medir. Una fina bruma se dejaba ver entre el brillo de las farolas, pero lo que más iluminaba la noche era la luna, que mostraba su reflejo en las calles mojadas por la lluvia y plateaba los charcos recién formados. La noche había difuminado el color de los edificios de la ciudad, homogeneizándolos bajo un color gris claro que se fundía con las sombras y escondía los picos de los rascacielos. El barrio histórico me pareció aquella noche un lugar atrapado en el pasado, sobre todo cuando pasé por la Margaret Mitchell House, en West Peachtree. Por eso me pareció perfectamente normal que, en ese momento, apareciese tras la esquina un carro de caballos de esos que normalmente llevan turistas. Normal, excepto por el pequeño detalle de que venía a todo galope y que casi me atropella.

Tuve un segundo para ver las caras asustadas de los turistas que parecían rezar por su vida en el asiento de atrás, antes de que el carruaje continuase su camino por la avenida y acabase perdiéndose en la lontananza. Aparté mi cuerpo embarrado hacia la acera y miré a mi alrededor con desconfianza. Una pícara carcajada a mi espalda certificaba hasta qué punto aquel caballo gordo y viejo había intentado a conciencia conseguir un nuevo récord de velocidad. Una pequeña bruma, casi imposible de distinguir entre la fina lluvia, revoloteó delante de mí. La agarré, metafísicamente hablando.

—¡Portia! ¡Eso no ha tenido gracia! —grité.

La risa volvió a dejarse oír y una hermosa sureña enfundada en un miriñaque que

no dejaba de bambolearse se materializó delante de mí.

—Oh, por supuesto que la ha tenido. ¿No has visto sus caras? —dijo Mirth mostrando unos ojos centelleantes que en su día fueron más azules incluso que los míos. Hoy tenían el color de las nubes azuladas que pendían sobre nuestras cabezas. Rebusqué en mi bolso tratando de encontrar un pañuelo con el que limpiarme las botas.

—Creía que no ibas a hacer esto más veces —repliqué—. Si espantas a los turistas, ¿con quién te vas a divertir?

No hay muchas empresas con ganas de hacer parecer que Atlanta, como Savannah o Charleston, tiene un barrio histórico lo suficientemente importante como para hacer circuitos en carroza que merezcan la pena. Si Portia seguía con sus juegucitos, fuese cual fuese el encanto sureño que hubiera sobrevivido a la expansión de la ciudad (que había traído atracciones como el Mundo de Coca-Cola, el CNN Center y el centro comercial Underground Atlanta) estaba abocado a desaparecer.

Portia me dedicó una cara de disgusto tan lograda que a buen seguro la había estado ensayando delante del espejo cuando aún estaba con vida.

—No sabes divertirte, Cassie —refunfuñó.

Le lancé una mirada de desazón mientras intentaba quitarme el barro del cuero, pero lo único que conseguí fue repartirlo aún más por las botas. Nunca antes me había visto envuelta en una huida llevando un vestuario tan chic.

—Sé muy bien cómo divertirme, sólo que hoy no es el día —repuse.

Había empezado a llover y las gotitas caían a través de Portia para terminar estrellándose en el suelo. Odiaba aquello, era como ver la televisión con muchas interferencias.

—No has visto a Billy Joe, ¿verdad? —le pregunté.

Llamo Billy Joe a mi espíritu guardián, pero el nombre no es del todo preciso. Es más como una mosca cojonera que de vez en cuando te es útil, pero en ese momento no tenía mucho más donde elegir. Billy es lo que queda de un apostador americano irlandés que, allá por 1858, ganó una partida que debería haber perdido. Un par de vaqueros iracundos, que acertadamente creyeron que les había engañado, le metieron en un saco y lo arrojaron al Misisipi. Por suerte para él, no hacía mucho había librado a una condesa de un collar grande y feo que funcionaba como una especie de batería sobrenatural, recogiendo energía mágica del mundo natural y almacenándola hasta que alguien la necesitaba. Cuando el espíritu de Billy abandonó su cuerpo, pasó a descansar en el collar, que él había conseguido de la misma manera que otros fantasmas se hacían con cosas más convencionales, como las criptas. El collar le dio suficiente poder como para seguir existiendo, pero eran mis donaciones ocasionales de energía viva las que le permitían tener tanta movilidad. Yo tenía diecisiete años cuando me encontré el collar en una tienda de objetos de segunda mano y desde entonces, Billy y yo hemos sido como un equipo. Por supuesto, él no podía llevar el

mensaje al club para que yo no tuviera que ir en persona, pero sí podía echar un ojo por si los malos se acercaban demasiado. Todo ello, claro, siempre y cuando pudiera contactar con él, lo cual requería un poco de ayuda fantasma.

Hay un montón de fantasmas en Atlanta y la mayoría son corrientes y molientes, del tipo «vamos a cazar algo hasta aburrirnos o desaparecer», como Billy Joe. También hay unos pocos espíritus guardianes y hasta huellas psíquicas, lo cual no quiere decir que estas últimas sean técnicamente fantasmas. Las huellas son como teatros sobrenaturales en las que se repite la misma película una y otra vez hasta que te entran ganas de gritar. Dado que normalmente son algo traumático, no es muy divertido meterse en una. Desde que me mudé, dediqué mi tiempo libre durante un par de meses a aprenderme las calles de la zona, y una de las cosas principales que buscaba era, precisamente, las áreas donde había huellas. Encontré unas cincuenta que tenían que ver con el incendio de la ciudad durante la Guerra Civil, pero la mayoría eran demasiado débiles como para provocarme nada más que un breve dolor de cabeza. Sin embargo, había una bien grande en un lugar entre mi apartamento y la agencia donde una vez una jauría de perros había despedazado a un esclavo. Aquella huella me atrapó en una ocasión y, desde entonces, siempre voy por el camino largo. Yo ya tengo un montón de recuerdos propios que desearía borrar cuanto antes, así que no me hacen falta las pesadillas de los demás.

Portia, en cambio, no es una huella. A veces me daba por pensar que era algo peor. Portia es uno de esos fantasmas que reviven las partes trágicas de su vida una y otra vez, pero no como una estúpida película. Son más bien cazadores con una fijación, parecida a la que tiene un humano obsesivo que necesita lavarse las manos cincuenta veces al día. Y se mueven, así que pueden perseguir a lo que les molesta y estar cerca de él continuamente. A Billy Joe yo sí que sabía cómo cortarle rápidamente. A él le fastidiaba haber muerto tan joven, pero a mí me ponía de mal humor oírle unos cuantos «la vida que yo debería haber tenido».

Por desgracia, Portia había venido esa noche con ganas de hablar, así que tardé casi diez minutos en conseguir que me dijera, después de escuchar una detallada descripción de los botones de marfil que ella misma había cosido en el vestido de novia que nunca llegó a usar, que no había visto a Billy Joe. Típico. Durante la mayor parte del tiempo yo estaba deseando que se esfumase, pero la verdad es que sólo desaparecía cuando realmente se le necesitaba. En ese momento, mi rostro debió reflejar perfectamente mi nivel de irritación, porque Portia se paró de repente cuando solo había contado la mitad de una historia sobre una fiesta en la que dos oficiales se habían peleado por conseguir un último baile con ella. Era una de sus favoritas y la verdad es que no parecía que le hiciera mucha gracia ver cómo mi atención se dispersaba.

—No me estás escuchando, Cassie. ¿Pasa algo? —inquirió, cerrando su abanico de encaje con un golpe furibundo que sugería que más valía que me estuviera pasando algo.

—Tony me ha encontrado y necesito salir de la ciudad —contesté—. Pero tengo que ir antes al club y necesito que alguien vigile.

En cuanto terminé de decir aquello, me di cuenta de que ya podía haber tenido la boca bien cerrada. Los ojos de Portia se abrieron como platos y empezó a aplaudir con entusiasmo con sus delicadas manos enguantadas.

—¡Oh, que divertido! ¡Yo te ayudaré! —exclamó alegremente.

—Eh... es muy generoso por tu parte, Portia, pero no creo que...; quiero decir, hay muchos caminos que llevan al club y no los podrías cubrir todos —repliqué.

Ante tal respuesta, Portia mostró ese duro centelleo tan familiar en sus ojos y yo cedí a sus pretensiones inmediatamente. La mayoría de las veces ella era muy dulce, pero si la hacías enfadar, las cosas podían empeorar rápidamente.

—Traeré refuerzos —prometió—. ¡Será como una fiesta!

A continuación, formó un remolino y desapareció, y yo suspiré. Algunos de los amigos de Portia eran incluso más molestos que ella, pero tener a alguien que vigilase era mejor que no tener a nadie. Tampoco tenía que preocuparme por el hecho de que los muchachos de Tony se dieran cuenta de su presencia. Ni siquiera aunque enviara vampiros se enterarían de que estaban allí.

Por muy raro que sonase, mucha gente de la comunidad sobrenatural no cree en los fantasmas. Bueno, alguno admitiría que, de vez en cuando, hay espíritus atormentados merodeando alrededor de su tumba durante un tiempo antes de aceptar lo inevitable; pero pocos me darían la razón si les digo la cantidad de espíritus que pululan por ahí después de la muerte, o la cantidad de clases distintas que hay y lo activos que algunos de ellos pueden llegar a ser. Espíritus como Portia y Billy Joe son, para la comunidad sobrenatural, lo mismo que los vampiros para los humanos, viejas historias y leyendas que se desprecian por no haber pruebas de su existencia. ¿Qué les voy a decir? Pues eso, que es un mundo raro este.

Llegué al club unos minutos más tarde, sin respiración y con los pies doloridos, pero ilesa al menos. Aparecer por allí fue, desde luego, una muy mala idea. Incluso aunque nadie me hubiera seguido, una docena de personas de la agencia y de mi bloque sabían que trabajaba allí a tiempo parcial. Luego estaba el hecho de que me encontraba a solo una manzana de Peachtree, una coincidencia que no me agradaba en absoluto. Si al final acababan matándome, tenía pensado volver a por Tony. Pero no podía irme sin avisar a mi compañero de habitación y dejarle las cosas medio resueltas. Ya tenía yo suficiente sentimiento de culpa encima como para sumarle otra vida terminada de cualquier manera.

El club, con sus techos altos, juntas de acero a la vista, muros de hormigón repletos de grafitis y una enorme pista de baile, era más grande que la mayoría, pero aquella noche había bastantes cuerpos bailando bajo las luces como para que pudiera considerarse algo claustrofóbico. Me alegré por el hecho de que ese ambiente hacía más difícil que alguien se diese cuenta de mi presencia. Me colé hasta la trastienda sin demasiados problemas, por lo menos ninguno que tuviese que ver con pistolas y

homicidios.

Uno de los camareros estaba de baja, así que tenían escasez de personal y, en cuanto me vio aparecer, Mike intentó convencerme para que le sustituyera. En condiciones normales, no me habría importado, porque mi condición de novata en el trabajo no me dejaba demasiado dinero en propinas. Yo leía el tarot tres noches a la semana, aunque nunca me habían gustado las cartas. Las usaba porque se esperaba que lo hiciera, pero desde luego no me hacía falta ver dibujos arcaicos para saber qué iba a pasar. Mis visiones me llegan en tecticolor y con sonido envolvente, y son mucho más completas. Sin embargo, la mayoría de la gente habría preferido una lectura estándar en lugar de lo que yo podía ofrecerles. Como decía, se me da mejor «ver» las cosas malas. Esta noche, no obstante, decliné la oportunidad de agenciarme algunos billetes. No creía que ocuparme de la barra fuese el modo en el que quería pasar mi última hora.

—¿Cuál es la palabrita? —me gritó animadamente Mike mientras hacía un Tom Cruise con las botellas de licor en medio del enfervorizado jaleo de la gente.

Suspiré y metí la mano en mi bolso. Mis dedos sacaron la grasienta baraja de tarot que me había regalado mi antigua institutriz, Eugenie, al cumplir diez años. Eugenie había conseguido que las cartas tuvieran algún tipo de encantamiento conseguido a buen seguro por alguna bruja con sentido del humor, y yo lo mantuve porque me venía bien para entretener a los clientes. Con todo, las predicciones, que actuaban como una especie de anillo kármico del humor, tenían también la misteriosa costumbre de acertar en temas de dinero. Sujeté la baraja y de ella salió una carta. No era precisamente una de esas que uno esté deseando ver.

—La Torre —exclamó una voz antes de que yo volviese a meter la carta en la baraja y guardase el montón en mi bolso.

—¿Esa es buena? —preguntó Mike antes de perder la vista en el escote de una hermosa rubia.

Me limité a asentir con la cabeza y me apresuré a fundirme entre la multitud antes de que pudiera escuchar nada más. La voz no era más que un grito ahogado procedente de mi bolso; pero no me hacía falta escuchar lo que decía para saber qué significaba la carta. La Torre significa un cambio enorme, un cataclismo, uno de esos que le pega un vuelco a la vida. Intenté convencerme de que podía haber sido peor, podría haber sido la Muerte, pero la verdad es que no era demasiado consuelo. La Torre es probablemente la carta más temida de la baraja. La Muerte puede tener muchos significados, la mayoría de ellos no se corresponden con el literal, pero la Torre siempre predice problemas para cualquiera que desee llevar una vida tranquila. Suspiré, ¿qué más faltaba?

Localicé a Tomas en «la Mazmorra», que era como Mike llamaba al sótano. Tomas trataba de avanzar en medio de un mar de cuerpos vestidos de negro con una bandeja de vasos usados. Tenía un aspecto muy apetecible, como siempre, si te gustan los tipos con músculos fibrosos y la piel brillante y bronceada como si

vertiesen miel sobre la nata. Su pelo, oscuro y largo, solía caerle hasta la cadera excepto cuando se lo recogía. Su cara parecía demasiado dura como para resultar atractiva, con la mandíbula bien pronunciada y los ángulos marcados, pero la delicadeza de algunos rasgos la hacían más interesante. Se había apartado el pelo de la cara con una trenza gruesa, lo que significaba a buen seguro que estaba trabajando, ya que normalmente prefería llevarlo suelto. A pesar de todo, unos pocos cabellos se habían soltado de la trenza y se balanceaban delante de su cara formando finos mechones. Mike había sido el encargado de escoger el vestuario de trabajo: una camisa negra de seda con un diseño de telaraña que mostraba más de lo que escondía, unos vaqueros negros y brillantes que le quedaban como si fueran una segunda piel y unas botas de cuero negro que se remontaban hasta sus muslos. Vestido así, parecía que Tomas abriese cartel en un club de estriptis en lugar de estar sirviendo mesas, pero su atractivo exótico del tipo «se deshace en tu boca» llamaba mucho la atención de los góticos. A mí tampoco me parecía desagradable a la vista, precisamente.

Mike había decidido hace más o menos un año que Atlanta tenía suficientes bares *country* y *western*, así que cambió lo que era un establecimiento de copas familiar hacia un refugio *progressive* en la primera planta y un sueño gótico en el sótano. Algunos vecinos se habían quejado, pero a los jóvenes les encantaba. Tomas parecía haber sido diseñado específicamente para un sitio así, encajaba perfectamente en el entorno y atraía a un montón de clientes, pero me molestaba que se tuviera que pasar media noche desechando proposiciones. Al menos yo daba por supuesto que las desechaba, porque nunca se llevaba a nadie al apartamento. De todos modos, a veces me preguntaba si, teniendo en cuenta sus orígenes, conseguirle ese trabajo no había sido una gran estupidez por mi parte.

Tomas tenía entonces mucho mejor aspecto que cuando le vi por primera vez, alojado en el albergue local con esos ojos mortecinos que me resultaban tan familiares desde la época que yo misma pasé en la calle. Lisa Porter, la gerente y autoproclamada madre protectora del lugar, nos presentó un día en que yo pasaba por allí para realizar una de mis erráticas sesiones de voluntariado. Empezamos a hablar, mientras ordenábamos la ropa recién donada en montones, organizados en función de si se podía usar, si necesitaba algún remiendo o si solo era apta para trapos. Dice mucho de la personalidad de Tomas el hecho de que yo ya le estuviese hablando a Mike de él esa misma noche y que Mike le contratase al día siguiente después de una breve entrevista. Mike decía que había sido la contratación más inteligente que había hecho en toda su vida: nunca se ponía enfermo, nunca se quejaba y siempre tenía un aspecto impecable. Yo no estaba tan segura de lo último: la apariencia era imponente, de acuerdo, pero personalmente creía que le hacía falta algún grano o alguna cicatriz, alguna marca en medio de esa piel mezcla de blanco y dorado que le hiciera parecer más real. Su aspecto recordaba más a los no muertos que el de muchos vampiros que conocía, y también daba una sensación de equilibrio inconsciente y de absoluta seguridad en si mismo. Pero no, él estaba vivo, y mientras yo mantuviese mis

maleficios lejos de él, probablemente seguiría estándolo.

—Tomas, ¿tienes un minuto? —le pregunté.

No creí que me hubiera escuchado en medio de toda esa música, que el DJ mantenía horribilmente alta, pero él asintió con la cabeza. Yo no debería estar allí todavía, así que él ya sabía que algo pasaba. Nos abrimos camino entre la multitud, lo que me sirvió para granjearme una mirada de odio de una mujer con rastas moradas y pintalabios negro por robarles a su principal atracción. O quizá fue mi camiseta con una cara feliz y los pendientes lo que no le gustó. A veces, me ponía en plan gótico o me acercaba lo suficiente como para parecerlo sin llegar a desfigurarme demasiado; pero aquello ocurría sólo cuando estaba trabajando. Me di cuenta enseguida que nadie se toma a una vidente en serio si se presenta allí vestida con tonos pastel. No obstante, en mis días de descanso me reservaba el derecho a no ir vestida de tal forma que pareciese que iba de funeral. Mi vida ya es bastante deprimente, no necesita ayudas externas para serlo más.

Agachamos la cabeza por debajo de la barra para acabar metiéndonos en el cuarto trasero. Allí se estaba más en silencio, lo cual solo significaba que podíamos escuchar si nos quedábamos cerca el uno del otro y seguíamos gritando, pero el ruido era un problema menor comparado con mirar la cara de Tomas y pensar en qué decirle. Al igual que yo, él se había visto en las calles muy pronto. Al contrario que yo, él solo se tenía a sí mismo. No me gustaba la mirada que se le quedaba cuando le preguntaba sobre su pasado; así que solía evitarlo, pero era probablemente una variante de la historia típica. Muchos chavales de la calle tienen la misma historia que contar, todas versan siempre sobre usos, abusos y abandonos. Yo pensaba que le estaba haciendo un favor dejándole vivir en la habitación que tenía libre en mi piso y consiguiéndole un trabajo para que pudiera cambiar; pero hacerle partícipe de la ira de Tony era un precio demasiado alto por seis meses de estabilidad.

Nuestra relación no era lo suficientemente cercana como para que me sirviera de ayuda a la hora de imaginar cómo podía mantener a Tomas a salvo sin que pareciera que le estaba abandonando a su suerte. En parte el problema radicaba en que a ninguno de los dos nos gustaba abrirnos a otras personas, y eso que habíamos tenido unos comienzos algo bruscos. La noche en la que él se instaló, yo salía del baño y me lo encontré tirado desnudo en mi cama, con su pelo esparcido como un borrón de tinta sobre mis sábanas blancas. Me quedé allí, con la boca abierta y sujetando mi toalla de Winnie the Pooh, mientras él se estiraba como un gato gigante sobre mi edredón de plumas, con sus músculos torneados y su plasticidad ingrávida. No era para nada consciente de ser el centro de atención de nada y yo me imaginaba la razón; desde luego no parecía un muchacho callejero que se estuviese muriendo de hambre. Nunca le pregunté su edad, pero daba por sentado que era más joven que yo. Lo que le convertía en demasiado joven como para tener esa mirada tan particular.

No fui capaz de dejar de seguir con la mirada la línea que él, con los largos dedos de su mano, iba trazando desde sus pezones hasta su ingle. Era una invitación

evidente, y tardé un segundo en dejar de babear y darme cuenta de lo que estaba pasando. Al final, me imaginé que él creía que tenía que pagar por su habitación de la manera en la que él estaba acostumbrado. En la calle nada se consigue gratis, así que cuando le dije que no quería dinero, él supuso que quería un pago de otro tipo. Debía haber intentado explicarle, decirle que toda mi vida había estado llena de abusos y que por supuesto que no iba a hacer pasar a nadie por eso. Quizá si lo hubiera hecho, habríamos empezado a hablar y habríamos aclarado unas cuantas cosas. Por desgracia, en lugar de eso empecé a pegarle gritos y empujones para que saliera del dormitorio, eso sí, con la manta que le había echado rápidamente encima. No sé qué pensó de todo aquello, porque no hablamos del tema aquella noche. Acabamos cayendo en una rutina más o menos cómoda. Nos repartíamos las tareas de la casa, la cocina y la compra como lo harían dos compañeros de piso cualquiera, pero cada uno se guardaba sus secretos para sí mismo. Le pillé alguna vez mirándome con una expresión extraña, así que me imagino que él pensaba que en algún momento le abandonaría, como habían hecho todos. Me repugnaba pensar que era exactamente lo que iba a hacer.

—¿Saliste pronto de trabajar? —me preguntó.

Él me tocó la mejilla y yo me eché para atrás, tratando de alejarme de esos ojos llenos de confianza. No tenía escapatoria para lo que tenía que hacer, pero no tenía muchas ganas de ver como su cara se cerraba, y como la poca fe que él había recobrado en la gente se desvanecía por mi culpa.

—No —respondí.

Moví mis pies y traté de pensar cómo podía hacer que aquello no sonase como un rechazo. No era culpa suya que mi vida se estuviese escapando por el desagüe. Vuelta a empezar.

—Tengo que decirte algo importante, y quiero que me escuches bien y hagas lo que te digo, ¿vale? —le susurré.

—Te marchas —me interrumpió él.

No sé cómo pudo saberlo. Quizá yo tenía cara de decir algo así. Probablemente el ya había visto esa cara antes.

—No tengo elección —le repliqué.

Nos movimos de mutuo acuerdo desde la puerta trasera hacia la acera que rodeaba las escaleras al nivel de la calle. No tenía grandes vistas, pero al menos era un sitio más tranquilo. El aire olía a lluvia, pero el chaparrón que había estado preparándose durante toda la tarde estaba empezando a caer. Si me daba prisa, quizá podía llegar a la estación de autobuses antes de calarme completamente.

—¿Te acuerdas de que te dije que hacía un tiempo me habían ocurrido algunas cosas malas?

—Sí, pero no hay nada de qué preocuparse ahora. Estoy aquí.

Él sonreía, pero a mí no me gustaba nada la mirada que tenía en sus ojos. No quería que me tuviera cariño, no quería que me echara de menos. Mierda, la cosa no

iba nada bien. Decidí entonces dejar de intentar ser sutil; desde luego no era mi punto fuerte.

—Mira, va a ocurrir algo grave en breve, y yo tengo que irme antes de que pase.

No era una gran explicación, pero ¿cómo le dices a alguien que el gánster vampiro que te crió y al que has tratado de destruir con todas tus fuerzas ha puesto precio a tu cabeza? No había ningún modo de poder hacer entender a Tomas el mundo del que yo procedía, ni siquiera aunque hubiese tenido todo el tiempo del mundo para intentarlo.

—Puedes quedarte con todas las cosas del apartamento —continué—, pero lleva mi ropa al albergue. Lisa sabrá cómo hacer un buen uso de ella.

Sentí un repentino remordimiento por mi armario, que tan cuidadosamente había ido elaborando, pero no se podía hacer nada al respecto.

—Cass... —murmuró.

—Hablaré con Mike antes de irme. Estoy seguro de que te dejará dormir aquí una semana o dos, no sea que alguien se presente en el apartamento preguntando por mí. Te vendría bien no acercarte mucho por allí durante un tiempo.

En la parte alta del edificio había un estudio construido muy al estilo de la época en la que los propietarios vivían a temporadas en el mismo sitio en el que tenían sus negocios. Mike lo había usado hacía bien poco, así que debería estar en buenas condiciones. Y yo me sentiría sin duda mejor sabiendo que Tomas se quedaba allí. No me hacía ninguna gracia la idea de una horda de vampiros encolerizados bajando hasta nuestra casa tratando de darme caza y encontrándole a él en mi lugar.

—Cassie —volvió a interpelarme.

Tomas me cogió la mano con cautela, como si tuviera miedo de que la fuera a quitar. Él creía que yo me mostraba recelosa a que me tocara desde aquel malentendido inicial. En realidad yo nunca le dije que no tenía recelo alguno porque tampoco quería que se llevara una impresión equivocada y, para ser sinceros, para mí era más fácil comportarme tal y como era si mantenía una pequeña distancia entre nosotros dos.

—Voy contigo —afirmó con total tranquilidad, como si fuera lo más lógico del mundo.

No quería herirle, pero no podía quedarme allí y discutir el asunto con un asesino pisándome los talones.

—No puedes. Lo siento, pero es más fácil coger a dos personas que a una, y además, si me cogen...

Me detuve porque no se me ocurría ninguna forma de seguir contándole las cosas horribles que ocurrirían sin parecer una completa lunática. Desde luego, probablemente él habría visto suficientes cosas extrañas en la calle como para que tuviera una mente más abierta que los polis, que se limitaban a tratar de drogata o de psicópata a cualquiera que empezara a hablar de vampiros. No obstante, aunque se me ocurriera la forma de contárselo, no había tiempo.

—Lo siento, tengo que irme —sentencié.

Aquella no era la forma en la que quería despedirme. Había un montón de cosas que no le había contado a Tomas porque tenía miedo de que sonase como si me estuviera echando encima de él. Y ahora, cuando podía decirle lo que quisiera, tenía que irme.

Me di la vuelta para marcharme, pero él me sujetó la mano con una fuerza sorprendente. Antes de que pudiera insistirle para que me dejara marchar, noté como me envolvía una sensación tan familiar como absolutamente desagradable. La atmósfera de bochorno de aquella noche fue sustituida de repente por algo más frío, oscuro y, desde luego, menos amistoso. No sé qué percibe la gente que no tiene poderes cuando los vampiros están cerca, pero en lo que a mí respecta, siempre he podido saber cuándo estaban cerca. Es como cuando la gente dice que alguien camina sobre una tumba, un hormigueo que desciende por la espalda y que se entremezcla con una sensación de que algo va mal. Nunca he tenido esa sensación con los fantasmas, como a veces le pasa a la gente normal, pero con los vampiros me ocurre siempre. Miré hacia arriba y vi cómo las luces de la calle dibujaban una silueta oscura que permanecía durante un instante para acabar fundiéndose con la noche y desvanecerse.

—¡Joder! —dije mientras sacaba mi pistola y empujaba a Tomas hacia el almacén.

No es que fuese a ayudar mucho, si Tony había enviado vampiros a buscarme, nos haría falta más protección que la de una simple puerta. Había llegado a ver a Tony arrancar una puerta de roble macizo con un solo movimiento de sus delicadas manos repletas de anillos, por la sencilla razón de que no encontraba la llave y no estaba de humor.

—¿Qué era eso? —preguntó.

—Alguien a quien no quiero ver.

Miré a Tomas y me vino a la mente una imagen de su cara ensangrentada y su serena mirada vacía de muerte. No era exactamente una «visión», más bien mi cerebro estaba poniéndose, como de costumbre, en la peor situación, pero aquello me bastó para establecer prioridades. Los vampiros no entrarían a cargarse a medio club por ir a buscarme. Tony tenía demasiado miedo del Senado como para dar su visto bueno a una matanza múltiple, pero no se lo pensaría dos veces si tuviera que eliminar a un chico callejero que se cruzase en su camino. Era la misma actitud que había demostrado cuando me dejó huérfana con cuatro años para asegurarse de que tendría pleno control sobre mis capacidades. Mis padres eran un obstáculo para su ambición, así que fueron eliminados. Sin más. Y no parecía que el Senado fuera a molestarse por algo que podía pasar por la actividad habitual de cualquier banda. La prioridad número uno, pues, era mantener a Tomas fuera de la línea de fuego.

—Tengo que salir de aquí o pondré en peligro a todo el mundo. Pero ahora podrían venir a por ti, nos han visto hablando. Pensarán que sabes adónde voy.

Le volví a meter en el almacén, mientras pensaba qué podía hacer. Había sido muy estúpida viniendo aquí y dejando que nos vieran a Tomas y a mí juntos. Aunque lo habíamos desmentido con frecuencia, la mitad de la gente del club daba por sentado que él era mi amante. Si los matones de Tony empezaban a preguntar por él y cualquiera les decía eso mismo, le torturarían hasta matarle para intentar dar conmigo. Debería haberlo tenido presente antes de empezar a involucrarme, aunque fuera platónicamente, con nadie. Yo era como una especie de veneno: si alguien se me acercaba, tendría bastante suerte si lo único que le pasaba era que moría. Tenía que encontrar algún modo de sacarnos a Tomas y a mí misma de allí y, al igual que me ocurría a mí, él debía ir haciéndose a la idea de que no era muy probable que volviéramos. Yo ya le había echado una mano, ahora tendría que buscarse la vida.

Luego estaba también el problema del vampiro que nos había dejado escapar. Les había visto desvanecerse en medio del viento, podían moverse increíblemente rápido. Había tenido tiempo más que de sobra en esos breves segundos para golpearme, rápido como una serpiente, o para dispararme desde una distancia aceptable. Lo cierto es que los vampiros no necesitaban pistolas para nada, pero al Senado le gustaba más que los ataques tuvieran un aspecto lo más normal posible, así que la mayoría de los chicos de Tony las llevaban. Quizá el vampiro tenía la sospecha de que yo iba armada también, pero dudo que le diera miedo mi pistola, aunque no tuviese ni idea de la mala puntería que yo podía llegar a tener. En el mejor de los casos, lo único que habría conseguido sería ralentizar sus planes. No, si estaba viva era porque quienquiera que estuviese ahí fuera tenía la orden de seguir con el juego hasta el final. El obituario decía las 8.43, y tendrían que ser las 8.43. Pude oír como Tony le decía a la familia que había preparado «una última visión para su profeta, y esta vez no tendría ni que molestarse en hacer el trabajo ella misma». Me preguntaba si planeaban matarme aquí y llevarme luego a Peachtree o si sólo trataban de aturullarme y me habían llevado hasta allí como a un corderillo hasta el matadero.

—Vamos a ver. Ponte esto y vete a por tu abrigo. Ponte el pelo hacia arriba —le ordené, después de mojarme un poco los labios.

Cogí una de gorra de béisbol que Mike había dejado en una balda del almacén, pero estaba claro que no íbamos a poder meter allí aquella enorme mata de pelo.

—Tenemos que encontrar a alguien que te pueda dejar un abrigo con capucha. Tal y como vas ahora mismo te pueden identificar muy fácilmente.

Igual algún gótico nos podría prestar una capa. Tal vez si conseguía que Tomas tuviese un aspecto lo suficientemente diferente, él podría escaparse mientras los vampiros se concentraban en mí.

—Cassie, escucha. Hay...

Nunca supe qué iba a decirme Tomas en ese momento, porque la puerta por la que habíamos entrado se abrió de un portazo como si ni siquiera tuviese echado el cerrojo, y cinco vampiros enormes aparecieron en la sala. Parecían un puñado de jugadores de fútbol americano recién ingresados en una banda *grunge*, con sus

músculos prominentes y su pelo grasiento a la altura de los hombros.

Por un momento pareció que el tiempo se congelaba y todos no miramos los unos a los otros. El tamaño es mucho menos importante cuando eres un no muerto, pero a Tony le gustaban grandes, factor intimidatorio, supongo. Y la verdad: funcionaba. Me sentía intimidada. El hecho de que ni se hubieran molestado en esconder sus caras de verdad bajo alguna máscara más amable tampoco ayudaba. Sabía de sobra qué aspecto tiene un vampiro cuando está de caza, lo había visto suficientes veces, pero seguía sirviendo para gestar pesadillas. Había tenido tiempo suficiente para preguntarme si había vivido lo bastante como para tener que preocuparme por esos malos sueños que acaban difuminándose en un trazo acelerado y confuso. Le pegué un tiro a uno en la zona donde debería tener el corazón, pero no fue suficiente para detenerle.

Tampoco pensaba que fuera a hacerlo. No es que importara, pero no esperaba enfrentarme con cinco vampiros asesinos, y desde luego no sabía cómo afrontar algo así. Tony debía estar aún más enfadado de lo que creía.

Me quitaron el arma de un golpe y mi cuerpo salió despedido contra la pared, con la cara por delante. Sin tiempo para respirar, me retorcieron el brazo hacia arriba tanto que me dio miedo de que se rompiera. No vi lo que pasó después porque estaba demasiado ocupada recibiendo un facial de hormigón, pero me pareció escuchar algo que sonaba como si estuvieran tirando todas las estanterías de metal de aquel lugar. Alguien soltó un rugido de ira y a continuación la sala se vio sacudida por una onda de poder que se asemejaba a un fuerte soplo de viento cálido que rompía contra mi cara dejando una estela chispeante. Si hubiera podido respirar, habría gritado tanto por la sensación en general como por la profunda mezquindad de aquel cabrón que no me dejaba ni una mínima escapatoria. Tony no se había conformado con mandar a toda una tropa de vampiros a buscarme; además, al menos uno de ellos tenía que ser, a la fuerza, un maestro. Si no, no se explica que pudiese acumular todo ese poder; ni cinco vampiros corrientes podrían hacerlo sumando sus fuerzas. Y tampoco era un maestro anciano cualquiera.

Pocos vampiros pasaban sus vidas inmortales como algo más que simples esclavos, meros sirvientes de quien les hizo e incapaces de romper tal servidumbre o de rechazar un encargo. No obstante, algunos, normalmente aquellos que en vida habían mostrado más voluntad y determinación, se volvían más poderosos con el paso del tiempo. Cuando llegaban al nivel de maestro, podían hacer nuevos vampiros para que les sirvieran, y normalmente obtenían un cierto grado de autonomía por parte de sus creadores. El séptimo es el nivel más bajo del escalafón de maestros, y la mayoría no pasan de él; pero aquellos que lo consiguen, obtienen nuevas capacidades y mayor libertad. Me he movido con maestros vampiros durante toda mi vida, hasta alguno de tercer nivel, como Tony, y he visto como muchos de ellos perdían los nervios. Pero hasta ese momento no había llegado al punto de sentir cómo su poder podía agujerearme la piel a fuego. Parecía imposible que Tony hubiera convencido a un vampiro superior, de segundo o primer nivel, para que cometiese un sórdido asesinato de poca monta (acabar conmigo no suponía lo que se dice un reto); pero no se me ocurría otra explicación.

Le pegué un grito a Tomas para que saliera corriendo, aunque sabía que aquello no le iba a hacer ningún bien, y mi vampiro decidió entonces que no debía estar sufriendo lo suficiente si podía hacer aquella clase de ruidos. Bajó su mano desde mi nuca hasta el cuello y empezó a apretar. Me acuerdo que, en ese momento, me dio por pensar que, si tenía suerte, habría muerto asfixiada antes de que se acordara de que tenía que llevarme. No es que eso convirtiera la noche en algo perfecto, pero desde luego era mejor que verla horrible cara de Tony durante toda la eternidad.

Un segundo más tarde, cuando ya empezaba a ver puntitos centelleantes en mis ojos y a notar como un rugido invadía mis oídos, el vampiro soltó un grito agudo y la

presión cesó de repente. Carraspeé y caí de rodillas, intentando respirar hondo para aliviar mi garganta, que estaba ardiendo, mientras él se tambaleaba delante de mí y soltaba alaridos como si lo estuvieran literalmente partiendo en dos. Tardé unos segundos en darme cuenta de qué le pasaba, porque no era algo que sucediera todos los días. Una buena pista era esa sensación caliente, casi líquida, que trazaba un pentáculo deformado en mi espalda, como si alguien me estuviera echando aceite caliente por mi piel. Otro indicio era que el brazo y parte del pecho del vampiro estaban repletos de líneas que refulgían como el oro y se iban esfumando tras un leve chisporroteo, comiéndose a su paso la carne que había entre la piel y el hueso. Mientras yo seguía observándole, un ribete de líquido fundente oscureció la pequeña hendidura de su pecho en la que la bala se había alojado y seguía su camino. Me quedé mirándole paralizada por la impresión. Por la forma de las marcas, era bastante obvio que mi protegido había despertado de su letargo.

Y no dejaba de ser irónico, teniendo en cuenta que debió ser Tony el primero que me lo vio poner bajo la piel por primera vez. Siempre creí que le habían estafado: su forma originaria de pentáculo se había ido estirando a medida que fui creciendo, así que al final acabé teniendo un tatuaje horrible que me tapaba media espalda y parte de mi hombro izquierdo. Con todo, aunque no parecía ya nada bonito, estaba visto que funcionaba muy bien. Sin embargo, el vampiro que me atacó no era un maestro. Aquella fuente de energía procedía de algún sitio detrás de nosotros, y cómo mi protegido había hecho frente a uno de los grandes era aún una pregunta sin respuesta. Estaba muy impresionada por todo lo que había hecho: la última vez que volvió a la vida no había desplegado ni mucho menos ese arsenal. Tan solo había prendido el brazo del posible atracador, chamuscándolo lo suficiente como para que yo tuviera tiempo de escapar. ¿Quizá se volviese más fuerte en función de la fuerza de su oponente? Tenía el mal presentimiento de que me iba a enterar pronto.

Tenía una ligera idea de lo que eran las protecciones, porque Tony siempre tenía a un par de hacedores de protecciones en plantilla para tener la fortaleza de protecciones mágicas bien cerca de su casa y de sus negocios. De ellos aprendí que existen tres categorías principales: protecciones de perímetro, protecciones de energía y protecciones de defensa. Las protecciones de perímetro eran lo que Tony usaba a modo de camuflaje cuando estaba detrás de algo ilegal, o sea, siempre. Las protecciones de energía eran algo más complejas: en el mejor de los casos, eran mejores que el Prozac para aliviar el estrés y ayudar a la gente a superar problemas emocionales. En el peor, que era la forma en la que Tony los usaba normalmente, le permitían ejercer su influencia en negociaciones importantes. Cualquiera que estuviese dentro del perímetro de las protecciones empezaba a sentir un gran sopor y, de repente, decidía que no merecía la pena cebarse en disputas encarnizadas cuando, sencillamente, se podía hacer lo que quisiera Tony. Hay dos tipos de protecciones de defensa: escudos personales y guardianes. Eugenie me enseñó cómo eran los del primer tipo cuando era una niña. Sin ellos, yo podía incluso percibir a los fantasmas

de los fantasmas, hasta las hileras de energía que me hacían retroceder en el tiempo y quedaban dispuestas como brillantes líneas fugaces sobre un mapa, contándome que cierta vez, quizás hacía cientos de años, un espíritu había pasado por allí. Cuanto mayor me hacía, más me desconcentraban estas impresiones, tal vez porque la vieja mansión de Tony estaba enclavada entre un cementerio indio y un cementerio colonial. Al final, Eugenie se cansó de mis divagaciones mentales y me dio las herramientas necesarias para protegerme contra ellos. Me enseñó a sentir mi campo de energía, lo que algunos conocen como el aura, y después a usar mi poder para construir un cerco a su alrededor para protegerme. Mis escudos acabaron siendo automáticos, lo que dejaba fuera absolutamente todo excepto a los espíritus que estuviesen activos aquí y ahora.

No obstante, los filtros son tan poderosos como la persona que los construye, ya que suelen generarse con el poder de cada uno, y muchos de ellos no son suficientes como para repeler un ataque físico o espiritual de primer orden. Ahí es donde intervienen las protecciones. Creados por un grupo de expertos magos, están pensados para proteger a una persona, un objeto o un emplazamiento contra cualquier tipo de daño. Pueden disponerse para esquivar el peligro, lo que implica normalmente devolverlo a quien lo envía o, en casos como el mío, asegurarse de que cualquiera que me tocara con aviesas intenciones acabara gritando de agonía.

Estos tipos de protecciones son un gran negocio en la comunidad sobrenatural. Una vez Tony pagó una pequeña fortuna a un hacedor de protecciones para que creara un combo especial de protección perimetral que vigilara una caravana de barcos repletos de sustancias altamente ilegales. Se suponía que los barcos debían parecer viejos recogedores de basura a los ojos de cualquier observador, en otras palabras, algo que a las autoridades no les apeteciera inspeccionar demasiado a conciencia. Pero el hacedor era joven e inconsciente, y las protecciones fallaron justo en el momento en el que los barcos se dirigían a puerto, casi delante de una patrulla de la Guardia Costera. Tony perdió su cargamento y el hacedor de protecciones perdió su vida. Yo era muy joven cuando crearon a mi protegido como para acordarme de la experiencia, pero quienquiera que lo creó sabía bien lo que se hacía. Tony debía haber pagado una buena suma por él, aunque probablemente este era uno de esos momentos en los que deseaba que el presupuesto hubiese sido algo más modesto.

Me empezaron a llorar los ojos por el hedor de la carne de vampiro chamuscada, que no es algo que se huelga precisamente todos los días. Me quedé quieta durante unos instantes antes de darme cuenta de que podía moverme de nuevo. Miré alrededor desesperadamente en busca de mi arma, pero enseguida me di por vencida y caminé a gatas alrededor del borde de una estantería. No había ni rastro de mi nueve milímetros y ni de coña iba a acercarme hasta la puerta sin ella. Además, las pocas cajas de aquella unidad de almacenamiento, mi triste excusa para esconderme, no engañarían a nadie durante mucho tiempo. Sin armas, sin sitio para esconderse y

tan solo un protegido deforme para defenderme. Decidí entonces apostar por la opción del valor bien entendido, esto es, correr y esconderse, y empecé retrocediendo hacia el pasillo.

Si podía evitar al maestro vampiro durante un minuto, quizá pudiera llegar a la pequeña puerta que llevaba a la parte no terminada del sótano. No tenía puerta que la conectara con el resto del club, pero sí colindaba con la pared que estaba detrás del extremo más lejano del bar. Si yo no estaba a la vista, había una diminuta posibilidad de que los sentidos del vampiro se volvieran confusos y supusiera que yo había entrado en el bar de nuevo. Con eso ganaría unos pocos segundos para salir a hurtadillas de la parte trasera, siempre y cuando no fuese listo y dejase a uno de sus secuaces de vigilante. Por supuesto, incluso en ese caso, mi protegido podría acabar también con otro vampiro de perfil bajo. Claro que también podría no conseguirlo.

Llegué a la puerta de tamaño reducido que había al final de la última hilera de baldas, pero antes siquiera de que la hubiera abierto escuché un golpe y un gruñido inhumano detrás de mí. Miré por encima de mi hombro, tratando de ver a uno o más vampiros asesinos avanzando hacia mí. El pánico hizo que mi cerebro tardase unos pocos segundos en darse cuenta de que la persona que flotaba por el pasillo era Portia, y que el sonido de la pelea procedía de varios pasillos más lejos.

—¡Te dije que iba a traer refuerzos, Cassie! —gritó con la cara brillándole de emoción y las pequeñas hileras de rizos balanceándose a ambos lados de su cabeza mientras gesticulaba teatralmente para que mirase lo que iba a aparecer a sus espaldas. En el almacén irrumpió entonces lo que parecía la brigada de toda una confederación, aunque la verdad es que no se me ocurría ningún lugar cercano en el que pudiera haber reunido a tanta gente. Había visto ese truco antes (la metafísica le dice a veces a la física de toda la vida que se vaya a dar una vuelta), pero, aun así, seguía siendo impresionante.

Un elegante oficial con un gran mostacho me dedicó una reverencia.

—Capitán Beauregard Lewis, a su servicio, señorita.

Se parecía un poco al general Custer, observación que probablemente no le habría sentado demasiado bien si yo hubiera sido tan estúpida como para hacérsela. Antes de que pudiera responderle nada, un vampiro se abrió paso entre las estanterías y atravesó el cuerpo etéreo del capitán para agarrarme por el cuello.

Beauregard desenfundó su espada y por un segundo me pregunté qué se pensaba que iba a hacer con ella antes de que soltase un certero golpe que le arrancó al vampiro el brazo a la altura del codo. Él gritó y yo también, en mi caso porque me habían rociado con una capa de sangre caliente y porque el brazo amputado seguía aún firme alrededor de mi cuello, con los dedos clavándose en mi tráquea. Los cuerpos de los vampiros no mueren a no ser que se destruyan la cabeza y el corazón, así que el brazo estaba intentando cumplir la última orden que se le había dado y me estaba asfixiando. Beauregard intentó quitármelo de encima, pero su mano no hacía más que atravesarme.

—Le ruego acepte mis disculpas, señorita, pero malgasté la mayor parte de mi energía en ese golpe —se lamentaba, mientras yo notaba como mi visión amenazaba con oscurecerse por segunda vez en lo que iba de noche—. Con el paso del tiempo, nos hemos venido a menos, por desgracia.

El capitán me miraba como esperando que yo dijera algo, pero es un poco difícil mostrar comprensión alguna cuando no puedes siquiera respirar y notas llamas bajo tus párpados.

El vampiro intentó realizar una nueva embestida contra mí, pero Portia logró repelerlo con su sombrilla.

—¡A por él! —bramó Portia.

El batallón, que había estado observando la escena hasta entonces, se movió como una masiva riada gris. Era uno de esos momentos en los que se te entrecruzan los ojos mientras el cerebro les dice que no pueden estar viendo lo que dicen estar viendo. Varios miles de soldados convergieron en el mismo punto y cayeron en él como si fuera agua bajando por un desagüe. Sólo que el desagüe en cuestión no estaba diseñado para ese tipo de cosas y apostaría cualquier cosa a que no le gustó en absoluto. El vampiro empezó a rebotar contra las estanterías, con el único brazo que le quedaba aleteando como si pudiera ahuyentar así la invasión, al mismo tiempo que su piel empezaba a plagarse de motas de color morado.

Cuando por fin pude soltar sus dedos de mi cuello y tirar su brazo al suelo, él ya había dejado de moverse, congelado como una estatua de hielo al final del pasillo. Traté de no quitarle el ojo de encima, pero me distraía el brazo amputado, que no dejaba de deslizarse por el suelo tratando de atraparme. No estaba muy claro qué pasaba allí, pero intuía que cada fantasma había congelado una minúscula parte del vampiro, convirtiéndole en un polo helado gigante y grotesco. Empezaba a preguntarme qué ocurriría cuando todos esos espíritus intentaran escapar de su por entonces ya rígida piel en el momento de la explosión. Agarré una botella de vino y empecé a dar golpes al brazo, así que me perdí el gran acontecimiento. Tan solo sé que acabé cubierta de trocitos congelados de carne de vampiro que cayeron sobre mí en forma de lascas diminutas.

Portia se elevó para evitar tocar aquel suelo tan repulsivo. Rápidamente, hizo girar su sombrilla de encaje y me miró con una sonrisa.

—Debemos irnos, Cassie. Esto les ha costado mucho a los chicos y ahora necesitan descansar. ¡Pero queremos que sepas que nos lo hemos pasado genial!

Portia cogió a Beauregard por el brazo e hizo una reverencia al mismo tiempo que él hacía otra y después se perdieron entre la multitud que se alejaba de los restos del vampiro.

Me senté en medio de una mancha viscosa, demasiado atontada como para seguir con la acción, y me froté el cuello. La cara me escocía en aquellas partes en las que la tormenta de pedacitos de vampiro me había golpeado, pero lo que más me dolía era la garganta. Parecía como si no pudiera tragar y me tenía preocupada. Me habría

quedado sentada allí un ratito, viendo cómo los trocitos de vampiro se fundían y caían de la estantería, pero en ese momento apareció Tomas al final del pasillo.

—¡Date prisa! —Me cogió por la muñeca y me metió en la sala principal. Aullé de dolor, porque me había sujetado por la misma muñeca que casi me arranca el vampiro y por la sorpresa de verle vivo. La verdad es que no tenía muchas esperanzas de que ninguno de los dos hubiera salido con vida, pero en ese momento me dio por pensar en quién habría estado luchando con los vampiros si el grupo de Portia había estado conmigo. Por su mano corrían gotas de sangre y por un segundo pensé que era suya, pero no veía herida por ninguna parte. Mi alarido debió asustarle, porque me soltó abruptamente y caí al suelo derrumbada, tratando de coger aliento por la sensación de asfixia que el esfuerzo del grito había traído de nuevo a mi maltrecha garganta. Fue entonces, mientras me frotaba el pecho con la muñeca intentando aliviarme, cuando me di cuenta de que allí estaban los cuerpos.

Aparte del primero que me atacó, que ahora tenía un brazo menos y gorgoteaba al tiempo que el protegido seguía comiendo a través de su pecho, el único que aún se movía estaba atrapado bajo una estantería que tenía toda la pinta de haber sido arrojada por alguien. La estantería contenía un montón de láminas metálicas procedentes del proyecto de almacén urbano que Mike había hecho en el club y que habían sido rescatadas de una fábrica abandonada. No es que fueran la obra de arte de ningún diseñador, pero la verdad es que las características de las piezas, gruesas y cortantes, hicieron que Mike tuviera que tener más que cuidado a la hora de instalarlas. Aparentemente las placas habían cogido algo de impulso al empezar a balancearse la estantería, lo que las convirtió en armas letales que habían convertido al vampiro en rebanadas como si de una barra de pan se tratase. El vampiro se debía haber alimentado hace poco, porque de los cortes múltiples que tenía había manado suficiente sangre como para extenderse por todo el suelo, que quedó como cubierto por un manto carmesí.

Sin embargo, ninguna lámina le había arrancado la cabeza ni penetrado en el corazón, así que, a pesar de sus horripilantes heridas, seguía con vida. Volvió su vista hacia mí y vi como hacía esfuerzos para levantar la pistola que tenía sujeta en una mano. Tomas también se dio cuenta y, sin dudar, se dirigió hacia él y levantó la lámina metálica que se había incrustado en el abdomen del vampiro. A continuación comenzó a propinarle con ella una serie de golpes rápidos, ahogados por el sonido de la carne cortada, mientras yo le miraba incrédula con la boca abierta. En tan solo unos segundos, lo que había en el suelo se parecía más a un montón de hamburguesas que a una persona.

Los ojos del vampiro siguieron clavando su mirada en mí con odio, consciente de lo que estaba pasando aunque hubiese quedado reducido a trocitos, y yo era incapaz de gritar, era incapaz de hacer nada. Había estado en situaciones tensas antes, pero los nervios se olvidan de qué significa estar en tensión constante cuando te has acostumbrado a no tener que vivir con ello. Observé cómo Tomas separaba la cabeza

del vampiro de su cuerpo con una embestida final que me hizo recuperar una respiración que ni yo misma sabía que estaba conteniendo. Estábamos vivos. Ni podía creerlo ni entendía cómo.

Criarme en casa de Tony me había hecho tener un grado de tolerancia hacia la violencia bastante alto, así que tan solo estaba como recomponiendo cosas hasta que me enteré de que los cuerpos del cuarto y quinto vampiros habían sido abiertos de par en par, con cortes desiguales en el sitio en el que debería estar su corazón. Clavar estacas es el modo más tradicional y todavía el más famoso de acabar con un vampiro, pero supongo que arrancar el corazón a mano también funciona, aunque la verdad es que nunca lo había visto hacer así. En ese momento, pensaba que podía vivir sin tener que volverlo a ver cuando volví la vista hacia Tomas y, de repente, la habitación se vino abajo.

Normalmente, recibo una especie de advertencia cuando estoy a punto de tener una visión. No es que pueda detener lo que va a pasar, pero los treinta segundos o así de desorientación que precede al suceso me da tiempo a quitarme de en medio y prepararme mentalmente. Esta vez no sentí nada. Fue como si el suelo simplemente se abriese y yo caí por un túnel largo y oscuro. Cuando aterricé, Tomas estaba de pie a unos diez metros de mí en un terreno llano cubierto de hierba que parecía no acabarse nunca bajo un cielo azul claro. Su piel tenía un aspecto bronceado que había sustituido a su habitual color pálido e iba vestido con una sucia túnica de lana sin mangas, pero sin duda era él. Sus ojos denotaban fiereza, brillantes como dos joyas oscuras engastadas en su cara, y tenía una expresión triunfante en el rostro. Alrededor de él había un grupo de hombres vestidos de forma similar, todos ellos con pinta de que su equipo favorito acabase de ganar la Super Bowl.

Cerca de allí, las olas rompían contra unas orillas rocosas. Su color verde oscuro casi negro desprendía una brisa fresca de notas gélidas hacia la tierra. Habría sido una escena adusta pero hermosa de no ser por el par de docenas de cuerpos que había alrededor. Muchos de ellos tenían un aspecto europeo, y el que más cerca estaba de mí tenía un vestuario que bien podía haber salido de una película de piratas de bajo presupuesto: camisa blanca de algodón de manga larga, pantalones marrones de lino a la altura de las rodillas y calcetines blancos con suela. El tipo había perdido sus zapatos y su pelo resultaba tan alborotado como su expresión.

Mientras yo miraba con una mezcla de horror y fascinación, Tomas empujaba un rudimentario cuchillo de bronce dentro del pecho de aquel hombre, para después seguir cortando hasta abrir una profunda herida que iba desde el cuello hasta el ombligo. La mezcla del calor de la herida y el frescor del aire creó una especie de nube, pero no era lo suficientemente densa como para que no pudiera ver cómo seguía cortando las costillas como si estuviera astillando ramas. Su mano estaba empapada en brillantes surcos de sangre cuando decidió sacar el corazón, aún latiente, y lo sujetó en alto. Después, lentamente, como si estuviera saboreando el momento, empezó a bajarlo hasta su boca. Sus dientes se hundieron en la carne

temblorosa que aún intentaba latir, y después rasgó con ellos una vena que, en pleno bombeo, soltó un chorro de sangre que recorrió el rostro de Tomas hasta llegar a su barbilla. La cascada se estancó en el agujero de su garganta, después dejó un rastro de dedos rojos por su pecho, dejando unos dibujos abstractos bajo su túnica que hacían que pareciera que llevaba pinturas de guerra. Su garganta experimentó unas leves convulsiones y él acabó tragándose el bolo, provocando una explosión de júbilo de los guerreros que le observaban.

Debí hacer algún tipo de ruido, porque volvió la vista hacia mí y, con sus dientes manchados de sangre brillante en lo que bien parecía una sonrisa caricaturizada, extendió su mano aún atiborrada de esa macabra masa de carne humana, como indicando que quería compartirla. Dio un paso al frente y me di cuenta que estaba amarrada, que no era capaz de detenerle ni de escapar, todo ello mientras su mano chorreante repleta de aquella horrible ofrenda, no dejaba de acercarse. Finalmente, se quebró mi parálisis y pude gritar.

Aquello hizo que la garganta me volviera a doler, pero no pude contenerlo más. En ese momento la visión se esfumó y yo me encontré de nuevo en medio del sangriento almacén, mirando ásperamente al nuevo Tomas, que, durante un breve segundo, se superpuso al antiguo. Sacó la lengua para relamer una minúscula gota roja alojada en la comisura de sus labios, tan pequeña que nadie hubiera reparado en ella si él no hubiera desviado así la atención. Recuerdo haber pensado que las viejas costumbres nunca mueren, justo antes de empezar a chillar con todas mis fuerzas.

Él se acercó unos pasos hacia mí, con las palmas de sus manos boca arriba, como intentando mostrarme que no podía hacerme daño, y vi que estaban casi limpias de nuevo. A medida que se acercaba, la última mancha que le quedaba en una de sus palmas se disolvió, desvaneciéndose en su piel como una gota de agua en la arena del desierto. Me di cuenta de que estaba tratando de escabullirme moviéndome hacia atrás como los cangrejos, mientras no paraba de gritar y blasfemar, pero tampoco me importaba. Me resbalé con la sangre y me caí, tras lo cual empecé a gritar más fuerte aún porque vi que mis piernas estaban todas cubiertas de rojo, como si hubieran florecido rosas en mis medias y botas. Tomas se acercó hacia mí despacio, hablando con tranquilidad, como si yo fuese una yegua juguetona a la que estuviese intentando domar.

—Cassie, escúchame, por favor. Hemos conseguido algo de tiempo, pero tenemos que irnos. Van a venir más —dijo, sin dejar de acercarse.

Resbalé de nuevo y esta vez me caí de culo. Al aterrizar, noté un golpe contra un objeto contundente. Todavía estaba lo suficientemente lúcida como para reconocer la forma de aquel objeto. Era mi pistola, así que rápidamente la agarré y apunté en su dirección.

—Si te acercas un paso más, te mato —lo amenacé.

A pesar de que la mano me temblaba enormemente y que mi manera de sujetar la pistola era de todo menos firme, él veía que no le mentía. Sus ojos, normalmente

suaves, cálidos y abiertos, eran ahora opacos espejos negros. No podía ver nada a través de ellos, y tampoco quería. Por Dios, no quería.

—Cassie, tienes que escucharme —insistió.

Observé aquella preciosa cara, y una parte de mí se volatilizó al ver cómo otra ilusión se hacía pedazos y moría. Creía que por fin había hecho algo bueno, que le había sido de ayuda realmente a alguien, que lo había salvado y, en lugar de eso, era como siempre: todas las putas cosas que hacía acababan desembocando en dolor, ya fuera mío o de otros. Tendría que haber sabido que era demasiado bueno para ser cierto, que era demasiado bueno. *Está fuera de tu alcance, Cassie, mi niña*, pensé mientras mi espalda golpeaba la puerta. *Quizá tenías que haber empezado por algo más pequeño, la próxima vez intenta adoptar un gatito*, me dije, sabiendo, eso sí, que las posibilidades de que hubiera una próxima vez eran bastante remotas.

Podía oír el ruido sordo de la música procedente del club al otro lado de la puerta, una especie de estribillo mezclado con música tecno. Me sonó a música celestial. Quería perderme entre la multitud, buscar la salida y correr como una posesa. Era la mejor escondiéndome, y en el barrio turístico me resultaría fácil fundirme entre la feliz multitud del viernes noche y convertirme en uno más de sus miembros. Tenía una cuenta bancaria aparte con uno de mis tantos nombres falsos, y también un montón de ropa nada llamativa para casos de emergencia que estaba guardada en una taquilla de la estación de autobuses. Además, tenía memorizados todos los callejones en un radio de quince manzanas. En definitiva, podría escaparme sin problemas... si lograba deshacerme de Tomas.

Me dirigí lentamente hacia la puerta, tratando de calmarme por el camino y maldiciendo la hora en la que decidí llevar tacones altos. Se me había subido la falda, pero ni me molesté en estirla; ofrecerle a Tomas unas buenas vistas era la menor de mis preocupaciones en ese momento. Noté la textura de una mancha de sangre mientras buscaba a tientas el pomo de la puerta, pero conseguí dar con él. Atravesé el quicio con las piernas temblorosas, pegué un portazo al salir y empecé a dar vueltas por el bar. No podía respirar hondo y mi cuerpo temblaba como queriendo caer enfermo; pero logré aguantar. No había tiempo para eso.

Había comenzado el espectáculo de luces, y la masa de bailarines que no paraban de saltar y dar vueltas aparecía y desaparecía al ritmo de los fogonazos estroboscópicos con los que se iluminaba la sala. Los latidos de la música y el ruido de la gente me dejaron sorda enseguida, pero no me hacía falta escuchar a Tomas para saber que estaba ahí detrás de mí. Los focos resaltaban mis manchas de sangre con series alternativas de ráfagas negras y plateadas. Por fortuna, la luz estaba lo bastante baja como para permitirme mezclarme entre la multitud sin provocar una estampida. Así y todo, tenía dudas de que mi aspecto fuera normal. Me fui colando por los huecos que veía, intentando pensar mientras proseguía con mi huida, pero no parecía que mi cerebro estuviese muy disponible en ese momento, así que lo único que mi instinto acertaba a decir era «¡Más rápido!». Intenté acelerar la marcha,

porque lo único que cabía esperar yendo así era que Tomas me atrapara; hasta yo sabía que no estaba yendo lo suficientemente rápido.

Cuando me encontraba en el medio de la pista de baile, noté como Tomas me agarraba. Me hizo dar la vuelta para que le mirase a la cara. Noté como una mano se deslizaba por la parte de atrás de mi camiseta chamuscada, como queriendo que nuestros cuerpos se juntaran más. Probablemente, a los ojos de todos los demás éramos simplemente una pareja bailando, yo era la única que sabía que no me podía escabullir. Él me sujetaba con fuerza la mano en la que yo tenía la pistola, apuntándola hacia abajo y hacia mí, lo más lejos posible de él. Aquello tampoco era necesario porque yo no habría intentado disparar en un sitio como ese. La palma de la mano me sudaba tanto que hasta tenía problemas para sujetar la pistola, y había demasiada gente como para arriesgarme a que una bala perdida le acabase dando a alguien. Además, o mucho me equivocaba, o una bala solo serviría para enfurecer aún más a Tomas.

Sus dedos treparon por mi espalda desnuda hasta llegar al trazo de mi pentáculo. Repasó el trazo de sus bordes con una parsimonia casi reverencial.

—Había oído historias sobre esto, pero nunca me las había llegado a creer — murmuró con una voz que sonaba sobrecogida.

De algún modo, él conseguía hacerse oír a pesar del ruido ensordecedor de la música, pero a mí no me apetecía mucho conversar. Traté en vano de zafarme de él, no sin antes maldecir la pasividad de mi protegido ante tal situación. Debía haberse quedado agotado por la pelea de antes o, a lo mejor, no funcionaba contra los que estaban a su nivel, pero, fuera lo que fuera, lo cierto es que no reaccionaba ante el tacto de los dedos de Tomas.

—Cassie, mírame.

Me resistí, porque sabía desde que era niña que mirar a un vampiro directamente a los ojos hacía que le resultase más fácil controlarte. Después de la escena en el almacén, no tenía ninguna duda de que él lo era, así que deseaba con todas mis fuerzas que saliera de mi cabeza. Dado que mi radar vampiro no le había detectado y que había pasado por humano para mí durante meses, solo podía ser que tuviese enfrente a un maestro de tercer nivel por lo menos, e incluso era posible que fuese superior. Aquello resultaba más probable aún si se tenía en cuenta que, alguna que otra vez, le había visto caminar a plena luz del día, algo que ni Tony podía permitirse sin arriesgarse a sufrir bastante más que una quemadura solar. No es que el nivel vampírico de Tomas fuese importante: cualquier maestro que lo deseara podía hacer, con sólo mirarme, que acabase cacareando como una gallina.

En cierta ocasión, pude disfrutar de una cierta protección contra esa clase de cosas, pero con mi antiguo tutor deseando con todas sus fuerzas verme muerta, ahora me había convertido más bien en un blanco más que fácil: si alguien quería hacerme daño, sabía que no solo no me iban a proteger; sino que, además, seguramente nadie me vengaría. Hasta donde yo sabía, lo único que recibiría Tomas por capturarme sería

una recompensa. Es más, a Tony no le importaba soltar dinero para saciar su sed de venganza y, teniendo en cuenta lo mucho que yo le había costado, seguramente pagaría a quien fuese con una sonrisa en la boca. ¿Quizá Tomas se había cargado a los otros vampiros porque los veía como rivales por la recompensa? Y en cualquier caso, ¿cuantísimo dinero estaría ofreciendo Tony por mi captura? ¿Y por qué Tomas había esperado tanto para hacer caja?

Traté de resistirme, pero todo el mundo pasaba de nosotros, supongo que porque daban por supuesto que lo único que yo hacía era bailar y bastante mal. Tomas me agarró con más fuerza. Teniendo en cuenta lo poco que le había tocado, se me hacía muy extraño que me sujetara de un modo tan íntimo. Resultaba difícil tener presente que quien así obraba era Tomas. Mi cerebro le había colocado en la categoría de amigo y se resistía a sacarle de allí para meterle en la categoría de vampiro psicópata-asesino. La manera en la que me sujetaba no me ayudaba a aclararme: su mano parecía mucho más que amistosa, subiendo y bajando continuamente por mi espalda casi desnuda. Tales caricias hacían que mi forma de bailar derivase hacia unos movimientos mucho más lentos y sensuales que lo que la música, en principio, exigía.

Al contrario de lo que dice la leyenda, su cuerpo se venció hacia el mío y lo sentí caliente y suave como raso firme, aunque bien pudiera ser que lo tuviera esculpido en acero por todas las ganas que tenía de acabar con su control. Mi pulso se aceleró y pensé que me iba a desmayar cuando inclinó la cabeza y sentí cómo sus labios planeaban sobre mi cuello. Creo que incluso mi corazón llegó a pararse cuando besó delicadamente mi piel como queriendo adivinar el pulso bajo la superficie. Era como si mi sangre pudiera sentirle, como si se volviese más lenta y espesa en mis venas, esperando a que él la liberara. Empecé a sudar, y no porque hiciera calor o porque hubiera tantos cuerpos hacinados en tan poco espacio. ¿Me iba a matar allí mismo, delante de unos doscientos testigos? Un escalofrío me recorrió de arriba abajo cuando me di cuenta de que podría hacerlo sin que nadie le dijese nada. No había la menor duda: Tomas podría sacar mi cuerpo de allí y nadie pensaría nada extraño al respecto; lo único que pensarían era que Tomas estaba cuidando de su compañera de piso, que seguramente se habría desmayado por el calor. Qué caballero.

Debería haber sabido que algo así iba a ocurrir. Cada vez que me fiaba de alguien, me traicionaba; cada vez que me enamoraba de alguien, moría. Dado que él ya estaba muerto, supongo que la regla seguía cumpliéndose.

—Por favor, no te resistas —espetó.

Notar su respiración sobre mi piel húmeda me hizo sentir escalofríos. Su sugerencia se coló en mi interior como una droga por las venas, envolviéndome en un halo rosado de relax que me hizo vencer parte del miedo e ignorar casi todo el dolor; pero que, al mismo tiempo, hacía que me resultase más difícil pensar. La sensación no era tan fuerte como si hubiera establecido contacto visual con él, pero aun así, me hacía sentir como si lo que me envolviese fuera agua pesada en lugar de aire. Cada

movimiento, por minúsculo que fuera, parecía toda una batalla. Tampoco es que aquello pareciera importarle: mis esfuerzos no hacían sino enviar sordas señales de dolor a través de mi muñeca dolorida, lo que no dejaba de excitarle. Su cara no revelaba absolutamente nada, pero su cuerpo no se encontraba tan bajo control. Es más, podía sentir cómo su piel se golpeaba firme contra esos pantalones tan ajustados que llevaba.

—No quiero hacerte daño —murmuró, tras rozar sus cálidos labios contra los míos.

Si hubiera servido de algo, le habría recordado que tanto si me asesinaba él mismo como si me llevaba ante Tony, el resultado final sería el mismo. Pero no me dio tiempo a decir nada antes de que sus labios se volvieran a fundir con los míos. Entonces, de repente, perdió el control y cubrió mi boca con un beso violento que enterró toda la gentileza anterior.

Sus brazos se estrecharon, oprimiéndome contra su cuerpo milímetro a milímetro, besándome casi con desesperación, como un hambriento que se estuviera muriendo de inanición y encontrase, al fin, el banquete esperado. Su mano firme bajó aún más por mi espalda hasta llegar al límite de mi minifalda de cuero y la levantó. De repente, me elevó por completo del suelo y me colocó contra su cadera, así que tuve que rodearle con mis piernas para no caerme. La saturación de sensaciones fue tal que tardé un minuto en darme cuenta de que habíamos vuelto al almacén. Según parecía, Tomas prefería cometer sus asesinatos en privado.

Aún seguía besándome cuando descargó una primera radiación de energía que estremeció todo mi ser. O algo le había desconcentrado o ni se molestaba ya en mantener su escudo. ¿Y para qué iba a hacerlo? Probablemente, yo era la única persona con sensibilidad del lugar, y a esas alturas ya sabía que era un vampiro. A los ojos de los demás Tomas parecería el mismo de siempre, pero yo notaba como si hubiera mojado su piel en oro fundido, lo que hacía que pareciese que brillaba como un sol en miniatura en medio de aquella sala oscura. La cantidad de energía que había descargado Tomas había conseguido erizarme el vello de los brazos y de la parte trasera de mi cuello. El aire parecía más pesado, me recordaba al bochorno que hay justo antes de que estalle la tormenta. De repente, todo parecía más claro, brillante y definido. Toda aquella fuerza encontró de pronto un lugar sobre el que volcarse y acabó golpeándome como una ola alta en medio del océano, empapándome una y otra vez y haciendo que me resultase más difícil recordar la razón por la que me resistía e incluso cualquier cosa.

Tomas interrumpió el beso y yo emití un pequeño e involuntario sonido de protesta antes de que deslizase su boca hacia mi cuello de nuevo. Sin embargo, esta vez no me importó; esta vez, parecía un gesto curiosamente tierno, aunque una pequeña parte de mi cerebro se dio cuenta de que su pelo caía por mi falda arrugada, escondiéndola de las luces más brillantes que procedían del bar. Lucille, que se encontraba atendiendo a unos clientes a unos metros de allí, me mostró su aprobación

exhibiendo los pulgares hacia arriba con un gesto de sorpresa en la cara mientras nos veía deslizarnos por debajo de la barra. Tampoco intenté pedir ayuda. Todo era cuestión de lógica: ¿qué podía hacer Lucille contra un vampiro joven y mucho menos contra un maestro? Con todo y con eso, lo cierto era que, en el fondo, me daba igual. Sin embargo, en ese momento, Tomas debió pensar que yo estaba a punto de volverme loca o, tal vez, no quería arriesgarse a ello. Me besó de nuevo y fueran cuales fueran sus razones, no cabía duda de que sabía lo que se hacía. El tacto sedoso de sus labios sobre los míos solo sirvió para embrollar aún más mis pensamientos, así que, cuando nos separamos, yo estaba demasiado obnubilada como para recordar que no tenía que mirarle a los ojos. Como si me hubiesen activado un interruptor, mi cabeza se quedó congelada de pronto; y, con ella, todos mis pensamientos, excepto el de que el Tomas que yo había conocido no volvería nunca. La luz se hizo más tenue y la música más débil, y me di cuenta cómo poco a poco lo único que quedaba en mi retina era su cara y lo único que podía escuchar ya era el latido del pulso en mis orejas.

¿Por qué nunca había reparado en la manera tan atractiva en la que Tomas elevaba sus párpados? Sus pestañas parecían flecos de seda negra que enmarcaban las minúsculas llamaradas que la iluminación del bar hacía danzar en sus pupilas. Algo dentro de mí reaccionó ante el calor que percibí en aquella mirada, porque mis manos parecieron recuperar su voluntad y empezaron a dibujar un rastro por su vientre plano, aprovechándose de que su camisa era una barrera bastante insustancial. Lo único que parecía importarme era el tacto de aquellos músculos firmes ocultos bajo la piel sedosa; lo único que deseaba era llegar a su cuello y enterrar las manos en aquella mata brillante de pelo de media noche, para comprobar si era tan suave, densa y pesada como parecía. En esas estaba cuando mi atención se dispersó al divisar un pezón oscuro a través de uno de los múltiples agujeros de su camisa. La verdad es que aquella era una de esas cosas que me solían distraer tantas veces que he perdido la cuenta. Comprobé que sabía tan bien como parecía, tanto como hubiera podido imaginar, y que se estrechaba perfectamente entre los esfuerzos de mis labios y mis dientes como si hubiera estado deseando que lo tocara durante mucho tiempo. Ahora que lo pienso, casi no me di ni cuenta de cuándo Tomas me volvió a meter en el almacén para después cerrar la puerta con el pie.

A continuación, respiró honda y ruidosamente y poco a poco se separó de mí. Un momento después, comenzó a hablarme con una voz ronca que no se parecía para nada a su tono habitual.

—Dame la pistola, Cassie. Alguien podría resultar herido si se te dispara por accidente —sentenció con una voz áspera y curiosamente desafinada que sirvió para que mi cabeza se despejara un poco.

Ver al primer vampiro que me atacó también ayudó a que recuperara algo la conciencia. Allí yacía, despedazado en tres trozos y medio devorado por la acción de mi protegido. En medio del desastre que había arrasado su cuerpo, pude ver astillas

ennegrecidas en el suelo, como si un pentáculo torcido se hubiera impreso a fuego en el piso de madera. Me quedé mirando el panorama, con una ligera confusión. De repente, pillé el chiste: *alguien podría resultar herido*. Ahora sí que tenía gracia.

Me sujeté a Tomas para evitar caerme, con mi pistola balanceándose inútilmente contra su espalda. Me la quitó de mi mano, ya débil, y la tiró hacia algún sitio. En realidad no vi dónde la dejaba, solo desapareció. Tomas me miraba con preocupación; y, de repente, eso también pareció gracioso. Se me saltó una risita tonta. Esperaba que Tony le hubiese pagado bien, porque aquello era un desmadre.

—Cassie, puedo llevarte si quieres, pero tenemos que irnos —dijo mientras echaba un vistazo al reloj de pared. Marcaba las 8.37.

—Espera, todavía tenemos tiempo de llegar a nuestra cita —dije todavía entre risas, y con una voz que no sonaba como si fuera mía.

Me di cuenta de que estaba a punto de volverme histérica y entonces Tomas se movió. Lo siguiente que recuerdo es que estaba de nuevo en sus brazos y que los dos estábamos fuera, corriendo por un camino oscuro tan rápido que las luces de las farolas se difuminaron en una línea continua y plateada.

—Ahora duerme —me ordenó Tomas mientras todo seguía yendo muy rápido. Me di cuenta de que estaba terriblemente cansada y por ello dormir parecía muy buena idea. Me sentía a gusto y calentita, aunque mi cabeza seguía dando tantas vueltas que parecía como si el cielo de la noche fuera a caer sobre nuestras cabezas o como si estuviésemos volando hacia las estrellas. Recuerdo haber pensado, ya adormilada, y justo antes de dormirme del todo, que ya que había que morir, hacerlo de aquella manera tampoco estaba tan mal.

Me desperté cansada, dolorida y bastante desubicada. Mi estado de ánimo no mejoró cuando comprobé que Tomas estaba sobre mí. Su cara inexpresiva fue lo primero que vieron mis ojos al despertar.

—¡Aléjate de mí! —vociferé mientras hacía esfuerzos para quedarme sentada.

Tuve que esperar algunos minutos para que la habitación dejara de moverse, pero, cuando por fin se detuvo, lo que vi no me entusiasmó para nada. Genial. Me habían llevado a la sala de espera del Infierno. Aquella pequeña estancia estaba labrada en arenisca roja y no tenía más iluminación que la de un par de boquetes en la pared. Parecía como si los hubieran escarbado con cuchillos entrelazados y en su interior se alojaban unas antorchas que olían como el demonio. Aquello me hizo ver de inmediato que me encontraba en algún lugar repleto de poderosas protecciones, que podían estar impidiendo el correcto funcionamiento de la electricidad. Nada bueno.

El sitio podía pasar perfectamente por una sala de torturas, si no fuera porque, en lugar de empulgueras de hierro, no tenía más mobiliario que el sofá de cuero negro tan incómodo en el que yo estaba sentada y una pequeña mesa de pared con unas cuantas revistas. Una de ellas era un ejemplar de *Oracle*, el equivalente a *Newsweek* en el mundo de la magia, pero, como solía ocurrir en la mayoría de las salas de espera, era ya de hacía unos meses. En mi vida cotidiana, me dejaba caer por una cafetería de Atlanta cada semana para leerla, por si se daba el caso de que pasaba algo en mi antiguo mundo que pudiera afectar a mi nueva vida. No obstante, tenía serias dudas de que el tema de portada del número que había en la mesita, que trataba sobre los efectos de las importaciones asiáticas a bajo coste en el mercado de medicamentos mágicos, estuviese dentro de esa categoría. La otra revista, *Cristal Gazing*, de temática más sensacionalista, abría esa semana con un gran titular a ocho centímetros que rezaba: «¡Desaparece la heredera de la pitia!» Seguí leyendo la historia, pero tuve que acabar dejándola porque hacía daño. Supuse que el tema de «Brujas raptadas por marcianos» con el que habían venido abriendo últimamente ya no daba más de sí.

—*Mia stella*, el Senado te asignó a Tomas como guardaespaldas; él no puede abandonarte —musitó una voz familiar que me llegaba dulce desde cerca de la puerta—. No compliques más las cosas.

—No lo hago —repliqué.

Después de todo lo que había pasado, pensé que me estaba comportando como la mujer más razonable del mundo. Tenía náuseas y me sentía tan cansada que no pude evitar tambalearme cuando intenté ponerme de pie a la fuerza. Además, me quemaban los ojos como si se hubieran despachado con la buena y larga llorera que, en el fondo, deseaba tener. Pero no di mi brazo a torcer.

—No quiero tenerle cerca —concluí.

Ignoré a Tomas y a otro tipo desconocido que iba vestido de cortesano del siglo

XVII y me concentré en el único amigo que tenía en la sala. No tenía ni idea de qué estaba haciendo Rafe allí. No es que no estuviese contenta de encontrármelo allí, cuantos más amigos mejor, pero no sabía cómo encajaba en aquella historia. Rafe era un diminutivo de Raphael, orgullo de Roma y artista favorito del papado hasta que, en 1520, cometió el error de rechazar un encargo de un adinerado comerciante florentino. Tony siempre había intentado competir artísticamente con los Medicis: ellos tenían a Miguel Ángel, así que a él le hacía falta Raphael. Rafe le dijo al comerciante que tenía más encargos de los que podía hacer y que, en cualquier caso, tenía frescos que pintar para el papa. No iba a viajar hasta Florencia solo para pintar un comedor. No habría sido una jugada muy inteligente. Desde entonces, Rafe se dedicó a pintar todo lo que Tony quería, incluyendo mi dormitorio de cuando era niña. Rafe llenó el techo de mi habitación de ángeles que parecían tan reales que durante años pensé que cuidaban de mí mientras dormía. Él era uno de los pocos hombres de Tony de los que me había dado pena separarme, pero me tuve que escapar sin despedirme. No me quedaba otra elección: él pertenecía a Tony así que, si su maestro le hacía una pregunta directamente, tenía que decirle la verdad. Por eso, si estaba allí entonces, era porque Tony quería que estuviese. De algún modo, aquel pensamiento frenó mi alegría.

Tomas no decía nada, pero tampoco se iba. Lo miré, pero la cosa no tuvo ningún efecto. Aquello era un problema, porque yo tenía que escaparme, y cuantas más niñeras hubiera, más grande se hacía el reto. Luego estaba también el hecho de que con solo mirarlo brotaban en mí tantas emociones que me dolía la cabeza. No era la violencia lo que más me molestaba. Había visto bastantes cosas mientras me criaba, así que podía obviar lo que había pasado en el club ahora que ya había pasado el impacto de pensar en que el protagonista de la matanza había sido, efectivamente, Tomas. También ayudaba que no estuviera arrodillada en una bañera de sangre y pensar que los vampiros que él había matado habían intentado hacerme a mí lo mismo.

Mi actitud podía resumirse muy fácilmente: estaba viva, ellos no; bien por mí. La supervivencia en casa de Tony te enseñaba a ser pragmática con respecto a esas cosas.

También había que concederle a Tomas algo de crédito por salvarme la vida, aunque era muy probable que me hubieran hecho aún menos daño si no hubiera pasado a avisarle a él en un principio. Estaba incluso deseando perdonarle que me hubiera llevado allí sin darme ni una sola explicación, sobre todo teniendo en cuenta que no habíamos tenido ni un rato tranquilo para poder debatirlo tranquilamente. Poniéndolo todo en una balanza, me parecía que estábamos empatados, excepto por lo de la traición. Eso era otra cosa. Si se lo llegaba a perdonar alguna vez, desde luego no sería pronto.

Con Tomas había compartido momentos de cuando estuve en la calle que no había compartido con nadie más, con el ánimo de ayudarle a que él también se

abriera más. Me preocupaba que no estuviera haciendo amigos en el club a pesar de todas las atenciones que recibía, y me preguntaba si tenía alguna de mis mismas fobias relacionales. Me permití encariñarme con él, joder, y todo ese tiempo, lo único que me había contado eran mentiras. Por no mencionar el hecho de que me había robado deliberadamente mi voluntad, haciendo que me comportara como una idiota que todavía intentaba no ruborizarse. Ese tipo de cosas se tienen por graves en los círculos vampíricos; si hubiera estado en el lado de Tony, seguro que se habría encabronado con Tomas por ejercer una influencia indebida sobre un sirviente suyo.

—Déjame hablar con ella —le pidió Tomas a Rafe.

Antes de que yo pudiera protestar, el resto de la gente abandonó la sala para proporcionarnos una ilusión de privacidad. Era solo una cuestión de formas, con la capacidad auditiva de los vampiros el hecho de que se fueran no suponía un gran cambio.

No me molesté siquiera en bajar mi tono de voz.

—Vamos a dejar las cosas claras —gruñí furiosa—. Me mentiste y me has traicionado. No quiero verte, ni hablar contigo, ni siquiera respirar el mismo aire que respiras. Nunca más. ¿Me entiendes?

—Cassie, tienes que entenderlo; solo hice aquello a lo que me vi forzado...

Me di cuenta de que llevaba algo en la mano.

—¿Se puede saber qué estás haciendo con mi bolso? —estallé sorprendida.

Debí haber sabido que lo haría, porque Tony no tenía por qué saber qué sorpresas tendría yo escondidas allí, pero el hecho de que fuera Tomas quien lo hubiera hecho hacía que volviese a parecer otra traición.

—¿Me has cogido algo? —seguí interrogándole.

—No, está justo como lo dejaste. Pero Cassie... —replicó él.

—¡Devuélvemelo! —grité, mientras casi me caigo al agarrarlo—. No tienes ningún derecho a...

—¡La Torre! ¡La Torre! ¡La Torre!

Mi baraja de tarot cayó al suelo y parecía que tuviese un ataque de histeria. Noté cómo las lágrimas asomaban por mis ojos. Era una estúpida baraja de cartas, pero era lo único que me había dejado Eugenie.

—¡La has roto! —volví a gritarle.

Me tiré al suelo para recoger las cartas desperdigadas y Tomas se arrodilló junto a mí.

—Son las protecciones —aseguró con voz pausada—. Hay demasiados aquí, interfieren en el encantamiento de las cartas. Todo debería volver a estar como siempre cuando nos vayamos; pero, si no, puedo pedir que te las vuelvan a hechizar. No es más que un simple hechizo.

Aparté su mano de mis pobres cartas confusas. Sabía exactamente cómo se sentían.

—¡Que no las toques! —berreé.

Las ordené de cualquier manera con las manos temblorosas mientras él se recostaba sobre sus tacones y me seguía observando.

—Lo siento, Cassie —acabó diciendo—. Sabía que ibas a enfadarte.

—¿Enfadarme? —chillé mientras daba vueltas a su alrededor con tal enojo que apenas podía ver nada—. Dejaste que creyera tu historia de pobre muchachito víctima de abusos que necesitaba un amigo y yo, estúpida de mí, ¡acabé picando! Confié en ti y tú me vendiste a...

Hice una pausa y respiré hondo antes de detenerme completamente. No iba a darle la satisfacción de dejar que me viera llorar. No iba a hacerlo. Metí las cartas en mi bolso y comprobé el resto de su contenido para hacer algo de tiempo hasta que volviese a tomar las riendas de la situación. Un minuto después, levanté la vista.

—No se puede arreglar todo lo que uno rompe, Tomas —le recriminé.

Viendo sus ojos tan sinceros, casi llegué a creerle. Casi.

—Así que tú eres qué, ¿un pobre maestro vampiro víctima de abusos? ¡Por favor! —le dije con desdén.

—No te mentí —repitió, esta vez con más énfasis—. Tenía la orden de mantenerte a salvo. Eso es lo que hice. Tenía que ganarme tu confianza, pero no te mentí para conseguirlo. Nunca te dije que hubiese sido víctima de abusos, aunque si lo hubiera dicho, tampoco te habría mentido. Cualquiera de los sirvientes de Alejandro podría firmar esa declaración.

No podía creer que estuviera haciendo eso. No esperaba una disculpa de corazón, pero el hecho de que ni siquiera admitiera lo que me había hecho era demasiado.

—Me das asco —dije con desprecio mientras me ponía de pie.

Caminé hacia la puerta y asomé la cabeza. Rafe estaba en el pasillo, intentando disimular que no había escuchado ni una palabra.

—O se marcha o no cooperaré —amenacé.

Al segundo siguiente, las manos de Tomas estaban alrededor de la parte superior de mis brazos, lo que me resultó doloroso durante unos breves segundos antes de que me volviera a poner enfrente de él.

—¿Qué sabes tú de abusos? —inquirió con una voz que se volvió profunda y fiera—. ¿Sabes tú cómo me convertí en un vampiro, Cassie? ¿Me mirarías mejor si te dijera que mi poblado fue sitiado y que después me llevaron a mí y a mi gente a saciar las ansias de caza de Alejandro y su corte? ¿Que la única razón por la que no estoy muerto es porque uno de sus cortesanos creyó que era lo suficientemente atractivo como para hacer una excepción conmigo y salvarme? ¿Que tuve que ver cómo gente con la que había luchado contra la plaga y con la que había conquistado territorios, gente que había luchado a mi lado y vencido durante años a rivales más fuertes y numerosos, era aniquilada por un loco que sólo deseaba satisfacer sus ansias de enfermizo entretenimiento? ¿Es eso lo que querías oír? Si eso no es lo suficientemente terrible como para conseguir tu perdón, créeme, todavía me quedan más historias. Podíamos haberlas compartido, pero pensé que te marcharías antes de

que me diera tiempo a hacerlo. Tú estuviste en la calle durante unos cuantos años, vale, ¡pero yo estuve con Alejandro durante tres siglos y medio!

—Tomas, por favor, suelta a *mademoiselle* Palmer.

Para mi sorpresa, el hombre de la indumentaria curiosa se había decidido a intervenir. Yo había pensado que tenía pinta de haber salido de la Inglaterra de la Restauración, pero ahora me daba cuenta de que sus orígenes estaban al otro lado del Canal de la Mancha. Su acento no era muy marcado, pero se podía adivinar que era francés. Casi me había olvidado de que estaba allí. Más raro aún fue que Tomas obedeció su orden de inmediato, alejándose de mí como si el más mínimo contacto conmigo le fuese a provocar una quemadura; pero sus ojos negros seguían clavados en los míos como esperando obtener una respuesta. ¿Qué se suponía que debía decir yo? «Vale, lo has pasado mal, así que no importa que me hayas entregado a una gente que puede ser incluso peor que la mía». «Tu vida era una mierda, así que no pasa nada porque hayas arruinado la mía?». Si era eso lo que esperaba oír, podía seguir esperando mucho tiempo.

—¿Quizá puedas confiar en mí para que la proteja durante un tiempo? —dijo aquel hombre.

Aunque la frase estaba formulada como una pregunta, aquel francés esbelto comenzó a acompañarme por el pasillo sin esperar la respuesta.

Pronto volvió a aparecer ante mí la imagen de mi vieja némesis, pero no en las circunstancias que yo esperaba. La cara rechoncha de Tony tenía el mismo aspecto de siempre, lo cual no me sorprendía ya que desde 1513 no había cambiado nada excepto su vestuario. Llevaba lo que a mí me gustaba creer que era su traje de mafioso: un conjunto de raya diplomática que parecía como si se lo hubiera robado al gorila de una taberna clandestina, y era probable que así hubiera ocurrido en realidad. A Tony le gustaba el traje porque alguien le había dicho en una ocasión que las rayas verticales le hacían parecer más delgado. Mentían. Cuando Tony murió pesaba más de ciento treinta y cinco kilos, lo que en un cuerpo de un metro sesenta y cinco de estatura significaba que tenía más o menos la forma de un balón de fútbol con patas. Y por mucha dieta o ejercicio que hiciera, eso ya no iba a cambiar.

Pero incluso con ese peso y con su retorcido sentido estético, Tony tenía mejor apariencia que el jefe de sus matones, Alphonse, que estaba, como siempre, por detrás del hombro izquierdo de su maestro. Aunque por el momento sólo eran reflejos en un gran espejo, yo sabía que estaban en la antigua fortaleza de Filadelfia. Me sorprendía que hasta Tony tuviera tantos arrestos para regresar allí, pero debía haberlo sabido: entre sus defectos no estaba, desde luego, el no tener pelotas. Sabía dónde estaban porque Tony estaba sentado en su silla habitual, un trono que procedía del palacio de un obispo de la época en la que se llevaba el labrado y la pedrería brillante. El respaldo se elevaba por encima de un metro ochenta del suelo, pero Alphonse no tenía que estirarse para que se le pudiera ver. A pesar de todo, su altura no le ayudaba a tener un mejor aspecto. Era como si alguien que sabía bien el aspecto

que tenía que tener un matón hubiese volcado en Alphonse todos sus conocimientos. Tenía, además, una de las caras más aterradoras que he visto nunca. Y no lo digo en el buen sentido, como los malos esos que salen en las películas de Hollywood: el tipo era feo sin más. En cierta ocasión, escuché que, antes de que le convirtieran, había trabajado para Baby Face Nelson dando palizas por encargo. Viendo su aspecto, yo no podía dejar de pensar que, más que dar palizas, parecía como si las hubiese recibido; es más, como si le hubieran pegado repetidas veces, con un bate de béisbol y en toda la cara. Cuando era pequeña, me fascinaba el hecho de que Alphonse tuviese un perfil casi plano, porque su nariz no le sobresalía mucho más que su frente de neandertal.

Siempre me partía de risa cuando veía a los vampiros representados en alguna película como espectaculares, atractivos y con un armario interminable de ropa cara. La realidad es que, cuando estás muerto, tu aspecto se parece mucho al que tenías cuando estabas vivo. Unos cuantos cientos de años pueden enseñarle a una persona unos cuantos trucos de belleza, supongo, pero a la mayoría de los vampiros eso no les importaba mucho. Algunos de los más jóvenes hacían un esfuerzo porque tener un buen aspecto les permitía cazar más fácilmente, pero a la mayoría de los más ancianos aquello les importaba un comino. Cuando tienes la capacidad de hacer que la gente pueda creer que eres cualquier cosa desde Marilyn Monroe hasta Brad Pitt con un mero ejercicio de sugestión, el maquillaje empieza a parecer solo una forma de malgastar dinero.

A pesar de estar viendo a Tony y su mascota a través del espejo encantado, yo estaba de buen humor. Yo tenía mucho peor aspecto que cualquiera de ellos dos, con mi sujetador rosa asomando entre los jirones de mi camisa, mi cara llena de arañazos rezumando sangre, y trocitos viscosos de vampiro cayéndome por las botas. Pero seguía viva, todavía seguía siendo humana y Tony no parecía muy feliz. A bote pronto, no se me ocurría una situación mucho mejor que aquella. Por supuesto, Tony no era el único problema a la vista, pero suponía que aún me quedaban opciones de seguir luchando una vez que había llegado ya hasta ese punto. Si el Senado me quisiera muerta, su espía me habría liquidado en cualquier momento a lo largo de los últimos seis meses.

Eché un vistazo a la enorme sala en la que había entrado Tomas. Él seguía allí, cerca de la puerta, técnicamente siguiendo al pie de la letra mi petición de alejarse, pero no todo lo que yo desearía para estar a gusto. Estaba hablando con uno de los guardias de la cámara, un conjunto de cuatro rubios de uno ochenta que parecían recién salidos de un tapiz medieval, todos ellos uniformados, con hachas de batalla colgadas de sus amplias espaldas y cascos con protección nasal. Me di cuenta de que había cubierto su ropa del club con una chaqueta vaquera negra que le combinaba con los pantalones, pero le hacía parecer un motero. Su cara no estaba iluminada, así que no veía su expresión, pero probablemente no me hubiera dicho nada. Al menos nada que yo quisiera ver.

Era lamentable cómo tenía que resistirme para no ir con él, cómo deseaba desesperadamente que se iluminase para mí como nunca lo hacía para nadie más, cómo quería escucharle decir que todo iba a ir bien. Sabía lo que era, sabía cuánto me había mentado, pero aun así, una parte de mí todavía quería confiar en él. Tenía la esperanza de que todo aquello no fuese más que un efecto duradero de la invasión mental anterior, pero al mismo tiempo me decía a mí misma que tendría que superar aquello. Mis ojos tendrían que acostumbrarse al hecho de que, aunque aquel tipo tuviese la apariencia de mi Tomas, no lo era; el hombre que había creído conocer solo había existido en mi imaginación.

Volví a centrar mi atención en el acontecimiento principal, que no debería haber acabado siendo tan difícil para mí, teniendo en cuenta cuál era la situación inicial. Un duro bloque de caoba a partir del cual se había labrado una enorme mesa rectangular era el único mobiliario de la sala, aparte de la fila de asientos que estaba junto a la pared más lejana. La mesa parecía pesar una tonelada y se elevaba sobre una plataforma de mármol negro igualmente elefantiásica, a la que se accedía a través de unos escalones brillantes. Tal disposición elevaba a los integrantes del Senado casi un metro por encima de los humildes peticionarios, o prisioneros en mi caso. El resto de la sala, o caverna teniendo en cuenta que más tarde me enteré de que estaba a bastante profundidad, estaba labrada en arenisca roja y tenía marcas negruzcas provocadas por las velas insertas en los brazos negros de hierro de las enormes lámparas que colgaban del techo. El espejo, apuntalado en la parte izquierda, era una nota discordante y desagradable dentro del conjunto de la sala; aunque únicamente por el hecho de que seguía reflejando la cara de Tony. Aparte de eso, el decorado se completaba con las banderas y escudos de armas de los miembros del Senado que colgaban detrás de cada uno de sus respectivos asientos. Cuatro de esos escudos estaban cubiertos de negro, y las pesadas sillas labradas que había delante de ellos estaban vueltas hacia la pared. Aquello no tenía buena pinta.

—¡Exijo que se me compense! —clamó Tony.

Volví a centrar mi atención en mi antiguo protector, que seguía repitiendo su petición por quinta vez al menos. Tony pertenecía a la escuela de debate que se regía por el lema de «repite tu postura hasta que te hagan caso». La razón era sencilla: no había podido practicar otra táctica de debate durante mucho tiempo, porque nadie de su familia hacía otra cosa que no fuera lamerle el culo y, después de cientos de años acostumbrado a ese tipo de trato, tu personalidad se acaba acomodando.

—La admití en mi seno, la crié, la traté como una más de nuestra familia, ¡y ella me engañó! ¡Tengo todo el derecho a exigir su corazón! —continuó bramando.

Yo podría haber comentado que, dado que yo no era un vampiro, clavarme una estaca era una manera un poco exagerada de matarme, *je je*, pero prefería concentrarme en asuntos más importantes. No es que pensara que el Senado se fuera a preocupar por los negocios de Tony, pero me encontraba ante una oportunidad única de despotricar contra aquel baboso y no iba a perderla por nada del mundo.

—Tú mataste a mis padres, así que tuviste bien fácil convertirte en el único que monopolizaba mi talento. Me dijiste que mis visiones te ayudaban a evitar los desastres que yo veía y que pasabas la información a los demás para ayudarles; pero no era verdad: solo las usabas para sacar provecho de ellas. ¿Y ahora te enfadas porque te costé algo de dinero? Ándate con cuidado, porque como te tenga cerca alguna vez, te cortaré la cabeza sin contemplaciones —le solté. Y lo decía totalmente en serio: matar a Tony era un viejo sueño, aunque sabía que no tenía muchas posibilidades de cumplirlo.

A Tony no pareció enfadarle mucho mi ataque, pero tampoco yo esperaba otra cosa. La gente llevaba siglos amenazándole, y ahí seguía él. Una vez me contó que la supervivencia era una manera más elocuente de responder a sus detractores que cualquier otra, y supongo que todavía seguía pensando lo mismo.

—No tiene ninguna prueba de que yo tuviera nada que ver con aquel desafortunado incidente. ¿Acaso estoy aquí sentado para oír cómo me insultan? —prosiguió Tony.

—Lo «vi» —repliqué tajante.

Me volví hacia la líder del Senado, oficialmente conocida como Cónsul, para intentar que tuviese en cuenta los argumentos de mi defensa; pero ella sólo se preocupaba por acariciar una cobra tan grande como para rodear su cuerpo entero un par de veces, y eso desconcentraba bastante. La cobra tenía pinta de estar domesticada, pero yo no le quitaba ojo de encima por si acaso. Los vampiros solían olvidar que «cosas» que a ellos les resultaban solo molestas, como la mordedura de una serpiente venenosa, podrían tener unas consecuencias un «poquito» más graves para los mortales que trabajaban con ellos. Los que llevábamos sobreviviendo un tiempo habíamos aprendido a tener mucho cuidado con este tipo de «cosas».

—Esa mujer tiene manía persecutoria —protestó Tony alzando sus manos regordetas con inocencia—. Siempre ha sido peligrosamente inestable.

—En ese caso, me sorprende que se fiase tanto de sus predicciones —dijo la Cónsul tajantemente.

La voz de la Cónsul se deslizó por la sala y en mi piel rebotó como si fuese una presencia tangible en sí misma. Su increíble poder hizo que sintiera espasmos, aunque por supuesto daba gracias por que no lo dirigiera contra mí. Al menos no de momento. La Cónsul ya no llevaba largos vestidos de lino ni tocados dorados, pero supongo que cuando tienes tanto poder, no tienes por qué hacer ninguna exhibición más. De todos modos, su vestuario tampoco me había llegado a decepcionar, lógico si se tiene en cuenta que estaba compuesto principalmente por serpientes multicolor que cubrían su cuerpo hasta tal punto que costaba atisbar en ella siquiera un pedazo de piel desnuda. Las escamas de las serpientes atrapaban la luz de las antorchas y refulgían como si la Cónsul fuese vestida con joyas vivientes: ónice, jade y esmeralda, a lo que había que sumar el brillo ocasional de unos ojos de rubí. Sin embargo, aparte de su vestimenta, llamaba poderosamente la atención la autoridad de

su voz y la inteligencia de aquellos ojos oscuros que mostraban que, en cierto modo, ella seguía siendo una reina. Yo no había sido capaz de reconocerla y nadie se había molestado en hacer presentaciones; pero Rafe, situado a mi espalda como queriendo darme apoyo moral, supongo, me había susurrado al oído un nombre según nos acercábamos a la mesa. Ante mi mirada de espanto, sus dientes brillaron en medio de su barba oscura.

—No fue precisamente un áspid lo que le mordió a ella, *mia stella* —me explicó con su habitual sonrisa velada.

—No me fiaba de ella —Tony seguía mintiendo sin inmutarse—. Para mí sólo era un entretenimiento.

La mano con la que Rafe me sujetaba por el brazo se estrechó, y yo tuve que morderme el labio. Continuar por la vía ofensiva podría acabar enfadando a la Cónsul, lo cual no era para nada inteligente, pero resultaba difícil quedarse callada. No tenía ni idea de cuánto dinero había hecho ganar al gusano de Tony durante aquellos años, pero desde luego era mucho. Lo sabía por cosas como aquella vez que sacó al menos diez millones de dólares comprando cítricos justo antes de que una serie de desastres naturales destrozase los cultivos de naranja de California y provocase un incremento espectacular de los precios. Aquello no ocurría todos los días, pero tampoco era un suceso aislado.

Aun así, la avaricia de Tony no había sido nunca la principal causa de mis problemas con él. Lo que me hizo escapar de él, además de enterarme de lo que ocurrió con mis padres, fue que decidiera permitir que todo un bloque de edificios fuese pasto de las llamas simplemente porque le apetecía comprar algún terreno en la zona y quería hacerlo a bajo precio. Le avisé de que aquello iba a ocurrir como con una semana de antelación, tiempo más que suficiente para que él hubiese hecho los avisos pertinentes; pero por supuesto, no lo hizo. Al día siguiente de que sucediera, contemplé horrorizada las fotos del periódico en las que se podían ver hasta los cuerpos achicharrados de algunos niños. En ese momento, se me encendió la bombilla. Después de realizar varias comprobaciones, pude confirmar lo que ya sospechaba: Tony empleaba mi talento para urdir asesinatos y dar golpes de efecto en la política para favorecer sus intereses. También aprovechaba lo que yo le contaba para traficar con drogas y armas ilegales sin que las autoridades le detuviesen. Y aquello era sólo lo que yo había llegado a saber. El día que acabé de juntar las piezas del puzle, me prometí a mí misma que, de algún modo, haría que Tony acabase pagando por todo aquello. Él también se hizo la misma promesa, pero a mi modo de ver, no con la misma convicción.

—Entonces, la pérdida tampoco debió ser tanta —repuso la Cónsul—. No se preocupe. Se le recompensará económicamente por su demanda.

—Señora Cónsul, con todo el debido respeto, lo único que deseo es que me sea devuelta. Soy su maestro por derecho propio, como creo que confirmarán los míos —replicó Tony.

—No. —Su mirada oscura se deslizó momentáneamente hacia mí y, de repente, me sentí como un conejo cuando levanta la vista y ve planear a un halcón—. Tenemos proyectos para ella.

Tony siguió vociferando y empecé a darme cuenta de que Alphonse ya no hacía ningún esfuerzo por frenar la cólera de su jefe. Mi aprecio hacia su inteligencia subió unos cuantos puntos. Si Tony seguía cavándose su propia tumba, permanente esta vez, Alphonse tendría una oportunidad para recuperar el control sobre si mismo, y lo mismo pasaría conmigo. Alphonse y yo no éramos exactamente lo que se dice amigos, pero hasta donde yo sabía, él no tenía más razón para desear mi muerte que el hecho de que Tony lo hubiera ordenado. Sonreí mientras musitaba para mis adentros: *Vamos, sigue hablando, Tony*. Por desgracia, un minuto después uno de los dos enormes vampiros que flanqueaban a la Cónsul detrás de su silla enfundados en sus taparrabos de piel de leopardo dio un paso al frente y quitó el espejo. ¡Qué mal! ¡Ahora que empezaba a divertirme!

La presión con la que la mano de Rafe me sujetaba me advertía de que debía seguir manteniendo una expresión vacía. Del mismo modo que no era una buena idea mostrar miedo o debilidad ante un tribunal, y aquello bien parecía el tribunal de tribunales, tampoco era muy inteligente mostrar que te diviertes demasiado. Alguien podría considerar algo así como un desafío y aquello no sería nada bueno. Rápidamente, reajusté mi expresión hasta lograr la cara de póquer que había aprendido cuando era pequeña. No me resultó difícil: era tan simple como pensar que toda la alegría que había conseguido acumular iba a desvanecerse de todas formas en cuanto me dirigiera al Senado. Sin la presencia de Tony para distraerles, la atención de todos se centró de repente en mí, y aquello podía poner de los nervios incluso a alguien como yo, que había tenido que asistir con regularidad a reuniones de la familia. Tony insistió en que estuviera allí presente, sobre todo después de que su telépata se convirtiera en vampiro y perdiera sus poderes. Su insistencia se hacía más patente si tenía constancia de que las familias rivales iban a mandar a algún representante. Tampoco sé por qué. No puedo leer la mente y las probabilidades de que «viese» algo sobre alguno de los presentes eran muy pocas. Se lo había dicho cientos de veces, no puedo cambiar de don como quien cambia de canal, e incluso cuando eso sucede, no puedo escoger el canal al que deseo cambiar, me viene uno nuevo sin más. Él me ignoraba, quizá porque le gustaba el prestigio que le confería el tener a su lado a su vidente personal como si fuera un perrito entrenado. De todos modos, después de haber visto tanta gente espantosa, pensaba que nada podría impresionarme. Me había equivocado.

Aparte del de la Cónsul, había otros doce sitios en la mesa. Más de la mitad estaban vacíos, pero los ocupados lo compensaban de sobra. Una mujer de pelo oscuro, cubierta por un vestido largo de terciopelo, era la que estaba sentada más cerca de mí. Su cara estaba enmarcada por un gorro decorado con perlas del tamaño de mi dedo pulgar, y en la tela de sus ropajes resplandecían bordados de oro macizo.

Su tez tenía el brillo opalescente de esas pieles pálidas de nacimiento que no han visto el sol durante siglos, y solo presentaba la imperfección de una cicatriz que le rodeaba la garganta y que la cinta de seda que lucía en el cuello no conseguía ocultar del todo. A buen seguro alguien había conseguido acercarse lo suficiente a su belleza como para arrancarle la cabeza, pero ese alguien no debía saber que solo con eso no se podía matar a un vampiro. Si el corazón está intacto, el cuerpo conseguirá reponerse a la herida, aunque me entraban escalofríos solo de pensar en el esfuerzo que debía haberle costado sanar algo así.

A continuación, estaba sentada la única persona de la mesa que yo había podido reconocer. No me quedaba otra, la verdad, porque Tony pregonaba a los cuatro vientos siempre que tenía ocasión su vínculo con la línea del famoso Drácula, y tenía retratos de los tres hermanos en la pared de su salón del trono. Quien le hizo no fue Vlad III Tepes, el Drácula de la leyenda, sino su hermano mayor, Mircea. Cuando yo tenía once años, Mircea nos visitó y la verdad es que nos lo pasamos muy bien con él en Filadelfia. Como a muchos niños, a mí me encantaba una buena historia, lo cual encajaba perfectamente con los deseos de Mircea de hablar de los oscuros días del pasado. Él me contó cómo, cuando sus hermanos pequeños Vlad y Radu servían como rehenes en Adrianópolis (el sultán otomano no creía que su padre fuese a respetar un tratado si no los tenía como tal), él se topó con una gitana vengativa. Ella odiaba al padre de Mircea porque había seducido a su hermana, que era la madre de Drácula, y después la había abandonado. Por esa razón, la gitana echó a Mircea la maldición del vampirismo. Creo que la idea de la gitana era acabar con la línea familiar, dado que un vampiro no puede tener hijos y todo el mundo había dado por sentado que los rehenes no iban a volver. Pero, como contaba Mircea, ella le había hecho un favor.

Poco después de aquello, unos asesinos húngaros compinchados con algunos nobles del lugar lo capturaron, lo torturaron y lo enterraron vivo. Aquello habría resultado realmente terrible si Mircea no hubiese estado ya muerto; pero, claro, dadas las circunstancias, aquel ataque no fue más que un leve contratiempo.

Yo era muy joven cuando lo conocí como para darme cuenta que aquel hombre tan atractivo que me contaba leyendas rumanas era, en realidad, aproximadamente un siglo mayor que Tony. Ahora su cara, que llevaba quinientos años aparentando tener treinta, me mandaba desde su posición una sonrisa de ánimo. A pesar de mis reticencias, le devolví la sonrisa. Por primera vez en mucho tiempo, volvía a atraerme con esos ojos de terciopelo marrón, ya había olvidado lo atractivo que resultaba. Esas mismas facciones habían servido a Radu, su hermano más longevo, para obtener el sobrenombre de «el Guapo», allá por el siglo XVI. Mircea desvió la vista un momento para quitarse unas pelusas de su elegante traje negro. Aparte de Rafe, que prefería una elegancia más informal, Mircea era el único vampiro que conocía que se preocupase tanto por la moda moderna. Quizá esa era la razón por la que nunca le había visto llevando el traje de ceremonias de la antigua Valaquia, o quizá es que

simplemente la ropa de entonces le parecía espantosa. En cualquier caso, ahora tenía un aspecto muy actual, si no fuera, claro, por su larga coleta negra. A mí me alegraba verle allí, pero incluso dando por supuesto que él me recordara con cariño, tenía dudas de que un único voto a mi favor fuese a ser suficiente.

Hablando de la necesidad de actualizar el armario, el vampiro que se sentaba al lado de Mircea, el mismo que había estado merodeando en la sala de espera, parecía salido de un anuncio de la GQ, siempre y cuando la revista se hubiera impreso en el siglo XVII. Teniendo en cuenta que yo había pasado un montón de tiempo en un club de góticos, no tenía nada que objetar a su levita bordada, su camisa vaporosa y sus calzas hasta la rodilla. Había visto vestimentas más raras que esa, y al menos ésta le favorecía: sus calcetines de seda dibujaban la silueta de aquellas piernas mejor que muchas prendas actuales, y desde luego las suyas merecía la pena mostrarlas. Lo que sorprendía era que todo el conjunto estaba hecho en satén y era de color amarillo brillante. Lo siento, pero un vampiro vestido de amarillo no es normal, sobre todo si el conjunto viene rematado por unos ojos azul brillante y unos lustrosos rizos color caoba hasta la mitad de la espalda. Era muy guapo y tenía una de esas caras abiertas y sinceras en las que confías automáticamente. Me indignaba que su propietario fuese un vampiro. Le lancé una sonrisa de prueba, segura de que una cosa así nunca hace daño, y pensé que quizá me ganaría un mini punto por ser la única en la sala que llevaba ropa amarilla aparte de él. Mi carita feliz no estaba en su mejor momento con aquellas pintas y quizá eso explique por qué no me devolvió la sonrisa. Me observaba casi con hambre, con una mirada tan intensa que en ese momento deseé que a esas horas ya se hubiese alimentado. Tenía que quitarme la sangre de encima cuanto antes, no fuese que a alguien le diese por verme como un entremés andante.

Los dos vampiros restantes, sentados en el extremo de la mesa donde estaba la Cónsul, el más alejado, eran tan parecidos que di por supuesto que tenían que tener alguna relación; pero más tarde me enteré de que aquello era sólo coincidencia. El hombre era casi tan mayor como la Cónsul, y había comenzado su vida como guardaespaldas de Nerón, aunque su madre había sido una esclava a la que habían capturado en algún lugar mucho más al norte de lo que estaba Italia. Había sido uno de los favoritos del emperador, por sus gustos incluso más sádicos que los de su maestro. No hace falta que diga quién fue realmente el que prendió fuego a Roma, ¿verdad? La mujer, que se parecía enormemente a Portia, había nacido en un estado del sur antes de la guerra de Secesión. Se decía que había matado a más soldados unionistas que todo el ejército confederado en un radio de treinta kilómetros a contar desde su casa familiar. También se decía que le había apenado profundamente el fin de la guerra; sobre todo por las cacerías fáciles que se le terminaron con ella. Así pues, diferentes épocas, países y entornos, pero seguían pareciendo gemelos, con su complexión lechosa y su pelo oscuro y ondulado. Hasta tenían un color de ojos parecido, un dorado con ligeras reminiscencias marrones, justo como la luz que atraviesa las hojas en otoño, e iban vestidos con ropas de color blanco y plata. De

acuerdo, lo de él era más una toga y lo de ella parecía más un atuendo para asistir a una gala benéfica en Savannah, pero juntos estaban muy guapos.

La Cónsul me dio tiempo para que evaluara a todo el mundo antes de que ella tomase la palabra, pero, cuando empezó a hacerlo, yo no deseaba mirar a ninguna otra parte. Dondequiera que posase su mirada envuelta en lápiz de *kohl*, a mí me parecía sentir cómo pequeños alfileres se clavaban por toda mi piel. La sensación no era demasiado dolorosa, pero me daba la impresión de que los alfileres podían tornarse espadas con bastante facilidad.

—Ya ves cuántos sitios vacíos tenemos, cuántas voces han sido silenciadas —dijo solemnemente.

La sorpresa que me invadió me hizo guiñar un ojo. Había dado por sentado que había algún problema, pero no ese: cuatro vampiros ancianos no se matan lo que se dice fácilmente. Pero, por si quedaba alguna duda, ella lo confirmó.

—Nos hemos debilitado mucho. La pérdida de algunos de los más grandes entre nosotros es algo que todos los miembros aquí reunidos lamentamos profundamente, pero si continúa, se dejará sentir en todo el mundo —advirtió.

La Cónsul se detuvo, y en un primer momento pensé que era una pausa dramática, pero en realidad se estaba abstrayendo de mi presencia. Alguno de los vampiros más antiguos lo hacía de vez en cuando; se aislaban en su mundo durante un minuto, una hora o un día entero, y se olvidaban de la existencia de los demás. Me acostumbré a estos pequeños tiempos muertos con Tony, así que no dejé que aquello me molestara. Me di cuenta de que junto a Tomas se había acercado a la puerta otro tipo al que no conocía. El acompañante parecía una estatua a tamaño real sin pintura que cubriera su exterior de arcilla y con unos rasgos muy poco definidos. Tomas y el nuevo parecían discutir sobre algo, pero hablaban demasiado bajo como para que pudiera oírles. Por un momento me entró nostalgia de la sala de audiencias de Tony, donde la mayoría de los presentes eran asesinos atroces, pero al menos me sabía sus nombres. Allí yo era un manojo de nervios, con mi ropa empapada en sangre delante de un grupo de vampiros tan poderosos como para matarme con poco más que un pensamiento, sin tener siquiera que trabajar en la oscuridad. Rafe era un alivio a mi espalda, pero hubiera preferido a alguien cuya especialidad estuviese más en el campo de pistolas-y-armas blancas.

—Hoy echamos de menos a seis de nuestros miembros —continuó abruptamente la Cónsul—. Cuatro son irrecuperables y los otros dos se debaten en el filo del abismo. Pero bien puede ocurrir que estemos luchando en vano, pues nuestro enemigo se ha hecho con una nueva arma que puede reducirnos a todos nosotros a la nada más insignificante.

Me resistí a la urgente necesidad que tenía de mirar hacia atrás para ver a Rafe, que esperaba estuviese siendo capaz de seguir la historia mejor que yo. Si la Cónsul no aclaraba todo aquello, quizá Rafe pudiera resolver mis dudas más tarde.

—Tomas, ven aquí —ordenó la Cónsul.

Casi no había terminado de decir aquello y Tomas ya estaba a mi lado.

—¿Puede ella sernos de utilidad? —preguntó.

Él estaba decidido a no mirarme directamente. Deseaba gritarle, preguntarle qué clase de cobarde no puede siquiera seguir mirándome a los ojos después de haberme traicionado; pero Rafe clavó sus dedos en mi brazo hasta que casi grité de dolor y aquello me sirvió para controlarme de nuevo.

—Eso creo —respondió Tomas—. En ocasiones habla cuando no parece haber nadie alrededor y esta noche... No sé explicar qué ocurrió con uno de los asesinos. Eran cinco. Yo maté a tres y su espíritu guardián se encargó del cuarto, pero el último...

—Tomas, no lo hagas —farfullé.

De ninguna manera deseaba que acabase aquella frase. No sería nada bueno que el Senado acabase decidiendo que yo representaba una amenaza y, si se enteraban de lo que había pasado con el vampiro que había explotado, sonaría bastante a algo así. ¿Cómo puede siquiera un maestro anciano luchar contra algo que no puede ver ni sentir? Por supuesto, la intervención de Portia había sido un golpe de suerte, yo no voy por ahí con un ejército de fantasmas, y desde luego que no tengo ni idea de cómo dirigir a nadie que acabo de encontrarme, por muy dispuesto que esté a luchar por mí. Pero no había ningún modo de que el Senado pudiera saber aquello. De algún modo tenía mis dudas de que confiaran en mi palabra. La mayoría de los fantasmas son demasiado débiles como para hacer lo que los amigos de Portia habían conseguido hacer. Portia ya podía haber invocado a todos los espíritus activos del cementerio que, aunque se uniesen en perfecta comunión, apenas habrían conseguido reunir tal cantidad de fuerza. Yo no podía repetir todo aquello; pero si el Senado no me creía, podía acabar muerta.

La mandíbula de Tomas se tensó, pero seguía sin mirarme. Gran sorpresa.

—No estoy seguro de cómo murió el último asesino. Tuvo que ser Cassandra quien lo mató, pero no vi cómo lo hizo —continuó Tomas.

Aquello era verdad, pero él había visto los trocitos de vampiro congelado por todo el pasillo y no había muchas maneras de explicar cómo habían llegado hasta allí. Me sorprendió que evitase contestar para no perjudicarme, pero no importaba. Una sola mirada a la Cónsul bastó para comprobar que no la había engañado. Antes de que pudiera recordárselo, el rubio bajito que había estado escuchando a hurtadillas detrás de la puerta sorteó de repente a los guardias y corrió hacia nosotros. No me preocupaba, se veía bien por su forma de moverse y el bronceado de sus mejillas que no era un vampiro. Dos de los guardias le siguieron a tal velocidad que se convirtieron en manchas borrosas en la pared de arenisca roja, y después lo adelantaron. Llegaron a nuestra altura primero y después se colocaron entre Rafe y yo, y el recién llegado, aunque no intentaron reducirle. Parecía que tenían más interés por no quitarme ojo de encima.

—Voy a hablar, Cónsul, y más le valdría dar instrucciones a sus sirvientes para

que no me pongan la mano encima si no desea que esto acabe desencadenando en una guerra —advirtió aquel tipo.

La voz del rubio retumbaba con un acento de británico bien educado, pero su indumentaria no encajaba con tales modales. Su pelo era lo único normal en él, cortito sin más. Su camiseta, en cambio, sí que era peculiar: estaba repleta de suficiente munición como para liquidar a un regimiento, y llevaba además un cinturón de herramientas holgado a la altura de su cintura que parecía estar repleto con absolutamente todos los tipos de munición de mano disponibles en el mercado. Desde mi posición, pude identificar un machete, dos cuchillos, una recortada, una ballesta, dos armas de mano, una de ellas sujeta a su muslo con una correa, y un par de granadas que, desde luego, no eran de pega. Tenía más cosas que no acerté a identificar, incluyendo una hilera de botellas tapadas con corchos que recorría la parte delantera del cinturón. Su aspecto, una especie de mezcla entre Rambo y un científico loco, me habría hecho sonreír si no fuera porque alguien con un arsenal así merece algo de respeto.

—Estás aquí porque te lo permitimos, Pritkin. No lo olvides —espetó la Cónsul con una voz de hastío, mientras varias de sus serpientes siseaban hacia aquel tipo.

El hombre soltó una sonrisa sarcástica mientras sus brillantes ojos verdes miraban con desdén. Me pregunté si tendría algún deseo antes de morir, y oprimí mi cuerpo contra el de Rafe. Sus brazos rodearon mi cintura y me sentí algo mejor.

—Ella no es una vampiresa —replicó—. ¡No tienes derecho a hablar por ella!

—Eso se puede solucionar fácilmente —murmuró una voz grave y sibilante en mi oído.

Me solté de Rafe y vi a un vampiro alto y cadavérico con un pelo negro grasiento y ojos cetrinos y centelleantes que se volcaban sobre mí. Sólo le había visto antes una vez y no habíamos conectado demasiado bien. Por alguna razón, tampoco me daba la sensación de que esta vez lo fuéramos a hacer.

Jack, aunque a veces se le seguía llamando por su famoso apodo, vio interrumpida abruptamente su tempranera carrera por las calles de Londres cuando conoció a Augusta, una de las integrantes del Senado que no estaba presente en aquel momento, durante unas vacaciones de ella por Europa. Ella le mostró cómo había que destripar de verdad antes de llevárselo consigo. A Jack se le había promocionado hasta el Senado hacía relativamente poco, pero ya había trabajado como torturador no oficial de la cámara casi desde que fue convertido por Augusta. En una ocasión, se dejó caer por Filadelfia para hacer algún trabajo por libre y no le había hecho mucha gracia que Tony no hubiese aceptado cederme a él a modo de bonificación por un trabajo bien hecho. Había sido todo un alivio no verlo en la cámara del Senado cuando llegué, y no había ninguna entrada por aquella parte de la sala. Sin embargo, pensar en de dónde había salido no era una prioridad tan importante para mí como preguntarme por qué había retirado hacia atrás sus labios y mostraba sus largos y lúgubres colmillos completamente extendidos.

Rafe me apartó y Tomas se movió para ver bien a las dos nuevas incorporaciones. Antes de que las cosas se volvieran más interesantes, la Cónsul decidió intervenir.

—Siéntate, Jack. Ella pertenece a lord Mircea, como sabes —terció la Cónsul.

Mircea me sonreía impertérito. O bien confiaba en Jack mucho más de lo que yo lo hacía, o el hecho de ser el maestro de Tony, y por tanto, según la ley de los vampiros, el mío también, no le importaba gran cosa. Teniendo en cuenta mi suerte habitual, habría apostado por lo segundo.

Jack se apartó, no sin cierto disgusto. Se dirigió a su asiento soltando un quejido como si fuera un niño al que le quitan un juguete.

—¡Si parece una zorra! —vociferó con desdén.

—Mejor eso que un enterrador —le repliqué.

Era verdad. Sus voluminosos ropajes victorianos no habrían desentonado para nada en una sala de velatorio, pero tampoco lo decía por eso. Había aprendido que el miedo era poder, y Jack me asustaba mortalmente. Si hasta en vida había sido un monstruo, ahora era ya uno de esos personajes de los que hasta los vampiros trataban de mantenerse alejados. Pero no iba a darle la ventaja de que supiera el efecto que estaba provocando en mí. Por no mencionar que el miedo le resultaba afrodisíaco. Tony llegó a decir que a Jack le gustaba más el pavor de sus víctimas que su propio dolor, y yo no iba a darle ese gustazo. Como respuesta, él volvió a desnudar sus colmillos mientras me observaba. Puede ser que fuera a ser una sonrisa, pero tenía mis serias dudas.

—Los magos no tienen el monopolio del honor, Pritkin —continuó la Cónsul, ignorándonos tanto a Jack como a mí, como si fuéramos dos niños traviesos montando un numerito delante de un invitado—. Seguiremos respetando nuestro acuerdo con ellos si ellos mantienen el suyo con nosotros.

Volví a observar de nuevo al hombre, perdón, al mago. Me había topado en alguna ocasión con alguno de ellos; pero siempre eran renegados que ocasionalmente hacían trabajos para Tony. Nunca me habían impresionado mucho. La mayoría de ellos tenían graves adicciones a alguna sustancia, generalmente subproductos que les generaban la sensación de estar permanentemente ante una amenaza de muerte. Aquello contaba, por supuesto, con la bendición de Tony, porque a él le venía bien que estuviesen deseosos de trabajar. También era cierto que yo no había podido ver nunca antes a ningún mago de cierto prestigio, ni mucho menos un miembro del círculo, si es que él lo era. Tony temía a los miembros del Círculo Plateado y del Círculo Negro, así que siempre me habían despertado curiosidad. Los rumores que circulaban en torno al Círculo Plateado, cuyos miembros practicaban solo magia blanca, eran aterradores, pero del Negro no se hablaba nunca. Cuando hasta los vampiros consideraban que un grupo era demasiado horripilante como para hablar de él, es que probablemente era mejor evitarlo. Me preguntaba de qué tipo sería aquel, pero no había ninguna señal ni insignia en medio de aquella indumentaria estafalaria.

—Ella es humana y usuaria de magia a la vez, eso convierte a su destino en algo

que debemos decidir nosotros —insistió señalándome con el dedo. A continuación encogió sus manos como si quisiera coger algo, quizá un arma, quizás a mí, quizás a ambas y prosiguió—. Démela y le prometo que no se arrepentirá.

Mircea le miraba como un ama de casa observa a un gusano reptar por el suelo recién fregado de su cocina.

—Pero Cassie sí que se arrepentiría, ¿no es así? —preguntó Mircea con su medida habitual.

Nunca le había oído levantar la voz y eso que se había quedado con Tony casi un año.

La Cónsul permanecía impávida como una estatua de bronce, pero al mismo tiempo yo sentía olas de poder revoloteando sobre mí, como una cálida brisa de verano que portase minúsculas gotas de ácido en su interior. Conseguí resistirme a la urgente necesidad de rascarme la piel. El mago tampoco dio ninguna señal de haberse dado cuenta de aquello.

—Aún tenemos que decidir quién presenta la postura más razonable, Pritkin.

—No hay nada que debatir. La pitia quiere que esta traidora le sea devuelta. Se me ha enviado a buscarla, y en observancia de nuestro tratado no tenéis derecho a interferir. Pertenece a su gente —rebatió el mago.

No tenía ni idea de qué estaba hablando, pero me pareció raro que mostrase tanta preocupación por mi futuro. No le había visto en toda mi vida y desde luego no me ayudaba a aclararme el hecho de que ninguno de los magos que pasaron por casa de Tony se hubiera molestado siquiera en mirarme dos veces. Dada mi condición de vidente que hacía las veces de mascota del vampiro, las miradas de los demás solían traspasarme, como si no estuviera allí. En el pasado me resultaba molesto que marginados sin más estatus que yo en la comunidad mágica me hubieran tratado como a un charlatán de feria. No obstante, era obvio que en ese momento no me habría desagradado recibir un poco de indiferencia. Toda la sesión estaba empezando a parecerse una jauría de perros pegándose por un hueso, y el hueso era yo, claro. Aquello no me gustaba, pero tampoco podía hacer mucho al respecto.

—Ella pertenece a aquellos que pueden defenderla mejor a ella y a su don —sentenció la Cónsul con serenidad.

Me preguntaba si sería talento natural o si sus dos mil años de existencia le habían ayudado a mantener así la compostura. Quizá eran ambas cosas.

—Me resulta interesante, Pritkin, que tu círculo hable ahora de protegerla —prosiguió la Cónsul—. No hace tanto nos pedisteis ayuda para encontrarla, viva o muerta, indicando también que si había que elegir, os quedabais con la segunda opción.

—¡No ose poner palabras en boca del círculo! —repuso el rubio con ojos relampagueantes—. Usted no es consciente del peligro. Solo el círculo puede protegerla y de paso, proteger a los demás de ella.

Por primera vez, me miró directamente. El gruñido que emergió de su boca habría

desnudado sus colmillos si hubiera sido un vampiro. Por lo que parecía, tenía otro enemigo del que preocuparme. Su mirada me atravesó como un látigo y no pareció que le gustase lo que veía.

—Se le ha permitido madurar sin que nadie la educara, se le ha dejado que se apartase de cualquiera que pudiera enseñarle a controlarse. Es campo abonado para la catástrofe —argumentó.

Crucé mi mirada con la de aquellos ojos verdes y estrechos y algo que se parecía bastante al pavor pareció atravesarlos por un segundo. Su mano se movió al puñal envainado en su muñeca y, por un momento, pensé de verdad que me lo iba a arrojar. Rafe debió pensar lo mismo porque, igual que yo, se estremeció de tensión, pero en ese momento la voz de la Cónsul interrumpió la situación antes de que nadie hiciese ningún movimiento.

—El Círculo Plateado fue maravilloso en su día, Pritkin. ¿Pero de verdad nos estás diciendo que no podéis proteger a uno de los vuestros simplemente porque le da por vagar más allá del redil? ¿Tan débiles os habéis vuelto?

La cara del mago se oscureció por la furia y su mano continuó sobeteando el puñal, aunque este siguió metido en su pequeño receptáculo de cuero. Miré dentro de esos ojos verdes cristalinos y las piezas me encajaron de repente. Ya sabía quién, o al menos qué, era aquel tipo. Se decía que el Círculo Plateado tenía un grupo de magos a los que se les había enseñado técnicas de combate, tanto humanas como mágicas, para hacer cumplir su voluntad. A los magos que pasaban por casa de Tony siempre les habían aterrorizado estos otros magos, porque tenían la autorización de matar a todo aquel mago traidor que vieran. A aquellos magos que hacían enfadar al círculo no se les permitía usar la magia de nuevo; y, si eran descubiertos, aquello suponía su inmediata condena a muerte. Pero ¿por qué había mandado el Círculo Plateado a un mago obsesionado con la guerra a buscarme? La mayoría de la gente, incluso en la comunidad mágica, trataba a los videntes como magos de poca monta sin más talento que el de una bruja de Halloween. ¡Si ni siquiera quedamos registrados en los radares! Además, el hecho de que haya muchos estafadores no quiere decir que alguno de nosotros no sea real. Me preguntaba si a lo mejor lo que sucedía era que el círculo había llegado a esa misma conclusión y había decidido empezar a eliminar rivales que amenazaran su poder, empezando por mí misma. Aquello encajaba perfectamente con la clase de suerte que acostumbraba a tener.

Si el mago me atacaba mientras estaba protegida por el Senado, estaba bastante segura de que le podrían liquidar sin tener que rendir cuentas a nadie. Ni siquiera el Círculo Plateado podría protestar por la muerte de uno de sus miembros si se la buscara de esa manera. Las opciones de que me matara eran, pues, escasas, pero con todo y con eso le lancé a Tomas una mirada de odio. Me podía haber devuelto la pistola cuando llegamos allí. No iba a poder herir a nadie del Senado con ella, ni siquiera aunque estuviese tan loca como para intentarlo, y para mí habría supuesto un alivio. Sobre todo si lo que planeaba era traer más magos armados hasta los dientes.

—Es todavía la portadora de nuestro más insigne guardián—explicó el mago—. Esta noche ella recolectó fuerzas de todos nosotros, ¡no fue sólo vuestro vampiro quien la salvó!

—No, fue un esfuerzo conjunto, como debería ser todo en este negocio — interrumpió GQ apaciblemente.

A mí me sorprendía que alguien se atreviese siquiera a hablarle a la Cónsul, pero nadie se lo recriminó ni pareció encontrar nada raro en ello. Igual era que el Senado se había vuelto una cámara democrática, pero, si era así, eran los primeros vampiros de ese tipo que me echaba a la cara. La jerarquía en casa de Tony se basaba en la fuerza hasta el punto de que parecía que la única ley imperante era la del más fuerte. El Senado tenía capacidad de mando porque eran tan poderosos como para atemorizar a vampiros como Tony, lo que significaba que el pelirrojo no podía ser tan inofensivo como parecía porque, en caso contrario, se lo habrían comido vivo hace años.

Para mi sorpresa, GQ reconoció mi presencia en la sala en lugar de limitarse a hablar de mí como si fuera parte del mobiliario.

—Permítame presentarme. Me llamo Louis-César —me dijo, realizando una reverencia perfecta—. *A votre service, mademoiselle.*

Sus ojos delataban que estaba concentrado según me miraba, pero acabó suavizando el gesto. Yo ya no tenía la impresión de estar en el menú.

Al contrario que la mayoría de mujeres del siglo XXI, yo sí sabía cómo responder de manera apropiada a una reverencia formal. Tanto la institutriz como el tutor que Tony me asignó habían nacido en la época victoriana, así que sé hacer reverencias sin ningún problema. La verdad es que pensaba que se me habría olvidado casi todo lo que aprendí en aquellos años de preparación, pero al parecer había algo en Louis-César que me hizo recordarlo rápidamente. Lo que sí se perdió por volver su vista de inmediato otra vez hacia la Cónsul fue la visión, sin duda alguna graciosa, de mí misma intentando ajustarme a los estándares de reverencia aprendidos en mi infancia enfundada en unas botas de tacón de diez centímetros repletas de sangre y una minifalda ultracorta.

Estaba tan centrada en la escena que tenía lugar en la mesa elevada que ni me di cuenta de que, por segunda vez en aquella noche, iban a atentar contra mi vida. El primer indicio que tuve al respecto fue una oleada de poder que me golpeó como si una tormenta de arena hubiera surgido de ninguna parte. Por un segundo, un montón de motas punzantes inundaron mis mejillas. Inmediatamente después, Tomas apartó de un empujón a Rafe y me hizo un placaje lo suficientemente fuerte como para dejarme sin respiración cuando los dos besamos el suelo. Me quedé boca arriba, lo que me permitió ver que dos de los guardias de la cámara permanecían inmóviles en medio de la sala, con la carne evaporándose de sus huesos como si insectos invisibles la estuviesen devorando. Un segundo más tarde, sus esqueletos desnudos cayeron al suelo, con los respectivos corazones y cerebros también volatilizados con el resto de

sus tejidos blandos.

Apenas vi lo que ocurrió después, porque nada sucedió a una velocidad normal para los humanos, y además Pritkin me obstruía la visión. Allí estaba él, junto a mí, de cuclillas, blandiendo un cuchillo con muy mala pinta en una mano y una pistola en la otra. Además, junto a su cabeza flotaban otro cuchillo y un par de pequeños frascos, como sujetos por hilos invisibles. Tuve la impresión de que había decidido quitarme de en medio con el Senado al completo observándome, pero no me estaba mirando a mí. La estatua que había visto antes junto a la puerta estaba de repente junto a nosotros. Aunque allí donde debía tener ojos no había más que unas hendiduras no muy definidas, parecía estar mirando a Pritkin como quien espera una orden.

Ahora que le veía moverse, podía reconocer lo que era, aunque no había visto ninguno antes. Los golems despertaban entre los brujos que usaba Tony tan solo algo menos de pavor que los magos de la guerra. Los golems eran figuras de arcilla que habían cobrado vida gracias a la magia de la antigua Cábala hebrea. En su origen, hacían de recaderos de aquellos rabinos que tenían poder para crearlos. Quizá todavía algunos siguieran haciéndolo, pero en la actualidad la mayoría servían a los caballeros, que era la forma más propia de designar a los magos de la guerra.

Pritkin señaló con su dedo en mi dirección y el golem giró su mirada vacía hacia mí.

—¡Protégela! —se oyó, y dicho esto, el golem cogió su sitio, con los ojos vacíos fijados en mí, mientras su maestro se unía a la pelea. Aparté la vista de aquella criatura, que me aterrorizaba más que los asesinos, y pude ver cómo Jack acababa con uno de los guardias que quedaban. El guardia berreaba profundos sonidos guturales como si fuera un animal, pero Jack parecía estar como un niño en la mañana de Navidad, con las mejillas sonrosadas y los ojos encendidos. Jack despidió a Pritkin con un gesto de impaciencia que decía claramente: *Ésta es para mí*.

El otro guardia estaba fuera de la escena, rascándose el pecho del que no dejaba de manar sangre en torno al estoque que le había atravesado por completo, como si la potente cota de malla que le protegía ni siquiera estuviese allí. El filo de la espada sobresalía casi medio metro por detrás de su espalda, y mostraba un rojo apagado que se iluminaba con los destellos parpadeantes de las lámparas. Al verlos en las películas, siempre había pensado que los estoques eran objetos delicados, casi afeminados, pero, según parecía, estaba equivocada. Este tenía una hoja endiablada, como si alguien hubiera estrechado una daga de doble filo hasta hacerla encajar en unas dimensiones de un metro de largo por tres centímetros de ancho. Mientras me esforzaba por respirar algo de aire, Louis-César extrajo el estoque del pecho del vampiro y, sin detenerse ni un momento, lo decapitó allí mismo. Lo hizo con una rapidez tan plástica que hasta mis ojos se equivocaron por un instante creyendo que había errado el golpe. Tras él, la cabeza se separó del cuello y cayó botando al suelo.

Los párpados del vampiro aún palpitaban y sus colmillos seguían al descubierto

cuando su cabeza rodó hasta llegar a escasos centímetros de donde me encontraba yo. Juro que la boca seguía moviéndose, dando bocados al aire como si intentara llegar a mi cuello, incluso aunque su sangre vital seguía expandiéndose a su alrededor en una mancha cada vez más grande. Debí emitir algún tipo de quejido ahogado, o quizá fue que el golem consideró simplemente que la cabeza suponía una amenaza. Sea como fuere, la despachó rápidamente con una patada que la envió lejos. Aquello parecía una buena idea en un principio, si no fuera porque al final el golem sobreestimó el peso de la cabeza y la hizo volar a través de la mesa del Senado hasta hacerla estrellarse con un sonido húmedo contra la pared que se encontraba detrás del cuidado peinado de la hermosa dama.

Una hilera de sangre pasó a ser el principal adorno del brillante tablero que tenía ella delante, y un ramillete de gotitas pulverizadas comenzó a descender por su pelo, donde se habían espolvoreado como pequeños rubíes. Sin mediar palabra, ella recogió la cabeza de debajo de la mesa y se la ofreció cortésmente a sus acompañantes, que declinaron el ofrecimiento con igual cortesía. Él estaba ocupado tratando de limpiar la mesa colocando su mano a unos centímetros de la sangre derramada. Las gotitas se elevaban hasta llegar a su palma como si él fuera un imán y las gotitas pedazos de hierro. Como había ocurrido antes con Tomas, las gotitas desaparecieron en su piel como si se hubiera echado una crema.

—Esto llega a resultar pesado —comentó, conversando con su interlocutora. La hermosa dama asintió entre lametón y lametón de la brillante columna que asomaba del cuello destrozado de su premio.

Tuve que cerrar los ojos por un momento y esforzarme por mantener mi estómago en su sitio, pero, al menos, podía alegrarme por no estar gritando. En primer lugar, no me habría hecho parecer muy fuerte delante del Senado, lo cual no sería bueno. En segundo lugar, mi garganta seguía aún áspera del intento de estrangulamiento anterior. En tercer lugar, no podía coger suficiente aire, gracias al peso de Tomas. Intenté apartarle hacia un lado, pero era como intentar mover una estatua de mármol. Él se limitaba a presionar más hasta que yo gritaba de dolor y entonces su cuerpo se relajaba, fundiéndose con el mío como si fuera un cálido edredón de satén. Habría sido relajante si no fuera porque no podía respirar profundamente ni moverme, y Jack y el otro guardia seguían danzando bastante cerca de mí.

No comprendía por qué nadie había matado al guardia, sobre todo desde el momento en el que había empuñado su enorme hacha de guerra y me miraba con la concentración monotemática que la mayoría de los tíos se reservan para el canal Playboy. Si el Senado quería verme muerta, ¿no habría sido más fácil dejar que Tony lo hiciera por ellos? Y si no querían, ¿por qué Louis-César no hacía un bis de su actuación anterior en vez de limitarse a estar allí? Quizá suponía que el guardia nunca pasaría la barrera de Pritkin, Rafe y Tomas, pero yo no estaba tan segura. La hoja del hacha me parecía terriblemente afilada, y sabía lo rápido que podían llegar a moverse los vampiros. El guardia no necesitaría más que medio segundo para convertirme en

el primer plato de Miss Georgia 1860, cuando quiera que hubiese acabado con su entremés. Pero nadie hizo nada, excepto Tomas, que había subido tanto por mi cuerpo que podría haber elaborado un informe detallado del patrón del encaje de mi sujetador si se le hubiera pedido. Parecía tranquilo, pero yo podía sentir cómo su corazón golpeaba contra mi piel. Tampoco me reconfortaba saber que él también estaba preocupado.

Miré más allá de su cabeza oscura hasta llegar al punto en el que las llamas de las velas chisporroteaban junto a la enorme hoja del hacha, que estaba a casi cuatro metros de mí. Mientras seguía mirando, el guardia se abalanzó hacia mí, rechinando los dientes como un tigre acorralado, y tan pronto como empezó, todo llegó a su fin en un instante. Jack se convirtió en un desagradable borrón verde oscuro y un relampaguear de manos pálidas. Pestañeeé y el guardia estaba ya en el suelo, con sus extremidades fijadas al suelo por cuatro enormes cuchillos que atravesaban su carne para hundirse en el piso. Dos de ellos tenían un tamaño considerable y viejas empuñaduras de madera, como si alguna vez hubieran formado parte del equipamiento de alguna cocina. Los otros eran brillantes piezas de plata que pertenecían al mago; quien, a su vez, y cuando Jack tuvo el control sobre el prisionero, les ordenó que volvieran a él con un gesto. Al hacerlo, los cuchillos salieron del vampiro y se oyó cómo rasgaban la carne, para después volar hacia su dueño, enfundándose uno en el hueco destinado a tal efecto en su muñeca y desapareciendo el otro en su bota. Ni siquiera se molestó en usar los que tenía en su cintura. Tanto él como el golem se retiraron para dejar que Tomas me ayudase a incorporarme. Aunque acababa de salvarme la vida, sus ojos me miraban fríos, como si fueran carámbanos de hielo verde.

La Cónsul parecía imperturbable ante tanto jaleo, pero de pronto frunció el ceño en lo que supuso una minúscula mácula en su perfecta cara.

—Ten cuidado, Jack. Quiero respuestas, no un cadáver —espetó.

Jack le sonrió con adoración.

—Tendrá ambas cosas —prometió, según se inclinaba hacia el cuerpo. Rápidamente, miré hacia otro lado, pero no pude dejar de escuchar cómo se rasgaba la carne y los huesos chascaban. Supuse que había recuperado sus cuchillos, llevándose por delante las extremidades de su víctima por el camino. Tragué saliva varias veces. Había olvidado lo interesante que podía ser la vida en la corte.

—Como decía, *madame*, la *mademoiselle* no se encuentra bien. ¿Quizá podamos explicarle todo después de que haya tenido la ocasión de descansar? —preguntó Louis-César, tan distendidamente que casi parecía que los sucesos de los últimos minutos no habían tenido lugar.

Entretanto, Jack había cogido un equipo de brillantes herramientas quirúrgicas de un estuche que había sacado de uno de sus bolsillos. Las alineó lentamente al lado de su víctima, que seguía resistiéndose, emitiendo una sonrisa silbante mientras lo hacía. Genial, al menos alguien se estaba divirtiendo.

—No tenemos tiempo que perder, Louis-César, como sabes.

—*Ma chère madame*, tenemos todo el tiempo del mundo... ahora —replicó mientras se intercambiaban una mirada que no pude interpretar—. Si se me permite la sugerencia, podría explicarle a *mademoiselle* Palmer nuestro dilema y regresar antes del amanecer. Eso le daría a usted tiempo para completar el... interrogatorio.

Louis-César me dedicó una mirada y el pánico que me producía el mero hecho de pensar en la posibilidad de quedarme a solas con un tipo que había trinchado a un poderoso vampiro como a un kebab debió hacerse notar.

—Raphael puede acompañarnos, por supuesto —añadió rápidamente.

No me gustaba el hecho de que pudiera leerme la mente con tanta facilidad, pero saber que tendría a un amigo a mi lado me hizo sentir mejor. Al menos hasta que vi que Jack empezaba a extraer una brillante ristra de intestinos del vientre del vampiro, ya abierto en canal, y acomodárselas en el hombro como si fuera una hilera de salchichas. Se detuvo un instante para chuparse los dedos como un niño con un helado, después miró hacia arriba y me guiñó el ojo. Sentí un cosquilleo de hombro a hombro, como si la piel que me cubría quisiese irse de allí cuanto antes. Estaba claro que no iba a disfrutar de aquella conversación, estuviese quien estuviese presente en ella.

Se decidió que Louis-César, Rafe y Mircea me acompañaran a mi habitación para ponerme al día de la situación. A Pritkin no le gustó aquello, pero no se sentía preparado para rebatir la decisión de la Cónsul. Teniendo en cuenta que una cosa así habría supuesto batirse en duelo con ella, escuchar aquello supuso un alivio para mí. Ya había visto todas las peleas que podía soportar en una noche; además, no sabía qué pasaría si un mago de la guerra del Círculo Plateado se enfrentase a una vampiresa de dos mil años, pero no era la clase de espectáculo que estaba deseando ver.

Podía dar las gracias por que al menos dos de mis tres acompañantes fueran amigos o, cuando menos, neutrales amistosos, pero aquello me ponía nerviosa también. El Senado se estaba portando sospechosamente bien, defendiéndome de posibles asesinos, no entregándome a Tony o al círculo, dando prioridad a mi salud y asegurándose de que me rodeaban los acompañantes que yo deseaba tener. Todo aquello me hacía preguntarme qué querían ellos y pensar lo poco que me iba a gustar satisfacer tales deseos.

Apenas un minuto después, no estaba tan segura de que haber renunciado a mi guardaespaldas hubiera sido una idea tan buena. Estábamos más o menos a medio camino de la segunda tanda de escaleras cuando nos encontramos con un hombre lobo que bajaba por ellas. Era un espécimen enorme de color gris y negro, con el hocico alargado característico y una boca llena de dientes afilados como cuchillas. Los ojos de Chartreuse se quedaron clavados en los míos durante un segundo y yo me quedé helada, con un pie clavado a medio camino entre el escalón en el que estaba y el siguiente. Sólo había visto a un hombre lobo en una ocasión, y nunca tan cerca, pero sabía instintivamente qué era aquello. No era sólo su tamaño: sus ojos reflejaban una inteligencia que ningún otro animal habría tenido. Lo que no acertaba a entender era qué estaba haciendo allí.

Decir que los vampiros y los hombres lobo no se llevan bien es quedarse corto. Quizá tenga que ver con el hecho de que ambos son depredadores, o quizá Tony tenía razón cuando insistía en que los hombres lobo tenían envidia de los vampiros por su inmortalidad. Fuera cual fuera la causa, eran como agua y aceite. O, más frecuentemente, sangre y piel, que eran las dos cosas que solían salir volando cuando se encontraban. Esperaba alguna reacción, seguramente dura, de uno o varios de mis acompañantes, pero lo único que pude notar fue la mano de Rafe estrechando lentamente mi muñeca. Louis-César improvisó un saludo dirigido al hombre lobo, como si se encontrase lobos gigantes con regularidad en la escalera.

—Sebastián, es un placer volver a verte —dijo Louis-César.

El hombre lobo no respondió, por supuesto, ya que había adoptado la forma animal, pero lo cierto es que pasó por nuestro lado sin encararse con ninguno de nosotros. Aquello sí que fue una experiencia surrealista de verdad. Ese tipo de cosas

también me servían para recordar que ya no estaba en Kansas, ni en Atlanta.

Cuando acabamos de subir las escaleras y llegamos a las zonas que estaban por encima del sótano, pude atisbar una vista a través de una ventana que me sirvió para confirmar que, aunque no supiera donde estábamos, desde luego aquello no era el norte de Georgia. Las vistas también me hicieron ver por qué la Cónsul estaba tan preocupada por el tiempo. Seguro que habría perdido más horas de las que creía después de que Tomas me sumiese bajo su hechizo, que sirvió para que me pudiera mover, y no solo a través del estado. Los colores que se podían ver al otro lado de la ventana correspondían a una paleta diferente de la que se podía ver en cualquier lugar de Georgia: los verdes y grises moteados del sur profundo habían sido sustituidos por cielos azules de medianoche y nubes de color añil. Sobre nuestras cabezas se cernía un dosel negro salpicado de estrellas, pero la línea violeta oscura que se extendía por el horizonte mostraba que aquel desierto estaba empezando a recordar lo que era el día.

—Amanecerá pronto —dije, mientras Louis-César seguía mi mirada y abría una puerta.

—Aún no, al menos durante un tiempo —respondió sin complicaciones.

Estreché mis ojos ante la brusquedad de su tono. Hasta Rafe, a sus años, se ponía nervioso ante la proximidad del amanecer, y lo plasmaba en una cierta tendencia a hablar demasiado y a tirar cosas. Cuanto más joven era el vampiro, más pronto empezaba. Era una especie de red de seguridad que se construía para cerciorarse de que nadie acababa frito y, con todo, todavía no había visto a nadie al que aquello no le afectase. A pesar de eso, el francés parecía encontrarse a gusto. O era mucho más poderoso que los vampiros que conocía o era un actor estupendo; en cualquier caso, ninguna de las dos opciones me hacía sentir bien.

Caminé por delante de él y me encontré en medio de una suite decorada como para ir a juego con lo que suponía que sería la vista de día de lo que había al otro lado de las ventanas. Las paredes, de color turquesa pálido, estaban revestidas con mantas de nativos americanos de colores ocre, turquesa y rojo navajo; alguien había puesto en el suelo de madera sin pulir una alfombra a juego, y la chimenea estaba rodeada de baldosas de terracota. El sofá, la silla y el reposapiés, todos de piel, lucían un agradable color rojo oscuro rebajado, y estaban lo suficientemente mullidos como para tener un aspecto cómodo.

Curiosamente, la habitación parecía acogedora; por lo que parecía, el Senado no compartía la pasión de Tony por la estética gótica.

—Por favor, *mademoiselle*, *asseyez-vous* —me sugirió Louis-César moviéndose hacia el sofá repleto de cosas que había junto a la chimenea.

Yo miré a Rafe, pero él seguía ahí impertérrito, con la mirada clavada en las vistas, o lo que se apreciaba de ellas. Sus manos estaban clavadas la una sobre la otra a su espalda, y sus hombros estaban tensos. Sí, todo iba según lo previsto: el amanecer se acercaba. Lo que deseaba realmente era sacarle de allí y que me

respondiera a unas cuantas cosas sin rodeos, pero incluso dando por sentado que estuviese de humor, no tuve la oportunidad de hacerlo. Mircea posó una mano ligera bajo mi codo, un roce suficiente como para guiarme hacia la silla.

—Louis-César nunca toma asiento si una dama está de pie, *dulceață*.

«Mi dulce»: era el término cariñoso con el que Mircea se dirigía a mí cuando me sentaba en sus rodillas a escuchar sus historias. Esperaba que lo dijera de verdad porque como el único amigo que tuviera en la sala fuera Rafe, estaba en apuros.

Me desplomé sobre la silla y el francés se arrodilló delante de mí. Él sonreía tranquilizadamente. Yo pestañeaba. El hombre, no, el maestro vampiro, tenía hoyuelos. Grandes.

—Me gustaría curar su herida. ¿Me permite? —inquirió Louis-César.

Asentí con cautela, ya que no estaba muy convencida de que un vampiro fuese la mejor persona para limpiarle la sangre a nadie, sobre todo un vampiro que antes había parecido estar tan hambriento. También era cierto que la variedad seca no les atraía y, además, tampoco parecía que yo tuviese mucha más alternativa. Él se estaba comportando de una manera educada, pidiéndome permiso como si importase lo que yo dijera, pero yo sabía bien de qué iba aquello. Teníamos a dos miembros del Senado en la habitación; podían hacerse los caballeros mientras les resultase divertido, pero a la hora de la verdad, yo haría lo que ellos quisieran. Ellos lo sabían y yo también.

Louis-César mostró una sonrisa de aprobación y, de repente, me di cuenta de por qué me estaba poniendo nerviosa. A esa distancia tan corta, podía jurar que era uno de los vampiros de aspecto más humano que había visto nunca.

Sin contar a Tomas, que había tenido una razón para parecer lo más humano posible, la mayoría de los vampiros se olvidan de pequeños detalles como respirar, hacer que sus corazones latan, o poner su piel de un color más creíble que el de la nieve recién caída. Hasta Rafe, que era bastante convincente, normalmente sólo se acordaba de pestañear unas pocas veces cada hora. Con todo, a Louis-César podía habérmelo encontrado por la calle y haberle confundido con un humano, siempre y cuando cambiase de armario. Me encontré a mí misma contando las veces que respiraba, para ver si se le pasaba alguna. Pero no.

Mientras crecía pude ver a miles de vampiros procedentes de todo el mundo, algunos de ellos eran tan extravagantes y de otro mundo como la Cónsul, otros tenían un aspecto más normal, como Rafe. Hasta hoy, podría haber jurado que era capaz de descubrirlos en cualquier parte, pero Tomas me había estado engañando durante meses y Louis-César podría haber hecho lo mismo si lo hubiera deseado. No me gustaba aquello, me hacía sentir como a alguien sin capacidades, como una más de los millones que no cuentan con protección contra el mundo sobrenatural porque ni siquiera pueden ver que está ahí. Me crié rodeada de vampiros, pero el poder que irradiaban los miembros del Senado era algo que no se parecía a nada de lo que había experimentado antes. Aquello me hacía preguntarme de qué más cosas no me estaría

enterando y aquel pensamiento hacía que me invadiese una sensación de frío.

Louis-César examinaba mi cara lentamente, creo que más para darme la oportunidad de que me acostumbrara a él que porque realmente lo necesitara. En ese momento, un rizo marrón y brillante que manaba de su cuello golpeó mi hombro y yo salté como si me hubiera abofeteado. Su mano, que se había ido acercando a mi pelo, se paró en seco.

—*Mille pardons, mademoiselle*. ¿Quizá pueda retirar su pelo para mí? Eso ayudaría a que viéramos la gravedad de la herida —susurró.

Cogió una horquilla dorada de su propio pelo y me la dio. La cogí, con cuidado de que sus dedos no rozaran con los míos. El pelo apenas me llegaba a la altura de los hombros, pero me lo recogí de cualquier manera en una coleta mientras él seguía observando. Intenté convencerme a mí misma para no caer en el ataque de pánico en el que estaba a punto de caer, pero no funcionó. Algún instinto más antiguo que la razón, más antiguo que las frases amables pensadas para habitaciones de postín, solo quería que saliese corriendo de allí para esconderme. Por supuesto, aquello habría sido una reacción por toda la noche que estaba pasando, pero definitivamente había una parte de mí a la que no le gustaba tenerle tan cerca. Me obligué a quedarme quieta en mi asiento en lo que él acababa, en un intento por fingir que mis brazos no tenían la piel de gallina y que la sangre no me corría por las venas como si ya estuviera huyendo en un intento por salvar la vida. Yo no comprendía por qué estaba reaccionando así, pero las duras experiencias por las que había tenido que pasar me habían enseñado a confiar en mis instintos y todos ellos me imploraban que saliera de allí como fuese.

—*Ah, bon. Ce n'est pas très grave* —murmuró. Al ver mi expresión, sonrió, lo que encendió aún más sus ojos y me tradujo sus palabras—. No es grave.

Hice esfuerzos para no gritar.

Louis-César se incorporó y caminó hacia una mesa cercana, y de repente, pude respirar de nuevo. Trate de imaginarme qué había en él que me alarmase tanto, pero no era nada tangible. Su cara, que transcurría entre líneas agradables y amistosas, parecía corresponder con la de un hombre quizá cinco o seis años mayor que yo, aunque desde luego si su atuendo sirviese como referencia, se podría decir que llevaba danzando por ahí varios siglos. Sus ojos tenían una mirada tranquila y eran de un color azul apacible con motas grises que no anunciaban ningún intento por su parte de influirme; y sus movimientos, a la par que gráciles, no eran comparables a lo que ningún humano pudiese imitar. La verdad es que mis nervios no estaban en un estado óptimo, ni siquiera estaba acostumbrada a que me intentaran matar dos veces en la misma noche, pero aquello tampoco podía explicar por qué, de todos los candidatos posibles, estaba siendo Louis-César quien me pusiera en ese estado.

A su regreso, el miedo se me disparaba con cada paso que él daba. Le observaba del mismo modo que un animal pequeño mira a un depredador, quedándose quieto, sin respirar apenas, con la esperanza de que aquel animal grande y malo no se

abalance sobre él. Se arrodilló de nuevo formando a su alrededor un torrente de encaje y satén brillante, mientras que las luces que latían sobre nuestras cabezas soltaban algunos destellos color caoba a través de su pelo. Trajo consigo un maletín de primeros auxilios y de él sacó un antiséptico, unas cuantas gasas y un paquete de toallitas para bebé que colocó sobre las baldosas que había enfrente de la chimenea.

—Voy a limpiar la herida, *mademoiselle*, y si me lo permite se la vendaré. Mañana vendrá una enfermera para mejorar mis torpes cuidados —dijo totalmente relajado, hasta alegre, lo cual no fue óbice para que tuviese que echar mano hasta de mi último ápice de autocontrol para no correr hacia la puerta.

Una mano pálida y estilizada rodeada por cascadas de encaje blanco cubrió la mía, asquerosamente manchada de sangre. Sus dedos estaban fríos y me sujetaban con ligereza, como si creyera que su tacto fuese a brindarme consuelo. No importaba el cuidado que tuviese, yo sabía que aquella sujeción podría estrecharse en un instante, atrapándome a conciencia como unas esposas de acero. Noté cómo se movían hábilmente por mi piel lastimada los dedos de su otra mano, primero, y el trapo con el que me limpiaba, después. Aunque el antiséptico sólo me escocía ligeramente, sentí escalofríos y cerré los ojos. Tenía el mal presentimiento de saber lo que venía después.

—*Mademoiselle*, ¿está enferma?

Su voz llegaba desde la distancia y rebotaba hueca en mis oídos. Noté que una sensación familiar de desorientación me inundaba y traté de impedirla a toda costa. Lo intenté con más fuerza que antes, tratando de volver a meterla allí donde estuviese metida normalmente, implorando que se quedase allí durmiendo para no salir. Fuese lo que fuese lo que quería enseñarme, estaba absolutamente segura de que no quería «verlo». Pero, como solía ocurrir, mi don era más fuerte que yo; siempre había sido así. Me abandoné a lo inevitable en cuanto sentí que un escalofrío se instalaba en mi cara. No es que hiciera frío en la sala, pero una parte de mi no se encontraba allí ya. Respiré hondo y abrí mis ojos.

Aquel frescor procedía de una ventana entreabierta en medio de la noche. La brisa pellizcaba mi piel desnuda, poniéndome la piel de gallina por todas las partes de mi cuerpo que estaban a la vista. La ventana parecía tener un cristal tintado, pero no había ni color ni patrón alguno, aparte de las formas de diamante con las que se habían encajado sus muchos cristales. El vidrio era espeso y ondulado, como en algunas de las casas históricas de Filadelfia y sólo devolvía un reflejo difuso. Con todo, era suficiente para hacerme empezar a respirar más rápido.

Miré a mi alrededor presa del pánico y mis ojos se encendieron en un espejo que estaba al otro lado de la habitación. La imagen que devolvía era igualmente borrosa, pero se debía más a la débil iluminación que proporcionaban las pocas velas y el fuego bajo de la chimenea, que porque fuera de mala calidad. En realidad, era una obra de arte, enorme, con un marco enorme de un dorado brillante, opulento y tallado en madera a juego con el resto del mobiliario. La habitación daba una

impresión de lujo: el color cereza oscuro del dosel de la cama refulgía por las llamas de la chimenea de mármol, que también hacían reverberar el color de las pesadas cortinas de terciopelo del palio. Las paredes eran de piedra, pero los tapices que colgaban de ellas lucían unos colores tan brillantes y vibrantes como si los hubieran acabado ese mismo día. Un ramo de rosas de color rojo intenso se acomodaba en un jarrón de porcelana pintada que se encontraba en una mesa cercana. A pesar de todo, no tenía ganas de apreciar la belleza de la escena, centrada como estaba en el reflejo del espejo.

Un hombre aparecía arrodillado en una cama aproximadamente donde debía estar yo. No podía adivinar quién era porque una máscara de terciopelo negro cubría la mayor parte de su cara, a excepción de dos agujeros que dejaban ver sus ojos. Tenía un aspecto cómico, como si fuera parte de un disfraz cutre de Halloween, pero tampoco tenía muchas ganas de reírme. Quizá porque era lo único que aquel tipo llevaba puesto encima. Largos rizos color caoba colgaban detrás del terciopelo y golpeaban la parte superior de su cuerpo. A la luz de las velas, refulgían con hebras de bronce y toques de oro. La luz cálida y tenuemente dorada de la habitación empapaba su cuerpo, filtrándose por su piel desde su pecho musculoso hasta su vientre plano y la ligera hendidura de su ombligo. Aquello iluminaba las pequeñas gotas de sudor que rociaban su torso y que el frescor de la ventana aún tardaría en secar, así que parecía como si estuviese vestido con una camisa transparente salpicada con pequeños diamantes. Era una estatua dorada que había cobrado vida, excepto porque las estatuas por lo general no estaba representadas con una erección rampante como aquella. Tragué saliva y él hizo lo mismo, al mismo tiempo, los ojos azules que se reflejaban en el espejo se ensancharon al mismo tiempo que yo me daba cuenta de aquello.

No tenía ningún sentido, por no mencionar que era imposible. Yo no solía ser la protagonista de mis visiones. Era una observadora, siempre desde la barrera, sin que me pudieran involucrar ni verme, ni siquiera como un fantasma. Al menos así había sido hasta esa noche. Antes de que pudiera siquiera empezar a pensar en qué hacer, noté cómo una mano cálida se acercaba a una de mis partes más íntimas. Aún conmocionada por aquello, miré hacia abajo y me encontré con una joven de pelo moreno que yacía en la cama detrás de mí casi sepultada por una pila de mantas. La habitación desprendía un olor a sexo, húmedo y pesado, y ahora ya sabía por qué.

Una delicada manita jugueteaba con mi —su— carne con un tacto decidido. Ella seguía manoseándome, con sacudidas cada vez más fuertes, y pude ver con algo que se parecía bastante al pavor cómo una parte de la anatomía de la que jamás había podido presumir crecía y crecía bajo el influjo de su mano. Un torbellino de sensaciones familiares emergió de aquella herramienta tan poco familiar, todo ello junto con una serie de pensamientos que, estaba totalmente segura, no eran para nada míos. Entonces realizó un rápido movimiento con una uña sobre la puntita sonrosada que se había combado hacia ella y a mí me entraron ganas de gritar.

Nunca había sentido una excitación así. Por supuesto, mi experiencia no es que fuera lo que se dice amplia y siempre estaba asociada a la otra cara de la moneda, pero esto era casi insoportable. Yo estaba acostumbrada a un calor lánguido que iba inundándome lentamente y que nacía de lo más profundo de mí para extenderse por mis venas hacia todas las partes de mi cuerpo, no a esta necesidad desesperada de meterme en su cuerpo blanquecino tan dentro como pudiera.

Se retorció entre las mantas que caían gruesa y suavemente sobre nuestra piel desnuda.

—¿Qué pasa contigo, chico guapo? ¡No me digas que ya has perdido el interés! —susurró mientras aceleraba el ritmo haciendo que me resultase difícil hasta respirar—. Todavía te queda fuelle para el tercero, lo sé.

Mi estado cercano al trance estalló cuando ella se acercó aún más, con los labios húmedos, y yo me eché para atrás. Aullé de dolor, tanto porque ella había dudado durante un segundo antes de dejarme correr, como porque mi cuerpo prestado exigía un respiro. Había sido tan estimulante que dolía, pero de ningún modo me interesaba lo que se me ofrecía. Con la mano en el corazón, creía que me iba a marear si seguía mirando tanto su cara de perplejidad como la innegable forma masculina que yo había adoptado. No hay palabras para expresar lo que sentía: decir que era completa confusión e incredulidad era quedarse jodidamente corta.

Mis manos se dirigieron al borde de la máscara y la levantaron. La que me miraba desde el espejo era la cara de Louis-César, con la cara blanca por la impresión. Yo quería gritarle para que aquello se detuviese, para salir de mí, pero sabía que lo que había ocurrido era más bien lo contrario. De algún modo, era yo quien le había invadido y no tenía ni idea de cómo lo había hecho o de cómo lo podía deshacer. La mujer dejó escapar un chillido y agarró la máscara, arrancándomela de mi mano y tratando de volver a ponerla en su sitio.

—¡No se arriesgue, monsieur! Ya sabe lo literales que pueden llegar a ser sus vigilantes, no se la quite nunca —musitó sonriente mirando malévolamente hacia arriba buscando mis ojos—. Además, me gusta cuando la llevas mientras hacemos el amor —continuó, mientras me rodeaba el cuello con sus brazos y trataba de recostarme junto a ella—. Me quedo fría sin tu calor. Bésame.

Me aparté de ella bruscamente y gateé hasta el extremo de la cama, preguntándome qué pasaría si me desmayaba entre la niebla negra que había en el borde de mi visión. ¿Me despertaría en el sitio del que venía, o estaba atrapada allí? Decidí no pensar siquiera en esa última posibilidad. Después de un momento, la mujer soltó un suspiro y se echó en la cama, recorriendo con suavidad sus pequeños pechos. Sus pezones de color marrón oscuro contrastaban con la blancura de su piel y sus ojos me observaban con una mirada cómplice.

—¿Estás cansado, mi amor? —murmuró con una sonrisa de suficiencia mientras su mano se deslizaba hacia partes más bajas de su cuerpo, enredándose en el vello oscuro de su ingle—. Apuesto a que puedo volver a animarte.

Antes de que pudiera siquiera intentar persuadir a mi saturado cerebro para que pensase en una respuesta, la pesada puerta de roble se abrió y entró una mujer de mediana edad, escoltada por cuatro guardias. Su expresión me decía que no había venido a unirse a nosotros, gracias a Dios.

—Levantadle —ordenó, tras lo cual dos guardias me sacaron de la cama y la mujer que acababa de conocer tan en profundidad soltó un chillido y se tapó con las mantas hasta la barbilla.

—¡Marie! ¿Qué estás haciendo? ¡Vete de aquí ahora mismo! ¡Vete, vete!

La mujer mayor la ignoró y dirigió su mirada hacia mí, con un desdén que no mejoraba su cara, ya de por sí poco atractiva. Sus ojos me escrutaban de arriba abajo con desprecio.

—Siempre listo, ya veo. Debiste heredar eso de tu padre —dijo, para después lanzar una mirada a los guardias—. Traedle.

Me sacaron a la fuerza de la habitación sin darme la oportunidad de vestirme siquiera. La morena me echó por encima una gruesa bata brocada, que deslicé por encima de la embarazosa prueba de mi condición, pero no había tiempo ni para calzarse o ponerse unos pantalones. La chica de la cama vociferaba extrañas obscenidades a nuestras espaldas, la mayoría de ellas dirigidas a la mujer mayor. Me pareció que no hablaba en nuestro idioma, aunque podía entenderla perfectamente. O quizá era este cuerpo el que podía y me lo iba traduciendo. Tampoco tenía tiempo de pensarlo, bastante tenía con que aquellos hombres me estuvieran llevando a rastras por un largo pasillo de piedra. Llegamos hasta unas escaleras con profundos agujeros en el centro de cada escalón. Por allí habían pasado miles de pies durante cientos de años. Abajo estaba oscuro y el aire que subía estaba muy frío, hasta el punto de que me sorprendía que no pudiera sentir mi propia respiración.

La mujer se detuvo en lo alto de las escaleras y se volvió hacia mí. Ya no parecía desafiante, la emoción que se reflejaba en sus ojos oscuros estaba ahora más cerca del miedo.

—No iré más lejos. Yo ya he visto qué te espera y no deseo verlo de nuevo —explicó, con una expresión que ahora se tornaba apenada—. Durante toda tu vida has podido experimentar la satisfacción que daba el silencio. Hoy aprenderás cuál es el castigo que supone romperlo.

Se volvió a dar la vuelta sin pronunciar ninguna palabra más y los guardias empezaron a empujarme hacia el agujero negro. Yo me sentía más fuerte en este cuerpo, pero ni de cerca tenía la suficiente potencia como para vencer a aquellos tipos. Le devolví una mirada feroz a la mujer, pero ya se estaba marchando, con la espalda bien tiesa debajo de su vestido color mora.

—¡Por favor! ¡Madame! ¿Por qué hace esto? No he dicho nada, lo juro —protesté, pero las palabras no eran mías, brotaban de mis labios sin que yo les invitase a hacerlo. Fuese como fuese, tampoco lograron detenerla.

—Si deseas saber a quién puedes atribuir el trabajo de esta noche, pregúntale a tu hermano —musitó por encima del hombro antes de desaparecer en una habitación y cerrar la puerta con firmeza. El golpe sonó bastante concluyente.

Las escaleras eran demasiado estrechas como para que mis captores pudieran seguir agarrándome por los brazos, pero dado que estaban detrás de mí y que no había más sitio para ir que hacia abajo, tampoco importaba mucho. Casi no había luz, apenas unos pocos reflejos de la luz de la luna se colaban por las ventanas increíblemente estrechas que nos flanqueaban en nuestro descenso. Los escalones estaban resbaladizos por la humedad y el agujero del medio hacía que me resultase casi imposible mantenerme en pie, sobre todo sin zapatos. Tenía un frío terrible, a pesar de llevar la bata, aunque aquello parecía haber conseguido, al fin, hacer desaparecer mi persistente excitación. Con todo, notaba entre las piernas un peso laxo que me seguía resultando muy poco familiar, una sensación extraña y para nada bienvenida que era más responsable que ninguna otra cosa de mis ganas de empezar a gritar y no parar. Me golpeé un dedo del pie cuando estábamos a medio camino de la bajada, pero casi hasta di gracias por el dolor; estuve tan cerca de perderlo completamente que las pulsaciones en mi pie me permitieron pensar en otra cosa.

Mientras nosotros continuábamos nuestro camino hasta llegar abajo del todo, la luz de las antorchas parpadeaba en las escaleras, formando sombras que danzaban por todos lados y dando brillo a las hileras de líquido que se filtraban por las paredes. De repente, el frescor se convirtió en frío, tan intenso que parecía que la sangre de mis venas se había convertido en hielo. Me sorprendió no ver escarcha en las paredes, pero las hileras de humedad seguían campando a sus anchas por allí.

Mucho peor que el frío que quemaba o que los alrededores eran los lamentos lastimosos que procedían de detrás de una puerta con un tablón de hierro situada a varios metros de allí. No sonaban fuertes porque la espesa madera los ahogaba, pero en todo caso resultaban hirientes para la mente. Dolía escuchar voces tan crudas, tan llenas de desesperación y tan seguras de que la ayuda que pedían no iba a llegar nunca. Instintivamente traté de echarme atrás, refugiándome en un charco de luz proyectado por una antorcha cercana, pero una mano me empujó hacia delante con rudeza. Me tropecé y di con mis rodillas en el empedrado irregular del suelo.

—Adentro.

Me tomé con calma aquella orden, pero una patada en las costillas me dejó sin aliento y una mano me levantó con brusquedad. Miré hacia abajo y vi a un hombre calvo, gordo, con un mandil manchado de sangre y pantalones sucios de lana áspera. Desde mi metro sesenta y tres, no estoy acostumbrada a mirar hacia abajo a muchos hombres. Le hice un guiño en una mezcla de dolor y confusión. Sus labios carnosos se abrieron de par en par mostrando una sonrisa adornada con dientes grises y yo retrocedí. Aquello pareció agradaarle.

—Bueno. Empiece a temblar, M'sieur le Tour. Recuerde, esta noche usted no es ningún príncipe —comentó, mirándome de arriba abajo—. Pronto veremos si está a

la altura de su nombre. ¡Esta noche usted me pertenece!

Metió una enorme llave de hierro en el candado y la puerta se abrió de par en par. Eché un vistazo rápido y, antes de que me empujaran hacia dentro, pude ver una habitación grande y cuadrada con paredes de piedra recia y altos techos. Caí de nuevo al suelo por el empujón, pero en esta ocasión el suelo estaba cubierto por una capa asquerosa de orina y cosas peores que tampoco ayudaban mucho a suavizar la dureza del piso. Una parte de mí estaba enfurecida por la manera en la que este hombre tan basto me estaba tratando, pero un momento después, se fundieron en mí todos los sentimientos colindantes con el terror. Mis ojos se cruzaron con los de la mujer desnuda y demacrada que yacía estirada hasta límites insospechados en el potro de tortura, y no pude apartar la vista. La sangre manaba en hileras por su cuerpo torturado y se iba secando y formando ríos densos y viscosos por su piel, mientras manchas marrones cubrían el suelo que estaba debajo de ella. Había tanta sangre allí que me parecía imposible que hubiese estado metida en un solo cuerpo.

Por las paredes había hombres encadenados que no paraban de gritar, implorándome que les salvara, pero apenas me enteraba de lo que decían. Mi atención estaba centrada en la mujer, aunque ella no emitía ningún sonido. La antorcha se reflejaba en sus ojos abiertos y no puedo decir si era un efecto de la luz o si, efectivamente, todavía brillaba algo de vida allí dentro. Por su bien, esperaba que no. El hombre me vio mirando hacia allí y se dirigió hacia ella.

—Efectivamente, tu amiga no va a darme mucha más diversión.

El hombre comprobó una de las cuerdas que sujetaban sus manos y pude ver que le faltaban las uñas. Parecía como si le hubiesen triturado las terminaciones de los dedos, o como si las hubiese devorado algún animal, y los nudillos estaban tan hinchados que no debía haber habido forma posible de que hubiese cerrado las manos, aunque le hubiesen dejado.

Yo había visto un montón de cosas en casa de Tony durante muchos años, pero la violencia normalmente solía llegar de manera rápida e inesperada, como lo que había visto aquella misma noche. Cuando podía pensar en reaccionar, normalmente ya se había acabado todo. Tony empleaba la tortura algunas veces, pero yo nunca lo había visto. Eugenie se había mostrado tremendamente estricta en ese aspecto y empezaba a comprender por qué. Esto era peor que la ferocidad que yo conocía: era demasiado tranquilo, demasiado realista, demasiado estudiado. No había ira detrás de aquello, nada personal que lo mitigara o que al menos lo hiciera más comprensible. El dolor de aquella mujer era solo una parte más del trabajo.

—Y a pesar de todo, todavía le queda fuelle para una última exhibición — continuó aquel hombre, moviéndose hacia una de las parejas de hombres que estiraban el potro y sacando una mugrienta botella de vino—. Esto es lo que les pasa a los que hacen enfadar al rey. Observa y no lo olvides, cabrón.

Yo me quedé allí inmóvil, sin decir nada, mientras el hombre vertía el vino sobre la cabeza de la mujer, tanto por la cara como por el cuello. Le empapó el pelo hasta

que empezó a chorrear en el suelo de piedra que estaba debajo de ella formando un charco denso y rojo. Desperté de mi estado de shock cuando me di cuenta de lo que venía a continuación.

Su mano alcanzó una vela apagada y yo me moví hacia él.

—¡No! Por favor, m'sieur, se lo imploro...

Por la expresión de agrado que inundó su cara, pude adivinar que yo había reaccionando como él deseaba que lo hiciera y que no tenía ninguna intención de detenerse. Miró mi cara con algo parecido al regocijo mientras trataba de prender la vela con el fuego de una antorcha cercana. La vela estaba casi agotada, pero al final consiguió prender una llama minúscula. No volví a discutir con él; en lugar de eso, me abalancé sobre él, tratando de arrebatarse la vela ardiendo. Intenté arrancársela de la mano, pero los dos torturadores me agarraron por los brazos y me apartaron de él. El hombre, que yo ya había dado por supuesto que era el carcelero jefe, volvió a dirigirme la mirada con unos ojos en los que quedaba ya poco rastro de humanidad. Se inclinó y, muy lentamente, cogió la vela apagada y la volvió a encender.

Miré a la mujer según se acercaba el carcelero, no pude evitarlo. Había un brillo de lágrimas en sus ligeros ojos marrones, pestañeó una vez y sus pestañas derramaron gotitas de vino, antes de que el cuerpo del carcelero me obstruyera la visión. Una parte de mi mente decía que él acabaría parando, que no lo haría, que no podía hacerlo. Una voz en mi interior me dijo que lo que quería era aterrorizarme, que sólo estaba ejecutando aquella escena para hacer que yo fuera más razonable después y podía ser cierto. Pero aquello no la salvó a ella.

La escena que acontecía delante de mí empezó a temblar y me invadieron pensamientos que no podía ni identificar. Delante de mis ojos empezaron a pasar fogonazos con escenas de otros lugares, otra gente, como si estuvieran proyectando una película en un velo transparente delante de mí. A través de aquello, podía ver todavía a la mujer y al torturador, congelados ambos un segundo antes de que ocurriera lo imposible.

La voz de mi cabeza volvió a hacer aparición, farfullando cosas sobre el hecho de haberme criado en cautividad sin haber conocido nunca lo que era la crueldad de verdad. Siempre me vestían con ropajes de suave lino y bordados hechos a mano, insistía la voz; tuve libros, una guitarra y pinturas para divertirme, mis carceleros tenían que hacerme una reverencia cuando entraban en mi habitación y no podían sentarse en mi presencia si yo no les daba permiso. Por mis venas corría sangre real y nadie olvidaba nunca eso. Nunca había visto una brutalidad como esta, nunca había conocido un miedo así. Y, seguidamente, detrás del miedo se divisaba un torrente de pura ira. Eso no era justicia, no era necesario para preservar la paz o la estabilidad de aquella tierra, o comoquiera que llamaran pomposamente a aquello. No era más que la obra de un cobarde sádico que mantenía sus manos bien limpias en la corte, mientras en su nombre se ejecutaban cosas así detrás de puertas bien cerradas. Y decían que yo era abominable.

Sacudí la cabeza intentando hacer callar aquella voz y deshacerme de las telarañas que interrumpían mi visión. Un segundo después, la estrategia funcionaba. Pero entonces también estaba de nuevo en la pesadilla, con una visión nítida de aquella vela inclinándose hacia su objetivo. Observé con incredulidad cómo el torturador sujetaba la minúscula llama a escasos milímetros del pelo empapado en vino de aquella mujer. De repente, se escuchó un siseo y la llama prendió en el pelo y empezó a extenderse con viveza hacia el resto de su cabeza y sus hombros. En solo unos segundos, toda la parte de arriba de su cuerpo se convirtió en un trazo oscuro sobre el que danzaba una cortina de fuego. Grité, porque no podía hacer otra cosa. El resto de prisioneros se unió al grito hasta que la habitación entera se llenó de chillidos y del sonido de las cadenas golpeando inútilmente contra la piedra desnuda. No podíamos hacer nada por ella, así que nos limitamos a que nuestros gritos hicieran temblar las paredes, pero la mujer no emitió ningún sonido mientras se quemaba.

—*Mademoiselle* Palmer, ¿qué le ocurre?, ¿algo va mal? —escuché mientras veía cómo la cara de Louis-César aparecía delante de mí y notaba vagamente cómo alguien me agitaba el hombro. El griterío ensordecedor y desesperado de la celda invadía la sala, pero tardé un minuto en darme cuenta de que procedía de mí misma,

—*Mia stella*, calma, calma —trató de tranquilizarme Rafe mientras apartaba al francés y me apretaba contra su pecho. Estrujé mis manos entre la cachemira de su jersey, acercándome a él todo lo que podía y hundiendo mi cara en la seda suave de su camisa. Respiré hondo para capturar el aroma familiar de la colonia de Rafe, pero no consiguió quitarme el olor de la prisión empapada en orina y el olor a quemado de lo que una vez fue una mujer tan solo un poco mayor que yo.

—*Mademoiselle*, se lo aseguro; estoy intentando hacer todo lo que está en mi mano para asistirle, pero no alcanzo a entender qué es que me está diciendo.

Rafe mesaba mis cabellos y acariciaba mi espalda describiendo círculos tranquilizadores sobre ella.

—Era una visión, *mia stella*, nada más que una visión —susurró—. Las has tenido otras veces; ya sabes que son imágenes, se desvanecen en el tiempo.

Meneé la cabeza temblando entre sus brazos hasta que me acercó aún más hacia él. Le abracé tan fuerte que, si hubiera sido humano, le habría dolido.

—No como ésta. Nunca como ésta. La torturaban y después la quemaban viva, y no podía... tan sólo estaba allí de pie...

Mis dientes querían castañetear, pero me mordí el labio y no les dejé. Aquello no haría más que recordarme el frío que hacía en aquel lugar y entonces, pudiera ser que no dejara de pensar en la única fuente de calor. No quería pensar en aquello, no quería, y aquello tendría que marcharse. Pero, incluso cuando me repetía una y otra vez las palabras de Rafe, sabía que me estaba mintiendo a mí misma.

Había tenido miles de visiones durante mi vida, algunas del pasado, otras referidas al futuro y ninguna de ellas demasiado agradable. Había «visto» todo tipo de horrores, pero nada me había afectado nunca como esto. Con el tiempo y la

práctica, había aprendido a dejar pasar lo que «veía», a tratarlo igual que todo el mundo a las noticias de televisión que les desagradan, como si fueran algo lejano y no demasiado real. Pero tampoco había formado parte nunca de la acción, ni sentido el olor que en ella transcurría ni probado el sabor del miedo de alguien que estuviese presente en la escena. Era la misma diferencia que ver pasar un accidente o estar involucrado en él. No iba a olvidar la mirada de aquella mujer en mucho tiempo.

—*Mon Dieu*, ¿ha visto a Françoise? —preguntó Louis-César acercándose a nosotros, con gesto afligido mientras yo me zafaba de él.

—¡No me toques! —le grité.

Antes me había parecido que desprendía un olor que me recordaba vagamente al de alguna colonia cara, pero ahora me apestaba al olor de la carne quemada de aquella mujer. No es que no quisiese que me tocara, es que no quería ni tenerle en la misma habitación en la que estuviera yo.

Se echó hacia atrás y su ceño se frunció compungido.

—Mis más sinceras excusas, *mademoiselle*. Por nada del mundo hubiera deseado que presenciase aquello —continuó Louis-César.

Rafe le miró por encima de mi cabeza.

—¿Está satisfecho, *signore*? Ya le dije que no debíamos usar las lágrimas todavía, que cuando está aún enferma o enfadada, las visiones no son agradables. Pero nadie escucha. Quizás ahora lo entienda —dijo, y se detuvo cuando Mircea apareció a la altura de mi codo y le ofreció un pequeño vaso de cristal.

—Que se beba esto —ordenó, y Rafe obedeció inmediatamente.

—Pero si no lo hice —protestó Louis-César—. Ni siquiera las llevo encima.

Rafe pasó de él.

—Bébetelo, *mia stella*, te hará bien —espetó.

Se sentó a mi lado en el amplio sofá. Mientras, yo me bebía el güisqui a sorbitos hasta ver como mi respiración volvía a su ritmo normal. Era tan fuerte que me parecía que me tatuaba la garganta a su paso, pero la sensación era agradable. Cualquier cosa que hubiese espantado los recuerdos de mí lo habría sido. Me di cuenta de que había apelmazado bajo mi puño el otrora prístino jersey de cachemira de Rafe, convirtiéndolo en un gurrño empapado. Lo solté y él sonrió.

—Tengo más, Cassie. Tú estás bien y yo estoy aquí. Piensa en eso, no en lo que «viste», fuera lo que fuera.

Era un buen consejo, pero tenía dificultades para seguirlo. Cada vez que posaba los ojos en Louis-César, las imágenes amenazaban con volver de nuevo. ¿Por qué quería el Senado que «viese» algo esa noche, sobre todo algo como eso? ¿Qué me había hecho él para que la visión fuese tan diferente?

—Necesito un baño —anuncié abruptamente. Básicamente, se trataba de una manera de alejarme de Louis-César, pero no cabía duda de que no me vendría mal uno.

Mircea me cogió la mano y me acompañó a una puerta opuesta a la de entrada.

—Ahí dentro hay un cuarto de baño y debería haber una bata. Haré que te traigan algo de comida mientras te bañas y hablaremos cuando estés preparada. Si te hace falta algo más, no dudes en pedírmelo —me explicó.

Yo asentí con la cabeza, le devolví el vaso medio vacío y me escapé hacia el oasis fresco de baldosas azules que se abría ante mí en el baño.

La bañera era lo suficientemente larga como para pasar por una sauna, así que me metí con gusto en ella después de quitarme mi atuendo echado a perder. Puse el agua todo lo caliente que se podía y me recosté, tan cansada que me limité a mirar el jabón durante un minuto, como esperando de algún modo que alguien me frotase la espalda. Mis emociones, afortunadamente, se habían ido a otra parte, y mi mente se había quedado en blanco. Me había agotado físicamente y ahora mismo mi cabeza no estaba mucho mejor.

Por fin había llegado al momento en el que me podía empezar a limpiar la sangre seca de mi cuerpo y mi pelo. Me dije que lo que había «visto» no tenía nada que ver con el mundo moderno, que aquella pobre mujer había sufrido y muerto siglos antes de que yo hubiese nacido siquiera. Con todo lo horrible que había sido, no era un aviso de un desastre venidero ni nada sobre lo que pudiera haber hecho algo. Traté de creer que era tan solo una versión más intensa de alguno de los ataques psíquicos de hipo que me invadían cuando tocaba cosas muy antiguas que habían pasado experiencias traumáticas, pero la verdad es que no era la misma sensación.

Había aprendido a tener mucho cuidado de las vibraciones psíquicas negativas. Alphonse coleccionaba armas antiguas de todo tipo y una vez siendo niña, toqué por accidente una metralleta que acababa de adquirir recientemente y que estaba en pleno proceso de limpieza. De inmediato, me vi envuelta en medio del percance en el que la habían utilizado y lo que «vi» me provocó pesadillas durante semanas. Normalmente, podía saber si un objeto iba a causarme problemas antes de tocarlo, casi como si fuera un aviso que podría sentir claramente prestando un poco de atención. Pero poca gente podía desencadenar esa sensación, incluso aquella que tenía siglos de edad, como Louis-César, que sin duda alguna había visto su parte de tragedia. A pesar de todo, me acostumbré a evitar darle la mano a los desconocidos no fuese a enterarme accidentalmente de quién engañaba a su esposa o estaba a punto de cometer un delito. Después de todo aquello, decidí que había una cosa más que añadir a la lista de «evitar a toda costa».

Me aclaré, dejé que la bañera se tragase toda el agua con restos de sangre y empecé de nuevo. Quería sentirme limpia y algo me decía que aquello me iba a llevar tiempo. Eché tanto jabón que la espuma subió por los extremos de la bañera y se coló hasta el suelo. No me importaba. Lo único en lo que pensaba era en si podría quedarme en el baño hasta que amaneciese para posponer el momento de oír lo que el Senado había planeado para mí. Les estaba agradecida por protegerme, pero tenía mis dudas de que la ayuda viniese sin un precio marcado en la etiqueta. No es que me importase. No tenía ni idea de dónde estaba e, incluso aunque me escapara, lo único

que estaría haciendo sería correr directamente hacia mis viejos problemas con Tony. Fuese lo que fuese lo que quisiera el Senado, probablemente tendría que hacerlo.

El problema era que me había prometido a mí misma y aquello no sólo afectaba a Tony y sus idiotas, que nunca permitiría que mis capacidades fueran usadas para herir a nadie. No tenía ni idea y me alegraba enormemente de ello, de a cuánta gente había herido o matado indirectamente mientras trabajaba para el rey del fango, pero desde luego sabía que no era una cifra pequeña. Por aquel entonces no sabía para qué se estaban usando mis visiones, pero aquello tampoco me hacía sentir lo que se dice cojonudamente bien. Quienes crean las bombas nucleares no fijan las políticas que deciden cuándo usarlas, pero me pregunto si eso les ayuda a dormir por las noches. Yo llevaba mucho tiempo sin dormir bien. Si lo que quería el Senado acababa produciendo daños a otros, algo que parecía bastante probable, estaba a punto de descubrir hasta qué punto exacto me importaban mis principios.

Pensé que lo que tenía en la muñeca no era una fractura, sino un esguince, y que el arañazo de mi mejilla no tenía tan mala pinta como había pensado en un principio, aunque no se podía decir lo mismo de mi culo. Caer encima de mi pistola en el almacén me había dejado un recuerdo del tamaño de la palma de mi mano, además, el cardenal se había vuelto de un color morado nada favorecedor. Genial. Iba a juego con las marcas de dedos que había alrededor de mi cuello, así que, por lo menos, iba conjuntada.

Acababa de terminar con mi inspección cuando Billy Joe se coló por la ventana. Miré hacia la puerta, deseando decirle en realidad que se fuera, pero no me apetecía mucho la idea de tener que enfrentarme a una audiencia. Billy era mi as en la manga, la mejor oportunidad que tenía de salir de allí. No quería que nadie supiera que él andaba por allí.

Al ver mi expresión, me sonrió abiertamente.

—No te preocupes —me tranquilizó—. Alguien ha lanzado un hechizo de silencio extraordinario en estas habitaciones. Sea lo que sea lo que están planeando, se han tomado en serio lo de que no les escuchen.

—Está bien, en ese caso: ¿dónde coño te habías metido? —dije, con las emociones de nuevo a flor de piel al ver cómo él actuaba como si nada, como si no me hubiera dejado tirada antes.

Billy Joe, que en vida había sido un bebedor de primera y un gran fumador de puros, era uno de mis pocos amigos ahora que llevaba bastantes años muerto. Sin embargo, esta vez la había cagado y él lo sabía. El gran apostador, el duro, estaba allí, jugueteando con su pequeña corbata de lazo y con cara de avergonzado. Sabía que su reacción era sincera y no otra de sus actuaciones porque aún no había hecho ningún comentario lujurioso sobre mi falta de ropa.

—Me encontré con Portia y me dijo lo que ocurría. Fui a buscarte al club, pero ya te habías marchado —se excusó, levantando su sombrero vaquero con un dedo casi transparente que luego se solidificó un poco más—. ¿Hiciste tú todo aquello? El almacén estaba hecho un desastre y había un montón de policía por todo el club.

—Claro, tengo por costumbre liquidar a cinco vampiros y después dejar los cuerpos para que la Policía vaya atando cabos —le respondí con ironía.

La Policía que todos conocemos tenía la función, dentro de la comunidad sobrenatural, de limpiar los desastres que uno dejaba. En algunas situaciones, dejar abandonados cadáveres capaces de provocar una taquicardia a cualquier patólogo podía darte más problemas que los asesinatos en sí. Tampoco era normal que ocurriera algo así y de ahí nacían muchas leyendas antiguas, imagino, pero cuanto más se expandía la población humana, más vital se hacía esa política. Al Senado no le apetecía mucho la idea de ver vampiros troceados en los laboratorios mientras algún

científico humano trataba de descubrir el secreto de la vida eterna, o de ver cómo los Gobiernos, completamente alucinados por los cuerpos, empezaban una versión moderna de la Inquisición.

—¿Qué cuerpos? —preguntó Billy Joe encarnándose hasta tal punto que pude ver un toque de rojo en su moderna camisa de chorreras (moderna, en todo caso, en 1858, el año en el que aquellos vaqueros le hicieron una visita guiada por el fondo del Misisipi). Había sangre por todas partes y parecía como si un ciclón hubiese arrasado con todo, pero no había ningún cuerpo.

Me encogí de hombros. Tampoco tenía interés por saber que Tomas tenía algún compañero que se había ocupado de llamar a un servicio de limpieza. Si cualquiera de las personas en las que estaba confiando me estaba mintiendo, no quería saberlo.

—Genial, gracias por dejar que casi me maten. ¿Qué sabes de mis problemas por aquí? —le interrogué.

Billy Joe escupió una bolita de tabaco de mascar para fantasmas contra la pared del baño. Aquello dejó una hilera babosa de ectoplasma que iba deslizándose hacia abajo y le miré con mala cara.

—No hagas eso —espeté enfadada.

—¡Eh! ¿Estás *desssnuda* ahí debajo? —preguntó sentándose junto a la bañera y palmeteando infructuosamente las burbujas.

Si se concentraba, podía mover cosas, pero en ese momento solo estaba jugando, así que su mano atravesaba la espuma. Le obligué a darse la vuelta mientras salía y me secaba. Sé que es algo estúpido, pero Billy Joe no ha estado con una mujer en ciento cincuenta años y a veces puede distraerse. Es mejor no dejar que su cabeza eche a volar.

—Cuéntame. ¿Qué es lo que sabes? —volví a preguntar.

—No demasiado. Tuve problemas para encontrarte. ¿Sabes que estás en Nevada? —replicó él.

—¿Cómo iba a...? Espera un momento. ¿Por qué tuviste problemas para encontrarme?

La mayoría de los fantasmas se encuentran atados a un único emplazamiento, normalmente una casa o una cripta, pero Billy Joe se aparece en el collar que compré en la tienda de antigüedades cuando tenía diecisiete años y tiene más movilidad. Lo compré porque pensé que era tan solo un pastiche victoriano que le alegraría el cumpleaños a Eugenie. Si hubiera sabido lo que traía dentro, no puedo decir con total seguridad que no lo habría dejado en su cajita. Como no lo sabía y dado que yo lo llevaba puesto normalmente, él no tendría que haber tenido ningún problema para localizarme. En épocas de viajes, bueno, digamos que él coge una ruta más directa que la mayoría.

—¿Qué has estado haciendo en lugar de comprobar qué había ahí fuera? —Billy Joe parecía sentirse culpable, un hecho que no le impedía seguir intentando mirar bajo mi toalla.

—Un momento —de pronto, tuve una revelación—. Espera. Estamos en algún lugar cerca de Las Vegas, ¿no?

—Sí, como a unos cincuenta kilómetros. Este lugar parece un rancho, sólo que no hay caballos, ni turistas, y que los rancheros de por aquí son algo peculiares. *Caro*, que no importa, porque lo único que los humanos ven aquí es un enorme cañón desnudo con un montón de señales de «No pasar».

—¿Cincuenta kilómetros? —le interrogué de nuevo, sabiendo que Billy podía coger energía de las reservas almacenadas en su collar para cubrir distancias de hasta setenta y cinco—. ¡No me digas que mientras me hechizaban, me trasladaban por todo el país, me amenazaban y encarcelaban tú has estado metido en casinos!

—Vamos, Cassie, querida...

—No me lo puedo creer —le reproché. No me solía enfadar a menudo con él, porque casi siempre es una pérdida de tiempo, es lo que se dice un ser incorregible, pero esta era la gota que colmaba el vaso—. ¡Casi me matan! ¡Dos veces! Si no te preocupas por cosas así, piensa en qué pasaría con tu precioso collar si alguien me abate a tiros o me raja la garganta. Permíteme que te lo aclare: el collar acabaría en el joyero de alguna viejecita de Podunk, EE.UU., a ciento cincuenta kilómetros de ningún sitio.

Billy Joe parecía escarmentado, pero dudaba de que su sentimiento de culpa estuviese relacionado con lo que podía haberme pasado a mí. Es incapaz de estar lejos de su hogar base durante mucho tiempo, porque si no su poder se mitiga, razón por la cual yo sabía que llegaría allí más pronto o más tarde. Cuanto más se alejaba de su fuente, más rápido se desvanecía su fuerza. Su peor pesadilla era quedarse tirado en uno de esos pueblos minúsculos que no tenían taberna, ni clubes de estriptis ni tugurios de apostadores al alcance. Para él, aquello sería el equivalente al Infierno. Conmigo tenía una garantía de estar cerca de los ambientes urbanos, dado que era muy difícil esconderse en un poblacho. También tenía algo incluso más importante.

Con el tiempo, habíamos desarrollado una especie de relación de simbiosis. Billy Joe es uno de esos espíritus que pueden absorber energía de un donante vivo, de un modo similar al que lo hace un vampiro. Los vampiros toman la energía vital a través de la sangre, que en términos mágicos es el receptáculo de la fuerza vital de una persona. Cuando se alimentan, reciben parte de la vida del donante y eso les sirve de sustitutivo, al menos durante un tiempo, de la que perdieron al convertirse en vampiros. Algunos fantasmas podían hacer lo mismo y como los vampiros, no siempre preguntaban antes. Con todo, Billy Joe prefería siempre que el donante fuese voluntario, por no decir que siempre comentaba que, por alguna razón, el efecto siempre duraba mucho más cuando venía de mí. A cambio de que yo aceptara darle energía adicional de vez en cuando, él había aceptado estar pendiente de cualquier señal que indicase el inminente retorno de Tony. En ese momento, me sentía engañada.

—Si no vas a servir para nada, debería vender esta cosa tan fea —amenacé

mientras frotaba el vaho del espejo y echaba un vistazo a la monstruosidad que rodeaba mi cuello. Era de un color dorado hecho a mano, fuerte e intricado, con una masa de flores y ramas que se retorcían en torno a un centro coronado por un rubí de corte cabujón. El encargado de la tienda en la que lo compré había dado por supuesto que era cristal, ya que no estaba acostumbrado a ver joyas que no tuvieran múltiples caras. Además, aquel rubí había pasado años acumulando polvo. Incluso después de limpiarlo bien, era, sin ninguna duda, uno de los collares más feos que había visto nunca. Normalmente solía llevarlo debajo de la ropa.

—¡Te haré saber que ese collar lo conseguí de una condesa! —se encorajinó.

—Y a juzgar por todas las marcas de empeño, era realmente importante para ti, ¿verdad? —repliqué, sin inmutarme.

—Siempre lo he acabado rescatando, ¿no? —Billy Joe empezaba a enfurruñarse, así que decidí dejarlo estar. Necesitaba que estuviese con ganas de cooperar si quería que me descubriese algo.

—No quiero peleas. No estoy de humor esta noche. Solo necesito saber algunas cosas, como por ejemplo por qué el Senado me ha atrapado aquí —me detuve al ver que Billy Joe levantaba la mano.

—Por favor, sé cuál es mi trabajo —apostilló.

Se volvió a acomodar en el borde de la bañera mientras yo repasaba el estado de mis rodillas. Ambas estaban salpicadas de heridas y golpes a pesar de la altura de mis botas, así que mañana las tendría bien agarrotadas. Sabía que debía sentirme afortunada por estar viva, aunque fuese para convertirme en una maraña de dolor andante, pero por alguna razón aquel pensamiento no me reconfortó demasiado. Quizá porque no pensaba que fuera a estar así por mucho tiempo.

—Ese vampiro de ahí, Louis-César, lo han cogido prestado de Europa. Es una especie de campeón de duelos. Se dice que nunca ha perdido una pelea y por lo que he oído, se ha visto envuelto en cientos de ellas —me explicó Billy Joe.

—Puede sumar una más al total después de esta noche —añadí, sabiendo que no es que el guardia tuviese pinta de suponer un gran reto para él, pero supongo que daba por contado que lo había decapitado—. ¿Sabías que Tony había sobornado a unos lunáticos para que me mataran justo delante del Senado?

—Gilipolleces. Si hubiera sido así, Mircea le habría matado.

Se me iluminó la cara lentamente. No lo había mirado así. Si Tony hubiera estado detrás del segundo intento de acabar con mi vida, no hubiera hecho más que dejar mal a Mircea, ya que no hay nada que te desprestigie más en los círculos vampíricos que no ser capaz de controlar a un subordinado. Incluso sabiendo que, por lo general, Mircea me caía bien, siempre me había dado la impresión de que no era uno de esos tipos con los que convenga enfrentarse.

—Sólo nos queda desear que así fuera —balbuceé.

—Pse, bueno, tampoco me parece el estilo de Tony —yo me encogí de brazos porque, en mi opinión, Tony no tenía ningún estilo en concreto—. De tós modos, que

me enterase de que Louis-César es el segundo del Senado Europeo es un buen descubrimiento *pa'ti*, ¿no?

—Estupendo. Ahora dime algo que me interese.

Billy Joe soltó un largo suspiro de sufrimiento.

—De acuerdo. Estás en la sede central de MAGIA, la Metafísica Alianza de Grandes Interespecies Asociadas, más conocida por ser la principal sala de fiestas de las criaturas de la noche —volvió a intervenir Billy Joe, retomando las explicaciones.

—Eso ya lo sé —apunté tajante.

Creo que me lo imaginé, al menos subconscientemente. Nunca había estado aquí, pero ¿en qué otro lugar podría irrumpir un mago en una reunión del Senado y saludar un vampiro a un hombre lobo como si fueran amigos de toda la vida? La verdad es que no había tenido tiempo de planteármelo y tampoco es que supiese muchas cosas de lo que bien podía ser una ONU de lo sobrenatural. A Tony no le solía interesar discutir sobre los asuntos problemáticos. Su estilo era más bien clácales-la-estaca-y-olvídales, práctica que, por otro lado, funcionaba con mucha más gente que con los vampiros. Es uno de esos parecidos entre especies sobre el que MAGIA no había querido entrar en detalles: no hay ningún ser que pueda vivir en buenas condiciones con un gran trozo de madera clavado en el corazón.

—Vale, quizá esto no lo sepas: el Senado se está metiendo en esto porque hay un vampiro que está causando un montón de problemas y enfadando a todo el mundo. ¿Te acuerdas de aquel maestro ruso con el que Tony solía hacer negocios, el tipo que se ocupaba de la mitad de los chanchullos de Moscú?

—¿Rasputín? —salté yo.

El antiguo consejero de Nicolás II, el último zar de todas las Rusias, había sido envenenado, disparado, apuñalado y ahogado por algún príncipe que creía que tenía demasiada influencia sobre la familia real. Y tenía razón: la zarina amaba a ese monje autoproclamado de aspecto desaliñado, porque su hijo era hemofílico y sólo la mirada hipnótica de Rasputín era capaz de sanarle. A cambio, Rasputín consiguió más poder y un montón de sus amigos fueron designados para cubrir importantes cargos en el Gobierno. El príncipe y un grupo de nobles a quienes había convencido para que le ayudaran a eliminar el nuevo poder de la ciudad no salían de su sorpresa al ver que ni el veneno, ni las puñaladas, ni los disparos parecieron inmutar a Rasputín. Hasta que no lo tiraron por un puente y rescataron de las gélidas aguas después lo que, al parecer, era su cuerpo sin vida, no se quedaron satisfechos. Los historiadores han discutido enormemente desde entonces sobre los motivos de que Rasputín tardase tanto en morir. La mafia rusa podía habérselo aclarado: es difícil matar a alguien que ya está muerto.

—*Seh*, ese mismo. Rasputín *s'enfadó* porque el sitio que él quería en el Senado se lo dieron a Mei Ling. No tenía ni una oportunidad de meterse en el Senado europeo, la mayoría de esos locos hijos de puta hacen que él parezca hasta un corderito. Pero aquí, él sí que creía que tenía todas las opciones —me explicó Billy Joe—. El tema es

que no lleva muy bien que le rechacen. Durante un tiempo estuvo desaparecido, pero hace unos seis meses volvió a dejarse ver y empezó a atacar a miembros del Senado. Ya ha matado a cuatro y ha dejado a dos con heridas tan graves que nadie sabe si saldrán adelante. Ahora ha retado a la Cónsul a un duelo para hacerse con todo el tinglado. Ella ha pedido ayuda del Cónsul de Europa, que ha enviado al tal Louis-César como campeón. Pero, por supuesto, eso no ha puesto a Mei Ling contenta precisamente.

—Ya me imagino —corroboré yo.

Conocí a la segunda de la Cónsul, una pequeña belleza americana de origen chino que no llegaba al metro cincuenta y pesaba unos treinta y ocho kilos, cuando tenía siete años. Y la verdad es que me marcó. Ser la segunda no es como ser el vicepresidente de los Estados Unidos. Quien ocupa esa posición no está allí para sustituir al Cónsul si éste es eliminado, porque los miembros que quedasen del Senado lo decidirían por votación o a través de un duelo, en cuyo caso el ganador se quedaría con el premio. El título tampoco implica que quien lo tiene es el segundo miembro más poderoso del Senado: es posible que así sea, pero no es un requisito imprescindible. Cada miembro del Senado tiene una función específica para el cuerpo, como si fuese un gabinete presidencial. Los segundos de a bordo son designados por una única razón: tienen poder intimidatorio. A quienquiera que ocupe tal cargo se le conoce también como «el Ejecutor», porque él o ella se ocupaba de que se ejecutaran los decretos del Senado por los medios que fueran necesarios. Y entre ellos se incluían todos los que estuviesen entre la diplomacia y la violencia, aunque Mei Ling era conocida por su predilección por la última.

Lo dejó claro el día que llevó a rastras a la sala de audiencias de Tony a uno de sus vampiros para interrogarle. Fuese lo que fuese lo que hubiese hecho aquel tipo, lo que estaba claro es que no quería contarle al Senado nada al respecto. En realidad, estaba tan decidido a no contar nada, que le lanzó un reto a Mei Ling. Ella era nueva en el cargo y no tenía demasiada reputación: tenía tan solo unos ciento veinte años y su aspecto era más bien el de una muñeca china, así que supongo que él creía que podría con ella.

Me fascina cómo hasta vampiros de una cierta edad a veces olvidan que no se trata de un tema de tamaño, sino de poder, y que aunque a veces eso tiene que ver con la edad, no siempre es una relación tan directa. Algunos vampiros con muchos más siglos que Mei Ling nunca tendrán su poder; yo he visto cómo gigantones doblaban la rodilla ante la mirada de un niño. El paso a vampiro no te convierte en espectacular si eras normalito, ni en inteligente o poderoso si eras estúpido o débil: un perdedor en vida es un vampiro perdedor igualmente y lo normal es que pase su vida inmortal sirviendo a alguien. Es una de las grandes pegadas de esta condición, algo que normalmente no se destaca en las películas. Sin embargo, en algunas ocasiones, el convertirse en vampiro hace que alguien a quien se ha minusvalorado en vida tenga una oportunidad de brillar. Aquel día, vi cómo una diminuta flor de aspecto frágil

triturraba literalmente a un vampiro en pedacitos sangrientos. También vi lo mucho que le gustaba aquel hecho, cómo sus ojos oscuros brillaban de alegría y fiereza ante la constatación de que, efectivamente, podía perpetrar todo aquello. Una vez más, un hombre la había subestimado, pero esta vez había pagado por ello.

No le mató, o al menos en mi presencia. Su cabeza estaba intacta y gritaba cuando ella ordenó que le empaquetaran los trozos en cestas para enviarlas al Senado. Nunca volví a verle y ninguno de los presentes aquel día, que yo sepa, se atrevió a retar nunca a Mei Ling.

—¿Pero por qué se ha traído la Cónsul a un campeón? Yo pensaba que tanto ella como Mei Ling serían capaces de apañárselas con un reto tan simple —pregunté.

—La Cónsul es poderosa, pero no es una duelista. Y Mei Ling no tiene la experiencia de Rasputín. Él ya tenía una edad cuando intentó hacerse con el poder en Rusia y corre el rumor de que nunca ha sido derrotado en una pelea, además de que no le importa mucho la manera de ganar. Nadie vio las peleas con los senadores muertos, pero los dos primeros en ser atacados están aún con vida, por así decirlo. Y Marlowe permaneció consciente el tiempo suficiente después de que le encontraran como para contar que, de algún modo, Rasputín había conseguido que tres de sus propios vampiros se volvieran contra él y uno de ellos había estado junto a él durante más de doscientos años.

De pronto, las piezas del puzle empezaron a encajar. Le conté a Billy Joe lo que había pasado en mi reciente huida y él parecía pensativo.

—*Seh*, eso tendría sentido. No sé cómo se eligen los guardias del Senado, pero casi seguro que vienen de la cuadra de alguno de los miembros, porque ¿quién pensaría que cualquiera de ellos se volviera en contra de los allí presentes?

—Pero ¿por qué querría Rasputín verme muerta? —pregunté entre espasmos que no eran precisamente de frío.

Me había acostumbrado a la idea de que Tony quisiera matarme, pero es que ahora parecía que, de repente, eran muchos los nuevos que querían subirse al tren. Y cualquiera de ellos sería suficiente para que cualquier persona cuerda se viese sumida en un grave acceso de paranoia.

—No tengo ni idea —dijo Billy Joe con una mirada demasiado contenta, mientras yo me quedaba mirándole. Le encantaba contar una buena pelea casi tanto como estar en una, pero yo no iba a ser su entretenimiento, así que siguió contando—: Pero todavía no has escuchado lo mejor. Marlowe se cargó a un par de agresores antes de diñarla y los cuerpos estaban allí cuando aparecieron los refuerzos. Nadie pudo identificar a los vampiros. Es como si salieran de ningún sitio.

—Eso es imposible —repuse.

No dudaba de la parte de que Chris Marlowe hubiese sido duro de matar. Antes de convertirse en vampiro, había sido el chico malo de la Inglaterra isabelina y se había visto involucrado en unas cuantas peleas de bar al mismo tiempo que escribía algunas de las mejores obras de teatro de la época. El único tipo que se consideraba

rival suyo era uno llamado Shakespeare, que casualmente había aparecido unos años después de que Marlowe se convirtiera y tenía un estilo de escritura muy similar. Finalmente, cuando el actor de pacotilla al que había hecho pasar por estrella murió, Marlowe se dedicó a su otra gran afición, pegar a diestro y siniestro. Había hecho algo de espionaje para el Gobierno de la reina en vida, así que también añadió su experiencia de aquí a su bagaje de trucos personales. Actualmente, era el jefe de inteligencia del Senado y usaba a su familia de vampiros como espías dentro de la comunidad sobrenatural en general y en los otros senados en particular. Ayudaba a garantizar la paz extirpando a cualquiera que tuviese pinta de estropearla, lo que explicaría por qué Tony había estado más preocupado por Marlowe que por Mei Ling. La única vez que le vi, una noche en la que se dejó caer por allí para hablar con Mircea, pensé que estaba bastante bien, con sus sonrientes ojos oscuros, sus rizos descuidados y una barba de chivo que no dejaba de meter en el vino. Pero, por supuesto, yo no había estado planeando eliminar a la Cónsul. Si lo hubiera hecho, tendría que habérmelo quitado a él primero de en medio.

La parte de la historia de Billy Joe que me parecía difícil de creer era la de los dos vampiros sin identificar. Eso era literalmente imposible. Todos los vampiros están bajo el control de un maestro, ya sea el que le hizo o el que se lo compró a quien le hizo, o el que le ganó en duelo. El único modo de no tener un maestro es alcanzar el primer nivel de poder por ti mismo. Cualquier otra cosa, incluyendo matar a tu propio maestro, no traía buenas consecuencias; era tan simple como que cualquiera te agregaría bajo su tutela en esos casos. Dado que hay menos de un centenar de maestros de primer grado en el mundo, y que la mayoría se sientan en uno de los seis senados vampiros, esto consigue que haya una buena estructura jerárquica y mantiene todo en orden. La mayoría de los maestros les dan a sus seguidores más poderosos algo de libertad, aunque una cierta cantidad de estas benevolencias se entregaban en forma de «presentes» anuales, y cualquier sirviente al que convirtieran pasaba a estar sujeto a los caprichos de sus maestros. Los maestros también hacían revisiones de vez en cuando, como hacía Mircea con Tony, porque siempre eran responsables de sus subordinados. Si Tony ordenaba que me atacaran sabiendo que estaba bajo la protección del Senado, se esperaba que fuera Mircea quien tratase el tema con él.

Es un sistema poco complicado, al menos en lo que se refiere a la capacidad de gobierno, porque no hay tantos vampiros lo suficientemente poderosos como para tener una cuadra de seguidores. Al contrario de lo que Hollywood parece creer, no todos los vampiros pueden hacer nuevos vampiros. Recuerdo que una vez que Alphonse y yo estábamos viendo una película antigua de Drácula, Alphonse se partía de risa después de ver cómo un vampiro que había salido de la tumba hacía escasos días ya estaba haciendo a uno nuevo. Durante las semanas siguientes, Alphonse no se cansó de burlarse de los vampiros más débiles de la corte, recordándoles a ese niño de tres días que era más poderoso que ellos. Pero, para todos aquellos que alcanzan el nivel de maestro y crean nuevos vampiros, es un requisito ineludible que lo hagan

constar en su correspondiente Senado. Por esta razón, no puede haber vampiros desconocidos por ahí.

—¿Eran pequeños? —pregunté, pensando que era la única respuesta posible, aunque tampoco tenía mucha lógica.

¿Qué podrían hacer una pareja de vampiros recién creados, y por tanto débiles, contra cualquier miembro del Senado, y mucho menos contra Marlowe? Sería como enviar a un grupo de niños a luchar contra un tanque. ¿Y qué maestro arriesgaría su cabeza y su corazón por no informar sobre los nuevos vampiros que había hecho? Todos los senados eran estrictos sobre el cumplimiento de las reglas, ya que cualquier otra alternativa abría la posibilidad de que un maestro estuviese juntando un ejército en secreto, lo cual traía malos recuerdos de otras épocas más oscuras en las que la guerra era una constante. Por todo ello, el número de vampiros que cualquiera podía tener bajo su control en un mismo momento se regulaba estrictamente para mantener el equilibrio de poder.

—*Nop*. Es algo difícil saberlo teniendo solo los cuerpos, pero si nos atenemos al daño que fueron capaces de infligir, parece que eran maestros —al ver mi expresión, Billy Joe levantó las manos como intentando aplacarme—. ¡Eh!, me preguntaste qué había oído y eso es lo que *t'estoy* contando.

—¿De dónde sacaste la información? —repliqué.

—De un par de vampiros del entorno de Mircea.

Billy Joe no quería decir que les hubiera preguntado. Tenía la habilidad de meterse en la piel de la gente y escuchar lo que quiera que estuviesen pensando en esos momentos. No está tan bien como la telepatía de verdad, porque no puedes tratar de sonsacar información, pero con frecuencia suele ser de sorprendente utilidad.

—No me resultó muy difícil —prosiguió Billy Joe—. Es el principal tema de conversación estos días.

—No lo pillo —dije, meneando la cabeza confundida—. Si Rasputín ha estado saltándose las reglas y tendiendo emboscadas, ¿por qué se está preparando la Cónsul para enfrentarse a él? Se supone que ha perdido ese derecho al hacer caso omiso a las reglas, ¿no?

Me parecía que Rasputín estaba en serios problemas, lo cual me hacía sentir mucho mejor. Si se lo cargaban, era un malo menos del que preocuparse.

El problema no eran los ataques a los senadores, lo cual era perfectamente legal, sino más bien la manera en la que se había realizado. Durante la Reforma, los seis senados habían prohibido colectivamente la guerra abierta como modo de solucionar problemas. Después de la división religiosa, tanto el clero católico como el protestante habían demostrado una sensibilidad extrema, avisando a su gente de que estuvieran muy atentos a los seres malignos que podían arrebatárles el favor de Dios. La religión también se había convertido en un gran tema político, con los poderes católicos tratando de asesinar a los líderes protestantes y viceversa, con una armada católica intentando invadir la Inglaterra protestante y una guerra santa de primer

orden asolando Alemania. Todo el mundo espiaba a todo el mundo y como resultado de ello, había más gente que estaba empezando a enterarse de la existencia de una actividad sobrenatural. Aunque la mayoría de los acusados eran tan humanos como sus acusadores, y normalmente más inocentes, las autoridades de vez en cuando tenían suerte y clavaban una estaca en un vampiro de verdad o quemaban viva a una bruja auténtica. La guerra abierta entre senados o incluso las peleas entre casas destacadas sólo conseguirían llamar más la atención sobre la comunidad sobrenatural. Por ello, el duelo se convirtió en el nuevo y recién aprobado método de resolver disputas.

Por supuesto, Tony no iba a arriesgar su pequeño cuello regordete en un combate abierto y también había montones de otros que tenían habilidades que no encajaban en la batalla y a los que tampoco les gustaba el nuevo sistema. Por eso, en la práctica aquello evolucionó a peleas en las que se escogían campeones para luchar por uno en caso de que ese uno no quisiese pelear por sí mismo. A pesar de todo, una vez que se acordaban los dos duelistas las reglas sobre lo que estaba y lo que no estaba permitido eran muy estrictas. Las emboscadas estaban prohibidas sin ambages, así que lo que había hecho Rasputín le habría granjeado automáticamente el derecho a recibir una estaca en cualquier parte del mundo. El Senado norteamericano no dejaría nunca de perseguirle y los otros echarían una mano para no alentar este tipo de prácticas en su propia zona. Por eso llegué a la conclusión de que o bien estaba loco o era realmente estúpido.

—Supongo que ella piensa que es mejor eso que dejarle que se vaya cargando a todos uno a uno. Además, a no ser que Marlowe o Ismitta se recuperen y puedan testificar, no hay ninguna prueba de que hiciera trampas. Ahora mismo Rasputín puede decir que les retó y que ellos perdieron, sin más —repuso Billy Joe.

—Pero si se tiene que ver las caras con la Cónsul delante del Consejo de MAGIA al completo, no puede mentir.

—Bingo. Además, ella no tiene muchas opciones. El viejo Rasputín ha *dejao* al Senado sumido en una pesadilla diplomática con todo este alboroto. Los duendes están furiosos y dicen que si los vampiros no son capaces de arreglar este problema por sí mismos, lo harán ellos por su cuenta. Han perdido a uno de sus nobles en el enfrentamiento y ya sabes cómo se ponen con esa clase de cosas —siguió explicando.

La verdad es que no lo sabía. Nunca había hablado con un elfo ni con nadie que lo hubiese hecho. Algunos vampiros de casa de Tony ni siquiera creían que existieran. Corría el rumor de que, en realidad, no eran más que un bulo de los magos, que lo seguían extendiendo para hacer creer a los vampiros que contaban con poderosos aliados.

—El círculo de magos también está enfadado —continuó Billy Joe—, aunque no sé muy bien por qué y están pidiendo la cabeza de Rasputín. La Cónsul tiene que arreglar esto cuanto antes o la gente empezará a pensar que es débil. Mei Ling es buena, pero no puede pelear con todos los desafiantes que van a empezar a salir a

partir de ahora si esto no se detiene.

—Pero no se va a enfrentar a Rasputín —repliqué yo.

—No, y como dije, no está *mu'contenta* con eso. El tema es que esa es la razón por la que no está aquí, está intentando darle caza por ahí. Aun así, el tiempo se le acaba. El duelo está previsto para mañana a medianoche. Creo que su plan es traer su cabeza ensartada en una espada antes de que llegue ese momento.

—*Fale*, le deseo suerte —espeté—. Todavía no me has contado qué tiene que ver todo esto conmigo.

—Porque no lo sé, cosita picante —dijo, con un acento sureño que yo odiaba porque quería decir que o bien estaba de broma o se había vuelto sarcástico, y no me gustaba ninguna de las dos versiones.

Normalmente habla con un acento del Misisipi salpicado con las notas irlandesas que quedaban en él de la infancia que había pasado muriéndose de hambre en la Isla Esmeralda. De ahí había emigrado, se había cambiado el nombre y había rehecho su vida en el Nuevo Mundo, pero nunca perdió por completo su acento. Le miré. De ninguna manera iba a soportar esa actitud en este momento. Lo había hecho bastante bien hasta ahora, pero me enfadaba la posibilidad de que no hubiese tenido en cuenta la posibilidad del regreso de Tony. Al fin y al cabo, aquel era su principal trabajo.

—¿Qué más sabes? ¿Eso es todo? —repliqué desafiante.

Sé desde hace tiempo que Billy Joe es un espía cojonudo, pero no se puede confiar en él. Vale, nunca me ha mentado, al menos que yo sepa, pero si puede escabullirse de algo que le puede meter en problemas, lo hará.

—No estaba seguro de si decírtelo, después de todo lo que ha pasado con Tomas. Probablemente ahora mismo no necesites saber de otro carroñero más.

—Vamos, dímelo —le presioné, ignorando la mención a Tomas, que nunca le había caído bien a Billy Joe, sobre todo porque a mí sí.

Empecé a revisar mi pila lastimada de lo que una vez fue ropa cara del club y llegué a la conclusión de que las botas y la falda, ambas de cuero, podían salvarse. Sin embargo, la camisa estaba destrozada y el sujetador se había quemado parcialmente, aunque mi espalda estaba bien. Era una de las pocas partes del cuerpo que no me dolían. La camisa no era una gran pérdida, salvo porque no tenía con qué sustituirla, y prefería no volver al salón con solo una bata. No quería volver allí para nada, pero no se me ocurría ninguna excusa para evitarlo.

—Jimmy el *Rata* está en la ciudad —contestó Billy Joe.

Dejé de rascar la sangre reseca de mi falda y lentamente miré hacia arriba. ¿Ven por qué sigo con Billy después de siete años? De vez en cuando se gana mi confianza.

—¿Dónde?

—Vamos, Cassie, amorcito, no vayas a hacer ninguna estupidez ahora.

—No la haré.

Jimmy era el matón preferido de Tony. Fue su mano la que puso la bomba en el coche de mis padres, por tanto el que acabó con mis esperanzas de tener una vida

normal. Había estado buscándole incluso antes de romper con Tony, pero había demostrado ser sorprendentemente difícil de encontrar. No quería que se me volviera a escapar.

—¿Dónde le has visto? —insistí.

Billy Joe se pasó la mano por lo que cierta vez fueron rizos castaños y suspiró profundamente. Aquello no era algo que un fantasma hiciese automáticamente: lo hacía a propósito.

—Está en la parte de estriptis del Dante, uno de los nuevos garitos de Tony. Lleva una barra allí. Pero no creo que sorprenderle allí sea una buena idea. El sitio estará infestado por los matones de Tony. Las Vegas es su segundo centro de operaciones, después de Filadelfia.

—No me des lecciones del negocio en el que me crié —le interrumpí.

Me paré antes de empezar a despotricar contra Billy por entretenerse en la Ciudad del Pecado en lugar de examinar a conciencia el lugar para que yo supiera exactamente a qué me iba a enfrentar. De todos modos, si su afición al juego acababa haciendo que mis manos terminaran en el cuello de Jimmy, Billy Joe tendría todo perdonado.

—Necesito una camisa y un modo de llegar a la ciudad; además, Tomas se quedó con mi pistola. La quiero de vuelta —espeté.

—*Uhm*, quizá quieras pensarte eso dos veces —dijo Billy con mirada furtiva.

—¿Cómo? ¿Que hay más? —refunfuñé.

Miró a su alrededor, pero no había nada que pudiera ayudarle por allí.

—No tienes por qué preocuparte ya por Jimmy. Hizo algo que enfadó a Tony y, cuando me marchaba, se lo estaban llevando al sótano.

—Lo que significa que...

—Lo que significa que probablemente ya no juega, o que dejará de hacerlo pronto, así que no hay razón para ir para allá. Al menos no en esa dirección. Estaba pensando en que quizá Reno...

—No sabes si está muerto —respondí—. Quizá bajó a arreglar la tragaperras o algo.

El sótano era normalmente un eufemismo para hablar de las salas de tortura de Tony en Filadelfia, pero aquí podía querer decir exactamente lo que su nombre indicaba.

—Además, si alguien tiene que matarle, soy yo —apostillé.

En realidad, aunque se lo merecía, tenía serias dudas de que yo pudiese matar a nadie, ni siquiera a Jimmy. Tony había hecho todo lo posible para asegurarse de que no me enteraba de nada relativo a mis padres: no tenía ni fotos, ni cartas, ni anuarios escolares. Joder, si tardé años en encontrar siquiera sus nombres en las esquelas en los periódicos, que tuve que leer a escondidas para que no se enterasen mis guardaespaldas. Eugenie y mis tutores eran las únicas personas que había adquirido Tony de otros maestros, justo después de mi llegada a la corte, y no sabían nada sobre

lo que había pasado antes.

Aquellos vampiros que habían estado con Tony durante años y que podían saber algo tenían la boca tan cerrada que no me hacía falta preguntarles para saber que se les había advertido de que no hablasen conmigo. No era tan estúpida como para creer que había causado tantos problemas solo para llamar mi atención, sobre todo porque raras veces hacía ningún esfuerzo por conseguirlo. No, había algo sobre mis padres que Tony no quería que yo supiera, y si de verdad él y Jimmy se habían distanciado, quizá yo tuviera a alguien deseoso de contarme algo.

Billy Joe blasfemó algo, por supuesto, pero yo estaba demasiado ocupada intentando hacer que la parte rescatable de mi atuendo tuviese un aspecto presentable. Finalmente, se dio por vencido.

—Está bien, pero necesito un chute de energía si quieres que vaya por ahí de caza —dijo—. Ha sido una noche dura y no estoy como para malgastar energías.

Aquello no me gustaba. Me sentía como una mierda y tenía que ir a buscar a un tío a Las Vegas, aquello no me venía nada bien. Pero tampoco podía explorar la sede de MAGIA yo sola, así que le puse en marcha sin el jaleo habitual.

—Quiero que sigas siendo mi corazón —dijo Billy Joe llevándose una mano al pecho.

—Hazlo sin más —repliqué.

Juro que sentí cómo me tocaba con lascivia según nos fundíamos, suponiendo claro que alguien nebuloso pudiese tocar. Conociéndole, estoy bastante segura de que podía. Inmediatamente, se hundió en mí y, como siempre, su tacto calmó mis nervios agotados. Alguna vez he oído que las personas normales consideran que la compañía de los fantasmas les resulta aterradora o, cuanto menos, escalofriante, pero, para mí, siempre eran como un soplo de aire fresco en medio de un día caluroso. Dadas las circunstancias, no me limité a abrirme y darle la bienvenida; fuera cual fuera la parte de mí que se reunía con los fantasmas, esta le atrajo hacia mi interior como una niña asustada sujetando un oso de peluche.

Por un momento vi fogonazos de su vida: nuestro barco alejándose de una orilla distante mientras nosotros nos quedábamos viendo la costa gris, barrida por el viento en un mar de lágrimas; una hermosa muchacha, de unos quince años, excesivamente maquillada y vestida con un traje de baile nos sonreía con complicidad; un joven fulero potencial trataba de engañarnos y nosotros nos reíamos mientras le sacábamos el as que llevaba escondido en la bota, después teníamos que esquivar el cuchillo que nos arrojaba su cómplice. A menudo era así y con el paso de los años, había «visto» suficientes documentales biográficos como para sorprenderme de que Billy hubiera durado vivo tanto tiempo.

Finalmente, se puso cómodo y comenzó la transfusión. Normalmente no era una experiencia agradable, más bien cansada, pero en esta ocasión el dolor empezó a invadirme el cuerpo nada más que empezó. No era algo insoportable, sino que se parecía más a la descarga de electricidad estática que te puede dar cuando tocas el

pomo de una puerta. Con todo, se deslizó por mis venas hasta dejarme centelleos plateados en los párpados. Intenté ordenarle que se fuera, para decirle que algo no iba bien, pero lo único que salió de mi boca fue un resuello asustado. Un segundo más tarde, la sensación brilló con suficiente fuerza como para dejar huellas negativas en mi visión. Entonces, tan rápido como había llegado, se fue. Un cálido viento, tan denso que parecía líquido, me rodeó; Billy Joe salió de mí y voló hasta el techo unas cuantas veces.

—¡Uau! ¡Eso es lo que yo llamo un buen menú! —vociferó con los ojos relampagueantes y un color más brillante, más incluso de lo que debería.

Me estiré y, por primera vez en un buen rato, no me dio la sensación de que me fuera a caer. En lugar de sentirme cansada y un tanto irritada (mi reacción natural después de las sesiones de aperitivo de Billy Joe), me sentía de maravilla, como rejuvenecida. Era como si el sueño de toda una noche lo hubiera podido disfrutar comprimido en unos pocos minutos. Definitivamente, aquello no era normal.

—Oye Bill, no es que me esté quejando, pero ¿qué es lo que ha pasado? —pregunté.

—Algún vampiro te ha estado chupando la fuerza, querida —replicó él con una sonrisa de oreja a oreja—, quizá para evitar que intentaras escaparte. Es como si hubiera guardado gran parte de tu energía en una especie de recipiente metafísico, protegiéndola con energía suya para evitar que pudieras acceder a ella hasta que te la liberase. Por accidente, rompí la protección al intentar acceder a tu energía y me pegó un subidón de cojones.

Billy Joe me miró meneando las cejas, que eran tan marrones y sólidas como debieron serlo en vida.

—¡Joder, vámonos de fiesta! —gritó.

—La fiesta para luego. Ahora necesito mis cosas —le calmé.

Billy Joe hizo un saludo elegante y se coló por la ventana como una cometa brillante. Me senté en el lado de la bañera y me pregunté quién me habría echado aquel embrujo. No es que importara, solo era una razón más para no fiarme de nadie. Tampoco es que tuviese pensado hacerlo.

Yo ya había terminado de limpiar cuando regresó Billy Joe. Flotó por la ventana, con el ceño fruncido y las manos vacías.

—He dejado todo fuera. Esto va a ser un problema —musitó.

—¿El qué va a ser un problema? —repuse, cogiendo una toalla que me permitiese no tener que andar por ahí solo con mis medias y acercándome hasta la ventana.

Entendí lo que quería decir en cuanto mi mano llegó al pestillo y este intentó gritar. Le planté el borde de mi toalla en su boca recién adquirida, sin dejar de mirarle con enfado. ¿No era suficiente que hubieran puesto mi energía bajo protección, aparcado un ramillete de vampiros de nivel al otro lado de la puerta y que me hubieran abandonado en el medio del desierto? ¿También necesitaban hechizar la ventana? Al parecer, alguien pensó que sí que tenía que hacerlo.

—Alguien le ha echado un Marley —apuntó Billy.

—¿Tú crees? —repliqué con sarcasmo, agachándome para examinarlo más de cerca. El pestillo era antiguo y bulboso, y de repente de él salieron dos pequeños ojos y una gran boca regordeta. Intentaba escupir mi toalla para dar la voz de alarma, una voz que sin duda atravesaría el hechizo de silencio y alertaría a cualquiera que estuviese en la habitación de fuera. Cuando intenté agarrarlo para ponerlo en su sitio, empezó a moverse arriba y, abajo a lo largo de la ventana, evitando mis manos. A juzgar por su expresión, creo que me habría mordido si hubiera podido. Mis ojos se centraron en él.

—Dame papel higiénico —le pedí a Billy—. Un montón.

Unos minutos y bastantes blasfemias acalladas después, el pequeño Marley fue inmovilizado, con un rollo entero de papel higiénico clavado en la boca y el rollo de la persiana dando unas nueve vueltas a su alrededor.

—Eso no aguantará mucho —dijo Billy con ciertas dudas, mientras la minúscula alarma seguía vibrando de indignación. Unos cuantos trozos de papel se desprendieron de su boca y cayeron flotando hasta el suelo mientras nosotros observábamos.

—No tiene porqué —le contradije, levantando la ventana y manteniéndola abierta con el desatascador que Billy había encontrado debajo del lavabo—. De todos modos pronto sabrán que hemos escapado, este sitio está protegido hasta las cejas.

Empecé rápidamente a examinar el montón de cosas que Billy Joe había puesto en la ventana y decidí que había hecho un buen trabajo. Mi pistola estaba de vuelta y hasta tenía un cargador extra que habría sacado de alguna parte, además me había dejado un juego de llaves de coche encima de las camisas. La parte mala es que la ropa no era exactamente del estilo que yo habría elegido. Debería haberle especificado que no quería ropa de fulana, pero una chica no puede estar en todo. Mis botas y mi minifalda quedaban muy monas y con un punto de provocación cuando las conjuntaba con algo adecuado en la parte de arriba; eligiendo la opción de atuendo más conservadora de entre las que me había traído Billy Joe, mis pintas hacían pensar más bien que debía cobrar por horas. Me recogí el pelo en una coleta usando la horquilla de Louis-César, pero aunque así quedaba mejor, no hacía que mi aspecto fuese mucho más inocente. Me eché un último vistazo en el espejo, suspiré y me metí las llaves en el bolsillo. En cuanto consiguiera encontrar la cochera, me podría quitar toda la tensión del día y probablemente me sentiría mucho mejor.

Tony es un cabronazo, pero no se le puede decir que no tenga sentido de los negocios. El Dante, situado en una perfecta ubicación junto al Luxor, estaba lleno hasta los topes incluso a las cuatro y media de la mañana. No me sorprendía: era perfecto para Las Vegas. Inspirado en la Divina Comedia, tenía nueve áreas diferentes, cada una con un tema que se correspondía con uno de los nueve círculos del Infierno de Dante Aligheri. Los visitantes accedían a través de una serie de puertas enormes forjadas en hierro y decoradas con estatuas de basalto que se retorcían agonizantes y el famoso lema «Abandonad, los que aquí entráis, toda esperanza». A continuación, al visitante se le transportaba a través de un río no muy hondo en una barca comandada por uno de los Carontes enfundado en ropajes grises que allí había. Finalmente, se les depositaba en un vestíbulo con forma de cueva en cuyas paredes había un mural con una representación en rojo y oro del lugar.

Un tipo vestido como el rey Minos, con su correspondiente etiqueta explicativa que aclaraba que él era el tío que asignaba castigos a los pecadores, nos entregaba mapas del lugar a nuestra llegada, pero a mí no me hacían falta. La disposición era bastante lógica: el bufé, por ejemplo, estaba en el tercer círculo, donde se castigaba el pecado de la gula. No resultaba difícil imaginarse dónde tenía que buscar a Jimmy: ¿qué mejor sitio que el círculo dos, donde se castiga a todos aquellos culpables del pecado de la lujuria, para encontrar a un sátiro de verdad?

Por supuesto, la flauta de Pan era el sitio por el que salía agua para todo el segundo círculo. Para aquellos a los que se les escapasen las referencias al tema del Infierno y de la condenación que poblaban aquel lugar, el bar podía resultar un tanto explícito. A mí no me impresionó mucho entrar allí, porque ya había visto salas similares anteriormente. Para alguien un tanto más sensible, sin embargo, debía ser impactante entrar en una sala decorada casi completamente con esqueletos desmembrados. El Renacimiento italiano, la época en la que nació Tony, experimentaba con cierta regularidad brotes de plagas. Y, ciertamente, ver morir a tus amigos y a tu familia, y escuchar historias de pueblos enteros barridos del mapa hace que una persona se abandone al morbo. Osarios, capillas repletas de huesos de muertos, tal era el panorama más extremo de la época, y el hogar de Tony no representaba ninguna excepción. También había lámparas de araña muy elaboradas, realizadas con lo que parecían (y, conociendo a Tony, posiblemente eran) huesos humanos que se balanceaban desde el techo, intercalados con coronas de cráneos. Otras calaveras se usaban para sujetar velas y las bebidas se servían también en cálices con forma de cráneo. Aquellas sí eran de mentira, tenían hasta «rubíes» de cristal del malo a modo de ojos, pero no estaba tan segura de que otras calaveras que había por allí lo fueran también. Las servilletas mostraban la *Danza de la Muerte* en negro sobre un fondo rojo, con un esqueleto sonriente guiando a una procesión de

pecadores hacia la perdición. Toda vez que los visitantes se adaptaban a todo aquello, supongo que los camareros dejaban de resultar sorprendentes.

Yo esperaba humanos con togas y pantalones de pieles, pero la criatura que me recibió a la entrada era de verdad. ¿Cómo coño hacían creer a la gente que sus camareros tan solo llevaban trajes muy currados que, por otro lado, yo no había visto nunca? Los cuernos rudimentarios que asomaban del nido de rizos caoba del sátiro podían haber sido tan falsos como el anillo de hojas de acanto que llevaba, pero su traje, compuesto únicamente por un tanga terriblemente tenso, no ocultaba sus muslos, cubiertos por pelo de verdad, ni sus pezuñas negras brillantes. También mostraba sin duda que aprobaba el vertiginoso escote de mi top de elastano negro recién robado. Dado que los sátiros por lo general daban su aprobación a cualquiera que cumpliese con dos requisitos, ser mujer y respirar, no me lo tomé como un cumplido.

—Quiero ver a Jimmy —solté bruscamente.

Los enormes ojos marrones del sátiro, que hasta entonces centelleaban de agrado, se nublaron lentamente. Me cogió por el brazo en un intento de acercarme a él, pero yo di un paso atrás. Por supuesto, él me siguió. Era joven y guapo, siempre que el medio cuerpo de cabra no te hiciera salir corriendo. Los sátiros tienden a estar bien dotados en comparación con los estándares humanos y su caso superaba incluso la media de los suyos. Como el vigor sexual es el elemento distintivo entre los sátiros, probablemente estaba acostumbrado a atraer enormemente la atención. A mí, en cambio, no me impresionaba demasiado, pero tampoco quería ser descortés haciendo ver que no había reparado. Los sátiros, hasta los más viejos y calvos, se creen regalos de Dios para las mujeres, así que tirarles por tierra esta fantasía no suele traer buenos resultados. No es que se vuelvan violentos, su estilo es más de correr que de pelear, pero un sátiro deprimido no es algo agradable a la vista. Se emborrachan, cantan canciones tristes y se quejan amargamente de la hipocresía de las mujeres. Una vez que empiezan, no paran hasta que pierden el conocimiento y lo que yo quería era información.

Durante unos minutos, le dejé que me dijera lo guapa que era. Aquello parecía hacerle feliz, así que aceptó ir a ver si Jimmy estaba disponible, después de que yo le jurase que el jefe y yo éramos solamente amigos. Deseaba de veras que Billy se hubiera equivocado por una vez con respecto a los apuros en los que supuestamente se había metido Jimmy. Dar vueltas por los niveles más bajos de la versión del Infierno recreada por Tony no era algo que me emocionase precisamente.

Había pensado un plan por el camino que podía granjearme la información que quería obtener, suponiendo que Jimmy estuviese aún vivo para facilitármela. Dado que le había visto más de una vez en el exterior a plena luz del día, estaba bastante segura de que no era un vampiro. La mayoría de las criaturas no pueden ser convertidas, por no mencionar que algunos vampiros me habían dicho que los sátiros sabían realmente mal, pero no estaba tan segura de que aquello fuese lo que había

sucedido con Jimmy. Sabía que no era un sátiro del todo, porque tenía piernas humanas y sus cuernos sólo eran visibles si se cortaba mucho el pelo. Había muchas otras cosas que sí podían desvelar que era un sátiro, pero nunca le había visto hacer ninguna demostración de fuerza especialmente impresionante, o volverse morado o algo así, así que estaba bastante segura de que era medio humano. Eso encajaría con la costumbre que tenía Tony de rodearse de unos cuantos no vampiros para encargarse de los asuntos cuando sus matones habituales estuvieran durmiendo. No estaba totalmente segura de que un híbrido humano-sátiro no pudiese ser convertido y algunos de los vampiros más poderosos pueden aguantar la luz solar en pequeñas dosis si están dispuestos a gastar un montón de energía a cambio. Pero realmente tenía dudas de que un maestro de primer o segundo nivel le estuviese haciendo recados a Tony. Además, nunca había podido percibir esa vieja sensación de vampiro en torno a Jimmy. Por todo ello, y a no ser que Jimmy estuviese protegido hasta arriba, Billy Joe debería ser capaz de conseguir poseerle aunque sólo fuera brevemente.

A Billy no le había gustado la idea cuando le expliqué en el coche lo que quería. En ese momento se sentía realmente poderoso y si tenía que malgastar toda aquella fuerza en una posesión, se negaba rotundamente a que Jimmy fuese el elegido. Pero, como le dije, solo necesitaba el tiempo suficiente para que aquel perdedor me dijera lo que quería saber y confesase sus pecados a la policía de Las Vegas. Aunque lo acabase negando después, si había dado suficientes detalles sobre un montón de casos sin resolver, tendría muchos problemas en eludir a la justicia. Y, si el plan A no funcionaba, siempre podía dispararle. Ya estaba huyendo de Tony, de sus familias aliadas, del Círculo Plateado y del Senado vampiro; después de eso, los polis no me asustaban demasiado.

Billy Joe y yo nos sentamos al final del bar. No le había visto con tanta energía en mucho tiempo, el tragarse aquellas protecciones seguro que tenía algo que ver con aquel estado. Tenía un aspecto casi completamente sólido, hasta el punto de que podía apreciar que, en el momento de su muerte, llevaba uno o dos días sin afeitarse. Sin embargo, nadie parecía darse cuenta de su presencia, aunque tampoco nadie se sentó donde estaba él. Si lo hubieran hecho, y fueran personas normales, hubieran tenido la misma sensación que la de un cubo de agua helada cayéndoles encima de la cabeza. Por esta misma razón nos sentamos en un lugar alejado del resto de la gente.

—¿Me vas a decir por qué estamos aquí? —preguntó Billy Joe.

Eché un vistazo, pero no había nadie lo suficientemente cerca como para extrañarse si empezaba a hablar sola. La mayoría de la gente del bar, que parecía tener una clientela exclusivamente femenina, estaba preocupada por comerse con los ojos a los camareros, que muy contentos también se comían a la clientela con los suyos. Un apuesto sátiro de pelo negro que estaba cerca de nosotros animaba a una de las clientas a que mirase bien para ver si podía adivinar dónde empezaba su «traje». Ella tenía esa mirada vidriosa de quien lleva un rato bebiendo, pero las manos que

deslizaba por el elegante costado negro del sátiro se movían con firmeza. Fruncí el ceño; si todavía estuviese con Tony, habría ido a contárselo enseguida. El sátiro estaba prácticamente pidiéndole a alguien que se fijara en lo que no debía saber para que saliese corriendo a contárselo a la poli.

—Ya sabes la razón —respondí—. Él mató a mis padres. Tiene que saber cosas sobre ellos.

—¿Estás arriesgándote a que el Senado nos coja, y esta vez no van a subestimarte de nuevo, si me permites que lo añada, para hacerle un par de preguntas sobre dos personas que ni recuerdas? ¿No te vas a cargar a ese tipo, verdad? ¿Y si lo olvidas a cambio de que me siga metiendo en líos contigo? No es que me importe, pero podría llamar un poco la atención.

Ignoré la pregunta mientras comía cacahuets de un cuenco color rojo sangre. Eliminar a Jimmy no sería tan satisfactorio como quitarse de en medio a Tony, pero al menos sería algo. Como si lanzara una señal al universo de que ya había tenido suficiente gente destrozándome la vida y de que era perfectamente capaz de hacer todo aquello por mí misma. El único problema del plan era la parte del asesinato, que para ser honestos me provocaba náuseas con sólo pensarlo.

—Verás lo que hizo en un minuto si todo va bien con la posesión —le expliqué.

—Ése es un sí demasiado grande. Los demonios son expertos en temas de posesión; yo solo soy un modesto fantasma —replicó él.

—Conmigo nunca tienes problemas.

Billy Joe se había abandonado al vino, las mujeres y las canciones en vida, con un énfasis especial en los dos primeros. No puedo ayudarle demasiado con su segunda necesidad y aborrezco su gusto musical, que se mueve entre Elvis y Hank Williams. Sin embargo, en ocasiones le recompenso con una bebida si se ha portado excepcionalmente bien, y, por supuesto, eso significa algo más que comprarle seis latas. Aquellas cosas no eran, en realidad, una posesión propiamente dicha. Yo le dejaba que se apropiara de mis papilas gustativas, pero seguía teniendo control absoluto de mi cuerpo. En aquellos raros momentos él solía portarse bien porque sabía que, en caso contrario, cuando se le acabara el poder, enterraría el collar en el medio de la nada y dejaría que se pudriese. Sin embargo, mientras se atuviese a las reglas, le dejaría entrar en ocasiones especiales para que pudiese comer, beber y, en suma, alegrarle la vida. Como no tengo la costumbre de beber a morir, no llegamos nunca al punto salvaje que a él le gustaría, pero siempre es mejor que nada.

—Contigo es una excepción. Es mucho más difícil con el resto de la gente. Da igual, volvamos a lo de antes y contéstame a la pregunta —insistió.

Jugueteé con el agitador del vaso, que terminaba en una calavera, y me pregunté por qué estaba dudando. La muerte de mis padres no era algo de lo que me resultase tan difícil hablar. Tenía recuerdos de mis años en la calle que no querría rescatar nunca, pero como bien había dicho Billy Joe, sólo tenía cuatro años cuando Tony ordenó que los mataran. Mis recuerdos anteriores son confusos: mamá es más un olor

que otra cosa, concretamente una fragancia de polvos de talco rosa que debía gustarle, y papá es una sensación. Recuerdo unas manos fuertes lanzándome al aire y dándome vueltas al recogerme; también sé cómo era su risa, profunda y entre dientes, que me reconfortaba de pies a cabeza y me hacía sentir protegida. La seguridad no era precisamente una sensación que tuviese a menudo, así que quizá por eso mis recuerdos son tan nítidos en ese sentido. Aparte de eso, lo único que sé de ellos procede de la visión que tuve a los catorce años.

Junto con la pubertad, mi regalo cósmico de cumpleaños ese año fue ver cómo explotaba el coche de mis padres en medio de una bola de fuego negra y naranja que solo dejó trozos de metal y asientos de piel en llamas. Lo pude ver desde el coche de Jimmy mientras él hacía una llamada al jefe. Encendió un cigarrillo y le explicó con calma que el ataque se había llevado a cabo según lo planeado y que tenía que arrebatarle a la niña de los brazos de la canguro antes de que los polis empezaran a buscarme. Después, aquella imagen se fundió con otra en la que yo estaba sola en mi dormitorio en la casa de Tony en el campo, con escalofríos constantes. Se puede decir que la infancia acabó para mí aquella noche. Una hora después ya había huido, cuando el sol ya despuntaba y todos los pequeños vampiros buenos estaban a salvo en sus habitaciones. Estuve desaparecida durante tres años.

Como no me había molestado en planear mi fuga por adelantado, no tenía ninguna de las ventajas que los federales me propusieron a conciencia la segunda vez, para que la experiencia no fuera tan traumática. No tenía ni una tarjeta de la seguridad social ni un certificado de nacimiento falsos, no tenía un trabajo asegurado ni nadie a quien acudir si las cosas se ponían feas. Tampoco tenía ni idea de cómo funcionaba el mundo exterior al margen de la corte de Tony, donde la gente podía ser torturada hasta la muerte de vez en cuando, pero donde nadie aparecía vestido con andrajos ni llegaba con hambre. Si no hubiera recibido ayuda de alguien de quien no habría cabido esperarla, nunca lo habría superado.

Mi mejor amiga de la infancia fue Laura, el espíritu de la niña más pequeña de una familia a la que Tony había asesinado hacia finales del siglo XIX. Su casa familiar era una antigua granja de construcción alemana que se asentaba sobre una superficie de casi 250.000 metros cuadrados, a las afueras de Filadelfia. Tenía algunos árboles enormes que probablemente ya eran viejos en la época en la que Benjamin Franklin vivía por la zona. También había un puente de piedra sobre un pequeño río, pero no era la belleza del lugar lo que más atraía a Tony. Le gustaba porque estaba apartado y porque seguía estando a solo una hora de la ciudad, así que no le cayó muy bien la negativa de la familia a vender la propiedad. Por supuesto, podría haber comprado cualquier otra casa de la zona, pero dudo que aquello le rondase siquiera por la cabeza. Supongo que perder nuestras familias por la ambición de Tony creó un vínculo entre nosotras. Fuera cual fuera la razón, ella se había negado a quedarse en la tumba que le habían preparado bajo el viejo granero y vagaba por la propiedad a su antojo.

Aquello era toda una suerte para mí, porque la única chica además de ella que estaba en el entorno de Tony era Christina, una vampiresa de 180 años cuya idea de jugar no se correspondía con la mía, o con la de cualquier otra persona cuerda. Laura tenía probablemente un siglo, pero su aspecto y su comportamiento siempre era el de una niña de seis años. Aquello la convertía, en el momento de mi llegada a casa de Tony, en una hermana para mí, pero algo mayor y con más mundo. Ella me enseñó lo divertido que era hacer pasteles de barro y gastar bromas. Años después, me enseñó dónde podía encontrar el escondite de su padre, en el que estaban guardados más de diez mil dólares que a Tony se le habían pasado por alto, y también me hizo de vigilante la primera vez que me escapé. Laura era capaz de hacer viable algo que parecía casi imposible, pero nunca tuve la oportunidad de darle las gracias.

Cuando volví, ya se había marchado. Supongo que había hecho su trabajo y simplemente se fue.

Los diez mil dólares, amén de la paranoia que desarrollé en casa de Tony, me permitieron sobrevivir en las calles, pero seguía siendo una época sobre la que intentaba no pensar. No fue la ausencia de comodidades materiales o los peligros ocasionales lo que me convencieron para volver. Aquella decisión la tomé porque me di cuenta de que nunca conseguiría vengarme desde fuera de la organización. Si quería que Tony sufriese por lo que había hecho, tendría que volver.

Era sin discusión lo más duro que había hecho nunca, no sólo porque odiaba a Tony con todas mis fuerzas, sino también porque no sabía hasta qué punto su avaricia superaba su ira. Sí, hice que ganara mucho dinero y fui un arma útil que él hizo pender sobre las cabezas de la competencia. Nunca sabían qué podría decirles sobre ellos y, aunque no acababan de ser del todo sinceros, aquello servía para ahorrarle a Tony las mentiras más flagrantes. Aquello no me hacía sentir del todo segura. Tony no siempre es predecible: es listo y normalmente sus decisiones tienen una motivación económica, pero hay veces en las que su temperamento le sobrepasa.

Una vez se enfrentó con otro maestro por un asunto territorial sin importancia que se podía haber resuelto sentando durante unas horas a negociadores de cada parte. En lugar de eso, fuimos a la guerra, lo cual siempre es un asunto peligroso (si el Senado se entera, estás muerto, ganes o pierdas), y perdió más de treinta vampiros. Algunos de ellos se encontraban en el grupo de los primeros vampiros que hizo Tony. Le vi llorar sobre sus cuerpos cuando la brigada de limpieza nos los devolvió, pero yo sabía que aquello no le haría cambiar de forma de actuar la próxima vez. Nada lo hacía. Teniendo todas esas cosas en cuenta, no sabía si esperarme una recepción con los brazos abiertos o una sesión en el sótano. Fue lo primero, pero siempre tuve la impresión de que aquello se debió principalmente tanto a que pillé a Tony en un buen día y a que yo le resultaba de utilidad.

Tardé tres años en reunir suficientes pruebas como para destruir el centro de operaciones de Tony ante el sistema de justicia humana. No podía acudir al Senado, porque nada de lo que había hecho Tony violaba las leyes de los vampiros. Matar a

mis padres era algo perfectamente razonable, porque ni había estado apoyado por otro maestro, ni dejaba de pasar por algo que no hubieran podido hacer delincuentes humanos. En lo que respecta al uso incorrecto de mis poderes, el Senado probablemente habría aplaudido su ojo para los negocios. Suponiendo que consiguiese siquiera una audiencia, simplemente me habrían devuelto a mi maestro para que me castigase convenientemente. Sin embargo, ninguna autoridad humana iba a estar dispuesta a escuchar lo que tenía que decir si empezaba a hablarle de vampiros, así que no digamos ya si le contaba algunas de las cosas que ocurrían en casa de Tony con regularidad.

Al final, conseguí acorralarle del mismo modo que los federales hicieron con Capone. Conseguimos reunir suficientes cargos contra él por chantaje y evasión de impuestos como para encerrarle durante cien años. Aquello no era tanto para un ser inmortal, pero yo tenía la esperanza de que el Senado le asestase un estacazo por llamar demasiado la atención sobre sí mismo antes siquiera de que pudiese preocuparse por si su celda tenía una ventana o no.

Sin embargo, cuando se procedió a efectuar la detención, Tony no aparecía por ninguna parte. Los federales se las apañaron para rodear e incriminar a algunos de sus sirvientes humanos, pero no había ni rastro del gordo. Tanto sus almacenes en Filadelfia como su mansión en el campo estaban vacías y mi antigua cuidadora apareció hecha pedazos en el sótano. Tony me dejó una carta explicándome cómo su instinto le había avisado de que algo iba mal y que por eso había ordenado a Jimmy que torturase a Eugenie para enterarse de qué estaba pasando. Los vampiros pueden aguantar mucho dolor y Genie me adoraba; tardó mucho tiempo en confesar, pero, como decía Tony, él era un tipo paciente. En la carta también decía que me había dejado el cuerpo para que pudiese disponer de él como quisiera, porque sabía lo mucho que ella significaba para mí. Y también porque así sabría lo que me esperaba a mí cualquier día.

—No sé qué voy a hacer —admití—. Pero mis padres no fueron los únicos a los que asesinó que me importaban.

—Lo siento —murmuró Billy Joe.

Era de agradecer que sabía cuándo tenía que dejar de presionarme, así que nos quedamos allí sentados en silencio hasta que el camarero regresó disculpándose con grandes aspavientos. El jefe no estaba disponible aquella noche. Al parecer, a Jimmy le dolía la cabeza y se había ido a casa.

Flirteé unos segundos con el sátiro antes de mandarle a por otra copa. Según se iba, Billy saltó de su sitio con no muy buenos modales.

—¡Y yo que pensaba que tenía una mente sucia! ¡Ni siquiera te importa lo que piense de ti!

—Exacto. Entonces, ¿dónde está Jimmy?

—En el sótano, como te dije. Han tenido una baja de última hora, así que van a mandar a Jimmy al cuadrilátero.

Hablando de infantilismos. El Senado no permitiría que Tony me matase, así que Tony descargaba su rabia con otro. Me levanté y me dirigí a la salida. Quería preguntarle a Jimmy unas cuantas cosas antes de que hiciese su contribución al espectáculo de esa noche, pero sabía que tenía que darme prisa.

El cuadrilátero era el espectáculo preferido de Tony, pero solía tener un efecto perjudicial en los contendientes. Hace un siglo Tony llegó a la conclusión de que era una pena matar sin más a alguien que le disgustaba, así que puso un ring de boxeo para dirimir estas cosas. La única diferencia con el boxeo normal es que no se usaba para boxear y que sólo uno de los dos luchadores salía vivo después de la contienda. Aquel espectáculo superaba las peleas habituales de lucha extrema de Las Vegas y, como ellas, estaba normalmente trucado para que perdiese quien tenía que perder.

—¿Cómo llego ahí abajo? —pregunté.

Billy me encontró una escalera de servicio junto al servicio de señoras, mientras él desaparecía bajo el suelo para ir haciendo una exploración previa. Cuando yo estaba a punto de llegar a los niveles inferiores, reapareció con noticias menos buenas.

—El siguiente en salir al cuadrilátero es Jimmy y le han emparejado contra un hombre lobo. Creo que es uno de esos que formaban parte de la manada a la que se enfrentó Tony hace unos años —me adelantó Billy.

Hice una mueca de fastidio. Estupendo. Tony había ordenado la muerte de su macho dominante para obligarles a salir de su territorio y Jimmy había sido el brazo ejecutor de aquella orden. Cualquier miembro de la manada que le tuviese a la vista le mataría o moriría intentándolo. Si Jimmy subía al cuadrilátero, no bajaría vivo de él.

Me dirigí hacia la puerta de servicio y me topé con Billy de nuevo obstaculizándome el paso.

—Muévete. Ya sabes que no me gusta caminar a través de ti —le espeté, recordando que con una vez que le había alimentado esta noche ya era suficiente.

—No vas a meterte ahí dentro —respondió tajante—. Lo digo en serio, ni se te ocurra.

—La única persona que me puede contar algo sobre mis padres está a punto de ser engullida. ¡Apártate! —le ordené.

—¿Para qué, para que corras su misma suerte? —replicó Billy señalándome con un dedo muy corpóreo—. Detrás de esa puerta hay un vestíbulo. Al final de él hay dos guardias armados. Son humanos, pero si consigues el milagro de rebasarlos, hay una sala entera llena de vampiros al otro lado. Métete ahí y estás muerta, y sin ti, yo me desvaneceré demasiado como para poder hacer daño a nadie. Resultado final: Tony gana. ¿Es eso lo que quieres?

Le miré fijamente. Odiaba cuando tenía razón.

—Entonces, ¿qué sugieres? No voy a irme hasta que le vea —le amenacé.

Billy soltó una mueca de disgusto.

—Ven por aquí, rápido.

Nos apresuramos por el pasillo en la dirección contraria y pronto me congratulé de que Billy estuviera allí para guiarme. Aquel sitio era un laberinto de túneles, todos pintados en el mismo color gris industrial. En unos minutos no tenía ni idea de dónde estaba. Nos paramos varias veces para meternos en distintas salas, la mayoría de las cuales estaban repletas de suministros de limpieza, máquinas tragaperras estropeadas e incluso ordenadores amontonados uno detrás de otro. Lo único que no había en ellas era gente, supongo que todo el mundo se había tomado un rato libre para ver las peleas.

Supuse que estábamos intentando pasar desapercibidos cuando Billy desapareció entre otras paredes, así que esta vez ni me molesté en dejar la puerta abierta. En esta ocasión me encontré con una sala enorme con un montón de elementos de atrezo y de decorado que llegaban hasta el techo. Había una colección de máscaras y lanzas africanas junto a una armadura a la que le faltaba la parte de debajo de una pierna. Una cabeza de león bastante zarrapastrosa se apoyaba en el ataúd de una momia, que alguien había modificado para insertar un cartel en el que se anunciaba un espectáculo de magia. Encima, una enorme estatua de Anubis, el dios egipcio con cabeza de chacal, parecía estar mirando algo desde una esquina alejada. Seguí la línea de su mirada fija y vidriosa y me topé con la cara fea de Jimmy haciendo esfuerzos por asomar por detrás de la jaula reforzada a conciencia en la que se encontraba. Sus rasgos afilados, su pelo negro hacia atrás y su mirada furtiva eran los que yo recordaba, pero debía haberle ido muy bien últimamente porque su habitual atuendo informal había sido sustituido por uno muy elegante que parecía hecho a medida.

Tardó unos pocos segundos en ubicarme. En la época en la que él me recordaba, el pelo me llegaba hasta los riñones y mi vestuario se ajustaba a la versión de lo que Eugenie consideraba apropiado para las jovencitas, esto es, faldas largas y blusas de cuello alto. El pelo largo lo cambié por un corte más práctico, menos largo y evidentemente menos espectacular cuando me puse en contacto con la gente de Protección de Testigos. Desde entonces había crecido algo, pero tampoco demasiado como para que se notase la diferencia. A lo que había que sumar que Jimmy nunca me había visto en nada parecido a ese atuendo de cuero que llevaba. Con todo y con eso, después de unos segundos de confusión, reaccionó. Demasiado, para mi sorpresa.

—¡Cassandra! ¡Joder, cómo me alegro de verte! Siempre supe que algún día volverías. Sácame de aquí, por favor. ¡Ha habido un gran malentendido! —vociferó.

—¿Malentendido? —grité sorprendida.

Me resultaba difícil creer que realmente pensaba que había regresado a la organización. Tony quizá podría perdonar a una muchacha de catorce años que se hubiera fugado por lo que él entendía que podía ser un ataque de angustia adolescente, pero un adulto que había conspirado para destruirle era otra cosa. Dudé si dejar a Jimmy donde estaba, pero, aunque me agradaba tenerle bien metido entre

rejas, prefería hablar en otro sitio en el que fuese menos posible que los matones de Tony nos interrumpiesen en cualquier momento.

—*Seh*. Uno de mis ayudantes está intentando ascender por la vía rápida y le contó al jefe unas cuantas mentiras sobre mí. Puedo arreglarlo, pero tengo que hablar con Tony...

—Te estás tomando tu tiempo —dijo una voz.

Miré a mi alrededor pero no vi nada.

—Encontré a las brujas, pero uno de los vampiros me atrapó. ¡Sácame de aquí! —insistió la voz.

—¿Quién ha dicho eso? —murmuré, mirando a Billy.

—¡Estoy aquí! ¿Estás ciega o qué? —seguí el chillido hasta llegar a una pequeña jaula de pájaros que estaba escondida debajo de un abanico de plumas de pavo real. Dentro de ella había una mujer de unos veinte centímetros de alto, que estaba como una avispa desquiciada. Su cara de Barbie estaba perfectamente rematada por un pelo de color rojo vivo y unos ojos color lavanda terriblemente enojados. Parpadeé. ¿Qué cojones le estarían echando a la bebida en aquel bar?

—Es un duendecillo, Cass —saltó Billy con cara de disgusto, girándose hacia la jaula mientras ella le fruncía el ceño.

Unos puños diminutos se agarraban a los barrotes de su celda y los golpeaban con furia.

—¿Estás sorda? ¡He dicho que me saques de aquí! ¡Y aparta esa cosa de mí! —prosiguió.

—A ésta en concreto no la había visto —musitó Billy Joe meneando su cabeza—, pero he visto a otros como ella. No la escuches, Cass. Los duendes no traen más que problemas.

—Probablemente haya venido por el anillo —protesté yo, intentando asimilar el hecho de que Tony había dado por fin con el modo de llegar al Reino de la Fantasía, que no era solo un mito.

—¡Estos barrotes son de hierro, humana! Estar aquí dentro me pone enferma. ¡Libérame ya! —siguió chillando, mientras yo parpadeaba, sin salir del asombro que me producía escuchar cómo una voz tan diminuta podía hacer tanto eco.

—No lo hagas, Cass —me advirtió Billy—. Hacer favores a los duendes nunca es una buena idea. Siempre se acaban volviendo contra ti.

La cara de la pequeña criatura se encendió de un rojo horrible y a continuación vomitó una retahíla de vituperios en un idioma que yo no conocía, pero Billy Joe sí.

—¡Criatura inmunda y vil! —balbuceó Billy Joe—. ¡Déjala que vaya a por el anillo y que le den!

Resoplé. Fuese lo que fuese o quien fuese, yo no iba a dejar que nadie se quedase allí para divertir al cabrón o a sus muchachos.

—Si te dejas salir, tienes que prometer no interferir en nada de lo que esté haciendo —le avisé con voz grave—. No nos descubras, ¿de acuerdo?

—Has perdido la cabeza —replicó rotundamente—. ¿Y cuándo te cambiaste la ropa? ¿Qué está pasando aquí?

Eso es lo que yo quería saber.

—¿Te conozco? —musité.

—Me parece mentira —repuso disgustada, con sus minúsculas alas color verde y lavanda batiéndose agitadamente a su espalda—. Estoy metida en una misión con una idiota.

Sus ojos se estrecharon mientras me miraba de arriba abajo.

—Oh, no. No eres mi Cassandra, ¿verdad? —continuó, llevándose las manos a la cabeza—. ¡Lo sabía! Tenía que haber hecho caso a la Gran Dama: ¡no trabajes nunca, nunca, con humanos!

—Eh, una ayudita por aquí —murmuró Jimmy a mi espalda.

—Vete —me dijo el duendecillo—. Y llévate al fantasma y a la rata contigo. Ya me apaño yo con esto.

Me daba la sensación de que tenía que saber qué estaba pasando allí, pero quedarse en aquel sitio para seguir con la conversación quizá no era muy inteligente. Ignoré los comentarios de Billy y retiré el pestillo de su jaula. Después me acerqué a la de Jimmy, pero, por desgracia, hacía falta la llave para abrir su candado.

—¿Y cómo te saco yo de aquí? —pregunté.

—Aquí —indicó Jimmy acercándose hasta los barrotes—. Se olvidaron de cachearme. La llave está en mi abrigo. ¡Rápido, volverán de un momento a otro!

Dirigí la mano hacia su chaqueta, pero de repente se paró cuando estaba a menos de medio metro de los barrotes y se negó a seguir adelante. Era como si se hubiera levantado en ese punto un muro invisible de melaza densa y pegajosa, y no tenía pinta de soltarse. El duendecillo revoloteaba alrededor de mi cabeza mientras yo intentaba sacar la mano.

—Yo liberaré a las brujas —me dijo—, pero necesito que me abras una puerta.

—No puedo abrir ni ésta —repliqué, intentando sacar mi mano derecha con la izquierda.

El tiro me salió por la culata, porque acabé con dos manos inmovilizadas que no podían ni ir hacia delante ni hacia atrás. Estaba bien atrapada.

—Es un hechizo de niño de alquitrán —explicó Billy, merodeando con ansiedad—. Necesitamos el antídoto.

—¿Es un qué?

—Es un término coloquial para llamar a una variante muy fuerte del *prehendo*. Por lo que veo, cualquier cosa que se acerque a una cierta distancia de la jaula queda atrapada como un gusano en una telaraña y cuanto más intentas soltarte, más fuerte te atrapa. Intenta no moverte —me recomendó Billy Joe.

—¡Y me lo dices ahora! —le respondí, porque su aviso llegaba como un segundo después de que el pánico se apoderase de mí y tratase de soltarme de una patada, lo que solo consiguió que el pie se me quedase también atrapado. A veces odiaba la

magia de verdad—. ¡Billy! ¿Qué hago?

—¡Quédate quieta! —me ordenó—. Voy a echar un vistazo. Tiene que haber algo por aquí.

—¡Vuelve! —berreé mientras se dirigía hacia la armadura—. ¡Sácame de aquí!

—Tiene que ser eso —dijo después de blasfemar, señalando con el dedo hacia arriba.

Ahora me daba cuenta de que, sobre la puerta, había una especie de manzana asada podrida colgando de una cadena. Un segundo después, pude precisar que era uno de esos horribles llaveros con cabezas *jibarizadas* que vendían en la tienda de regalos del vestíbulo, junto con los alfileres de corbatas hechos de hueso humano y las camisetas de «Yo estuve en el Dante». Tony no tenía remilgos cuando se trataba de ganar dinero.

—Es lo único que no debería estar aquí.

El duendecillo voló hasta allí para examinarlo y su cabeza casi se choca con la de Billy Joe, que había regresado para echar un vistazo.

—Apártate de mi camino, desecho —le ordenó.

Billy estuvo a punto de decir algo, probablemente bastante profano, pero alguien le cortó. De repente, un ojo arrugado como una pasa brotó de la cabeza y miró enfadado al duendecillo.

—Llámame eso otra vez, Campanilla, y no abrirás esta puerta en tu vida.

Yo estaba allí quieta de pie, incapaz de creer que lo que estaba viendo era una conversación entre un duendecillo y una cabeza *jibarizada*. Creo que ese fue el momento en el que decidí olvidarme de la lógica y simplemente me dejé llevar. Si tenía suerte, alguien me habría echado algo en la bebida y estaba alucinando. Nadie decía nada, así que suponía que solo lo veía yo.

—¿Podrías abrir la puerta, por favor? —pregunté pausadamente.

El ojo (sólo parecía funcionar uno) se giró hacia mí.

—Eso depende. ¿Qué puedes hacer tú por mí? —espetó.

Me quedé mirándole. Era una cabeza reducida. Las opciones eran bastante limitadas.

—¿Qué? —acerté a decir.

—Eh, tu cara me suena. ¿Alguna vez has venido al bar vudú? Está en el Séptimo círculo, arriba. Yo era la estrella principal, ya sabes, bastante más famoso que los espectáculos de mierda a los que solía asistir esta perdedora. La gente me decía qué quería tomar y yo se lo repetía a gritos a los camareros. Funcionaba de maravilla. Todo el mundo creía que yo era uno de estos sofisticados artilugios de audioanimatrónica. A veces contaba chistes también. Por ejemplo: ¿qué sería *Bugsy Seigel* si se convirtiera en un vampiro? ¡Un *dientincuente*! —se reía como un poseso—. Me parto, ¿te lo sabías?

—Es malo —repuso el duendecillo sin inmutarse.

Yo asentí. Es imposible extender una protección absoluta en un lugar que se

quedaba sin electricidad, pero ¿de verdad aquella era la mejor solución que había podido encontrar Tony?

—Oh, ¿nos gusta interrumpir, eh? Va, a ver qué tal este. Entra un tío en un bar del Infierno y pide una cerveza. El camarero le dice: lo siento, aquí sólo se sirven espirituosas.

—Tiene razón, es malo —corroboró Billy.

El duendecillo le dio un golpe a la cabeza con la parte roma de una pequeña espada que desenfundó de su cinturón.

—Libérala o te rebanaré en pedacitos —amenazó el duendecillo.

El ojo se las apañó para dar la impresión de estar sorprendido.

—¡Eh! ¡Se supone que no puedes hacer eso! ¿Por qué no estás atrapada como ella?

—Porque no soy humana —replicó rechinando los dientes—. Y ahora haz lo que te digo y no nos hagas perder el tiempo.

—Si de mi dependiese, lo haría, lo prometo, pero no puedo hacerlo sin autorización. En una ocasión me salté las reglas y mira donde me han metido. Lo único que quería era un coche muy rápido y, de paso, mujeres que también fueran rápido para llenarlo. Ahora me conformaría con que me devolvieran el cuerpo. Lo único es que está repartido por todo el garito porque aquella zorra del vudú fue dispersando las partes por ahí. Dadme un respiro. Tengo mis pagos un poco atrasados, vale, pero venga.

—Le debías dinero a Tony —le pregunté haciendo una suposición bastante evidente.

—Digamos que tuve una mala racha con las cartas —respondió con dignidad.

—¿Así que Tony te vendió a una sacerdotisa vudú? —seguí preguntándole, aunque no me sorprendía. Tony había encontrado una nueva acepción para la expresión «libra de carne».

—Y después me hizo trabajar en su estúpido casino —protestó la cabeza—. Después, hace unos meses, les molestó que uno de los clientes habituales empezara a sospechar que yo no fuese solo una cara bonita, así que me metieron aquí abajo. No más fiestas, no más chicas bonitas, *niente*. Ha sido deprimente de cojones. Pero ¡eh!, quizás a vosotros también os encojan y podamos pasarlo bien juntos. En serio. Qué os...

El duendecillo zanjó la cuestión haciendo realidad su promesa y cortando de cuajo la cabeza en dos. Mis ojos se quedaron clavados en la escena mientras veía cómo las dos mitades caían libremente durante unos segundos, cada una en un extremo de la fina cadena, para después deshacer lo hecho y acabar reuniéndose de nuevo en el mismo sitio del principio.

—Hola, ya estoy muerto, ¿recuerdas? —saltó exasperada la cabeza—. Quizá puedas herirme, Campa, pero así no ayudaré a tus amigos. Para que lo haga, *t'emos* que llegar a un acuerdo.

—¿Qué quieres? —repuse yo rápidamente.

—Mi cuerpo, claro. Quiero que traigas aquí a esas brujas para que deshagan el conjuro de *bokor* y me devuelvan mi forma natural.

—Eso es una locura —respondí sin apartar la vista de la cabeza agrietada—. Nadie puede revertir algo así. Ni siquiera aunque diésemos con esa mujer vudú, ni siquiera ella podría...

—Te lo prometo —me cortó el duendecillo con impaciencia—. Ahora, libérala.

La cabeza se volvió hacia ella con tanta rapidez que, de haber conservado aún su cuello, después de eso habría tenido una buena tortícolis.

—Repíte eso —musitó.

—Te traeré conmigo al Reino de la Fantasía —prosiguió el duendecillo, con un aire totalmente serio, para mi sorpresa—. No te prometo qué aspecto acabarás teniendo, pero puede que tengas un cuerpo. Algunos espíritus se manifiestan allí en su forma física.

—¿Ah sí? —espetó Billy con más interés del que a mí me habría gustado.

El duendecillo pasó de él.

La cabeza se detuvo por un momento.

—Tengo que pensármelo —afirmó para, inmediatamente, dejar de moverse.

—¿Por qué pone en esta cosa «Made in Taiwan» aquí en la parte de atrás? —inquirió Billy, echando un vistazo como a tres centímetros de distancia.

Billy y yo nos intercambiamos miradas y no hizo falta que le dijese nada más. Inmediatamente, atravesó la cabeza y reapareció unos segundos después con un gran enfado.

—¡No hay nada con conciencia ahí dentro, Cass, por no mencionar que es de plástico! Alguien lo hechizó para que se despertase si alguien se quedaba atrapado en el niño de alquitrán. Supongo que hizo saltar una alarma y estaba tratando de retrasarnos lo suficiente como para que alguien llegase hasta aquí.

—¿Entonces por qué se calló de repente?

—Supongo que le hicimos una oferta que no supo cómo responder —caviló Billy.

Cerré los ojos y me obligué a calmarme no fuese a ser que me diese un ataque y le acabase ahorrando a Tony unos cuantos pavos de recompensa.

—Entonces, ¿qué se supone que tenemos que hacer? —pregunté—. ¡Ya hemos intentado atacarle!

—Necesitamos la contraseña, Cass, algo que nos ayude a liberarte. A veces es un objeto que hay que tocar, o puede ser una palabra. ¡Pero este sitio está lleno de cosas! Me va a llevar algo de tiempo repararlo todo.

—¿Qué pasa aquí? ¿Con quién hablas? —preguntó Jimmy.

—Se supone que hay un objeto por aquí que puede liberarme, o una palabra que puede hacer que esto me suelte —le expliqué brevemente—. No es real, fue el hechizo el que lo desencadenó todo.

—¿Quieres decir que eso no es Danny? —dijo Jimmy con aire sorprendido.

—¿Y se supone que Danny es...? —devolví la pregunta.

—Esa cabeza encogida que hizo Tony a partir de lo que quedaba de un tío de los cuarenta. Lo cogimos de modelo para nuestros llaveros —explicó con un rostro que cada vez parecía más molesto—. ¿Así que quieres decir que pusieron una de esas cabezas de la tienda de regalos aquí abajo? ¿Qué pasa, que yo no me merecía la de verdad?

Si no hubiera estado atrapada, habría tenido la tentación de soltarle un tortazo.

—¿Sabes cuál es la contraseña o no?

Se encogió de hombros, todavía con el ceño fruncido.

—Prueba con «banjo» —respondió, y tan pronto como acabó de pronunciar la palabra, todo lo que me aprisionaba dejó de estar allí.

Mis esfuerzos por liberarme, aunque hasta el momento habían sido inútiles, hicieron que, con el impulso, acabara con mi ya maltrecha espalda en el suelo. Jimmy me cogió a través de los barrotes y me ayudó a incorporarme.

—Estás perdiendo tiempo —me regañó.

—¿Banjo? —volví a preguntarle.

—Tenemos contraseñas para acceder a zonas restringidas y las cambiamos cada pocas semanas. Yo di el visto bueno para la nueva lista hace un par de días y esa era la primera palabra que había en ella —explicó, y al ver mi expresión, matizó—. Los muchachos están para pegar, no para pensar.

—Pero ¿por qué «banjo»? —insistí.

—¿Y por qué no? Mira, se me tienen que ocurrir unas doscientas de esas al año, ¿vale? Ya me quedé sin abracadabras hace tiempo. Además, no la habrías adivinado, ¿verdad?

—Todavía necesito que abras la puerta —me recordó el duendecillo justo en el momento en el que yo encontré un llavero de piel en el traje de Jimmy.

Las manos me temblaban, pero era evidente que él no podría salir por sí mismo. Alguien se había quedado sin esposas o quizá era que no les caía mejor que a mí. El caso es que habían aplastado sus dos manos y no estaban solo rotas, sino destrozadas hasta el punto de que no parecía que ningún dedo ni articulación pudiese moverse. Me parecía que, incluso si conseguía salir de esta, no le quedaban muchas opciones de seguir adelante.

—¡Hago lo que puedo! —refunfuñé.

—No es ése —vociferó impaciente—. Busca el que estaba junto a la jaula donde me tenían metida.

El duendecillo no dejaba de revolotear alrededor de mi cabeza como si fuera un pequeño ciclón.

—Aquella pared de allí —continuó ordenando—. Mis manos no son tan grandes como para hacer girar ese pomo enorme.

—Dame un minuto —le pedí, mientras veía como el tozudo cerrojo se abría finalmente.

En ese momento, Jimmy salió disparado a una velocidad de vértigo y se dirigió al vestíbulo. Mis ojos fueron de él hacia el duendecillo exigente.

—Síguele —le espeté a Billy—. Estaré contigo enseguida.

—Cass...

—¡Hazlo!

Billy salió enrabiado y yo me apresuré a alcanzar la puerta que me indicaba aquel minúsculo virago. Estaba a punto de darme la vuelta para seguir a Billy cuando descubrí de qué iba el último negocio de Tony. Tres mujeres morenas, todas de una edad similar a la mía, estaban sentadas espalda con espalda en el suelo dentro de un círculo oxidado. Tenían las manos y los pies atados, y mordazas improvisadas en la boca. Me quedé mirándolas.

—Dios mío. ¿Ahora tiene esclavos? —exclamé.

Aquello era demasiado bajo, incluso para Tony.

—Eso parece —replicó el duendecillo, deslizándose por el aire hacia aquellas mujeres. Hizo una mueca de disgusto y me volvió a mirar—. Esto es peor de lo que creía. Puedo apañármelas con el círculo, pero no puedo liberarlas.

Empecé a correr, preguntándome si alguna de las llaves de Jimmy funcionaría, pero en ese momento me golpeé con lo que parecía una pared muy sólida. No parecía que hubiera nada allí, pero mi nariz magullada me decía lo contrario y mi protección empezó a soltar destellos dorados que salpicaban toda la habitación.

—¡Bruja estúpida! —parloteó agitadamente el duendecillo—. ¡Es un círculo de poder! ¡Lo destruiré y después podrás liberar a esas mujeres!

Me moví hacia atrás y mi protección se calmó, aunque todavía podía sentir su calor en mi espalda.

—No soy una bruja —protesté ofendida mientras me preguntaba si mi nariz estaría rota.

El duendecillo descendió hasta el suelo y empezó a frotar el círculo. Estaba hecho de una sustancia seca que se fue quitando lentamente.

—Vale. La pitia no es una bruja. Entendido.

—¿No puedes darte más prisa? —reclamé después de un minuto, mientras hacía cábalas sobre lo lejos que habría podido llegar Jimmy en su estado—. Y me llamo Cassie.

Sus ojos color lavanda se bambolearon exageradamente.

—Me daba que era tu naturaleza la que te convertía en alguien tan molesta, pero has nacido así, ¿no? ¡Y lo hago lo mejor que puedo! La sangre se ha secado y no es fácil de quitar —se justificó.

—¿Sangre?

—¿Cómo crees que los magos oscuros realizan un hechizo? Hace falta que alguien muera, estúpida.

El duendecillo empezó a farfullar en aquel otro idioma y yo traté de reconfortarme a mí misma y no pensar en lo que Tony estaba haciendo con un

miembro de los duendes, algunos esclavos y un círculo de sangre. Desde que le conocía, Tony había estado en el lado equivocado según el derecho de los humanos, pero esto contravenía también las reglas de los vampiros y de los magos. No tenía ni idea de cuándo había adquirido estas tendencias suicidas y de repente sentí la necesidad de salir del casino de la forma que fuese.

Finalmente, mi pequeño cómplice acabó de limpiar una estrecha línea a través del círculo y pude escuchar un pequeño ruido, como si algo se hubiera descomprimido.

—¿Es todo? —le pregunté. La verdad es que aquello sonó un poco a anticlímax.

Ella se sentó en el suelo y jadeó.

—Pues... ¡inténtalo!

Caminé hacia delante, esta vez con cautela, pero nada me obstruyó el paso. Me arrodillé rápidamente junto a la mujer que se encontraba más cerca de mí y empecé a probar llaves. Afortunadamente, la tercera de ellas funcionó. Le saqué la mordaza de la boca y empezó a gritar. Quise volver a ponérsela antes de que alertase a todo el casino, pero ella se adelantó y me cogió la mano. Empezó a soltar una rápida retahíla de palabras en francés mientras me besaba la muñeca y todo lo que podía. No entendí mucho de lo que me decía, el único idioma moderno que domino además del mío es el italiano, y no hay muchas coincidencias con el francés, pero los ojos de color marrón claro que me miraban denotaban casi un gesto de adoración.

Tuve una sensación rara en el estómago. Conocía a esa mujer. Estaba más regordeta y parecía mucho menos demacrada, pero, aparte de eso, no había cambiado mucho desde que la vi estirada en el potro de tortura envuelta en llamas. La miré más fijamente por segunda vez, pero la intuición se confirmó. Aquella cara estaba grabada en mi memoria y cuando vi el extremo de sus dedos, comprobé que estaban llenos de cicatrices. Con todo lo imposible que parecía, lo cierto es que una bruja del siglo diecisiete estaba allí, en un casino de Las Vegas de nuestros días. Parece que se trataba de una bruja muerta, porque nadie podría haber sobrevivido a los tormentos que había visto que se le infligían a ella. Cualquiera otro día habría considerado seriamente la posibilidad de desmayarme; y como aquello podía pasar, simplemente le puse la llave en la mano y me retiré a gatas hasta donde no pudiera alcanzarme.

—He de irme —solté brevemente, y me largué de allí.

Mi plan era sencillo: encontrar a Jimmy, interrogarle, entregarle a los polis y correr como un demonio. Me podía ahorrar todas las demás complicaciones.

No me hacía falta que Billy me recordase que volver por donde habíamos venido no era una gran idea. Si alguien venía a por Jimmy, irían por esa ruta, y la única pistola que yo llevaba encima no sería de mucha ayuda contra la clase de matones que Tony habría mandado. Desde que llegué a los niveles más bajos del local, no había visto a ningún empleado, musculitos o cualquier otra calaña de las que había por allí, y aquello empezaba a preocuparme. Era de madrugada, de acuerdo, pero en un lugar como ese nunca se duerme. Tendría que haber gente por allí, especialmente si iba a haber combate esa noche, pero el vestíbulo estaba absolutamente vacío. Seguí

por el pasillo hasta que llegué al punto donde se desdoblaba. Me detuve, confusa, hasta que Billy apareció por una pared y me hizo un gesto.

—Por aquí —musitó.

Entré por una puerta cercana y me vi con mis huesos en una sala de descanso para empleados. Jimmy estaba medio escondido detrás de una máquina de refrescos.

—Hay un picaporte —dijo al verme aparecer, y señaló la pared con su codo— justo ahí. Pero no puedo hacer nada con esto.

Según acababa de hablar, elevó sus manos mutiladas a modo de aclaración y yo me apresuré hacia la puerta. Detrás de la máquina había algo que parecía una extensión de la misma pared de yeso blanquecina y ligeramente manchada que poblaba el resto de la habitación, pero en realidad se ondulaba ligeramente en los extremos, aunque no me hubiera dado cuenta nunca si no me hubiese esperado que allí hubiese algo. La protección perimetral estaba envejeciendo. Deslicé mis manos por la pared hasta que me topé con algo que parecía un pomo, y la empujé.

La puerta dio paso a un pasillo estrecho que, a juzgar por el polvo del suelo, no tenía mucho tránsito habitualmente. Tampoco era una sorpresa. Tony siempre tenía múltiples salidas, la mitad de ellas escondidas, en sus negocios. Una vez me contó que era una reminiscencia de su juventud, cuando era normal ver ejércitos desfilar por Roma con cierta regularidad. Desde que unos soldados españoles del ejército de Carlos V casi le quemaran vivo en el saqueo de su ciudad, allá por 1530, se volvió un tanto paranoico con estas cosas. Por una vez, daba gracias de que así fuera.

Recorrimos el pasadizo secreto y después subimos por una escalera que había al final. O, mejor dicho, yo la subí empujando a Jimmy. Sus manos eran un gran inconveniente, pero entre sus codos y mis empujones lo acabamos consiguiendo. Accedimos por una trampilla hacia un vestuario. Allí, un hombre con un traje de diablo de lentejuelas nos guiñó con un ojo lloroso, pero no hizo preguntas. Trabajaba para Tony, así que probablemente estaba acostumbrado a ver una gran variedad de cosas raras.

Jimmy gateó hasta la puerta, resoplando como un tren de mercancías, y la verdad es que yo no estaba mucho mejor. Definitivamente tenía que añadir las visitas al gimnasio a mi lista de tareas, justo después de correr para salvar la vida y matar a Tony. El vestuario daba a otro pasillo gris, pero, afortunadamente, éste era corto. Unos segundos después, estábamos cerca de un bosque de falsas estalagmitas con vistas al río. A unos cuantos metros de nosotros, un Caronte llevaba en su barca a unos cuantos apostadores agotados que se dirigían a la entrada.

—¡Eh! ¿Adónde te crees que vas? —grité.

Jimmy había empezado a largarse sin decir una palabra y tampoco se inmutó al oír mi chillido. Pelear con él en el suelo no era una opción, pero, por suerte, conocía una que sí lo era.

—¡Billy, cógele! —ordené.

Salí detrás de Jimmy y noté cómo Billy Joe me pasaba como una brisa cálida.

Normalmente era fría o, cuanto menos, fresca, pero esa noche se había recargado con las protecciones de algunos vampiros y tenía energía para dar y tomar. Sin embargo, Jimmy alcanzó el vestíbulo en un tiempo récord y, cuando ya se dirigía a las puertas, se frenó en seco y tropezó al dar marcha atrás. Descubrí qué le pasaba en cuanto vi a Pritkin, Tomas y Louis-César entrando por la puerta principal. No me preocupaba saber cómo me habían encontrado o qué habían planeado. Agarré a Jimmy por su traje elegante y lo metí de nuevo en el pasillo.

—No irás a ningún lado hasta que no hablemos de mis padres —le espeté.

Algunas de las estalagmitas más grandes estaban entre nosotros y el trío de MAGIA, y por un momento pensé que habíamos conseguido que no nos vieran. Entonces escuché a Tomas pronunciar mi nombre. Joder, me habían cazado.

Mi captura no supuso una gran impresión para mí. El Senado tenía dinero a raudales para contratar protecciones y para poder ver a través de absolutamente todas las ventanas y puertas de MAGIA, y probablemente para proteger sus vehículos también. En un principio me había impresionado que Billy Joe me consiguiera las llaves de un coche tan pronto, pero cuando llegamos al garaje, vi que había un montón de ellas colgadas de un llavero justo dentro de la puerta. Eso, unido al hecho de que nadie estaba vigilando los coches, me había hecho suponer cosas sobre la calidad de las protecciones. Habría atravesado tal vez más de una y a eso había que sumar el hecho de que me escapé por la ventana del baño, atravesé la puerta del garaje y robé un precioso Mercedes negro para largarme a la ciudad. Con todo y con eso, debía haberles llevado algo más de tiempo encontrarme.

Las buenas protecciones son mejores que una alarma de seguridad porque te cuentan datos básicos sobre quién las ha roto, como si son humanos o no, o su huella aural. Incluso, si la protección es buena, pueden decirte qué hicieron los intrusos en el sitio protegido. Lo que no te dicen es adónde fue el intruso después de irse, a no ser que tengas una protección de las caras y complejas, conocidas como «überprotecciones», que tienen que estar especialmente diseñadas por un maestro de protecciones. Como los miembros del Círculo Plateado son los que dan licencias a los hacedores de protecciones, no les debe resultar muy difícil conseguir las mejores del mercado para protegerse a ellos mismos, y usan los locales de MAGIA tanto como cualquier otro. Sin embargo, ni siquiera las mejores protecciones disponibles te dicen exactamente dónde se puede encontrar a una persona, tan solo dicen si tu rastro es frío o caliente. De otra manera, no habría podido eludir a los idiotas de Tony el tiempo suficiente como para que sus hechizos se borraran. Por todo ello, los vampiros sabrían que estaba en Las Vegas, pero tendrían que haber tardado unas horas en saber el sitio exacto. Alguien que me conocía bien y que sabía que Jimmy estaba allí debía haberles dicho dónde podían buscarme. De no ser así, estarían cercando el aeropuerto y dando vueltas por el perímetro a ver si aparecía. Sí, si volvía a ver a Rafe, iba a tener una conversación poco amistosa con él.

Jimmy se recompuso, se deshizo de mí y corrió como un relámpago. Una nube plateada descendió del techo y empezó a perseguirle justo en el momento en el que nos metían por la puerta de «sólo empleados» que estaba a nuestras espaldas. Tantas molestias solo para no alarmar a los humanos. Ni siquiera me di la vuelta, me limité a correr por el pasillo detrás de Jimmy. No iba a dejarle escapar mientras intentaba ser razonable con los acosadores del Senado.

Escuché a Pritkin soltar unas cuantas blasfemias, pero cuando llegué a la puerta del vestuario la cerré de golpe. La puerta no les iba a retener mucho más que un segundo, así que necesitaba encontrar a Jimmy rápidamente. Una mujer a medio

vestir con un traje de demonio me preguntó algo, pero yo pasé de ella y me limité a esquivar los bancos y abrir las puertas hasta llegar a la salida. Un aire cálido del desierto rizó mi pelo según salía y al mirar hacia arriba, me di cuenta de que había salido completamente del edificio. Estaba en un lateral, en un punto en el que la elaborada decoración de la fachada dejaba paso a un aparcamiento de asfalto sin más que estaba rodeado por una valla de cadenas. Allí era donde probablemente aparcaban los empleados. Maldije todo aquello, pensando que sería difícil encontrar a Jimmy entre tantas filas de vehículos, pero entonces le vi correr como una flecha hacia la parte trasera del aparcamiento. La nube brillante en la que se había convertido Billy le perseguía como un halo difuso.

Agarré mi pistola y continué con la persecución. Todavía tenía dudas sobre si realmente podría matar a alguien, incluso alguien que se lo merecía tanto como Jimmy, pero lo que estaba claro es que sí que podría herirle. Además, aquello le daría tiempo a Billy Joe para tratar de sacar a la luz su habilidad para poseer. Seguí corriendo a toda pastilla por las hileras de coches, después de comprobar que la pistola todavía llevaba el seguro puesto. No tendría mucha gracia que salvara a todo el mundo y me acabase disparando a mí misma.

No había llegado ni a la mitad de la fila de coches cuando escuché que la puerta que había dejado atrás se abría con tanta fuerza que las bisagras saltaron por los aires. Por raro que suene, en lugar de correr más rápido, Jimmy se frenó de golpe en ese mismo momento, cuando le tenía a solo unos metros. Pensé que había llegado a su coche y que estaba intentando pensar en cómo podría usar las llaves con unas manos destrozadas, pero un minuto después me di cuenta de que lo que había encontrado era algo de apoyo. Un par de docenas de tipos feos emergieron del aparcamiento como espantapájaros en un campo de trigo. No me paré a contar, pero al menos cinco o seis eran vampiros. ¿Cómo coño se las había apañado Jimmy para plantar allí una emboscada?

Me detuve en el mismo momento en el que noté cómo algo me agarraba por la cadera de manera firme y familiar. Era un poco irónico, la verdad. Había fantaseado más tiempo del que quería admitir con la idea de estar en los brazos de Tomas, pero ahora que había pasado tanto rato durante esa noche en ellos, se me había pasado bastante. Tenía su pistola desenfundada y me miraba con algo cercano al odio con sus ojos claros.

Aquello me ponía nerviosa, pero me di cuenta que lo que hacía era mirar por encima de mi hombro. Se escuchó un chirrido procedente del lugar en el que estaba Jimmy, como si un bosque entero hubiese decidido caerse al mismo tiempo, y yo miré hacia arriba.

—Tienes que estar de coña —fue todo lo que acerté a decir antes de que Tomas se arrojase encima de mí y ambos cayéramos al suelo. Me arañé las manos con el asfalto, perdiendo un poco más de piel, pero sujetando aún, milagrosamente, la pistola. Sí, definitivamente se me estaba pasando.

Conseguí ver lo que pasaba delante de nosotros a través de una rendija en medio de la cortina de pelo de Tomas. La mayoría de los chicos de Tony tenían motes. Creo que es una especie de regla no escrita de los gánsteres, porque virtualmente se puede decir que todos tienen un vínculo con su arma favorita, o su característica física más prominente. Alphonse era «Béisbol», por lo que sabía hacer con un bate, y no hablaban precisamente sobre un diamante. Siempre di por supuesto que el mote de Jimmy procedía de su apariencia, que era bastante de rata, o su personalidad. Me equivocaba. Por lo que parecía, Jimmy, el medio sátiro, era también Jimmy «el Hombre Rata». O algo así. Los híbridos no eran mi especialidad, pero nunca había visto algo así. Entorné los ojos. Nunca había oído hablar de algo así. Y quizá las razones eran evidentes, porque cualquiera que lo hubiese visto desearía a buen seguro olvidarse de ello cuanto antes.

Fuese lo que fuese aquello, tenía un cuerpo gigantesco y lleno de pelo que parecía haber sido curtido a parches. Tenía cuernos de cabra que le sobresalían en medio de su estrecha cabeza, sus enormes dientes desconchados tenían el color de un fregadero oxidado y su cola rosa era tan gruesa como mi pantorrilla. Tenía pezuñas de cabra en sus patas traseras y olía que echaba para atrás. Y, fuese lo que fuese aquello en lo que Jimmy se había transformado, lo que estaba claro es que un acto de nepotismo se había estado gestando en el Dante porque una tribu de parientes le rodeaban por todos lados.

Mi cerebro seguía diciéndole a mis ojos que lo que estaban viendo eran cosas. Número uno, los sátiros son ya criaturas mágicas y como tales, se supone que son inmunes a las mordeduras, así que lo que estaba viendo era técnicamente imposible. Número dos, ¿por qué todo un grupo de hombres loquesea estaría trabajando para Tony? Ese tipo de cooperación simplemente no ocurría; todo el mundo lo sabía. Pero era difícil discutir todo aquello con toda aquella recua de enjutos bigotes nerviosos danzando a pocos metros de mí.

—Ratas.

Tardé un segundo en darme cuenta de que Pritkin no estaba expresando una ira moderada, sino que se refería al tipo de forma hacia la que habían mutado los tipos que teníamos enfrente.

Vale, yo tenía razón. Un punto para mí. Me había confundido un poquito el hecho de que el ADN de hombres loquesea parecía haberse mezclado con genes de sátiro para dar una mezcla realmente espantosa. Jimmy (yo daba por supuesto que era él porque llevaba puesto lo que quedaba de su elegante traje) era una torre de pelo gris y blanco con garras de ocho centímetros entremezcladas con los músculos de sus brazos pegajosos. El cambio parecía haberle dejado mejor las manos. Todavía sangraban, pero parecía que ahora al menos funcionaban. También le había cambiado otra cosa. Nunca había tenido un aspecto tan amenazante con su forma habitual y esa era una de las razones por las que resultaba un buen matón: la gente tendía a subestimarle. No obstante, ahora sí que daba miedo. Yo iba armada, pero Tomas me

había atrapado tanto mi brazo como mi pistola. Jimmy estaba de pie justo delante de mí y no podía hacer mucho más que ver sus ojos malévolos.

Yo no estaba contenta, pero lo mismo les ocurría al resto de los presentes. Pritkin ni se había molestado en preocuparse sobre las reglas en torno a las armas de fuego y no se había puesto nada más que un abrigo de cuero por encima de su repleta colección. En una mano tenía la escopeta y en la otra una pistola, y con las dos apuntaba en dirección a Jimmy. Louis-César llevaba el estoque fuera, lo que le daba un toque realmente raro teniendo en cuenta que había cambiado su ropa por algo más normal al salir de MAGIA. Llevaba una camiseta ajustada y unos vaqueros tan desgastados que casi estaban blancos. Los pantalones se amoldaban a la parte inferior de su cuerpo de un modo tan ajustado que bien podía parecer que estaban pintados sobre su piel, así que llegué a la conclusión de que antes me había equivocado: la ropa moderna resaltaba su físico bastante bien. Louis-César miraba a los hombres rata como si estuviese intentando decidir a cuál atacar primero. Ellos debieron pensar lo mismo porque la atención de la mayor parte de las ratas se centró en él, en lugar de en mí.

—Tomas, acompaña a *Mademoiselle* Palmer a su suite y asegúrate de que está cómoda. Estaremos con ella en un segundo —comentó Louis-César con tanta calma que parecía que lo único que planeaban él y Pritkin era tomarse un par de copas y tal vez jugar una partidita de blackjack.

Yo ya me estaba cansando de que tanta gente me diese órdenes.

—¡No! Ni de coña me voy de aquí hasta que...

—Yo la llevaré —me interrumpió Pritkin sobreponiendo su voz a la mía y moviéndose hacia mi arrastrando los pies para no dejar de tener a las ratas y sus escoltas vampiros en el punto de mira. Yo estaba a punto de mandarle al cuerno porque no iba a ir a ningún lado con él y su arsenal, cuando Tomas me cogió y empezó a alejarme de allí.

—¡Tomas, suéltame! ¡Tú no lo entiendes, he estado años buscándole! —le grité.

Viendo la atención que me prestó, podía no haberme molestado tampoco en hablarle y resistirme también iba a ser una pérdida de tiempo. Me di por vencida y levanté mi pistola, con la esperanza de que la cercanía compensara el escaso ángulo de tiro que tenía y que pudiera así meterle un par de disparos a Jimmy. Dudaba que le fuera a hacer mucho daño, tanto por mi falta de destreza como por el hecho de que los hombres rata eran bastante resistentes, pero, aun así, lo único que hacía falta era que yo le debilitase para que Billy pudiese hacer su trabajo. Así podría enterarse de lo que yo quería saber e informarme después. Pero antes de que pudiera abrir fuego, Tomas me volteó con un brazo y me arrebató la pistola con el otro. Empezaba a cansarme de que hiciera eso, pero, con armas o sin ellas, no iba a darme por vencida. Aquella podía ser la única oportunidad que iba a tener de encontrarme con el asesino de Genie y no iba a perderla.

—Billy Joe, ¿a qué coño estás esperando? ¡Hazlo ya! —vociferé.

La nube suspendida se solidificó y cayó sobre Jimmy como una pierna. Tomas intentó apartarme, pero yo me resistí. Él no quería hacerme daño y eso hizo que me soltase durante un solo segundo. El segundo pasó, no fue más que eso y Billy Joe salió disparado de Jimmy como si le hubiesen disparado desde un cañón y entró directo en mi interior. No me resistí, porque pensé que no tendría suficiente energía para poseerme y necesitaría abreviar el proceso. Pero su fuerza me siguió oprimiendo hasta que creí que me asfixiaba, como si fuese más él que de costumbre y no hubiese espacio bajo mi piel para alojar a los dos.

No tuve tiempo para pensar, ni mucho menos para reaccionar, antes de que una explosión tremenda me sacudiera de dentro afuera, como si fuera un avión despresurizado. Noté cómo algo se rompía y pensé que era mi blusa, o lo poco que quedaba de ella. Instintivamente me la cerré porque ya me había quedado sin sujetador, pero lo que encontró mi mano no fueron mis curvas familiares bajo el elastano. En lugar de eso, mis dedos se deslizaron por un tejido vaquero desgastado. Miré hacia abajo y vi la parte superior de mi cabeza. Pestañeeé, pero el punto de vista no cambió: allí seguía yo, agarrándome el pecho todavía. Tenía una sensación total de desorientación, pero no tuve tiempo de reponerme porque Jimmy decidió asaltarme y se destapó la caja de los truenos.

Jimmy me desgarró, literalmente, hundiendo sus dientes como cuchillos en mi brazo. Grité y tiré al suelo el cuerpo en el que estaba metida. Tuve tiempo de ver un par de enormes ojos azules mirándome sorprendidos antes de que Jimmy empezara a agitar su cabeza intentando arrancarme el brazo. Reaccioné sin pensarlo, apartándome de ese dolor lacerante, y miré conmocionada cómo su cuerpo salía despedido por encima de mí y se empotraba en un coche cercano. Lanzarle por los aires me había resultado increíblemente fácil, como sino pesase más que una muñeca.

Miré a mi alrededor y parecía como si todo el mundo se estuviese moviendo a cámara lenta. Observé cómo Pritkin abrió un agujero del tamaño de una pelota de baloncesto en el desgraciado coche delante del que estaba Jimmy antes de que yo le hiciese salir volando. Pude ver la explosión desde el momento en el que la ráfaga de fuego nació en la propia pistola y el cristal que salió volando en pedazos parecía flotar como si fueran hojas cayendo de un árbol. Pritkin también se revolvió igualmente despacio para encontrarse con la oleada de cuerpos peludos que se abalanzaba sobre él con una velocidad más cercana a un suave galope, que a un «todos a la carga».

La única persona que se movía a velocidad normal era Louis-César, al que pude ver ensartando a una rata por el corazón y, justo después, sacar inmediatamente el estoque para clavárselo a otra.

—¿No me escuchaste? ¡Sácala de aquí!

Él me miraba y yo pestañeeé preguntándome de qué estaría hablando. A continuación desenfundó un pequeño puñal arrojadizo y se lo incrustó en el cuello a una rata que, de algún modo, había aparecido de repente encima del cuerpo que yacía

a mis pies. El cuchillo le dio en la parte de atrás del cuello y él soltó un grito e intentó quitárselo con las zarpas, lo que solo consiguió que se desgarrara su propia carne. Cayó rodando y se alejó de la persona a la que había estado a punto de atacar, y yo me quedé mirando hacia abajo, viéndome a mí misma tirada en el asfalto.

Al final me di cuenta de que el brazo ensangrentado que Jimmy había estado royendo no era el mío. Yo sentía el dolor, veía la sangre, pero el charco rojo que había encima de la carne era de un color liviano, de un tono casi miel, una gama, en suma, que yo solo podría conseguir si me la echase con un aerosol. La mano tenía unos dedos largos, era musculosa y el pecho que sujetaba este nuevo brazo era tan plano como el de un hombre. Tardé unos segundos en darme cuenta de que era de un hombre y que llevaba puesto la camisa de diseño de telaraña y la chaqueta vaquera de Tomas. Me tambaleé hasta dar con mis huesos en un Volkswagen cercano y el cuerpo que estaba a mis pies se incorporó.

—Cassie, ¿dónde estás? —Mis ojos azules brillaron con furia y algo que parecía miedo. Era difícil de explicar, no estaba acostumbrada a descifrar mi propia expresión —. Contéstame, ¡coño!

Me arrodillé junto a lo que había sido mi cuerpo y miré dentro de aquellos ojos tan familiares. Aquel rostro parecía tener una expresión confusa por un segundo, hasta que me di cuenta de que me estaba observando a mí misma del modo en el que lo hacía todo el mundo, en lugar de obtener el habitual reflejo del espejo. No se podía negar: de algún modo, había acabado en el cuerpo de Tomas. Y aquello dejaba otra pregunta en el aire: ¿quién demonios estaba en el mío?

—¿Quién eres? —pregunté, agarrándome por el brazo, intentando no darme cuenta de que Jack tenía razón sobre lo de mi armario y mi cuerpo soltó un chillido.

—¡Corta eso, por Dios! —Si los ojos azules pudieran echar chispas, los míos desde luego lo estaban haciendo.

—¿Quién eres? ¿Quién está ahí dentro? —insistí.

Antes de que pudiera conseguir una respuesta, Jimmy se recuperó del golpe que le había dado y se abalanzó sobre nosotros de nuevo. Tuve tiempo de sobra para coger mi arma del cinturón de Tomas y dispararle. Vi cómo una flor carmesí florecía en su pecho, ligeramente debajo de su corazón, si es que el corazón de una rata está en el mismo sitio que el de un humano, pero él siguió invariablemente dirigiéndose hacia nosotros. Le disparé de nuevo, esta vez en el brazo. Lo hice por error, porque le quería dar en la cabeza, pero resultó ser un acierto porque en ese momento estaba intentando empuñar un arma con ese brazo. Al recibir el impacto, la pistola se le cayó y él se rascó el pecho, mientras yo me arrodillaba intentando descubrir dónde podría haber más armas escondidas en los pocos sitios que me quedaban por revisar de su traje. Jimmy se paró a varios metros de mí, dándome tiempo de sobra para acabar el trabajo, pero no me miraba a mí.

—Dile a tu gorila que pare o nunca encontrarás a tu padre.

La voz era inequívocamente de Jimmy, así que aprendí algo nuevo: que los

híbridos podían hablar una vez que modificaban su forma, o al menos los medio sátiros podían.

—¿Cómo? —musité, relajando el dedo en el gatillo mientras Jimmy me devolvía una mirada desagradable.

—No hablaba contigo —espetó, mirando hacia abajo a quienquiera que estuviese en mi cuerpo y haciendo una mueca—. Podemos llegar a un acuerdo, no seas estúpida, dile que pare. Tony no te va a decir lo que quieres saber. A él le parece bien el sitio donde está Rog ahora.

—Mi padre está muerto —acerté a responder, sin comprender muy bien a qué se creía Jimmy que estaba jugando. Lo que estaba claro es que no iba a funcionar.

Jimmy parecía disgustado, aunque aquello también podía deberse a la sangre que se filtraba a través de sus dedos y golpeaba en el asfalto.

—¡Joder, que no te estoy hablando a ti! —berreó.

Una explosión me hizo mirar hacia arriba y comprobé que Pritkin y Louis-César habían estado ocupados. Seis cuerpos peludos yacían en el aparcamiento, desperdigados entre los coches y el suelo, un número similar al de los que aún seguían activos. Louis-César se encargó de liquidar metódicamente a dos de los que quedaban mientras esquivaba las garras voladoras que intentaban decapitarle. Pritkin, en cambio, se lo tomaba con calma y a juzgar por la expresión de su rostro, estaba disfrutando de cada segundo. Hizo saltar por los aires otro coche, disparando a través de un gigantesco hombre rata que, antes de desplomarse en el suelo, miró sin salir de su asombro la mitad de su cuerpo que faltaba y que Pritkin le había volado. Justo después, Pritkin frenó en seco a otro que había saltado sobre él desde el techo de una furgoneta gritándole algo que hizo que el hombre rata se viese envuelto en llamas en el aire. El escudo de Pritkin le protegió de las pequeñas llamaradas que caían como chispas de color azul eléctrico sobre él, de tal modo que ninguna llegó a contactar directamente con su cuerpo.

No me podía creer que no hubiese nadie en el bar al que le llamase la atención todo aquel ruido. Los disparos de armas de fuego no son lo que se dice algo silencioso y tampoco lo son los gruñidos, chillidos y berridos que les acompañaban. También era raro que los vampiros no atacaban, pero tampoco se habían marchado. Cinco de ellos estaban allí de pie, observando lo que sucedía como si estuviesen esperando algo.

—¡Tomas, detrás de ti! —vociferó Louis-César saltando por encima del cuerpo de una rata enorme que tenía delante y situándose a mi lado. Su expresión y una blasfemia de mi propia voz que procedía de detrás de mí me hicieron darme cuenta de que había elegido un momento realmente malo para distraerme. Me di la vuelta y vi que Jimmy me había agarrado por el pelo y tenía una de esas garras de ocho centímetros oprimiéndome la garganta.

—¡Te dije que te la llevaras de aquí!

Louis-César miraba a Jimmy, pero me estaba hablando a mí. Con todo, yo no

estaba demasiado preocupada por el vampiro furioso que estaba a mi lado: era aquella garra, que había hecho un pequeño corte lineal de lado a lado de mi garganta, la que concentraba toda mi atención.

Mi boca soltó una retahíla de originales blasfemias que, no obstante, en algunos casos me sonaban muy familiares. Vale, al menos ahora ya sabía quien estaba metido en mi cuerpo.

—Cállate, Billy. No empeores las cosas —dije.

Mis ojos azules se abrieron como platos y se clavaron en mí.

—Espera un momento, ¿estás ahí? ¡Alabado sea Dios, creí que estabas muerta! Creí que...

—Que te calles he dicho —le interrumpí.

No estaba de humor para escuchar una de las charlas de Billy, tenía que pensar. Vale, los problemas, uno a uno. No me serviría de mucho pensar en cómo podía recuperar mi cuerpo si por el camino tenía la garganta cortada, así que primero habría que acabar con Jimmy y luego ya alucinaríamos con el resto.

—¿Qué quieres, Jimmy?

—¡Estate callado, Tomas! Ya has hecho suficiente daño esta noche. Yo me ocuparé de esto —Louis-César parecía ir con retardo, pero no iba a ser yo la que gastase tiempo en ponerle al día.

—Cállate tú —le repliqué, y en su rostro se dibujó una expresión de incredulidad que podía haber resultado divertida en otras circunstancias—. Vamos, Jimmy, ¿qué quieres para dejar... la... marchar? ¿Querías un trato, recuerdas?

Era surrealista, estar allí metida en el cuerpo de alguien discutiendo con una rata gigante, pero lo único que podía ver era mi propio cuerpo con la expresión asustada de Billy Joe. No podía confiar en que él consiguiera sacarnos de allí: nunca lo había hecho, ni siquiera la vez que acabó en el fondo del río como una tetera abandonada.

—Quiero salir de aquí con vida; ¿o qué te crees? —repuso Jimmy mirando no a los vampiros que estaban a mi lado, sino a los que estaban observando la pelea. Vale, quizá no eran sus colegas—. Y esta monada va a venirse conmigo. Tony olvidará nuestro pequeño problema si le llevo a Cassie y eso es lo que va a pasar.

—Ni de coña —espeté yo.

No iba a quedarme allí a ver cómo Jimmy me sacaba a rastras. Y desde luego entre mis fantasías con el cuerpo de Tomas no se encontraba el solicitar residencia permanente en él.

—Prueba con otra cosa —le invité.

—Vale, de acuerdo. ¿Y si le corto el cuello? ¿Eso te parece mejor? Tony la preferiría con vida, pero estoy seguro de que si le llevo el cadáver también estará dispuesto a olvidar nuestras rencillas.

—Si le haces daño, te juro que tardarás días en morir y que implorarás porque la muerte te sobrevenga cuanto antes —intervino Louis-César con una voz que sonó plenamente convincente. Aun así, matar a Jimmy, por muy lento que fuera aquello,

no iba a devolverme la vida.

—Tiene razón, Jimmy. Lo único que te mantiene con vida ahora mismo es Cassie. Si la matas, acabaremos contigo antes de que Tony te encuentre.

—¿Entonces qué? ¿La dejo marchar y después me matáis de todas formas? No me interesa.

—Deberías recordar que hay muchas formas de morir —añadió Louis-César, y a mí me entraron ganas de darle una patada.

—¿Cuántas veces te tengo que decir que cierres la puta boca? —le grité.

Junto con mi grito escuché un eco de pánico en mi voz y tuve que hacer esfuerzos por calmarme. Si perdía los nervios ahora, no iba a haber forma de que el Chico Guapo y Rambo nos sacaran de allí. Sobre todo porque Pritkin parecía haber desaparecido, probablemente porque estaría cazando ratas en algún lugar cercano.

—Tú y yo hablaremos cuando esto haya terminado —concluyó Louis-César con calma—. No sé qué te ocurre...

—Exacto. No lo sabes. No tienes ni idea.

Le lancé una sonrisa a Jimmy, pero aquello sólo pareció enervarle más. Un segundo más tarde me di cuenta de que aquello podía deberse a que, con mi sonrisa, mi labio se había elevado dejando al descubierto un colmillo. Los de Tomas estaban completamente extendidos, pero no sabía cómo retraerlos. Estupendo, tenía que negociar por mi vida con los colmillos fuera, aquello sí que era una señal de mi buena suerte.

—Venga, a ver qué te parece esto, Jimmy. Tú nos das a Cassie y nosotros te damos tiempo para que escapes. Por ejemplo, ¿dos horas? Te prometo incluso que distraeremos a los vampiros el tiempo suficiente para que huyas sin problemas. Son chicos de Tony, ¿verdad? Están allí esperando para ver cómo te matamos o para acabar ellos el trabajo si consigues pasar por encima de nosotros. Pero lo que podemos hacer es mantenerles ocupados y lejos de tus espaldas durante un rato. Vamos, es justo, ¿no?

Jimmy se relamió el hocico con una lengua larga y pálida, meneando sus orejas de rata.

—Dirías cualquier cosa para recuperarla, después me matarías o dejarías que lo hicieran ellos. Además, si no se la llevo a Tony, estoy muerto de todas formas —argumentó Jimmy.

—¿Desde cuándo los tipos como tú tienen que obedecer a los vampiros? ¡No me puedo creer que le hayas estado lamiendo el culo todos estos años! —sonreí sarcásticamente.

Jimmy berreó, supongo que había tocado un punto débil.

—Pronto llegará una nueva orden, vampiro, y van a cambiar un montón de cosas. ¡Pronto podrías estar obedeciéndonos a nosotros! —bramó Jimmy.

Reculé. Quería tocar su orgullo, pero no que acabase haciendo ninguna estupidez.

—Es posible, pero tampoco te servirá de mucho si no vives para contarlo,

¿verdad? Tú no me conoces, así que no te fiarás de mi palabra. Pero ¿qué me dices de la de Cassie? ¿Y si ella te prometiese que nos vamos a portar bien?

Jimmy parecía desenchajado, como si quisiera creerme y yo sabía por qué. La herida de bala que tenía en el brazo no parecía muy grave, pero la del torso era otra cosa. La hilera de pelo blanco que tenía en el pecho mostraba una mancha roja cada vez más grande y se notaba que tenía dificultades para respirar. Casi fijo que le había dado en el pulmón, e incluso un ser metamórfico como él iba a tener problemas para curar aquello.

—Vamos, Jimmy. Es la mejor oferta que vas a poder conseguir.

—Dile a tus matones que se retiren si quieres cerrar el trato, o si no ella morirá —respondió, escupiendo en el suelo junto a mis pies para sellar la frontera de la amenaza. Su escupitajo llevaba sangre. A Jimmy se le acababa el tiempo y tanto él como yo lo sabíamos. Los bigotes se le movían nerviosamente y descubrí con sorpresa que podía oler su miedo. Era algo tangible, hasta el punto de que podía incluso enjuagarlo en mi boca como si fuera vino. Tenía un sabor almizclado con un toque dulce, aunque quizá lo último podía corresponder a su sangre. Ahora que me daba cuenta de la hipersensibilidad de mi nuevo cuerpo, comprendía también lo mucho que podían distraerme.

De repente, me di cuenta también de que no es que Louis-César estuviera enfadado; es que estaba furioso: irradiaba oleadas de un aroma profundo de pimienta y tenía la impresión de que en gran parte iba dirigido a mí, o más bien a Tomas, y a Jimmy. Todo ello se entremezclaba con la miríada de aromas que de repente me golpeaban por todas partes: el ligero tufillo de las alcantarillas que corrían bajo tierra, los gases de diesel y las colillas del aparcamiento, y la peste a chucrut de un sándwich que debía llevar un día en el contenedor. Mi cuerpo, por el contrario, olía bien, realmente bien y creí que era porque el olor me resultaba familiar. Después me di cuenta, no sin sorpresa, de que realmente olía como una buena comida, caliente, recién hecha y lista para comer. Nunca había pensado que la sangre pudiese tener un olor dulce, como el de una tarta de manzana caliente o el de la sidra humeante en un día de frío, pero estaba claro que en ese momento sí que lo tenía. Casi podía sentir el sabor de la sangre corriendo bajo aquella cálida piel y también lo deliciosa que sería al caer por mi garganta. La idea de que yo oliese a comida para Tomas me dejó tan anonadada que no me enteré de lo que pasó delante de mí hasta que estuvo medio acabado.

Una nube asfixiante de gas azul nos envolvió, oscureciendo el aparcamiento entero y provocando que mis ojos parecieran estar en llamas. Se escucharon varios disparos y después pude oír cómo Louis-César gritaba para que Pritkin se detuviese. Creo que tenía miedo de que el maniaco, que había dado un rodeo para entrar en la pelea desde un nuevo ángulo, me golpease a mí en lugar de a Jimmy. Dado que yo tenía la misma impresión, no dije nada. Iba a adentrarme en la nube azul para intentar encontrarme antes de que acabase muerta, pero de pronto vi cómo mi cuerpo salía a

gatas de aquella nube nociva, llorando y carraspeando en busca de oxígeno. No comprendía qué le pasaba, a mí no me costaba respirar, pero entonces recordé que a Tomas no le hacía falta respirar y que yo no lo había hecho ni una sola vez en todo el tiempo que llevaba dentro de él. Aquella nube hizo que boquease como un pez y que mi cuerpo gatease hasta agarrarme por los tobillos.

—¡Socorro!

—¿Estoy bien? —pregunté, cayendo de rodillas y casi llevándome por delante a los dos en la caída para después empezar a gatear—. ¡Dime que no has dejado que te rajen!

Apenas podía hablar por el nudo que tenía en la garganta, pero, aparte de la ligera herida que tenía en mi cuello maltrecho y los ojos llorosos y aturcidos, el resto de mí parecía intacto.

—Quédate aquí —le dije a Billy Joe, que seguía estando profundamente confundido—. Voy a por Jimmy.

Mi cabeza asintió y sentí cómo una mano me golpeaba. Me detuve un momento para subirle la blusa a Billy antes de que acabase bajándose del todo y después me volví a dirigir hacia la multitud.

Pritkin estaba gritando algo, pero aunque podía oírle, también podía escuchar todo lo demás y con todo lo demás quiero decir absolutamente todo. Las conversaciones en el vestuario sonaban tan nítidas como si estuviesen transcurriendo a pocos metros en el aparcamiento. La música, las tragaperras y una discusión entre un camarero y uno de los chefs de la cocina repicaban en mis oídos tan diáfanas como el sonido de una campana. Los latidos de las pocas ratas supervivientes, algunas de las cuales podía oír cómo intentaban escapar por detrás de los coches, las respiraciones de todo el mundo que me rodeaba y hasta el sonido de un pequeño folio que el viento arrastraba por el aparcamiento convertían aquella apacible noche en la hora punta de la Gran Estación Central. Quizá los vampiros sabían cómo seleccionar y diferenciar lo que era trivial de las cosas más importantes. Supongo que tenían que hacerlo para no volverse locos. Pero yo no sabía cómo hacerlo y aunque veía la cara de disgusto de Pritkin, no podía descifrar qué era lo que le enfadaba.

Una vez que me adentré en la espiral de miasma azul, descubrí que los ojos de Tomas solo podían ver trazos, pero no características distintivas de cada personaje. Con todo, no era muy difícil distinguir lo que era el cuerpo caído de una rata gigante. Joder. Sabía que lo iban a fastidiar. No iba a derramar lágrimas por Jimmy, pero quería saber lo que me había prometido contar sobre mi padre. Además, habíamos hecho un trato y no quería que los que decían ser mis aliados se hubieran tomado la libertad de romperlo sin dirigirme ni siquiera una palabra al respecto.

—Más vale que no esté muerto —insté al ver aparecer la cara enardecida de Louis-César.

No seguí hablando porque su mano me agarró de una manera asfixiante que hubiera podido destrozar cualquier garganta humana. Estaba diciendo algo en un tono

áspero que no se parecía mucho a su voz habitual, pero, aun así, pude comprenderle. Tuve un segundo para pensar, *Oh, mierda*, antes de que la sensación tan familiar de desorientación me invadiera y el azul se esfumase. Cerré los ojos, sin querer creer que todo aquello era real, que todo aquello iba a ser una visión, pero no había manera de negar aquello. De repente, estaba de nuevo en aquel pasillo de piedra frío y poco acogedor, escuchando voces repletas de una desesperación inimaginable.

Caí sobre mis rodillas presa de la impresión; no por lo que me rodeaba, aunque aquello era de todo menos acogedor, sino por las voces. Antes creía que procedían de la gente que estaba dentro de la sala de tortura gritando al unísono, pero ahora sabía que no era así. Los hombres encadenados a la pared habían empezado a gritar solo cuando me vieron y su tono de voz, aunque desesperado, no sonaba así. Aquello era más bien un coro de cientos, miles quizá, y no estaban vivos, al menos ya no.

Me di cuenta de que el frío gélido del pasillo se debía menos al tiempo que al miasma de espíritus que se amontonaban allí. Nunca antes había podido percibir a tantos fantasmas en un mismo lugar, como si fuera una llovizna espiritual calando en las paredes y llenando el aire hasta hacerlo casi asfixiante. Era una desesperación que se podía tocar, como si fuese una lámina de grasa congelada que golpeaba mi cara y me llegaba a la garganta hasta el punto que creía que iba a vomitar. Esta vez estaba sola y, como no había ningún carcelero que me pudiera distraer con sus artimañas intimidatorias, podía concentrarme en las voces. Poco a poco, se hicieron más nítidas. Rápidamente desee que no hubiera sido así.

Había una sensación bien definida de inteligencia, de muchas mentes, y ninguna de ellas estaba contenta. Al principio pensé que serían demoníacas, porque había mucha ira allí flotando, por no emplear palabras más fuertes.

Sin embargo, tampoco me inspiraban las mismas sensaciones que los pocos demonios con los que me había topado; parecían más bien fantasmas.

Después de escarbar durante unos minutos en las raíces de su furia, saqué algo en claro. Los fantasmas se dividen en tres grandes tipos según la forma en la que hayan muerto: o bien murieron antes de tiempo, o bien fallecieron de manera injusta (casi siempre, asesinados), o bien lo hicieron dejando alguna tarea crucial sin terminar. En ocasiones hay otros factores que ayudan, los fantasmas, como la gente, pueden tener varios problemas acuciándoles, pero, normalmente, sus preocupaciones se centran en uno de esos tres grandes bloques. Pues bien, lo que yo estaba sintiendo allí eran miles de fantasmas que sufrían los tres grandes bloques y una galaxia entera de problemas añadidos a la vez. Si estuvieran aún con vida, tendrían trabajando a destajo a todos los psiquiatras de los Estados Unidos hasta el siglo que viene. Pero el caso es que en el mundo de los fantasmas no hay psiquiatras. Lo que sí hay es venganza.

Un fantasma gestado por temas de venganza puede bien saciar estos deseos, conseguir alguna recompensa a su sufrimiento o vagar durante un tiempo intentando saciar su sed de revancha hasta que se le agota la energía. La mayoría de fantasmas no tienen donantes de energía habituales como le ocurre a Billy Joe conmigo, así que

al cabo de un tiempo se marchitan poco a poco hasta que lo único que les queda es la voz y, finalmente, acaban marchándose allá donde vayan a parar los fantasmas. Entre aquella multitud, yo tenía la sensación de que algunos de ellos estaban a punto de quedarse sin energía, pero había otros que tenían tanta energía como si hubieran muerto el día antes, lo cual, por otro lado, era factible. De ahí se derivaba algo inevitable: dondequiera que estuviese, aquel lugar había sido usado para realizar torturas durante décadas al menos, y probablemente durante siglos, lo que había generado una cantidad de energía espiritual oscura tal, que podía ser percibida incluso por los que no tenían sensibilidad para ello. Yo dudaba que hubiese nadie, independientemente de lo reacio que fuese a reconocer la existencia de un mundo psíquico, que pudiera caminar por esa sala de los horrores sin sentir escalofríos.

Eché un vistazo alrededor, pero seguíamos estando sólo yo y el coro. No sabía qué hacer. Estaba acostumbrada a que mis visiones se comportaran de manera predecible: venían, me pasaban por encima como un tren de mercancías, yo gritaba y todo desaparecía. Sin embargo, mis habilidades psíquicas estaban derivando hacia zonas nuevas e incómodas y, de pronto, yo sentía un gran resentimiento con el universo por haber decidido cambiar las reglas. Es más, si hubiera podido elegir un lugar en el que caer, desde luego no habría sido ese. Un viento frío abofeteó mi cara. Se estaban impacientando.

—¿Qué queréis? —susurré tímidamente, aunque aquello bien pudo ser como agitar un palo en medio de un avispero.

De repente, un montón de espíritus descendieron sobre mí a la vez y lo único que pude ver fueron fogonazos de colores, parpadeos de imágenes y un estruendo en mis oídos, como si un huracán hubiese decidido irrumpir en la sala.

—¡Basta! ¡Basta! ¡No puedo entenderos! —chillé.

Retrocedí hasta la pared y me di cuenta al reclinarme de que no tenía cuerpo, al menos no uno tangible. Después de un momento de desconcierto, reconocí la sala de torturas que había visitado anteriormente, pero en esta ocasión sólo había víctimas. Me levanté y di unos cuantos pasos hacia delante con cuidado. Me sentía muy sólida. Mis pies no desaparecían en la piedra, como me esperaba, y podía ver mi brazo. Por suerte, era el mío y no el de Tomas; por lo menos mi espíritu sabía cuál era mi cuerpo. Sentía el brazo y era sólido también. Me pude tomar el pulso. Respiraba. Y aun así, ningún prisionero parecía darse cuenta de mi presencia.

La mujer a la que había liberado en el casino estaba tendida enfrente de mí, de nuevo sobre el potro como yo la recordaba, pero aún no la habían quemado. No tenía tampoco buena pinta, pero al menos podía ver cómo movía ligeramente hacia arriba y hacia abajo su pecho, además de un leve mariposeo de sus pestañas, así que al menos sabía que estaba viva. Oí un ruido detrás de mí y miré por encima de mi hombro. Descubrí como a unas dos mil personas, todas paradas de pie, observándome. Es posible que la estancia no tuviera espacio para albergar a tanta gente, pero, de cualquier forma, allí estaban. Y, al contrario de lo que ocurrió con la brigada de

Portia, aquello no parecía sembrar el caos entre mis sentidos. Podía verles sin que mis ojos se entrecruzaran o intentaran salirse de sus órbitas; quizá es que me estaba acostumbrando.

—No sé qué hacer —murmuré, pero nadie me dio ninguna pista.

Me volví hacia la mujer y vi con sorpresa que ella sí me miraba fijamente a mí. Intentaba decirme algo, pero de sus labios demacrados no salía nada más que un ligero gruñido. Alguien me llevó un cazo con agua. Era viscoso y tenía un color verduzco, así que lo miré con desconfianza.

—Esto es asqueroso —protesté.

—Lo sé, pero no parece que haya nada mejor.

Da buena cuenta de mi estado el hecho de que tardase al menos cinco segundos en asociar la voz a la persona.

Miré lentamente hacia arriba y después retrocedí, lanzando el agua viscosa por los aires de la habitación de tal modo que la atravesó con un arco perfecto.

—¡Joder! ¡Tomas! —exclamé, tratando de que mi corazón volviese al sitio que le correspondía—. ¿Qué estás haciendo aquí?

Tomas estaba sujetando un cubo con más cantidad de aquel agua asquerosa en su interior. Parecía ser sólido, pero aquello no significaba nada. Yo también parecía tener ese aspecto y acababa de atravesar una pared.

—No lo sé —musitó de tal forma que yo tendí a creerle, porque parecía estar tan desconcertado como yo misma. Supongo que incluso para un vampiro aquello era extraño. El agua del cubo temblaba porque realmente no lo estaba sujetando de una manera firme, como tampoco era firme su voz al hablar—. Recuerdo que te apoderabas de mi cuerpo y que no era capaz de hablar ni de reaccionar. Después, no sé cómo, estábamos aquí —continuó, mirando a su alrededor con extrañeza—. ¿Dónde está este lugar?

—No estoy segura —respondí.

—¿Es aquí donde viniste antes?

Algo que parecía impaciencia asomó por su rostro.

—¿Esa es Françoise? —preguntó, viendo mi cara de sorpresa—. Raphael me contó la visión que te había disgustado tanto. ¿Es esta la mujer que viste?

—Supongo —respondí, sin retirar la mirada del cubo que él sujetaba, porque de pronto me dio por pensar que no tenía por qué tenerlo. Si de algún modo se había logrado colar en mi visión, ambos teníamos que regirnos por las mismas reglas. Ninguno de los dos estábamos allí y aquello era una grabación, una imagen de algo que había sucedido hacía mucho tiempo. No teníamos que ser capaces de hacer nada más que lo que unos meros espectadores pueden hacer en una película. Y, sin embargo, allí estaba él, sujetando un pesado cubo de madera como si no fuese gran cosa.

—¿Dónde te hiciste con eso?

—Estaba en la esquina —respondió perplejo.

Con la mano que tenía libre, señaló a un punto que, a juzgar por su estado, había usado como letrina. Desde luego, toda la habitación olía como una mezcla de una alcantarilla abierta y una carnicería. Una carnicería, eso sí, en la que la carne no estaba muy fresca y los restos tenían permiso para pudrirse por las esquinas. Pensé que era injusto que tuviera que oler todo aquello cuando ni siquiera tenía un cuerpo. Mis visiones antiguas nunca me habían llegado de manera completa, con aromas y sensaciones, y a grandes rasgos la verdad es que las prefería así.

—No puedo darle eso —rezongué, obviando lo metafísico, ya me ocuparía de eso más tarde.

Si Tomas podía sujetar un cubo, era obvio que podíamos interactuar con aquel lugar, al menos un poco. Y si aquello era cierto, quizá podríamos cambiar unas cuantas cosas que habían ido (o estaban a punto de hacerlo) por el mal camino. Mi prioridad era sacar a la mujer de allí, pero no iba a durar mucho si no le dábamos algo de beber y ella seguía lanzando miradas anhelantes al cubo asqueroso. Me preguntaba cuánta sed debes llegar a tener para que algo así te parezca apetecible.

Tomas lo olió y metió un dedo para probar él mismo el agua. Recordé lo agudos que eran sus sentidos cuando emitió un sonido de repugnancia y lo escupió inmediatamente.

—Tienes razón. Tiene más o menos una tercera parte de sal. Es simplemente otra forma de tortura —protestó, arrojando el cubo al suelo de tal forma que aquella sustancia nociva se mezcló con lo que ya había en el suelo—. Voy a ver si encuentro otra cosa.

—¡No! Tienes que quedarte aquí —le ordené.

—¿Por qué? ¿No soy un simple espíritu aquí? ¿Qué podría pasar? —replicó él.

Miré nerviosa a los miles de fantasmas que nos observaban en silencio y me pregunté qué le debía decir. En condiciones normales, los espíritus no me asustan. Hay algunos casos raros que, como Billy, pueden alimentarse de la energía de los humanos hasta un cierto límite, pero siempre había sido capaz de repelerlos cuando quería. Además, la mayoría entienden que necesitan más energía para atacar a un humano que la que obtienen en el proceso, así que normalmente ni se molestan a no ser que les irrites. Sin embargo, las cosas habían cambiado. No tenía la protección de un cuerpo y todas las defensas que vienen con él. Allí era un espíritu extraño y estaba en su terreno, así que si decidían que aquello les molestaba, podía estar metida en grandes problemas. Billy me había contado que los fantasmas pueden comerse unos a otros para obtener energía. Parece mucho más fácil que usar donantes humanos y a él le habían atacado más de una vez, tan gravemente en una ocasión que tuve que donarle algo de fuerza inmediatamente porque, si no, se habría marchitado demasiado como para poder regresar. Y allí estaba yo, delante de varios miles de fantasmas hambrientos que tenían todas las razones para pensar que era una intrusa en su territorio. Hasta el momento no habían hecho ningún movimiento, pero podía ser que no les estuviese gustando que danzásemos por su castillo. Tampoco me esforcé en

averiguarlo.

—No quieras saberlo —le respondí abruptamente.

No quiso discutir, pero sus cejas se juntaban mientras examinaba de arriba abajo a la mujer. Parecía estar realmente preocupado por ella y aquello distendía un tanto mi actitud hacia él. También me hacía preguntarme si él también estaría en peligro. Billy Joe estaba fuera de allí, en la era actual, cuidando de mi cuerpo, pero Tomas no tenía actualmente su espíritu alojado en ningún sitio, lo cual, en otras palabras, era lo mismo que decir que estaba muerto. Por supuesto, él moría todos los días cuando salía el sol, pero esto no era lo normal para él. Yo deseaba que, a nuestra vuelta, no nos encontrásemos con que nuestros cuerpos se habían convertido en cadáveres permanentes.

—Soltémosla —dije, para distraerme y distraerle a él de paso. Empezamos intentando liberarla de sus ataduras, pero era más difícil de lo que parecía. Aunque intenté no hacerle daño, no pude evitarlo del todo. Las cuerdas se habían incrustado en su carne y la sangre se había secado a su alrededor casi como si fuera pegamento. Por eso, cuando solté la cuerda de sus muñecas y tobillos, también saltaron trocitos de carne.

Eché un vistazo a la estancia, en el deseo de ver alguna otra fuente de agua, pero no había nada más que hombres encadenados contra la pared. Uno de ellos estaba colgado del pico de una piedra a unos tres metros del suelo. Tenía los brazos atados a su espalda, estirados en un ángulo terrible y de sus pies colgaban varios pesos. No se movía, tan solo se balanceaba como un muñeco sin fuerzas. Le miré más detenidamente y me di cuenta de que parecía que le habían hervido. Su piel tenía un horrible moteado rojo y la piel se le estaba levantando a tiras. El otro hombre demacrado mostraba signos de que los torturadores ya habían empleado algo de tiempo con él. La espalda había sido golpeada y las manos y los pies tenían partes que faltaban, además de que en ciertos lugares la carne había sido agujereada. Me di la vuelta antes de vomitar.

Sentí un codazo en mi brazo y al mirar hacia abajo vi un frasco flotando en el aire a mi lado. Lo cogí con cautela, mirando con suspicacia la reacción de la multitud que me observaba. De momento, nadie hacía ningún movimiento amenazante y el recipiente olía a *güisqui*. Habría preferido agua, pero el alcohol podría aliviar su dolor.

—Bébeteste esto —le susurré, arrodillándome a la altura de la cabeza de la mujer y dirigiendo el frasco hacia sus labios. Ella dio un pequeño traguito y después se desmayó.

La dejé con Tomas mientras yo intentaba liberar a los hombres, aunque rápidamente fue obvio que aquello no iba a ocurrir. A la mujer la habían atado con cuerdas, supongo que porque las cadenas no se ajustaban bien, pero con los hombres habían utilizado hierro. Miré a Tomas. No quería hablar con él, ni mucho menos pedirle ayuda, pero no había manera de que pudiera liberarles yo sola.

—¿Puedes romper esto? —le pregunté.

—Puedo intentarlo.

Tomas se acercó hasta donde estaba yo y los dos lo intentamos con todas nuestras fuerzas, pero nada. Si ya nos costaba levantarlas, a duras penas podíamos intentar siquiera romperlas. Parecíamos haber perdido un montón de fuerza por el camino. El mero hecho de soltar a la mujer, para mí había tenido los mismos efectos que empujar una rueda de molino durante tres horas.

En líneas generales, llegué a la conclusión de que las cosas no pintaban muy bien. No sabía dónde estaba, cómo iba a volver o cuándo podrían aparecer los torturadores. En una esquina, una rata me miraba moviendo sus bigotes, así que le tiré el cazo con una patada. Ah, sí, y además si volvía al sitio del que había venido, estaría en el medio de una pelea en la que no estaba completamente segura de salir victoriosa. Hasta para mí aquel era un día realmente malo.

—Es inútil, Cassie —resopló Tomas después de unos minutos—. Aquí soy tan débil como un humano y mi fuerza se diluye rápidamente. Debemos ayudar a la mujer mientras podamos. No podemos hacer nada por los demás.

Yo acepté a regañadientes. Parecía que era mi noche de rescates. Eché un vistazo al ejército de fantasmas que me seguían mirando pacientemente.

—*Uhm*, ¿alguien sabe cómo salir de aquí?

Los fantasmas me miraron primero a mí y luego se miraron entre ellos. Se escucharon unos pasos hasta que empujaron a alguien fuera de la multitud. Era un hombre joven, de unos dieciocho años, vestido con una indumentaria que parecía la versión pobre de la de Louis-César. Toda ella era de lana azul y en su mano tenía un sombrero marrón de cuyo borde sobresalía una alegre pluma amarilla. Varias pistas me inducían a pensar que había sido un dandi en vida, como por ejemplo su corbata almidonada, su peluca larga y rizada y los enormes y cómicos lazos amarillos de sus zapatos de cuero beis. Me pareció que tenía mucho colorido para ser un fantasma; por mi experiencia me imaginaba que debía llevar muerto un año, o incluso menos.

Hizo una reverencia y aunque no fue tan elegante como la de Louis-César, empleó la misma frase después.

—*À votre service, mademoiselle* —apostilló.

Genial, sencillamente genial. Miré a Tomas, que estaba arrodillado junto a la mujer, comprobando su pulso.

—Imagino que no hablas francés, ¿verdad? —pregunté.

Él meneó la cabeza.

—Unas pocas frases, pero nada que pudiera servir aquí —de repente se volvió más agrio—. Raras veces se me permite acceder a la sede del Senado.

—¿Desde cuándo se habla francés en Las Vegas? —continué interrogándole.

Me miró impacientemente.

—El Senado europeo tiene su sede en París, Cassie —explicó.

—No sabía que estuvieras con ellos.

—Hay muchas cosas importantes que no sabes.

No tenía tiempo de pensar a qué se refería. Miré al joven fantasma con cierto fastidio. Aunque estaba contenta por no estar de nuevo metida en el cuerpo de Louis-César, echaba de menos tener acceso a su conocimiento.

—No hablamos francés —le dije.

El joven parecía confuso y se oyeron nuevos pasos entre la multitud. Otro hombre, esta vez mayor y vestido de manera más discreta con unos sencillos pantalones color beis por la rodilla y un abrigo azul marino, se abrió paso hasta ponerse al frente de la multitud. No se había molestado en tapar su calva con una peluca y tenía pinta de ser de esas personas a las que no les gusta andarse con tonterías.

—Fui un comerciante de vinos en vida, *mademoiselle*. Con frecuencia tuve que visitar *Angleterre*; ¿podría serle de ayuda? —preguntó.

—Mira, no sé qué estoy haciendo aquí. O dónde está este sitio. O qué queréis. Algo de información me vendría bien.

El fantasma parecía extrañado.

—Con perdón, *mademoiselle*, pero nosotros también nos hemos perdido algo. Sois espíritus, pero no como nosotros. ¿Sois ángeles, enviados por fin como respuesta a nuestras plegarias? —inquirió.

Solté un resoplido. Me habían comparado con muchas cosas en mi vida, pero nunca con eso. Y lo que estaba claro es que Tomas no entraba en esa categoría, a no ser que contasen los ángeles caídos.

—*Uhm*, no. La verdad es que no —espeté.

El hombre más joven dijo algo y el mayor pareció reaccionar con estupefacción.

—¿Qué ha dicho?

El hombre parecía estar avergonzado.

—Teme por la vida de su amada, teme que muera como hizo él, como hicimos todos nosotros en este lugar de sufrimiento eterno. Ha dicho que no le importa si veníais de *le diable*, del mismo Satán, si traíais con vosotros alguna esperanza de vengarnos. Pero no quería decir eso exactamente.

Viendo la ira del rostro del joven, lo dudaba.

—No somos demonios. Somos... es complicado. Sólo quiero sacarla de aquí antes de que regrese el carcelero. ¿Puedes decirme dónde estoy?

—Está usted en Carcassonne, *mademoiselle*, la puerta misma del Infierno.

—Y eso, ¿dónde está? Quiero decir, ¿estamos en Francia?

El hombre me miró como si le hubiera preguntado en qué año estábamos, que ciertamente iba a ser mi siguiente pregunta. A la mierda. No tenía tiempo de explicarle aquello a un fantasma, no, no estaba loca. Al menos, eso creía.

—No importa. Dime sólo adónde la puedo llevar. Van a matarla, tiene que escapar.

—Nadie escapa —sentenció con aire defraudado—. ¿No estáis aquí para vengar

la muerte de Françoise?

Estaba empezando a sentirme molesta. En cualquier caso, la paciencia no es una de mis virtudes y ya había agotado casi toda la que tenía.

—Mejor si primero intentamos que no muera. ¿Me vais a ayudar o no?

El hombre más joven debió entender algo de lo que dije, porque empezó a hablar aceleradamente con su compañero. La mujer se acercó mientras ellos discutían sobre lo divino y lo humano, y yo le acaricié el brazo, porque no tenía nada de muñecas para abajo que yo pudiera tocarle sin hacerle daño. Me miró con los ojos bien abiertos, pero no dijo nada. Perfecto, ninguno de nosotros tenía el ánimo como para responder preguntas.

El hombre mayor se giró hacia mí, con gesto de desaprobación.

—Incluso en el caso de que te ayudemos, ella podría morir como les ocurrió a los demás. ¿Renunciarías a la venganza solo por darle unos días más de vida? —protestó.

Se acabó. Aquel día ya estaba siendo muy largo y desde luego no me iba a quedar allí para que me abroncara un fantasma pesadito. Ya tenía a Billy Joe para eso.

—No soy el puto ángel de la muerte, ¿vale? No estoy aquí para vengaros. Si queréis venganza, buscadla vosotros mismos. Eso es lo que hacen los fantasmas. Por lo que a mí respecta, podéis ayudarme o apartaros de mi puto camino —berreé.

El hombre mayor se irguió indignado.

—¡No podemos llevar a cabo la venganza por nosotros mismos; si no, ya lo habríamos hecho! En este castillo se han infligido torturas durante siglos y alguien debe haberle echado algún hechizo, porque no podemos interferir en todo esto. ¿De verdad cree que si hubiéramos tenido alguna opción de evitarlo nos hubiéramos quedado aquí de brazos cruzados mientras veíamos cómo ocurrían estas atrocidades? Si no eres un espíritu, tienes que ser una hechicera poderosa. ¡Ayúdanos! Ayúdanos y seremos tus esclavos —imploró inclinándose sobre una rodilla.

De repente, todos los fantasmas se arrodillaron. Aquello era totalmente injusto.

—Uhm, ¿cómo te llamas? —le interrogué.

—Pierre, *mademoiselle*.

—Vale, Pierre. No soy una bruja. Soy clarividente. Es probable que sepáis más de magia que yo. No puedo deshacer un hechizo, sea cual sea. Lo único que sé es que esta mujer va a morir muy pronto sino la sacamos de aquí.

No pareció quedar muy satisfecho con mi respuesta, pero el joven que estaba a su lado parecía haber tenido suficiente. Dio un paso al frente y empezó a tirarme de la mano, parloteando tan rápido que, seguramente, aunque supiera francés no le habría entendido.

Pierre me miraba contrariado, pero al final accedió a traducirme después de que el joven le insistiera un par de veces.

—Hay un pasadizo subterráneo, *mademoiselle*, que conecta la base de la torre con el río Aude. Lleva mucho tiempo siendo una escapatoria para la gente que se encontraba en problemas. Etienne puede mostrársela.

Miré a Tomas dubitativa.

—¿Puedes llevarla? —le interrogué. Tomas asintió con la cabeza y se dispuso a levantarla. Sus ojos se abrieron ligeramente y trastabilló antes de volver a incorporarse—. ¿Qué pasa? —dije.

—Pesa más de lo que creía —respondió frunciendo el ceño—. Tenemos que darnos prisa, Cassie, o me acabarán fallando las fuerzas.

A mí también me lo parecía, así que me puse en marcha y tiré del pomo de la puerta. Después de varios intentos, acabó abriéndose después de que dejase la mano durante un tiempo sobre él. Podía solidificarme lo suficiente como para manipular cosas, pero Tomas tenía razón, cada vez era más difícil. Cuando llegamos al pasillo, yo ya estaba jadeando, pero tampoco había nadie que pudiera oírlo. Supongo que todos los torturadores estaban en la hora del café. Sin embargo, sabía que, al contrario que en el Dante, tenía que haber gente por allí y llegarían pronto.

El fantasma más joven aparecía y desaparecía mientras nosotros empezábamos a bajar por un tramo de escaleras distinto al que usé la primera vez. No era más luminoso, pero la pluma amarilla del sombrero del fantasma tenía una antigua luminiscencia fantasmal que nos permitió seguirle como si fuera una vela. Esta vez no me golpeé ningún dedo del pie, aunque pronto deseé no haberme saltado mis sesiones de *footing* tan a menudo. Solo bajar las escaleras me parecía ya como si estuviese corriendo una maratón. Empezaba a añorar las correrías con Billy Joe cada vez que le pedía que me trajera algo.

Cuando llegamos al pie de la escalera, yo ya estaba derrengada. Empecé a inclinarme hacia la pared, pero tuve que parar al darme cuenta de que, si seguía, me caería a través de ella.

—¿Queda mucho? —pregunté.

El joven fantasma no respondió, limitándose a guiarme hacia delante desesperadamente. Miré a mi alrededor, pero el coro de fantasmas no nos acompañaba ya. Tampoco me molestaba. Parecían estar más interesados en hacer daño a alguien que en salvar ninguna vida y eso no hacía que creciese mi aprecio por ellos precisamente.

Nos adentramos en un pasadizo tan oscuro que la única luz que se podía ver era la que procedía de la pluma del sombrero de nuestro guía. Aquel lugar se volvía más húmedo a cada paso, hasta el punto de que en pocos minutos estábamos chapoteando sobre charcos que no veíamos. En mi interior, deseaba que aquello significase que nos estábamos acercando al río. El puto túnel parecía interminable y a la mujer no dejaban de pegársele telarañas con décadas de antigüedad en el pelo, pero yo no tenía tiempo de andar quitándoselas. Finalmente, fuimos a dar al otro lado, pero el paisaje no tenía más iluminación que el de una luna en cuarto creciente y la Vía Láctea que se cernía sobre nosotros. La noche sin la electricidad moderna es condenadamente oscura, pero teniendo en cuenta la iluminación del túnel, me pareció hasta brillante.

A Tomas le empezaron a flaquear las fuerzas poco después y tuve que ayudarle.

Colocamos a la mujer entre nosotros dos y la llevamos como pudimos por estrechos caminos de adoquines. No quería arriesgarme a hacerle daño, pero quedarse allí tampoco era una idea demasiado buena. Sabía qué planes tenía el carcelero psicópata. Incluso si ella moría en la huida, aquello sería infinitamente mejor que morir calcinada.

La ciudad que rodeaba el castillo tenía un aspecto espeluznante de noche, con las hileras de casas tan inclinadas a ambos lados de la carretera que los vecinos podrían estrecharse las manos sin problemas. Cada vez que oíamos ulular a un búho o ladrar a un perro pegábamos un salto, pero siempre continuábamos para adelante. Traté de no volver la vista hacia la monstruosa silueta del castillo, cuyo tejado cónico proyectaba siniestras sombras negras contra el cielo oscuro. Estábamos tardando una enormidad, tanto que lo único en lo que me podía concentrar ya era en poner un pie delante del otro sin caerme. Al final, cuando ya estaba a punto de tener que pedir una pausa o de desmayarme, vi una luz minúscula a lo lejos, tan débil que al principio pensé que había sido producto de mi imaginación. Poco a poco se fue haciendo más grande y se fundió con la luz de una vela que brillaba a través de la ventana de una casita. La pluma no llegó a materializarse, quizá porque estaba tan exhausta como yo. Con todo, conseguí reunir suficientes fuerzas para llamar a la puerta en lugar de atravesarla con el puño. Finalmente, la puerta se abrió y la luz nos envolvió por completo, brillando de manera casi insoportable después de todo el tiempo que llevábamos a oscuras. Tuve que cerrar los ojos ante el aluvión de luz y, al abrirlos, pude ver delante de mí la cara preocupada de Louis-César.

Estaba tendida en el suelo. Tardé un segundo en darme cuenta de que había regresado a mi época y a mi cuerpo. Habría pegado un grito de alivio si hubiera tenido fuerzas.

Billy Joe apareció sobre mí y parecía enfadado.

—¿Por qué no me dijiste que podías hacer eso? ¡Me quedé atrapado ahí dentro! ¡Podría haber muerto!

No intenté sentarme, porque el asfalto parecía estar ejerciendo algún tipo de atracción magnética hacia mi cuerpo.

—No me seas dramático. Tú ya estás muerto —refunfuñé.

—Eso no ha venido a cuento para nada —protestó él.

—Lloriquea todo lo que quieras —sentencié.

Billy Joe estaba a punto de continuar el rifirrafe, pero tuvo que apartarse porque Louis-César se acercó hacia mí y a Billy no le quedaban ganas de andar metiéndose en más cuerpos por el momento.

—*Mademoiselle* Palmer, ¿se encuentra bien? ¿Puede oírme? —musitó.

—No me toques —le ordene.

Decidí que al final sí que quería sentarme, sobre todo porque la falda se me había subido tanto que se me veía mi ropa interior de encaje rosa, pero también porque no quería tenerle tan cerca. Cada vez que nos tocábamos, acababa dándome un paseo por el tiempo. Mis sentidos habían intentado avisarme antes, pero me había resultado imposible diferenciar las alertas del miedo que me producía tenerle cerca y el pavor que me provocaba en general el hecho de haber sido capturada por el Senado. En cualquier caso, el cupo de excursiones fuera de mi cuerpo ya estaba lleno para mucho tiempo.

—¿Dónde está Tomas? —murmuré.

Todavía estaba enfadada con él, pero tampoco me agradaba pensar que podía haberle matado accidentalmente.

—Aquí —respondió Louis-César apartándose unos centímetros para que pudiera ver a Tomas detrás de él.

Tomas miraba al francés con una expresión rara, como si estuviera aturdido, casi como si no fuera capaz de reconocer a Louis-César.

—¿Estás bien? —le pregunté preocupada.

Esperaba que hubiera alguien en casa, porque no tenía ni idea de cómo ir a buscar espíritus vagabundos. Tomas asintió con la cabeza después de un gran rato, pero de sus labios no salió ni una palabra. Aquello no era una buena señal.

—¿Cuántos dedos tengo aquí? —insistí.

—¡Vamos, por amor de Dios! —Billy Joe se interpuso entre nosotros, con cuidado de no tocar a nadie, y me miró—. Está bien. Volvió hace unos minutos, cuando tú decidiste regresar aquí —continuó, frunciendo el ceño—. Y dime, ¿qué

sentido tiene irse de vacaciones cuando aquí estamos en crisis?

Pasé de él directamente.

—Ayúdame a incorporarme.

Tomas creyó que le hablaba a él y se acercó hacia mí, así que Billy salió escopetado para evitar más problemas. Me senté y miré alrededor. Había unos once hombres rata muertos, incluido Jimmy. Sus ojos vidriosos de rata me miraban acusadoramente a través del humo que se iba disipando y yo empecé a blasfemar.

—¡Mierda! ¡Yo quería hablar con él! —bramé.

Mis ojos se dirigieron a Pritkin, que elevaba sus brazos teatralmente, como si estuviera empujando algo, solo que allí no había más que aire.

—¡Tú le mataste antes de que pudiera preguntarle nada sobre mi padre! —le reproché.

Pritkin no me estaba prestando ninguna atención. Sus ojos estaban clavados en algún sitio fuera de nuestro círculo y no tenía buen aspecto. Tenía la cara roja, los ojos vidriosos y el cuello tenso y palpitante a ambos lados.

—No podré resistir mucho más —musitó.

Aquello no tenía mucho sentido hasta que me di cuenta que había una ligera capa azul en el aire que nos envolvía y caí en que estábamos debajo de un escudo mágico de Pritkin. Había creado una burbuja defensiva a nuestro alrededor expandiendo su propia protección; con la diferencia de que esta era más fina y débil, no como sus escudos de toda la vida. Quizá la había estirado demasiado, a fin de cuentas los escudos personales estaban diseñados para una única persona. Tenía razón, no iba a durar mucho así.

—Tenemos que sacar a Cassie de aquí —dijo Tomas, y me di cuenta de que su cara también estaba tensa. No tanto de estar sujetando unos cientos de kilos como Pritkin, sino más bien de miedo. Con todo, Tomas no miraba al mago, ni a nada que estuviese más allá de él. Solo me miraba a mí.

Louis-César era el único que parecía estar normal, sin que se pudieran apreciar signos de cansancio en su hermosa cara.

—*Mademoiselle*, si ya se ha recuperado lo suficiente, ¿podría sugerirle que regresara a MAGIA? Tomas la llevará —apuntó el francés.

Pritkin farfulló algo y en el aire se dibujó por un instante un símbolo brillante, tan cerca de nosotros que podría haberlo tocado con los dedos, antes de que se disolviera en los escudos. Sabía lo que estaba haciendo porque había visto a uno de los magos que trabajaba en casa de Tony instalar una protección perimetral en su cripta empleando palabras de poder. Me intrigaba el hecho de que hubiera podido lanzar un hechizo protector sobre algo tan intangible como una palabra hablada, pero más tarde me explicó que la estaba usando como una manera de focalizar su propia energía.

La magia procede de múltiples fuentes. Se dice que los duendes y, en mucha menor medida, los licántropos la obtenían directamente de la naturaleza, a partir de la energía masiva que desprende el planeta al moverse a una velocidad de vértigo por el

espacio. La gravedad, la luz solar, el influjo de la luna, todo puede convertirse en energía si sabes cómo. Incluso he oído a gente especular con el hecho de que la Tierra genera un campo mágico del mismo modo que se sabe que genera un campo gravitatorio; y que, algún día, alguien sabrá cómo explotarlo. Aun así, esto pasa por ser el Santo Grial de las teorías modernas de la magia y de momento, nadie ha conseguido demostrarlo, aunque se han gastado horas y horas en el intento. Hasta que se resuelva el misterio, los humanos usuarios de magia pueden obtener sólo una pequeña cantidad de la naturaleza: la mayor parte de sus poderes tiene que proceder de ellos mismos. La regla no sirve para los usuarios de magia oscura, que pueden obtener una cantidad enorme de magia robándosela a otros o cogiéndola del inframundo, pero lo cierto es que pagan un alto peaje por ello.

Algunos magos son de forma inherente más fuertes que otros, pero la mayoría usa alguna treta que otra para potenciar sus destrezas. Muchos tienen talismanes para reunir energía natural como si fueran pilas durante largos periodos para después soltarla cuando el mago lo desea. Es algo parecido a lo que ocurre con el collar de Billy. Otros establecen vínculos con otros usuarios de magia que les permiten obtener fuerza en tiempos de necesidad, como ocurre con el Círculo Plateado. Otros se alían con criaturas mágicas que pueden absorber la energía natural mejor que ellos. Yo no sabía qué estaría utilizando Pritkin al margen de su propia fuerza, pero no parecía que estuviera funcionando muy bien. Sus escudos brillaron un poco más al tocarles el símbolo, pero volvieron a debilitarse casi de inmediato. Algo estaba minando su resistencia y a un ritmo muy alto, además.

Miré a mi alrededor, pero no encontré la fuente de la amenaza. El aparcamiento parecía tranquilo, casi hasta un remanso de paz de no ser por el espeso rastro de fuego que salía de dos coches cercanos, cada vez más visibles entre el humo azul que se dispersaba. Centré mi mirada en Louis-César, pero tenía mis dudas de que pudiera decirme gran cosa. Por fortuna, no me hacía falta.

—Billy, ¿qué está pasando?

—¿Con quién hablas? —saltó Louis-César con un aire que parecía menos tranquilo que la primera vez.

—Tal vez esté conmocionada —repuso Tomas—. Ten cuidado con ella.

Yo ignoré las palabras de Louis-César porque Billy estaba flotando cerca de Pritkin y empezó a hacerle gestos a él, luego a todos los demás y finalmente, a todos lados.

—¡Billy! ¿Qué demonios estás haciendo? Vamos, no te puede oír todo el mundo, ¡escúpelo!

—Tu amigo no puede ayudarte, sibila —murmuró una voz procedente de la oscuridad.

Enseguida me di cuenta de que a los cinco vampiros que se amontonaban en los bordes del aparcamiento se les había unido un amigo. Resultaba difícil de ver con aquella luz previa al amanecer, pero las sensaciones que emitía no eran precisamente

buenas. Me alegraba no poder ver su cara.

—He lanzado una protección contra él. Nadie puede ayudarte, pero tampoco te va a hacer falta. No estás en peligro, sibila. Ven conmigo y te garantizo que nadie te hará daño. Nosotros apreciamos tus dones y queremos ayudarte a que los desarrolles, no obligarte a que te escondas y a que temas por tu vida. Ven a mí y dejaré que tus amigos, si es que son tus amigos, se marchen en paz.

—Me llamo Cassie. Te has equivocado de chica —solté sin más.

No me interesaba conversar en ese momento, pero Billy Joe intentaba decirme algo y yo tenía que darle tiempo a que acabase de jugar a las películas.

—Solía emplear el tratamiento adecuado, señorita Palmer, aunque tu nombre también resulta interesante. ¿Alguna vez alguien te ha contado cuál es su significado? —se rió—. No me digas que te han permitido crecer en la más absoluta ignorancia. Qué falta de previsión. Nosotros no cometeremos el mismo error.

—Cassandra era una vidente en la mitología griega. Amante de Apolo —repliqué yo.

Eugenie se había asegurado de que diésemos los mitos de griegos y romanos como parte de mi educación escolar. Por lo que se ve, era una parte importante de la educación de una señorita allá en sus tiempos y yo no me había quejado mucho porque, en cierto modo, me resultaban divertidos. Me había olvidado ya de casi todo, pero recordaba de dónde procedía mi nombre. Siempre había creído que Cassandra era un buen nombre para una clarividente, hasta ahora.

—No exactamente, querida —me corrigió.

La voz era firme y sonora, y hubiera resultado atractiva si no hubiese estado acompañada por ese ligero matiz que me recordaba a la fruta podrida: rasgada y terrosa.

—Apolo, el dios de todos los videntes, amaba a la hermosa humana Cassandra, pero ella no le correspondía. Ella fingió que le amaba hasta que obtuvo de él el don de la presciencia. Entonces, se escapó. Al final, Apolo la encontró, por supuesto. Como ocurre contigo, no puedes esconderte eternamente. Su venganza fue dejar que Cassandra mantuviese su don, pero a partir de ese momento sólo podría ver hechos trágicos y nadie creería sus profecías hasta que fuese demasiado tarde.

Un escalofrío me recorrió de arriba abajo, no pude evitarlo. Sus palabras calaron hasta mis huesos. De algún modo, se dio cuenta de que había conseguido lo que pretendía y se rió de nuevo.

—No te preocupes, adorable Cassandra. Te enseñaré que también puede haber belleza en las tinieblas.

—¿Qué está pasando? —siseé en dirección a Billy, más por evadirme de aquella voz horrible y seductora que porque esperase una respuesta.

El mago oscuro respondió, aunque no debería haber sido capaz de escuchar un susurro desde tan lejos.

—Las protecciones del caballero están empezando a fallar, sibila. Pronto

hablaremos cara a cara.

Llegué a la conclusión de que no era una charla que fuera a disfrutar precisamente. Volví a mirar a Billy Joe.

—¿Recuerdas los tres días que pasaron después de que me fuera de Filadelfia la última vez? —le pregunté.

Me miró con la expresión en blanco durante un momento y después sacudió violentamente la cabeza y empezó a hacer muchos gestos con la cabeza. Vale, se acordaba.

Sólo me sabía una palabra de poder. No era un arma, más bien estaba pensada para obtener energía en casos de emergencia a partir de las reservas del cuerpo. Y con reservas me refiero a todas las reservas. Era peligroso utilizarla, porque si la fuerza que proporcionaba se agotaba antes de que se marchase la amenaza, uno se quedaba tan indefenso como un gatito delante de los malos. Aun así, mientras duraba, daba un subidón de energía. Ya la había usado para permanecer despierta durante más de tres días después de escaparme de casa de Tony por segunda vez. Primero la busqué y luego la ejercité con uno de los magos de la corte, porque sabía por propia experiencia que los hechizos de rastreo de las protecciones de Tony tardarían setenta y dos horas en desaparecer. La primera vez que me escapé tuve suerte, porque me quedé dormida en un autobús y mis perseguidores no habían sido capaces de distinguir en cuál de la media docena de autobuses que habían salido de la estación abarrotada estaba yo montada. Cuando se dieron cuenta, yo ya me había despertado y, presa del pánico, había cambiado de autobús. Conseguí despistarles durante los tres días necesarios, pero estuve cerca de pifiarla muchas veces y no quise arriesgarme más veces. Los muchachos de Tony ya habían cogido mucha práctica en seguirme el rastro la primera vez que desaparecí así que, en la siguiente, no iba a contar con el factor sorpresa a mí favor.

Mi plan funcionó la segunda vez, pero el precio que tuve que pagar fue muy alto: cuando el hechizo finalmente se deshizo, dormí durante una semana y perdí casi cinco kilos. Quizá podía haber perdido mucho más, hasta la vida misma, pero Billy Joe y yo pensamos entonces que igual el intercambio de energía funcionaría en ambos sentidos. Así, él podría no solo coger energía de mí, sino también darla, y en ese momento estaba lleno.

Billy se deslizó para abajo, acelerando el ritmo al que movía el brazo y frunciendo el ceño. Intentaba decirme algo que no quería decir a gritos, así que solo quedaba una alternativa. Suspiré.

—Vamos, entra. —Una oleada cálida me recorrió y Billy se coló dentro, proporcionándome mientras se acababa de asentar un nuevo visionado del momento en el que cavaba la tumba de su madre en Irlanda.

—¿Has perdido la cabeza? —vociferó.

—Limítate a decirme si funcionaría. ¿Podemos reforzar los escudos? —espeté.

—¿Qué quieres decir con «podemos»?

Suspiré.

—¡No me jodas, sabes que tienes de sobra! ¿Podemos hacerlo?

—¡Y yo qué coño sé! —Billy era más ácido que nunca—. ¡Yo no voy por ahí recitando palabras de poder! Si a esta cosa le da por romperse, podríamos acabar mal, muy mal.

—La última vez funcionó —repuse.

—¡La última vez casi te mueres!

—¿Y qué, Billy? No sabía que te preocupara. Vamos, responde.

—No lo sé —insistió—. En teoría, debería ser capaz de redirigir el poder hacia fuera en lugar de hacia dentro, pero...

—Estupendo —le interrumpí, volviéndome hacia los escudos brillantes e ignorando el hecho de que Louis-César y Tomas estaban teniendo lo que parecía una discusión. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que lo hice y si fracasaba, quizá no hubiera una próxima vez. Pritkin estaba ya casi morado y lo único que se podía ver en sus ojos era el color blanco.

—¡Espera! ¡Tengo que pensar un minuto! ¡Para el carro...!

Billy seguía hablando, pero yo desconecté. No teníamos tiempo para seguir discutiendo. No podía extender mi protección como lo había hecho Pritkin; si sus escudos desaparecían a la vez antes de que pudiera fortalecerlos, estábamos perdidos. Me concentré y pronuncié la única palabra de poder que conocía.

La energía fluyó a través de mí hasta el punto de que creí que iba a levitar sobre el asfalto. Un segundo más tarde, Billy forjó una runa dorada en el aire que se quedó suspendida delante de mi rostro durante un rato, brillante, luminosa y perfecta. Sin embargo, no tenía mucho tiempo para quedarme allí contemplándola; un instante después estaba sentada de culo en el suelo, porque la energía salió de mí con la misma rapidez con la que entró. De repente, recordé vivazmente la razón por la que no hacía aquello muy a menudo.

Di un par de vueltas sobre mí misma y solté un gemido de sufrimiento, intentando contener mis ganas de vomitar. Tenía esa sensación última de que no iba a poder conseguirlo. Entonces Billy empezó a traspasarme parte de la energía que había robado. No esperaba sentir nada porque otras veces, cuando me había ayudado, no me había enterado hasta que todo pasaba, pero esta vez sí que lo noté. Una energía centelleante, cálida y maravillosa me recorrió de arriba abajo y yo me incorporé abruptamente. ¡Joder! Me podría hacer adicta a algo así. En mi cabeza resonó la carcajada de Billy y yo sonreí abiertamente. Ya no tenía dudas de por qué a Billy le había dado antes por salir zumbando como un cometa.

—¿Qué has hecho? —preguntó Pritkin incorporándose y mirándome desconcertado—¿Tú has reforzado mis escudos?

Su mirada denotaba incredulidad, pero yo estaba demasiado ocupada admirando el trabajo que habíamos hecho Billy y yo. Muros bastante azulados, tan opacos que probablemente podrían haber sido vistos por la gente normal, y tan gruesos que

podría haber hecho circular un coche por el interior de su anillo, iluminado por las luces halógenas.

—Hemos hecho un buen trabajo —felicité a mi ayudante—. Y ya no tengo ni ganas de vomitar.

—¿Qué has hecho? —insistió Pritkin agarrándome de los brazos.

Mi protección chisporroteó ligeramente, así que Pritkin acabó soltándome mientras me lanzaba una mirada de ira y se frotaba las manos.

—No puede ser que tengas tanto poder, no hay ningún humano que lo tenga —siguió protestando.

—Quizá lo tomé prestado —repliqué.

Sus ojos se estrecharon.

—¿De quién, o de qué? —volvió a preguntar.

No me sentía con ganas de explicárselo.

—¿Podría alguien explicarme qué pasa aquí?

Antes de que nadie pudiera responderme, los escudos empezaron a chisporrotear. Lo que parecía ser un nubarrón negro había empezado a roerlos, tragándose aquella fuerza hermosa a pedacitos, como si fuera una plaga de langostas aterrizando en una pradera. Vale, igual todavía no habíamos salido de aquel berenjenal.

Llegué a la conclusión de que tenía que sacar unas cuantas respuestas de la única persona de la que me fiaba allí: Billy.

—Escupe —le ordené.

—¡No me puedo creer que lo hicieras! ¿Tienes idea de lo que podría haber pasado si no hubiese sido capaz de canalizar toda esa fuerza a la vez? Podría haber rebotado en el interior del escudo y dejarnos aquí fritos a todos.

—Ya me gritarás luego —le interrumpí—. Ahora sólo dime qué está pasando, rápido.

—Están peleando magos de los dos círculos y nosotros estamos atrapados entre medias. ¿Suficientemente rápido?

—Vale, ahora la versión que tenga sentido.

De pronto escuché un sonido extraño, como de dientes que rechinaban. No sabía que pudiera hacer eso.

—Me colé dentro del mago oscuro después de que regresaras a tu cuerpo, pero me atrapó y lanzó una protección contra mí. La verdad es que no me veo con fuerzas para repetir lo que hice. El caso es que antes de que me echara a patadas de allí, pude ver que el Círculo Negro está aliado con Rasputín y con otro montón de grupos que no están contentos con el statu quo. Parece que piensan que tiene una oportunidad real de hacerse con todo y no les importa mucho lo que se lleven por delante en el proceso. Y, esto es más divertido todavía, parece que Tony también está de coleguita con ellos. Ha estado vendiendo usuarios de magia a los elfos de la luz y sabe que si alguien se entera de eso en MAGIA, podrá considerarse afortunado si lo único que le hacen es clavarle una estaca.

—¿Cómo? Lo que dices no tiene sentido —repliqué.

Lo único que había sacado en limpio de todo lo que había dicho Billy Joe era que, definitivamente, el Reino de la Fantasía no era un mito. Aparte de eso, estaba claro que no había entendido lo suficiente como para seguir el discurso enmarañado de Billy.

—Es una larga historia. Lo único que tienes que saber es que Tony quiere protección. Los elfos oscuros le han expuesto el problema y no están contentos. No pueden permitir que la estirpe de los duendes de la luz se mezcle con la suya, pero si los usuarios de magia fértiles tienen que echar una mano con la escasez de población, eso es precisamente lo que va a acabar pasando dentro de muy poco —apostilló Billy—. Y entonces, la luz gobernará todo el Reino de la Fantasía.

—Pero eso es bueno, ¿no? —repuse yo.

No sabía cuántas historias que oí en mi infancia estaban basadas en ese hecho, pero si el lado oscuro de lo fantástico estaba compuesto por troles, *banshees*, tragos y cosas por el estilo, ¿no sería mejor que la luz acabase saliendo victoriosa?

Billy soltó un suspiro.

—Tú y yo tenemos que hablar largo y tendido alguna vez. No, no sería bueno. No es que me fíe de nadie de los duendes, pero al menos los oscuros tienen reglas. La luz se ha vuelto cada vez más anárquica últimamente, en los últimos siglos quiero decir, y no quiero ni pensar lo que harán si no hay nadie que haga de contrapeso a su poder. Por eso aquel duendecillo demente estaba aquí. Normalmente, le importaría una mierda que hubiera humanos esclavizados, pero si con eso era la luz la que iba a verse favorecida, tenía que detenerlo. En cualquier caso, lo que nos importa es que Rasputín ha prometido proteger a Tony a cambio de que él te mate a ti. No fue un trato muy difícil, la verdad.

—No me cabe duda.

O sea que tenía otro enemigo. Tendría que empezar a hacer una lista.

—¿Por qué quiere matarme Rasputín? —incidí.

—Él te ve como una amenaza, pero no sé por qué. El mago quizá lo sepa, pero yo no pude sacárselo. Lo que sí descubrí es que Rasputín llamó a los muchachos de Tony hace una media hora y dijo que estabas de camino aquí. Probablemente por eso Jimmy seguía vivo. Estaban demasiado ocupados desplegando a todos sus matones alrededor del casino para atraptarte, así que ni se molestaron en acabar de rematarle. Lo único que no se esperaban era que salieras por la puerta principal. Estaban vigilando las puertas laterales y traseras, así que les has dejado un poco por los suelos.

Vale, por lo menos aquello explicaba por qué no me había encontrado con nadie durante mi travesía por los pasillos desiertos.

De pronto, me dio por pensar algo.

—Ni siquiera yo sabía que iba a venir aquí hasta que me marché del casino. ¿Cómo pudo saberlo Rasputín? —pregunté.

—Buena pregunta —refrendó Billy.

Decidí dejar zanjada aquella cuestión, al menos por el momento.

—Pero ¿por qué desafiaría Tony a Mircea y al círculo con algo tan arriesgado como esclavizar gente? —insistí.

El tráfico de usuarios de magia no era algo desconocido, pero la mayor parte de la gente había llegado a la conclusión de que los enormes beneficios que se obtenían de vender poderosos telépatas o hacedores de protecciones no compensaban los castigos que imponía el círculo en caso de que el infractor fuera descubierto. Yo misma escuché a Tony decir que era una estupidez hacer algo así. Por eso mismo, ¿qué le había hecho cambiar de opinión?

—Mircea le va a matar —resumí.

—No si Rasputín liquida antes a Mircea y al resto del Senado. De ser así, Tony conseguiría un asiento en el Senado, fuera del control de su maestro, y sin más deudas que saldar. Poder y dinero, los sospechosos habituales.

—Tony no es lo suficientemente fuerte como para establecerse por su cuenta, incluso aunque no tuviese a Mircea. Como mucho, es de tercer nivel, lo sabes —repliqué.

—Tal vez piense que Ras le va a ayudar. O quizá se ha estado conteniendo. Es lo suficientemente mayor como para avanzar hasta el segundo nivel, si es que lo va a hacer alguna vez. Puede que no se lo haya dicho a nadie, porque eso habría hecho que Mircea no le quitase el ojo *d'encima*. Puede que haya estado esperando a que llegase una oportunidad de romper con él, pero que no se atreviese a hacer ningún movimiento hasta tener un aliado de garantías.

—Que ahora si tiene —apostillé.

—Eso parece. Entonces, compañera, ¿qué quiérs q'hagamos?

—¿A qué nos enfrentamos exactamente?

Billy Joe suspiró teatralmente. Era el sonido que solía hacer cuando sabía que no me iba a gustar lo que me iba a decir.

—Dos magos oscuros, cinco vampiros aquí y quince más desperdigados por toda la zona, y al menos seis son maestros. Ah, y ocho normales armados hasta los dientes.

—¿Cómo?

—Bueno, ¿q'esperabas? Las Vegas es uno de los centros de operaciones de Tony. Y vendrán más, vi a otra docena de normales y ocho o nueve vampiros en el sótano. En cuanto se enteren de que estás aquí, vendrán enseguida. Este sitio está a punto de abarrotarse de gente.

Me quedé allí sentada, sin saber muy bien qué hacer.

—Pues estamos bien jodidos —musité.

—Sobre eso no hay duda. El plan ahora es dejar que Tomas te agarre y te saque de aquí volando, mientras Louis-César y el mago se quedan intentando sujetar a todos estos el tiempo suficiente para que te escapes.

—¡Eso sería un suicidio!

—*Seh*, y lo peor es que probablemente ni siquiera funcionaría. Estamos rodeados, querida. No hay forma de que Tomas se abra paso en medio de todos ellos.

—Mierda —blasfemé de nuevo mientras seguía pensando—. ¿Y qué hay de los refuerzos?

Mis pensamientos se vieron interrumpidos por Louis-César, que me gritaba al oído.

—*Mademoiselle*, ¿puede oírme? —vociferó.

Yo me aparté bruscamente antes de que llegara a tocarme.

—¿Qué quieres? Estoy algo ocupada —respondí.

Me miró extrañado, pero moderó su tono de voz.

—Tiene que irse ahora, *mademoiselle*. Lo siento, pero no podemos proporcionarle más tiempo para que siga recuperándose.

—Yo no me voy a ningún lado. Tomas nunca podrá atravesar un cinturón así y lo sabes. ¿Dos caballeros negros, seis maestros y al menos catorce vampiros más? Venga ya —rezongué.

En ese momento descubrí la cara que ponía Louis-César cuando alguien le dejaba fuera de juego.

—¿Cómo es posible que sepas a qué nos enfrentamos? —me interrogó.

—Su siervo fantasma se lo dijo —explicó Pritkin, justo en el momento en el que me di cuenta de que ya estaba otra vez de rodillas, concentrándose en los escudos que se estaban evaporando a gran velocidad.

—¿Puedes ver a Billy? —le pregunté yo sorprendida, porque muy poca gente puede hacerlo.

—No —murmuró Pritkin entre dientes. Su mandíbula estaba tan tensa que le sobresalía ese pequeño músculo del lateral de la cara—. Lo que sí me han contado son las cosas que puedes hacer. Al menos, algunas.

Ríos de sudor caían por su rostro, empapando su camisa mientras seguía mirándome con gesto de desesperación.

—Si tienes más trucos, te sugiero que los uses. Sólo puedo ralentizar el proceso, pero no pararlo —farfulló.

Suspiré. ¿Por qué tenía la sensación de que me iba a arrepentir de esto?

—Dame un minuto —musité.

Volví dentro para preguntarle a Billy Joe si se le ocurría alguna idea brillante. Se le ocurría, pero no le gustaba.

—No puedo poseer al mago porque *l'han* protegido contra mí. Pero tú eres mucho más fuerte como espíritu que yo, porque estás viva. Si pudiéramos repetir lo que pasó antes...

—¡No! —le interrumpí—. ¡Ni de coña voy a poseer a nadie más! ¿Y si no puedo volver? ¿Y si me quedo atrapada? Piensa otra cosa.

No me había gustado ser Louis-César y definitivamente no quería descubrir cómo era estar en el interior de un mago oscuro.

—No creo que te quedes atrapada. Es un mago. Una vez que estés dentro, no vas a tener mucho tiempo antes de que te saque de allí. Pero tampoco necesitarás mucho. Si puedes distraerle un par de minutos, apuesto a que nuestros tres héroes podrán encargarse de los vampiros.

—¿Tres contra veinte? ¿No crees que estás siendo un poco optimista? —refunfuñé.

—Lo que pasa es que no quieres hacerlo, ya está —me recriminó.

—Ahí le has dado —apunté yo.

—¿Tienes alguna idea mejor? —insistió.

Tragué saliva. Tenía que haber una alternativa. El Senado había mandado a tres poderosos operarios exclusivamente para sacarme del Dante, así que debían de tener mucho interés por mí. Si no regresábamos y nadie daba cuenta de lo que pasaba, seguro que mandarían refuerzos, pero no había forma de saber cuánto iban a tardar en llegar.

—¿Cuánto queda para el amanecer? —pregunté—. Quizá podamos contener a los chicos de Tony hasta que tengan que ir a resguardarse. Louis-César debería ser capaz de aguantar un poco de sol y estaba segura de que Tomas podía.

Billy Joe se rió, pero no parecía que fuese porque estuviese contento.

—Claro, ¿y tú crees que nuestro mago va a aguantar tanto?

Miré a Pritkin y me di cuenta de que no podía rebatir tal argumento. Los ojos se le salían de las órbitas y era como si hubiesen reventado vasijas de sangre, porque de su rostro parecían brotar lágrimas rojas. Sin embargo, yo no me encontraba en posición de ayudarlo. Había visto un montón de magia durante muchos años, pero ya había ejecutado lo único que sabía hacer y Billy Joe no iba a ser capaz de reponer tal cantidad de energía por segunda vez. Pero si no hacía algo pronto, mi excursión para vengarme de Jimmy podría acabar costando tres vidas.

—Vale —admití, tragando saliva de nuevo—. Hazlo.

No podía ver a Billy Joe cuando se metía dentro de mí y se me daba mejor percibir sus sentimientos que descifrar la expresión de su rostro; en aquel momento, se mostraba escéptico.

—¿Estás segura? —insistió—. Lo digo porque no quiero tener que oír hablar de esto constantemente durante toda la eternidad si al final acabas como un espíritu permanente. Te conozco. Irías a por mí.

—¡Creí que habías dicho que eso no iba a pasar! —repliqué.

—Dije que lo más probable es que no pase. Yo soy nuevo en esto.

—Como me dijiste tú a mí, ¿tienes algún otro plan? Porque si no...

Sólo pude llegar hasta ese punto de la frase, porque entonces Billy Joe se metió dentro de mí con la misma fuerza que un defensa haciendo una entrada dura a un delantero. Siguió oprimiéndome hasta que tuve ganas de interrumpir aquello, hacer algo, decir algo, cualquier cosa que detuviese aquella horrible presión, pero no podía moverme. Era como estar atrapada entre una apisonadora y la ladera de una montaña:

no había escapatoria. Un segundo más tarde llegué a la conclusión de que iba a morir si aquella presión no cesaba. De repente, sentí como si pudiera volar libre. Fue un alivio enorme, pero esa agradable sensación de estar flotando duró solo un segundo, puesto que enseguida me di de bruces contra algo que parecía como un muro de ladrillos. Me dolió tanto que habría pensado que no me había quedado un hueso sano en el cuerpo de no ser porque de repente me di cuenta de que no tenía cuerpo.

Oí el eco de una carcajada a mi alrededor.

—Oh, no, pequeño fantasma. Ya te lo advertí. Esta vez no me engañarás tan fácilmente. Vuelve con tu ama antes de que te mande a un lugar que no te gustará demasiado.

Me di cuenta de qué era el muro: representaba las protecciones del mago y eran mucho más imponentes de lo que yo esperaba. Pero no supe cómo seguir su consejo. No sabía cómo salir de allí sin la ayuda de Billy Joe, así que tuve que ir hacia delante. Atravesar esas protecciones era, literalmente, un asunto de vida o muerte.

Uno se puede proteger con escudos hechos de lo que se quiera, siempre y cuando ese material tenga un sentido para su protegido: rocas, metal, agua, hasta el aire puede valer. No es más que una cuestión de visualizar y manipular el poder de su propietario. Eugenie tenía un escudo de niebla, cosa que a mí me parecía rara, pero a ella parecía funcionarle. Las protecciones del mago eran fuertes, pero de un tipo bastante normal: como yo, él había imaginado una muralla, pero, en lugar de ser de fuego como la mía, la suya había sido siempre de madera. Cuando me concentraba, era capaz de ver una fortaleza de árboles enormes, como los bosques de secuoyas de California, tan altos que su cima era imposible de divisar. Me di cuenta de que fuese al punto que fuese de su línea de protección, seguiría viendo el mismo muro impenetrable.

Volví a mirar el punto en el que había «aterrizado» y me di cuenta de que en los troncos de los árboles se había quedado marcada a fuego una huella con la forma de mi cuerpo, y del impacto habían saltado astillas por todo el lugar. Aquello me daba una muestra de lo que yo habría representado para él al llegar allí. No había oído hablar de nadie que hubiera hecho esto antes, pero tampoco importaba mucho, una cosa más para añadir a mi lista de esa noche. Me concentré no en sus protecciones, sino en las mías.

Normalmente no siento mis protecciones. La técnica está tan arraigada que es como caminar de pie: te resulta difícil cuando tienes nueve meses, pero cuando llegas a adulto, no tienes que pararte a pensar para poder cruzar una habitación. Sin embargo, en ese momento me tomé unos cuantos segundos para concentrarme y esa familiar cortina de llamas se alzó a mi alrededor, proporcionándome una calidez reconfortante más que un calor asfixiante. Seguí concentrándome y, lentamente, una llamarada con la forma de la mano de un niño salió de mi protección para tocar el tronco más cercano. Prendió enseguida como si fuera yesca seca ungida por la luz del sol e inmediatamente toda esa parte del muro estaba en llamas. Pude escuchar

vagamente como el mago me maldecía, lanzándome amenazas y jurando que me enviaría a lo más profundo del Infierno para toda la eternidad. Le ignoré. Mantener el incendio y evitar que salieran nuevos árboles sobre los rescoldos de los viejos copaba todas mis fuerzas. No me quedaban más para soltarle alguna contestación inteligente.

Al final, después de lo que a mí me pareció una semana, se abrió un minúsculo agujero en medio del bosque. No esperé a que se hiciera más grande, me metí enseguida a través de él. Era estrecho y me daba la sensación de que las astillas me dejaban arañazos sangrientos por mi cuerpo a mi paso, aunque sabía que aquello era imposible. De repente, el humo y el fuego del bosque en llamas desaparecieron y pude ver con claridad. El oscuro aparcamiento se abrió ante mí y noté cómo una brisa me soplaba por el rostro. Pritkin, Tomas y Louis-César estaban en el aparcamiento, y mi cuerpo me miraba con los ojos como platos.

—¡Estoy bien! ¡Todo bajo control! —grité a Billy Joe.

—¡Entonces detén el puto ataque! ¡A Pritkin le va a dar algo! —vociferó él.

Miré confundida a mi alrededor y después escruté el lugar donde estaban ellos.

—¡Si no estoy haciendo nada! —me defendí.

Era verdad, al menos por lo que yo sabía. Había dado por supuesto que mi ataque rompería la concentración del mago y solucionaría el problema. Pero podía ver que los escudos de Pritkin se habían encogido hasta el punto de que apenas cubrían ya a los tres hombres y tenían pinta de fallar en cualquier momento.

—¿Y ahora qué? —pregunté.

Pude ver como mi cuerpo se inclinaba hacia Pritkin y le susurraba. Después volvía la vista hacia mí y yo hacía aspavientos. Sus ojos se abrían aún más. Estaba diciendo algo, pero no podía escucharlo.

—¿Qué? —grité.

—¡El brazalete! —se oyó por todo el aparcamiento, mientras Billy gritaba con mi cuerpo a pleno pulmón—. ¡Dice que lo destruyas!

Una sombra oscura empezó a correr hacia mí a través del aparcamiento. Desprendía la misma sensación absolutamente malsana que antes había percibido del mago, así que no hizo falta que me dieran instrucciones. De algún modo u otro, el otro caballero oscuro se había enterado de lo que estaba pasando y no le gustaba nada.

Miré hacia abajo y vi que el mago llevaba un brazalete en la muñeca izquierda. Era plateado y estaba formado por lo que parecían minúsculas dagas entrelazadas. No fui capaz de encontrarle el cierre; era como si estuviese soldado a su brazo. Dirigí mi vista hacia Pritkin y vi un gesto de desesperación en su rostro. Joder, había que acabar con esto ya. Tiré del brazalete y como no funcionó, lo mordí, tratando de arrancarlo con los dientes, concentrándome en el punto en el que se juntaban dos de las dagas. Al final, una vez que sus dedos se habían convertido en una maraña sangrienta, el brazalete se soltó.

No tuve que preguntar si lo había conseguido, porque enseguida Pritkin se

desplomó contra el suelo, jadeando aliviado, y los vampiros que lo rodeaban se activaron de inmediato. Louis-César lanzó un cuchillo volador a un vampiro que tenía a mi lado y bien podría haberle rebanado el cuello, pero se acabó estampando contra el enorme collar de acero que llevaba encima. Con todo, aquello no le permitió ganar mucho tiempo. Tomas estiró su brazo y pude ver lo que había pasado antes en el almacén. El vampiro cayó sobre sus rodillas, emitió un gorgoteo ahogado y su corazón salió literalmente de su pecho. Tras arrancarlo del cuerpo, Tomas sujetó el corazón entre sus manos como si fuera una pelota de béisbol un poco más grande de lo normal.

El otro caballero oscuro estaba a menos de dos coches de distancia de mí. Se detuvo y levantó una mano, y de repente, yo no me podía mover. Pero antes de que el pánico se apoderara de mí, las tres brujas a las que había liberado en el casino salieron de detrás de una furgoneta aparcada y formaron un círculo en torno a él. Estaba a punto de gritarles que fueran a por él, pero, de repente, el mago se derrumbó entre chillidos y yo sentí aflojar la presión sobre mi cuerpo.

Fue un alivio, pero la sensación de bienestar no duró mucho. Enseguida, lo que parecía un chorro de agua helada empezó a chapotear a mis pies. No veía nada, pero mis protecciones empezaron a chisporrotear ahí abajo. Si me concentraba, podía ver cómo un chorro emergía desde el suelo hacia donde estaba yo. Mago listo: podía usar escudos hechos con más de un elemento. Y mi fuego no parecía ser tan caliente contra su agua. A medida que las llamas se apagaban, una serie de minúsculas ramas, algunas de ellas con hojas, empezaron a enrollarse en torno a lo que metafísicamente serían mis piernas.

Estupendo. El mago oscuro iba a estar muy enfadado cuando volviese a tener el control y a juzgar por el ritmo al que iba, aquello no iba a tardar ni dos minutos.

—¿Qué pasa contigo?

Vi cómo un vampiro corría hacia mí. Me sonaba vagamente de la corte de Tony. Era un rubio grande y desgreñado al que siempre creí que le vendría bien broncearse un poco: su aire de surfista no pegaba muy bien con una piel tan pálida.

—¡Dijiste que podías neutralizarle! ¡Este tío nos va a dar para el pelo! —dijo.

Seguí sus gestos hacia el punto en el que se había reanudado la pelea. Me preguntaba a qué «tío» se refería aquel tipo, porque la verdad es que los tres me parecían terribles.

Pritkin podía ser un hijo de puta hostil, pero era cojonudo tenerlo en tu bando en una pelea. Estaba en el suelo, pero sus increíbles cuchillos flotantes volvían a estar en torno a él. En realidad, parecía como si todo su arsenal estuviera de camino. Mientras yo seguía observándole, se deshizo de un vampiro con un disparo e hizo aterrizar cinco cuchillos sobre otro, y uno de ellos casi le corta la cabeza. El vampiro debía de ser un maestro, porque no quedó abatido, sino que siguió en pie mientras los cuchillos le perseguían, clavándose en su cuerpo y saliendo de él como si fueran un enjambre de avispas mortales. El vampiro los golpeaba violentamente mientras la

sangre empezaba a brotarle de un par de docenas de cortes profundos que tenía repartidos por todo su cuerpo, pero los cuchillos siempre acababan regresando hacia él. Rugía de rabia, pero prefería que le rebanaran en pedacitos allí mismo antes que salir corriendo. En otro sitio, un par de vampiros que estaban siendo perseguidos por granadas optaban por no seguir el ejemplo del primero. Llegué a la conclusión de que si aquella era la forma que Pritkin tenía de luchar cuando estaba medio muerto, no quería ni pensar lo que podría hacer a plena capacidad.

Tomas también se estaba encargando bien de su parte, que se centraba principalmente en una lucha a cuchillo con dos vampiros que estaba resultando tan rápida y furibunda que yo no podía seguirla más que a través de los reflejos que producían ocasionalmente las luces del aparcamiento sobre los filos de las navajas. Un buen puñado de vampiros más yacía cerca de él con los agujeros característicos en el pecho que les iba dejando Tomas. Louis-César, mientras tanto, había decidido lanzarse a la ofensiva por su cuenta. Mientras Pritkin y Tomas mantenían ocupados a los atacantes, él se encargó del montón de vampiros que me rodeaban a mí. El chulo de playa no debía haber oído hablar de la reputación del francés, porque saltó sobre él y le duró más o menos un segundo. Aquel extraño estoque volvía a entrar en acción, pero ensartar a aquel vampiro tampoco interrumpió la cadencia de carrera de Louis-César. Arrojó un cuchillo al segundo mago oscuro, pero le rebotó como si llevase armadura. Sin embargo, fuera lo que fuese lo que estaban haciendo las tres brujas, estaba teniendo más que efecto. El mago estaba en el suelo, tratando de escabullirse gateando tan infructuosamente como un escarabajo que se hubiese dado la vuelta, mientras ellas empezaban a cercarle, pronunciando un lema al unísono.

En un principio me agradó ver al francés, porque solo bastó con que le echara un vistazo para que el resto de los vampiros que me quedaban cerca saliesen pitando de allí, pero rápidamente cambié de opinión. En un abrir y cerrar de ojos, el filo ensangrentado del cuchillo de Louis-César llegó, de una forma u otra, a mi mentón. La mirada de sus ojos dejó bien claro que no tenía ni idea de quién era yo.

—Su círculo cometió un error al retornos —comentó con tanta tranquilidad como si estuviera en una fiesta—. Por suerte, *monsieur*, no le necesito con vida para lanzar una declaración de guerra. Debería ser suficiente que deje su cuerpo en algún lugar que suela frecuentar su gente.

—¡Louis-César, no!

Yo no podía hablar por miedo a que su estoque se acabara clavando en mi garganta, pero la voz que venía de detrás de mí era mía en cualquier caso, como también lo era la mano que empuñaba su espada. Parecía que Billy Joe había decidido reivindicar su valía.

—*Mademoiselle*, por favor, regrese con Tomas. Esto no será agradable —musitó Louis-César.

—Tomas está algo *liao* ahora mismo —replicó Billy— y yo no soy Cassie. Ella está ahí dentro —matizó, señalándome a mí—. Y no sé qué ocurriría si te cargas ese

cuerpo mientras ella está dentro. Quizá vuelva con nosotros, pero quizá no.

La voz de Louis-César se suavizó ligeramente.

—Es una ilusión, *mademoiselle*. Quizá esté conmocionada, no debe realizar esfuerzos. Deme un momento y yo mismo la acompañaré para salir de aquí.

Tragué saliva. Sabía que con la fuerza que tenía, podría atravesarme con el estoque incluso aunque Billy Joe le estuviese sujetando el brazo. Podía sentir también el pánico del mago y su pavor avivaba la batalla de deseos que estábamos teniendo. Una oleada de algo que parecía ser agua fresca me llegó hasta las rodillas.

—¡Billy! ¿Cómo salgo de aquí?

El movimiento de mi boca hizo que el extremo del estoque penetrase en la piel del mago y pude sentir como una hilera cálida de sangre afloraba por su cuello. Alguien gritó dentro de mi cabeza, pero lo ignoré.

—No lo sé —respondió.

Billy Joe agarraba a Louis-César por el brazo con ambas manos, hasta el punto de que parecía que fuera a arrancárselo de cuajo. Ríos de sudor corrían por mi rostro, pero aquello no parecía producir ningún cambio en la actitud del francés.

—Estoy atrapado aquí hasta que vuelvas. Tu cuerpo sabe que moriría sin un espíritu, así que se aferra a mí como un muerto. No hay manera de que pueda ayudarte —añadió Billy Joe.

—¡No puedo creer que me convencieras para hacer esto! —gruñí.

—¿Y cómo coño te crees que me siento yo? ¡No quiero acabar dentro del cuerpo de una mujer! —se detuvo un instante—. Bueno, al menos no de esta manera.

A Louis-César se le estaba agotando la paciencia. Con un rápido movimiento que ni siquiera hizo que el estoque se moviera ni un poco, cogió a Billy Joe y le apretó la cabeza contra su pecho.

—Quizá desee cerrar los ojos, *mademoiselle*. Por nada del mundo desearía ocasionarle más molestias —espetó Louis-César.

—Creo que no está de más decir que matarla también cuenta como forma de molestarla —soltó Billy, pero Louis-César no le estaba prestando ninguna atención.

Me había encasillado en el rol de fémica histérica, así que como tal me trataba. Si salía de todo aquel lío con vida, le iba a demostrar lo que era ser histérica de verdad.

Sólo tenía una idea y era una posibilidad remota.

—¡No me mates! ¡Sé lo de Françoise! —vociferé.

Era todo lo que se me ocurría, el único hecho sobre Louis-César que sabía que el mago probablemente no sabría, pero no pareció impresionarle mucho.

—No te salvarás con mentiras ridículas, Jonathan. Conozco tus trucos desde hace tiempo —replicó despectivamente.

—¿Qué me dices de Carcassonne? ¿Eh? ¿Y de la maldita sala de tortura? ¡Yo... tú... la viste arder! Hemos hablado de ello hace unas horas tan solo —proseguí.

—¡Suficiente! Ahora morirás —sentenció él.

Billy Joe dio una patada hacia arriba y en el último momento golpeó la espada de

tal modo que atravesó el hombro del mago en lugar de su corazón, pero con todo y con eso dolía un huevo. Grité de dolor y me intenté sacar el estoque, pero era tan largo que todavía una parte de mí quedó ensartada, como una mariposa en un alfiler.

Finalmente, recibí una pequeña ayuda en forma de pequeño tubito sobre mi mano. Aparentemente, Don Mago había decidido que estábamos luchando por una causa común. El tubito se parecía a uno de los pequeños recipientes que Pritkin tenía en su cinturón, pero este había saltado de algún bolsillo interior. El agua fresca me llegaba hasta la cadera y no sabía qué pasaría si seguía subiéndome, pero en ese momento me preocupaba más Louis-César. No traté de resistirme a los impulsos que me recorrían la cabeza, así que directamente le arrojé el tubito.

—Te cortaré el cuello antes de que puedas invocar el hechizo —prometió, pero me di cuenta de que miraba de reojo al minúsculo tubito con un cierto respeto.

—No necesito el hechizo a este nivel. Mátame y morirás. Y ella también.

Las palabras aparecieron en mi cerebro, pero no eran mías. Fuera como fuera, las dije. Y parecieron surtir efecto, porque Louis-César dudó.

El mago debía haber estado esperando esa reacción, porque aprovechó la oportunidad para mejorar su posición en la pelea que estaba desarrollándose en su interior. De repente, yo estaba cubierta hasta el cuello de agua helada.

—¡Billy! Me está ganando, ¿qué hago? —grité.

—Estoy pensando... ¿dejarle? —repuso, sin que la respuesta sonara muy convincente por su parte, pero la verdad es que él había hecho esto muchas más veces que yo.

—¿Cómo dices? —repliqué yo.

Si respondió, no lo oí, porque el agua me rebasó la cabeza. Sin embargo, en lugar de ahogarme como me esperaba en cierto modo, me encontré abruptamente volando de nuevo. El aterrizaje fue duro y la desorientación que sentí cuando Tomas y yo regresamos no tuvo ni punto de comparación con lo que me golpeó un segundo más tarde. Era como si hubiera dos yo y cada uno iba en una dirección distinta, desgarrándome por ende durante el proceso. Grité y alguien me sujetó aún más fuerte por la cadera. La sangre me palpitaba dentro de las venas como si fuese a explotar por mi cabeza y el dolor era terrible. Parecía como si estuviese sintiendo de golpe todas las migrañas que había padecido a lo largo de mi vida. Quería desmayarme, pero no cayó esa breva. Permanecí consciente mientras el mundo me machacaba a mi alrededor como si un desfile de carnaval se hubiera vuelto loco, hasta que vomité sobre el asfalto.

—¡Cassie, Cassie!

Billy Joe apareció delante de mí, con los ojos tan abiertos que podía ver el blanco alrededor de toda su pupila. Tardé un segundo en darme cuenta de que eran sus ojos y que se encontraba en su forma habitual de apostador-vaquero-hombre para señoritas en lugar de bajo mi piel. Su camisa arrugada era de color rojo brillante y sus ojos color avellana refulgían tan claros y nítidos como si no llevara un siglo y medio

muerto. En ese momento, realmente creí que podría sacar la mano, tocarle y comprobar que estaba sólido. Después se me ocurrió pensar que si sus ojos brillaban así y sus mejillas estaban tan sonrosadas, sería por mi energía. Cabrón. Le habría echado la bronca por dejarme casi seca cuando más necesitaba mi energía, pero me sentía demasiado débil. Me sentía como si alguien hubiera entrado dentro de mí y me hubiese volteado el estómago. Quería vomitar otra vez, pero no tenía fuerzas.

Louis-César me levantó como si no pesase más que una muñeca de trapo y yo miré a mi alrededor, desconcertada. ¿Cómo podía levantarme con un solo brazo? ¿No necesitaba el otro para sujetar el estoque con el que amenazaba al mago? Entonces me di cuenta de que no había mago ni cuerpo. Sólo estábamos yo, un maestro vampiro y un fantasma con el depósito lleno; nada por lo que hubiera que preocuparse.

Nos volvimos a encontrar con Pritkin y Tomas, aunque a mí me llevaban porque no tenía fuerzas para caminar. Ya estaba teniendo suficientes problemas para averiguar qué parte de lo que veía era la de arriba, porque aquello parecía cambiar con cierta regularidad. Me di cuenta de que Tomas parecía ocupado lanzando hechizos sobre un grupo de gente bastante amplio, en el que había varios agentes de policía, que se había congregado allí para ver qué pasaba. No sabía que Tomas pudiese hechizar a muchos normales a la vez. Pensándolo bien, no sabía que nadie pudiera. Una prueba más de que no estaba tratando con un vampiro corriente y moliente. No, esos sujetos estaban desperdigados por todo aquel lugar, entremezclados con los hombres rata muertos. Los corazones y las cabezas estaban a varios metros de los cuerpos, pero al menos parecía que estaban todos allí.

Pritkin estaba escondiendo su arsenal, que pendía delante de él formando una fila estricta, con cada arma esperando su turno. Me miró estrechando los ojos mientras limpiaba sus cuchillos ensangrentados y se los guardaba.

—Has poseído a un miembro del Círculo Negro —me recriminó, como si aquello fuera una novedad— y tienes brujas poderosas a tu servicio. ¿Quiénes eran?

Volví la vista hacia donde habían estado las mujeres, pero allí solo estaba el cuerpo del segundo caballero, tendido en un ángulo nada natural, con su rostro blanco como un hueso vuelto hacia arriba, a punto de recibir los primeros rayos del sol. Tenía los ojos abiertos, pero yo dudaba que pudiese ver nada. Me di cuenta de que debían haberle matado, pero en aquel momento no me importaba mucho.

—No lo sé —repuse.

Mi voz sonó ronca; lo cual, teniendo en cuenta el abuso al que había sometido a mis cuerdas vocales últimamente, no debería haber sido una sorpresa. Pero lo fue.

—Tú no eres humana.

No era una pregunta y Pritkin se quedó allí como esperando que me brotase otra cabeza en cualquier momento.

—Siento decepcionarte, pero no soy un demonio —le contradije.

Por lo que se veía, había tenido que decir eso bastante a menudo últimamente.

Probablemente, aquello no era una buena señal.

—Entonces, ¿qué eres? —insistió.

Billy Joe apareció flotando y me hizo una indicación con los pulgares hacia arriba y una sonrisa de oreja a oreja.

—Voy a comprobar unas cosas. Hasta luego.

Suspiré. Ya estaba a punto de amanecer y aquel era quizá el peor momento para meterse en problemas, incluso en Las Vegas. Entonces, ¿por qué estaba absolutamente segura de que Billy Joe se las apañaría?

—Soy su simpática vecina clarividente —le dije a Pritkin con un tono cansino—. Cúbrame la mano de plata, *meester*, y le leeré el futuro. Nada más.

Un enorme bostezo me interrumpió unos segundos antes de concluir.

—Probablemente no te gustará —apostillé, antes de acurrucarme contra el muro de algodón cálido que estaba detrás de mí y sumirme en un sueño profundo.

Me desperté al notar cómo unos pequeños rayos de sol me golpeaban los ojos. Procedían de una ventana enorme que se abría por encima de una cama de un metro cincuenta sobre la que alguien me había colocado. Tenía la boca con un sabor a algodón horrible y los ojos tan pegados que tuve que frotarlos bien para poder ver. Cuando pude hacerlo, pestañeé confusa. No parecía que el mobiliario de aquel lugar hubiese sido elegido por vampiros, a no ser que fuese la habitación de Louis-César. Era toda amarilla, desde las paredes de estuco hasta el edredón y las fundas de almohada de *patchwork*. Tan solo los tonos pastel de la alfombra trenzada y unos grabados inspirados en los nativos americanos rompían la uniformidad del amarillo; aunque evidentemente parecía que la presencia de todo lo que no era amarillo estaba en franca minoría.

Me senté y enseguida me di cuenta de que no había sido una buena idea. Mi estómago intentó expulsar algo hacia arriba, pero no tenía nada dentro. Me sentía tan débil como si hubiera tenido gripe durante una semana y tenía la imperiosa necesidad de lavarme los dientes. Después de que la habitación dejó de girar, traté de mantener la estabilidad sobre mis pies y comencé a explorar el lugar. Sacar la cabeza del dormitorio me descubrió dos cosas: estaba de vuelta a mis aposentos de MAGIA y tenía invitados. La breve estancia que había fuera de mi habitación daba al recibidor al que me habían llevado antes de mi excursión al Dante. Unas cuantas cabezas muy familiares se giraron hacia mí y yo las escudriñé para después dirigirme a la entrada de un santuario de baldosas azules que se encontraba a unos cuantos metros. Alguien, y deseaba con todas mis fuerzas que ese alguien fuera Rafe, me había despojado de mi ropa, que ya estaba para el arrastre, y me había envuelto en una bata de rizo. Todo perfecto, salvo por el hecho de que la bata me quedaba tres tallas grande y tendía a hacerme tropezar de vez en cuando.

Inspeccioné la ventana por si acaso. Esta vez no había ningún rostro enfadado saludándome desde el otro lado. En lugar del Marley, las protecciones se habían endurecido hasta el punto de que no tenía ni que concentrarme para ver una red brillante plateada que obstruía el único camino por el que podía salir. Aquello era un poco demasiado, teniendo en cuenta que había ya un guardia humano en el exterior. Uno pensaría que en el interior habría alguien realmente temible, en lugar de una clarividente apaleada que llevaba encima lo que parecía ser la madre de todas las resacas. Cerré las cortinas y me encogí. De verdad que no me esperaba salir de algo así dos veces.

Nadie me interrumpió y eso que me estuve bañando un buen rato. Tampoco ayudó demasiado. Mi parte de lesiones se había hecho más largo y yo estaba exhausta a pesar de haber dormido, calculo, unas seis horas. Alguien me había ajustado a conciencia el brazaletes del mago oscuro alrededor de la muñeca. Alguien también lo

había reparado, porque el círculo de minúsculas dagas estaba perfectamente entrelazado, como las cuentas de un rosario. Estupendo; era justo lo que necesitaba: una pieza más de joyería hortera. Traté de quitármelo, pero no se daba de sí lo suficiente como para sacarlo de mi muñeca y no me sentía con fuerzas como para intentar morderlo. La última vez lo había hecho con los dientes del mago; esta vez eran los míos.

Al salir del baño me quedé rígida, como si tuviera cien años, y traté de verme en el espejo. Nunca he sido especialmente vanidosa, pero me impactó verme tan demacrada. Tenía el pelo desordenado en mechones de punta que casi habían perdido por completo cualquier rastro dorado. Me lo arreglé como pude con la única ayuda de mis manos, pero con lo que no pude hacer nada fue con mi tez pálida y mortecina o con los círculos oscuros que se habían amontonado alrededor de mis ojos como si fuera un jugador profesional de fútbol americano. Supongo que estar al borde de la muerte como una docena de veces saca esa clase de cosas de uno mismo.

Me aparté del espejo y traté de encontrar alguna pista sobre dónde se encontraría mi ropa. Sólo pude dar con mis botas, que estaban limpias y brillantes detrás de la puerta. No pensé que combinaran demasiado bien con el rizo, así que decidí dejarlas donde estaban. Había dado lo suficiente de mí como para que al menos me hubieran dejado ropa interior limpia, pero no encontré nada de eso. Volví a meterme dentro de la bata y decidí que era mejor ir desnuda por debajo que volverme a poner los jirones manchados de sangre de lo que una vez fue un hermoso conjunto de lencería. En el fondo, daba gracias por que la bata fuese tan grande, porque al menos tenía la seguridad de que todo quedaba tapado. Hacía que pareciese que tenía doce años, pero quizá el Senado me diese algo más si se lo pedía. Antes parecía que estaban de buen humor. También es verdad que aquello había sido antes de que me escapara y fuese la responsable de casi tres muertes, cuatro si contamos conmigo. Respiré hondo y salí dispuesta a afrontar las consecuencias.

En la sala de fuera había seis personas, incluyendo al golem que estaba en la esquina. Tardé un segundo en percatarme de su presencia porque habían corrido las cortinas y la luz del sol quedaba totalmente tapada. Las luces estaban encendidas y chisporroteaban un poco a causa de las protecciones, pero la habitación estaba bastante oscura.

Louis-César, que todavía llevaba vaqueros ajustados, estaba inclinado sobre la repisa de la chimenea y, por una vez, parecía tenso. Tomas estaba sentado en la silla de cuero rojo que había junto al fuego. Tanto él como Rafe lucían un atuendo amplio de color negro, con camisas de seda de manga larga; sólo que el de Tomas era negro como su pelo y el de Rafe era más apagado. Rafe estaba en el sofá con Mircea, que era el único del grupo que parecía el mismo de la noche anterior. Viéndole tan relajado y elegante, casi podía creermelo que me había quedado dormida en el baño sin querer y que nada de lo que había pasado en el Dante había ocurrido en realidad. Aquel pensamiento feliz quedó aplastado al ver a Pritkin, vestido completamente de

color caqui como un cazador de caza mayor, apoyado junto a la puerta. No me quitaba ojo de encima, como si quisiera ver mi cabeza enmarcada en su pared junto a un cartel que pusiera «Problema resuelto». Oh, sí, esto iba a ser tope divertido.

Rafe se movió en cuanto me vio.

—*Mia stella!* ¿Te sientes mejor, sí? ¡Estábamos tan preocupados! —me abrazó con fuerza—. Lord Mircea y yo fuimos al cuartel general de Antonio en la ciudad, pero no estabas allí. Si Louis-César y Tomas no te hubieran encontrado...

—Bueno, el caso es que lo hicieron, así que todo está en orden, Rafe —le tranquilicé.

Él asintió con la cabeza y trató de guiarme hacia el sofá, pero yo no quería que me metieran allí. No es que me pudiera escapar, daba igual dónde me sentara, pero no me agradaba la idea de tener los movimientos restringidos en el sofá. Además, las únicas personas de la habitación en las que podía confiar eran Rafe y tal vez Mircea, así que prefería estar donde pudiera verles la cara. Me senté en la otomana junto a los pies de Tomas y me concentré en mantener mi bata en su sitio.

—Lo lamento, pero tu ropa era irrecuperable —se disculpó Rafe—. Te estamos buscando otra.

—Vale —repose lacónica.

No tenía ganas de darle palique. Estaba a punto de saber qué quería el Senado y como estaba absolutamente segura de que no iba a gustarme, no tenía el ánimo como para conversaciones triviales.

—*Mia stella* —insistió Rafe, mirando a Mircea, que a su vez torció el gesto dándole a entender que no iba a ayudarle. Pobre Rafe; siempre le tocaba el trabajo sucio—. ¿Podrías decirnos quién es Françoise?

Me quedé mirándole. De todas las cosas que pensé que podría decir, esa estaba muy al final de la lista. Ni siquiera estaba en ella.

—¿Cómo?

—Antes la mencionaste delante de mí —interrumpió Louis-César poniéndose de cuclillas delante de mí. Yo me eché hacia atrás, aunque ya había visto que él me había llevado por el aparcamiento y no había pasado nada. Con todo, no me sentía de humor como para arriesgarme más—. En el casino.

—¿No queréis hablar de Tony? Está vendiendo esclavos a los duendes —tercié.

—Lo sabemos —respondió Mircea—. Una de las brujas a las que ayudaste acudió al círculo para describir su cautiverio. Se me permitió estar presente en el interrogatorio, dado que Antonio es responsabilidad mía. Los magos están... bastante preocupados, como puedes imaginar.

Yo estaba confusa.

—Quizá esté siendo un poco lenta, pero ¿por qué brujas? ¿No serían los humanos objetivos más fáciles? —insistí.

Las mujeres a las que había liberado no eran ciertamente pesos welter y el mago muerto podía dar buena cuenta de ello.

—Durante siglos, después de que su estirpe propia empezara a extinguirse, esa ha sido su estrategia. ¿No has oído historias sobre duendes que raptaban bebés humanos? —preguntó Mircea. Yo asentí, era algo muy recurrente en el imaginario de los cuentos—. Esos niños se criaban en el Reino de la Fantasía y contraían enlace con los miembros de algunas de las casas más importantes. Aquello mejoraba la fertilidad, pero pronto se dieron cuenta de que las habilidades mágicas de los niños que salían de aquellas uniones eran considerablemente inferiores a las suyas.

—Por eso empezaron a robar brujas —apunté.

—Sí, pero en 1624 se selló un acuerdo entre los duendes y el Círculo Plateado en el que se especificaba que no tendrían lugar más abducciones —matizó Mircea.

—Y supongo que ahora eso es papel mojado.

Mircea sonrió.

—Todo lo contrario. Los elfos de la luz juran y perjuran que no saben nada de estas prácticas y que solo son los oscuros los que están involucrados en ellas.

Fruncí el ceño. A juzgar por lo que había dicho Billy, parecía que lo que estaba ocurriendo era más bien lo contrario.

—Los oscuros, por supuesto, aseguran lo contrario —apostilló Mircea al darse cuenta de mi expresión—, pero, en cualquier caso, no es algo que nos competa. No nos meterán en los asuntos de los duendes por la avaricia de una persona, como dejamos bien claro a sus embajadores hace unas pocas horas. Antonio será tratado como merece, pero ahí acaba nuestra implicación en el asunto.

No me sorprendía. A pesar de su presencia en MAGIA, los vampiros no habían tenido nunca gran interés por los asuntos concernientes a otras especies. Únicamente cooperaban hasta el punto que fuera necesario para salvaguardar sus intereses.

—¿Sólo declaró una bruja? ¿Qué fue de las otras dos? —inquirí.

—Debían ser oscuras —intervino Pritkin, mirándome con ojos entrecerrados— y el círculo las debe haber puesto en entredicho por sus delitos. De no ser así, no habrían salido de allí con tanta prisa. Nuestra bruja no pudo enterarse de muchas cosas sobre las otras dos, porque durante mucho tiempo estuvieron amordazadas. Lo que sí dijo es que una de ellas te reconoció e insistió en que te ayudarían a vencer al mago oscuro. Aun así, tú afirmabas no conocerlas.

—Y no las conozco.

No podía contarle nada sobre Françoise, porque parecería que estaba loca y ni siquiera yo comprendía aquello muy bien. Los usuarios de magia tienden a vivir más que la mayoría de humanos, pero, fuera bruja o no, si era ella la que estaba en aquel castillo francés, debía llevar muerta sus buenos años. Por no mencionar que hace falta tener buena memoria para reconocer inmediatamente la cara de una persona a la que has visto unos pocos minutos hace cientos de años. Yo la había reconocido porque, para mí, nuestro encuentro acababa de suceder. Pero cómo ella había llegado a conocerme a mí seguía siendo un interrogante.

—¿Y supongo que no conoces al duendecillo que te ayudó a liberar a tus siervos?

Es una famosa espía de los duendes oscuros —preguntó con sorna.

Pritkin me estaba poniendo de los nervios.

—No. Y no eran mis siervos.

—Me contaste que habías visto a Françoise morir quemada —interrumpió Louis-César; quien, según parecía, era uno de esos tipos de ideas fijas.

Decidí centrarme en sus comentarios, dado que, en cualquier caso, Pritkin no se iba a creer nada de lo que yo dijese.

—¿Qué pasó con el mago? —pregunté—. ¿Le mataste tú?

—¿Lo veis? ¡Ni siquiera trata de negarlo! —volvió a interrumpir Pritkin caminando a zancadas a través de la habitación.

Me habría imaginado que estaba enfadado aunque no hubiese podido verle, porque mi nuevo juguete se movió en mi muñeca con un cosquilleo casi eléctrico. Me las apañé para no soltar un gañido, pero metí la mano aún más dentro del bolsillo de mi bata para que no se pudiera ver el brazalete. Algo me decía que Pritkin no iba a ponerse muy contento si lo veía.

Tomas se había movido para interponerse entre nosotros. Me enervaba no haberle visto hacerlo, pero daba gracias por tener una barrera que me separase del mago. La gente en casa de Tony siempre había creído que los magos de la guerra eran peligrosos, estaban sedientos de sangre y se habían vuelto locos. Teniendo en cuenta que quienes decían esto eran asesinos múltiples que trabajaban para un vampiro homicida, yo tendía a tomarme en serio su opinión.

—¿Por qué iba a negarlo? Que yo le poseyera te salvó a ti la vida —espeté.

No esperaba un agradecimiento, pero no habría estado mal que dejase de mirarme con odio.

—¡Prefiero morir a que me salven con artes oscuras! —repuso él.

—Lo tendremos en cuenta para la próxima vez —intervino Tomas.

Me entró la risa. No estaba intentando encararme con nadie, pero empezaba a sentir mareos por el hambre y el cansancio que llevaba encima. En ese momento, lo que dijo Tomas sonó gracioso. El único que no parecía verlo así era Pritkin.

Mircea se levantó al oír que alguien llamaba a la puerta.

—Ah, comida. Los ánimos estarán sin duda más calmados después de que hayamos cenado —dijo Mircea.

Con sólo oler lo que traía aquel joven en su carrito, yo ya estaba salivando.

Unos minutos después, yo estaba dándole pasaporte a una bandeja llena de crepes, salchichas, croquetas de patata y fruta fresca. La habían servido en una bonita fuente de plata con auténticos platos chinos, servilletas de lino y sirope de arce genuino, lo que endulzó considerablemente mi estado de ánimo hacia el Senado. Me eché un poco más de té y Pritkin emitió un sonido de disgusto. No podía imaginarme siquiera cuál era el problema; él también tenía su propia bandeja.

—No te preocupa para nada, ¿verdad? —preguntó.

Me di cuenta de que no solo no estaba comiendo nada, sino que me estaba

mirando de la misma forma que probablemente yo había observado a los hombres rata en el casino. Como si yo fuera algo que realmente él no podía saber a ciencia cierta qué era, pero sabía que no le gustaba. Tenía la boca llena, así que me limité a levantarle una ceja. Él empezó a hacer aspavientos.

—¡Míralos! —gritó.

Clavé el tenedor en una salchicha y miré a mi alrededor. Los vampiros se estaban alimentando, pero no de crepes precisamente. Podían comer alimentos sólidos, como Tony había demostrado más de una vez, pero aquello no les aportaba nada en términos de nutrición. Sólo una cosa les ayudaba en ese sentido y era en ella en la que se estaban centrando en ese momento. Aparentemente, Louis-César ya había comido, o quizá era verdad eso que se decía del Senado, que sus miembros eran tan poderosos que bastaba con que se alimentaran una vez a la semana. Sin embargo, Rafe, Mircea y Tomas sí que se habían unido a mi comida; y, por supuesto, se estaban metiendo entre pecho y espalda a los híbridos de sátiro del Dante.

Había visto escenas similares tan a menudo cuando era pequeña que apenas se me quedaban grabadas ya. Cualquier prisionero capturado con vida era utilizado como alimento. Una de las pocas cosas que se consideraban realmente depravadas en los círculos vampiros era malgastar sangre, incluso aunque fuera de metamorfos. La sangre es un tesoro, la sangre es vida. Me había criado escuchando ese mantra, pero, según parecía, Pritkin no.

Lo único que me estremeció un poco fue ver a Tomas alimentándose del cuello de un hermoso híbrido cuya cara me resultaba vagamente familiar. Tenía ojos color marrón chocolate que combinaban perfectamente con el pelaje oscuro que le comenzaba de cadera para abajo y adornaba su sexo voluminoso. Lo habían desnudado y atado de pies y manos con cadenas de plata. Aquel era un procedimiento estándar, porque la humillación era parte del castigo, pero me dio la impresión de que en ese caso no iba a ser tan efectiva. No sabía cómo se sentiría el híbrido con las cadenas (los híbridos no le tienen mucho aprecio a la plata), pero lo que sí sabía es que los sátiros prefieren ir desnudos. Los sátiros creen que llevar ropa da a entender que tienen algo que ocultar, como si alguna parte de su cuerpo no fuera perfecta. Este no tenía nada de lo que avergonzarse y su cuerpo reaccionaba a la succión de sangre de la manera habitual, haciendo que fuera más impresionante todavía. Aun así, debía ser una respuesta involuntaria; su cara se había deformado tanto por el miedo que tardé un minuto en darme cuenta de que era el camarero que me había dado la bienvenida en el bar de sátiros.

La escena me molestaba y no era porque conociera al híbrido o porque estuviese aterrorizado. Además de que él aprendería la lección y evitaría poner a prueba la paciencia del Senado en el futuro; los vampiros no eran conocidos por dar segundas oportunidades. Finalmente, llegué a la conclusión de que lo que mi cabeza estaba rechazando era ver a Tomas con sus colmillos desplegados y verle engullir la sangre del sátiro como si fuera su néctar preferido. Parecía que todavía tenía problemas para

ubicar a «Tomas» y «vampiro» en la misma categoría.

A pesar de mi malestar, no aparté la vista. Se consideraba que mostrar emociones cuando se presenciaba un castigo era un signo de debilidad y además era un gesto de mala educación volver la vista porque el sentido de hacer un castigo público era, precisamente, que se viera. Sin embargo, sí desvié mi atención hacia Mircea. Verle disfrutar de su comida me molestaba menos que ver a Tomas y en cualquier caso estaba en mi radio de visión.

—Creí que no te gustaba la sangre de los híbridos —musité, como intentando mantener una conversación que sería normal en la corte. Mircea había estado presente cuando Tony ejecutó al macho alfa, pero había declinado el honor de avernarle—. Una vez me dijiste que era más amarga.

—Es una preferencia personal —respondió Mircea, dejando que el híbrido negro que estaba sobre sus rodillas cayera al suelo—. Pero hoy no estoy para elegir. Necesito recobrar fuerzas esta misma noche.

Me serví más té y miré con avidez el plato de Pritkin, aún sin estrenar.

—¿Te vas a comer eso? —murmuré.

No pude evitarlo; por alguna razón me estaba muriendo de hambre, probablemente, gracias a Billy Joe. El mago me ignoró, pues seguía observando horrorizado al híbrido inconsciente. Mircea deslizó la bandeja del mago hacia mí y yo le hiqué el diente agradecida.

—¿Tuvo Antonio algún problema más con esta manada, después de que matara al líder? —preguntó, como si supiera en qué estaba pensando yo.

Le eché sirope y algo de mantequilla a las crepes que el mago no había ni tocado.

—Creo que no. Al menos, yo no volvía oír que tuviera más problemas. Aun así, Tony no siempre me contaba todo.

Mircea me lanzó una mirada sardónica.

—Ya somos dos, *dulceață*.

—Ya sabes que no entiendo el rumano, Mircea —protesté.

—La prosperidad, como el deseo, a muchos arruina —explicó.

Meneé la cabeza. Ni de coña iba a arriesgarse Tony a enfadar al Senado y al círculo por un mero interés económico.

—Yo creo que es más poder lo que quiere Tony. Dinero ya tiene.

—Eres más sabia de lo que tu edad dice. ¿Te enseñan estas cosas tus fantasmas?

Casi le echo el té hirviendo a Tomas.

—¡Ja! No creo.

Lo único que me había enseñado Billy eran fullerías con las cartas y algún que otro pareado subido de tono.

—¿Te estás oyendo? —me interrumpió Pritkin con repulsión—. ¡Esa cosa acaba de cometer un asesinato y ni siquiera has pestañeado! ¿Estás esclavizando los espíritus de los muertos, como hiciste con tu siervo fantasma y las brujas oscuras? ¿Es por eso por lo que estás ahí sentada sin decir nada?

Estaba a punto de llegar a la conclusión de que no merecía la pena seguirle la corriente. Sin embargo, me sentía mucho mejor después de haberme cepillado las crepes y Pritkin estaba necesitando de verdad unas dosis de realidad.

—Lo primero de todo: el híbrido no está muerto, tan solo se ha desmayado. En segundo lugar: yo no «esclavizo» espíritus; hasta donde yo sé, eso no es siquiera posible. Y tercero: los híbridos no dejan fantasmas. Tampoco los vampiros. No sé por qué sucede, pero es así.

—¿Porque sus almas ya se han ido al Infierno? —preguntó con una aparente despreocupación ante las miradas que le lanzaban Mircea y Rafe.

Los demás no reaccionaban; Tomas porque estaba comiendo y Louis-César porque, según parecía, estaba teniendo un agudo ataque de migrañas.

—Cuando vi cómo te comportabas en el Senado, me pregunté si realmente tenías ganas de morir. Empiezo a pensar que, efectivamente, es así —le espeté.

—Así que admites que me podrían matar más pronto o más temprano —apuntó él.

Volví la vista a Mircea, que tenía una mirada como si estuviese contemplando la posibilidad de tomarse un postre.

—Al paso que vas, será más bien pronto.

Me di cuenta de que sería mejor que le diese una explicación más detallada al mago si no quería que le acabase dando un ataque de histeria.

—Este tío formaba parte del grupo que intentó matarnos hace unas horas. Sin embargo, los vampiros no van a matarle, al menos no esta vez. Por la primera falta se da un aviso, además de una lección para que no se le olvide. Si la lección impresiona lo suficiente, la mayoría de la gente no necesita que le den un segundo aviso.

Pritkin miró con gesto disgustado.

—Así que no son monstruos ni bestias asesinas, sino gente incomprendida, ¿no es así?

Mircea hacía esfuerzos por no reírse. En realidad, tampoco se esforzaba tanto. Al mirarle, yo misma noté que mis labios querían abrirse para soltar una risotada.

—¿Eres una bestia asesina, Mircea? —inquirí con sorna.

—Con certeza, *dulceață* —respondió él jocosamente.

Mircea me guiñó un ojo antes de intercambiar a su atemorizada víctima por otra que acababan de traer. Ésta era humana y supuse que formaba parte de la legión de día de Tony. Debía de ser uno de esos a los que habían contratado más por su potencia que por su inteligencia, porque en sus ojos color avellana brillaba una furia que ni se molestaba en esconder. Por lo visto, ya le debía de haber soltado algún improperio a alguien; porque, además de las cadenas que le habían puesto en los tobillos y las muñecas, tenía una mordaza en la boca. Miré a Pritkin y vi cómo se le tensaba la mandíbula. Si había puesto objeciones a que se les aplicara a los híbridos el castigo habitual tras perder un desafío, ¿qué iba a pensar si un humano tenía que pasar por aquello?

Quizá precisamente porque aquel joven parecía tener una actitud tan rebelde, Mircea pasó por encima del cuello, el sitio por el que normalmente un vampiro se alimentaba, con poco más que una mirada contemplativa. Físicamente, el hombre se acercaba a la perfección, con unos rizos despeinados color cobre, facciones clásicas y músculos bien definidos. Sin embargo, debajo de su pezón izquierdo había una pequeña cicatriz que llamó la atención de Mircea. Los dedos largos y blancos del vampiro recorrieron la ligera imperfección como si la estuviera memorizando; o, conociendo a Mircea, como si estuviese pensando en añadir otra que fuera a juego en el otro lado. La mama es otro foco de alimentación habitual y el hombre se mostró tenso, como si fuese consciente de ello. Vi cómo el sudor asomaba por su labio superior mientras él tragaba saliva hecho un manojito de nervios. La protuberancia escondida bajo el espeso pelo corporal color jengibre de aquel tipo se erizó tentadoramente ante el roce de la mano de Mircea, y sus nervios estallaron. Se apartó bruscamente con los ojos como platos, pero no logró separarse ni un metro antes de que un simple movimiento de cabeza de Mircea hiciera que Rafe le obligase a volver al sofá.

El prisionero se sintió tenso al notar cómo el cuerpo de Rafe se oprimía contra el suyo por detrás, con un brazo rodeándole como si fuese una arandela. Parecía que le preocupaba más Rafe que la manera en la que Mircea escrutaba los puntos donde le latía el pulso como quien intenta decidir qué platos del menú le gustan más. El hombre miró hacia arriba y se encontró con mis ojos, ante lo cual los suyos se abrieron de par en par producto de la sorpresa, como si fuera la primera vez que se daba cuenta de que había más gente en la habitación. El rubor que ya había coloreado sus mejillas corrió rápidamente hacia su pecho. Aquello me hizo preguntarme cuánto tiempo llevaría con el equipo de Tony; la mayoría de los que estaban a su servicio no se habían ruborizado ni siquiera cuando estaban en vida. Sin embargo, el hombre acabó olvidándose de mí cuando las manos engañosamente esbeltas de Mircea le obligaron de repente a arrodillarse. El tipo no se daba cuenta de que el forcejeo sólo hacía que aquello les resultase más divertido a los vampiros; y, mientras se resistía, los músculos de sus pantorrillas y de la parte superior de sus piernas sobresalían notablemente de su anatomía. En ese momento, vi hacia dónde estaba mirando Mircea y supe inmediatamente qué vendría después.

El hombre fue arrastrado hasta el sofá y, una vez allí, se le separaron las piernas. Parecía que estaba más preocupado por el hecho de estar exhibiéndose delante de un grupo de desconocidos que por el peligro inminente que le acechaba, pero cuando en la cara de Mircea asomaron una serie de colmillos perfectos y brillantes, al tipo se le olvidó la vergüenza. Intentó salir rodando del sofá, pero los grilletes de sus tobillos y brazos no le dejaban demasiado margen de maniobra. Mircea volvió a ponerlo sobre sus rodillas para conseguir un ángulo mejor, pero no lo tomó inmediatamente. Alargó el momento, dejando que el pánico de aquel hombre creciese a medida que descubría lo poderoso que puede llegar a ser un vampiro. Se retorció inútilmente intentando

zafarse de la sujeción de Mircea, soltando leves quejidos que se escapaban de su mordaza. Hasta yo podía ver su arteria femoral, latiendo palpablemente en su muslo retorcido.

Cuando su resistencia disminuyó finalmente, bien por la fatiga o porque no pasaba nada más, Mircea atacó, hundiendo aquellos colmillos en la piel sedosa de la coyuntura de la cadera de aquel hombre. Se escuchó un grito amortiguado detrás de la mordaza cuando el colmillo enganchó la arteria y los ojos parecieron salirse de las órbitas cuando los labios de Mircea quedaron sellados en torno a la mordedura y empezó a succionar. De nuevo el tipo volvió a forcejear, pero Rafe se puso encima para asegurarse de que su maestro podía alimentarse sin tener que preocuparse por contener a su comida.

Pritkin se estremeció palpablemente cuando Rafe mordió rápidamente la tensa yugular del prisionero, pero tuvo la suficiente inteligencia como para no interferir en el proceso. Los vampiros estaban en su derecho de hacer aquello siempre y cuando se detuvieran antes de dejarle sin vida. Viendo la expresión del prisionero, me preguntaba si alguien le había contado aquello. En cierto modo, lo dudaba. Sin embargo, aunque aquella no era una escena agradable, no me gustaba la cara de repulsión del mago. Aquel hombre había cometido un intento de asesinato y estaba saliendo bastante bien librado. Y, ciertamente, Pritkin no era el más apropiado para abrir la boca.

—¿A cuántos te has cargado esta noche, Pritkin? ¿Media docena? ¿Más? Yo es que perdí la cuenta —musité.

El mago se enfureció.

—Aquello fue en defensa propia y para protegerte de las consecuencias de tu insensatez —protestó él.

Pritkin miró hacia el hombre, que había empezado a sollozar como un bebé, y su rabia siguió creciendo. Su rostro se encendió y apretó los puños con rabia mientras el prisionero se retorció salvajemente en un esfuerzo por escapar del dolor infernal que le causaba la succión de los labios de los vampiros.

—Esto es grotesco —apostilló Pritkin.

Yo habría considerado más grotesco que hubiese sido yo la que acabase retorciéndome de agonía para que aquel tipo se pudiese embolsar la recompensa de Tony. En esos casos, yo era así de práctica.

—Se tienen que alimentar ¿Qué prefieres, que cazaran indiscriminadamente como por desgracia lo hacían en los viejos tiempos? —gruñí.

—¡Todo el mundo sabe a que se alimentan de cualquiera que no pueda defenderse! El círculo se creó para dar a los humanos una oportunidad de luchar contra ese tipo de cosas y ahora tú también, siendo supuestamente humana, ¡estás ahí sentada defendiéndoles! Me das más asco que ellos.

Pritkin quería pelea. La postura de su mandíbula y de sus piernas así lo indicaban. Quería pegar a alguien, pero no se atrevía, así que optaba por la agresión verbal. Una

lástima que yo no me sintiese muy diplomática.

—Soy tan humana como tú y te he visto en acción esta noche, Pritkin. Hasta que se metió el Círculo Negro, te lo estabas pasando en grande y lo sabes. No me vengas con esa mierda de la defensa propia. Tú eres un depredador. Me crié rodeada de un montón de gente así, como para no saberlo.

Me paré porque el hombre del sofá escogió aquel momento para montar un numerito. Los vampiros debieron verlo venir, porque se pusieron cómodos para ver cómo su víctima se veía atrapada por un fino escalofrío que le recorría de arriba abajo como los temblores de un terremoto. Unos segundos después, su espalda se arqueó formando un ángulo que parecía imposible, de tal manera que lo único que seguía estando en contacto con el sofá eran sus manos amarradas y la parte trasera de sus muslos. Después, llegó al clímax con estruendo, envuelto indefenso entre espasmos una y otra vez. Su cabeza cayó hacia atrás y sus ojos tuvieron el deseo de cerrarse, pero Rafe capturó su mirada y la mantuvo abierta, rechazando la más mínima posibilidad de que su prisionero se distanciase de lo que estaba sucediendo. El hombre le miraba, con los ojos abiertos y temblando, mientras él le depositaba sobre su propia piel bronceada y la madera brillante del suelo.

Parecía que aquello iba a durar para siempre, como si su cuerpo no pudiese calmarse por sí mismo y él fuese a seguir en erupción hasta que su corazón aguantase. Sin embargo, al final acabó, precipitándose ingravido hacia delante con el pelo envolviéndole su rostro sonrosado. Los vampiros le dieron un pequeño empujón y su cuerpo cayó pesado contra el suelo que había entre el sofá y la mesita de café. Me di cuenta de que habían estado esperando a que el hombre empezase a sufrir el inevitable efecto secundario sexual derivado de la succión, confiando en que el triplete de humillación, dolor y miedo fuese suficiente para estar seguros de que no tendrían que volver a encontrarse con él nunca. A juzgar por el aspecto demacrado de su rostro mientras yacía allí tumbado, temblando, estaba bastante segura de que habían logrado su objetivo.

El mago estaba decidido a no mirar a la masa patética que yacía en el suelo. Yo me sentí ligeramente culpable por no haberme preocupado un poco más por aquel hombre. No estaba segura de que tuviera que haberlo hecho, pero ver el rostro tenso de Pritkin me hacía dudar. También me ponía a la defensiva, aunque lo que le dije era verdad.

—Los vampiros no van por ahí matando humanos a no ser que les hayan intentado matar a ellos primero. Al Senado no le gustaba este tipo de asesinatos porque había muchas posibilidades de que alguien viese algo y empezase a desatar rumores peligrosos, o de que un vampiro novato no se deshiciese del cuerpo y permitiese abrir una investigación. La caza indiscriminada no era legal desde 1583, cuando el Senado europeo firmó un acuerdo con tu círculo. Ni siquiera los esbirros de Tony lo hacen.

—Me alivia escucharlo —comentó Mircea, sacando un pañuelo con un

monograma para limpiarse la boca.

Aparte de sus labios, no había más manchas en ninguna otra parte de su cuerpo. Cuestión de práctica, supongo. Dado que no se había molestado en absorber la sangre sobrante, me imaginé que estaba bastante lleno. El tipo debía haber aguantado más de lo que él esperaba.

—Sé lo que dicen sus leyes —musitó Pritkin mirando alrededor de la habitación con una sonrisa despectiva (empezaba a preguntarme si tenía otra expresión)—. Sin embargo, hay miles de vampiros repartidos por el mundo. La mayoría de ellos se alimentan casi a diario. Eso supone tener muchos enemigos. ¿O me vas a decir que sobreviven con la sangre de animales? ¡Eso es una patraña!

—No pongas en mi boca palabras que no he dicho —repliqué.

Me di cuenta de que ningún vampiro se molestaba en defenderse. Quizá estaban cansados de esos ataques, o tal vez pensaban que no merecía la pena perder el tiempo con Pritkin. O quizá dudaban que Pritkin se fuera a creer nada de lo que le pudieran contar. Probablemente tenían razón, pero no me sentía con ganas de dejar que fuese él quien dijese la última palabra.

—Los vampiros no desperdician sangre, nunca, así que cualquier enemigo con vida recibe este tratamiento. Sin embargo, se les da una segunda oportunidad; y, por lo que he oído, eso es más de lo que tu círculo le da a los usuarios ilegales de magia. Sólo los vampiros reciben una sentencia de muerte automática si desafían las normas establecidas.

Pritkin no podía evitar observar cómo el humano intentaba escaparse a gatas con sus extremidades atadas, sus ojos aún abiertos como platos por la impresión, pero a duras penas lograba avanzar, en parte por el cansancio y en parte por las firmes sujeciones. La falta de sangre también le hacía sentirse torpe, así que se acabó resbalando un par de veces contra el suelo pegajoso. Finalmente, logró llegar reptando hasta la puerta, pero tampoco le sirvió de mucho, porque no podía abrir la puerta. Lo intentó con la boca, pero no pudo y tuvo que darse la vuelta hacia la sala de nuevo para que sus manos atadas tuvieran acceso al pomo. Al final me entró un ligero remordimiento de conciencia, a pesar de que probablemente unos segundos antes me podía haber metido una bala entre ceja y ceja sin pensárselo dos veces. Resultaba difícil pensar en él como un asesino a sangre fría, con ese sexo flácido colgando entre sus muslos pegajosos y el cuello y la ingle soltando ligeras hileras de sangre que no podía apartar. Me alegraba comprobar que esta vez no cruzaba su mirada con la de nadie.

El rostro de Pritkin se volvió hacia mí enfurecido.

—¿Me estás diciendo que castigan a su propia gente más que a los de fuera? Mientes. ¡Los monstruos no entienden de compasión! —bramó.

Yo me encogí de hombros.

—Cree lo que quieras, pero es verdad. No ves vampiros por aquí, ¿verdad? Si hubieran cogido a alguno prisionero, tendría una estaca clavada ahora mismo —

apunté.

Y eso dando por supuesto que respondiesen convenientemente al interrogatorio. En caso contrario, probablemente Jack tuviese vía libre para hacer su agosto.

—No es una cuestión de compasión, mago Pritkin, te lo aseguro —intervino Rafe, con los ojos aún clavados en el prisionero, que arañaba la puerta con las manos atadas—. Simplemente, no tenemos la sensación de que tu gente suponga una gran amenaza.

Pritkin emitió un sonido de disgusto y se dirigió a abrir la puerta. El hombre se cayó de espaldas y varios sirvientes le miraron sorprendidos antes de levantarlo y sacarlo de allí para que le leyeran la cartilla. Tenía mis dudas de que le hiciese falta.

—Entonces, ¿cómo se alimentan normalmente? ¿Esperas que me crea que no van a acabar lo que empezaron más tarde, cuando no haya testigos?

Pritkin no iba a dejarlo estar así como así. No me podía creer que no supiera cómo funcionaba aquello. En casa de Tony, nunca había visto a un mago sorprenderse al ver cómo se alimentaban los vampiros. Quizá es que simplemente habían aprendido a esconder sus emociones, pero me daba la impresión de que tampoco era un gran secreto. Con todo, Pritkin parecía estar confundido de verdad. ¿Qué coño les enseñarán a los magos de la guerra?

—¿Quieres mostrárselo? —dije, mirando a Mircea.

—Me encantaría, *dulceață* —sonrió él alegremente—, pero no me fío de mí mismo. La tentación de deshacernos de su molesta presencia sería muy grande y la Cónsul dijo expresamente que no se le debería hacer daño a no ser que diese motivos para ello. Y, por desgracia, hasta el momento se ha comportado —apostilló deslizando su mirada hacia Pritkin.

—Me refiero conmigo —maticé.

—No —irrumpió Tomas, haciéndome dar un leve salto de sorpresa. Había estado tan callado que casi me había olvidado de que estaba allí—. A ella no se le puede hacer daño.

—Creo, Tomas, que esa es la cuestión que nuestra querida Cassandra está intentando dejar clara —replicó Mircea—. Si se hace adecuadamente, no resulta perjudicial —prosiguió, mirándome a mí—. Debes haber sido una donante frecuente en la corte, ¿sí? ¿Comprendes el procedimiento?

Yo asentí con la cabeza.

—*Seh*, por no mencionar que en ocasiones sirvo de alimento a un fantasma hambriento —añadí.

Habiendo hecho ambas cosas, sabía que lo que hacían los vampiros tenía muy pocas diferencias con lo que yo hacía con Billy Joe, salvo porque él podía absorber la energía vital directamente y ellos tenían que conseguirla a través de la sangre. Billy era capaz de saltarse ese paso, lo cual no era baladí teniendo en cuenta que su cuerpo estaba en alguna parte del fondo del río Misisipi. En su forma actual, tendría problemas para metabolizar hasta comida líquida.

Mircea se deslizó con ese gracejo tan particular que tenía. Todos los no muertos lo tenían, pero el suyo hacía que los demás parecieran patosos. Él tenía mucha experiencia haciendo esto, sabía que no me haría daño y además estaba demasiado lleno como para extraerme demasiada sangre. A quien sí me hubiera gustado estrangular era a Billy, si el muy cobarde no se hubiese escapado a no se sabe dónde. Cuando Billy tomaba energía de mí normalmente no me molestaba, porque podía rellenar lo que él me consumía comiendo y descansando. Sin embargo, él sabía las reglas de cuánto podía donar de una vez y aquella noche se las había pasado por el forro.

—¿Qué vas a hacer? —inquirió Pritkin dando un paso al frente, que Tomas interrumpió enseguida, aunque tampoco parecía estar muy contento.

—Asegúrate de que tenga buenas vistas, Tomas —espetó Mircea, mirando hacia abajo en mi dirección concienzudamente—. Solo haré esto una vez. Cassandra ya está cansada y tenemos mucho de lo que hablar. No quiero que se quede dormida.

Sonrió y me acarició el mentón con la mano. Parecía cálida, aunque en realidad siempre era así. Los vampiros más antiguos no tenían fluctuaciones de temperatura en función de si habían comido recientemente o no.

—No te haré daño —prometió.

Empezaba a recordar por qué siempre me había gustado Mircea. Sus ojos marrón oscuro y su físico grácil ciertamente habían tenido algo que ver, las hormonas adolescentes son lo que son, pero su apariencia me resultaba menos importante que su honestidad. Nunca le había cogido diciendo una mentira. Estaba segura de que sería un mentiroso muy capaz cuando quisiera serlo; de otro modo, sería muy difícil mantenerse en la corte, pero conmigo siempre había sido franco. Puede parecer una tontería, pero en un sistema regido por la mentira y las evasivas, la sinceridad no tenía precio. Le sonreí, solo a medias para evitar que a Pritkin le diese algo.

—Lo sé —musité.

Pritkin no pudo llegar adonde estaba yo, pero sí pudo gritar.

—¡Esto es de locos! ¿Vas a dejar que se alimente contigo? ¿Por propia voluntad? ¡Vas a acabar como uno de ellos! —vociferó.

Mircea respondió por mí, con sus ojos oscuros firmes sobre los míos. En ese momento me di cuenta de que no eran realmente marrones, sino de una mezcla de muchos colores: capuchino, canela, dorado y unas manchas de verde oscuro. Eran hermosos.

—Si nos alimentásemos indiscriminadamente como parece creer, mago Pritkin, ¿cómo podríamos evitar hacer miles, incluso millones de nuevos vampiros? Basta con tres mordeduras en otros tantos días consecutivos para que un maestro de séptimo nivel o más logre realizar una conversión. ¿Puedes creer que, si no hubiera restricciones, eso no estaría pasando una y otra vez? Por accidente o adrede, pero pasaría. Pronto dejaríamos de ser un simple mito y volverían a darnos caza otra vez.

Mircea se detuvo, pero no hizo falta que siguiese. No me podía creer que Pritkin

no estuviese al corriente de lo que le pasó a Drácula y el propio Mircea había estado a punto de ser capturado y asesinado muchas veces en sus primeros años. Radu, su hermano pequeño, no había tenido tanta suerte. Una multitud le apresó y le llevó ante la Inquisición. Le torturaron durante más de un siglo y, cuando Mircea dio con él y le liberó, se había vuelto completamente loco. Desde entonces, Radu ha permanecido encerrado bajo custodia.

—Durante muchos años, fue una guerra continua —prosiguió Mircea, como si hubiera podido adivinar lo que yo había estado pensando— entre nosotros y los humanos, entre familias de vampiros, entre nosotros y los magos, y así una y otra vez. Hasta que surgieron los senados, hasta que se dijo basta, o acabaremos destruyéndonos a nosotros mismos. Nadie quiere regresar a aquello, especialmente al conflicto con los humanos. Incluso aunque pudiéramos ganar contra los miles de millones que se opondrían a nosotros, perderíamos, porque entonces, ¿quién nos serviría de alimento?

Mircea hizo una leve pausa y miró a Pritkin antes de proseguir.

—No queremos que nuestro número se eleve alocadamente sin supervisión ni esperanza de permanecer en secreto, igual que sucede con vosotros. Sólo mordemos para secar a un sujeto en una ejecución, o para asustarle como ha ocurrido con los prisioneros de hoy. Pero, por lo que se refiere a la alimentación del día a día —dijo, volviendo a centrar su atención sobre mí—, preferimos un método más dulce.

Mircea sonrió y aquello fue como si el sol asomase entre las nubes después de varios días de lluvia. Me dejó sin respiración.

—¿Qué le estás haciendo? —preguntó Pritkin asomándose por los hombros de Tomas—. No estás haciendo nada.

Parecía casi decepcionado.

Tomas llegó hasta donde estaba yo y quitó la mano de Mircea de mi cara.

—Déjala en paz.

Mircea le miró divertido.

—Ella se ofreció, Tomas, ya la oíste. ¿Cuál es el problema? He prometido hacerlo con suavidad.

Los ojos de Tomas centellearon y su mandíbula rechinó. No parecía que aquel comentario hubiera servido para apaciguarle. Los ojos de Mircea se hicieron ligeramente más grandes y después soltaron un relampagueo malvado.

—Discúlpame; no lo entendí bien. ¿Seguro que no puede ser que me envidies por poder probarla aunque sea solo un poco? —prosiguió Mircea recorriendo mi rostro con una caricia vaga, pero con la mirada aún clavada en Tomas—. ¿Es de verdad tan dulce como parece?

En ese momento Tomas le gruñó literalmente a la cara y le apartó la mano bruscamente.

Yo deseaba que Mircea ignorase aquello. Quería hacerle unas preguntas a Pritkin, pero no podía mientras siguiese teniendo aquella fijación por los vampiros.

—¿Podemos limitarnos a hacer esto? —interrumpí.

—Si hay que hacerlo, lo haré yo —contestó Tomas inclinando la cabeza hacia mí. Yo me aparté de inmediato.

—Eh, eh. Yo no he dicho que aceptara eso.

A Tomas le debía unas cuantas cosas, cierto, pero servirle de alimento no era una de ellas.

Mircea volvió a reírse y aquel fue un sonido suave y dulce.

—¡Tomas! ¿No se lo has contado?

—¿Decirme qué? —repliqué yo. Mi humor no mejoraba, desde luego.

El brillo de los ojos de Mircea era pura malicia.

—Nada, sólo que se ha estado alimentando de ti durante meses, *dulceață*, y, como suele ocurrir a menudo en estos casos, se ha vuelto... territorial.

Miré a Tomas, conmocionada.

—Dime que está de broma.

Antes de que hablara, la respuesta ya se podía leer en su rostro, y yo sentí como si el mundo se derrumbara a mi alrededor. Está prohibido alimentarse del mismo humano de manera regular, porque crea un sentimiento de posesión por parte del vampiro que la realiza y puede acabar desembocando en todo tipo de problemas derivados de los celos. Si la sangre se extrae sin permiso de alguien conectado a nuestro mundo, la violación se considera aún más grave. No solo por las consecuencias a menudo de índole sexual del proceso por el que un vampiro se nutre de la sangre de alguien, sino también porque cualquiera a quien se le reconozca como parte de la comunidad sobrenatural tiene derechos especiales. Tomas acababa de violar todo un paquete de normas, por no mencionar que me había traicionado una vez más. Entonces, todo lo que le rodeaba consistía, en el fondo, en un truco vampiro, desde el modo en el que me miraba hasta la manera en la que me sentía yo. Podría haber llegado a perdonarle el engaño, pero no esto. No podía creer que me hubiera hecho eso, pero mirándole sabía que había sido así.

Tomas se mojó los labios.

—No fue algo frecuente, Cassie. Necesitaba saber dónde estabas en todo momento y alimentarme de ti de manera regular creaba un vínculo. Así podía protegerte mejor.

—Qué generoso por tu parte —murmuré, porque casi no me salían las palabras; me sentía como si alguien me hubiera golpeado.

Empecé a incorporarme, no estoy muy segura de por qué, cuando Mircea me sujetó el hombro con su mano. Su expresión se volvió seria de repente, como si se hubiera dado cuenta de lo mucho que me había afectado la noticia.

—Tienes todo el derecho a estar enfadada con Tomas, *dulceață*, pero ha llegado el momento. Es culpa mía: no tenía que haberle provocado. En adelante prometo contenerme; y ahora te agradecería que dejaras pasar esto porque, si no, vamos a perder todo el día con discusiones.

—No quiero discutir —repliqué, y era verdad.

Lo que quería era tirarle algo a la cabeza a Tomas, preferentemente algo pesado. No obstante, aquello no me iba a dar respuestas y en ese preciso instante lo que me hacía falta era información, más que venganza.

—De acuerdo. Tan solo manténlo alejado de mí —concluí.

—Sin problemas. Tomas, si no te importa.

Parecía que Tomas iba a iniciar otra discusión, pero después de una pausa larga, se apartó medio metro. Después se detuvo, sin perder su gesto avinagrado. Se lo hubiera echado en cara, pero se hubiera limitado a decir que tenía que estar cerca para vigilar a Pritkin. Como yo también lo veía en cierto modo así, no dije nada.

Mircea suspiró y me sujetó la cara de nuevo. Esta vez no prolongó el momento. Sus dedos se deslizaron con suavidad desde mi barbilla hasta el cuello y pude sentir cómo su poder me llamaba. El modo en el que me acariciaba era delicado, apenas podía sentir su tacto, pero me estremecía al notar cómo una cálida oleada de placer danzaba por todo mi cuerpo, expeliendo parte del disgusto que me había provocado el comportamiento de Tomas. Sentí un hormigueo en la piel y entre nosotros se erigió una neblina de energía chispeante y deliciosa. De pronto supe de quién eran las protecciones que Billy Joe había roto antes, de quién había cogido prestado el poder para repeler el ataque en el Dante. Esta era la misma sensación vertiginosa, burbujeante, como de champán en hielo, que había sentido en el casino, una mezcla embriagadora de deseo, felicidad y calidez que se convertía en adictiva al instante. Sabía que las protecciones que estaba poniendo en mi poder debían molestarme, pero nadie que se sumergiera en aquella sensación podía estar enfadado. Era simplemente imposible. Caía sobre mí como rayos de sol que hubieran adoptado una forma tangible y yo me reía preguntándome cómo podía ser aquello.

Mircea comenzó cuando nuestras energías se entremezclaron, después procedió con una suavidad tremenda. Apenas me di cuenta. Estaba hundida en un mar de felicidad gloriosa y dorada. Me sentía como si estuviese tocándome algo mucho más íntimo que el cuello y, durante un segundo, llegué a pensar que mi bata había desaparecido y que una mano cálida estaba deslizándose hacia abajo por mi cuerpo. Intenté tragar saliva, pero se me había secado la boca y notaba cómo el pulso empezaba a latirme de manera insistente en zonas suaves de mi cuerpo. De repente, me vi inmersa en una escena de hacía mucho tiempo: una tarde en la que Mircea y yo estábamos enroscados en el diván del estudio de Tony, él mesaba mis cabellos y me contaba una historia. Pasé más tiempo con él durante aquella visita que el propio Tony y la mitad de él estuve acurrucada en su regazo, pero nunca había reaccionado de esa forma. También era verdad que entonces tenía once años. Estar sentada en su regazo ahora adquiriría una connotación radicalmente novedosa.

Mircea tenía una expresión extraña, casi confundida, como si no me hubiese visto nunca. Por un momento buscó mi rostro, después cogió mi mano y se arqueó hacia ella. Noté un leve roce de sus labios, después me soltó y se echó hacia atrás. Todo

aquello debió durar unos diez segundos, pero me dejó sin respiración, sonrojada y con el corazón momentáneamente roto, como si se hubiese volatilizado lo más preciado de mi existencia. Estuve a punto de salir detrás de él, pero me las apañé para detenerme antes de acabar humillándome. Me quedé sentada allí, intentando calmar mi pulso hasta unos guarismos cercanos a los normales, mirándole.

Había olvidado hasta qué punto las succiones de los vampiros eran más personales que las de Billy. No me había planteado el asunto en aquellos términos con Mircea, lo cual me sorprendía tremendamente en ese momento. Él poseía el carisma por el que toda su familia era conocida, su poder era lo suficientemente grande como para hacerse con un sitio en el Senado y ser capaz de mantenerlo, y su belleza masculina era innegable. Por supuesto, yo nunca conocí a Drácula, que ya había muerto mucho antes de nacer yo, o al desgraciado Radu, pero mirando a Mircea, podía comprender por qué la familia se había convertido en una leyenda. Si conocías a uno de ellos, no era muy probable que fueras a olvidarlo, independientemente de las artimañas que utilizaran después para torpedear tu memoria.

Miré hacia arriba y vi a Tomas escrutando, con sus ojos moviéndose de un lado a otro entre Mircea y yo. ¿Cuál era el problema ahora? Ya había acabado. Entonces miré mi reflejo y vi que tenía la mirada perdida, la piel sonrosada y los labios entreabiertos. Parecía que acababa de tener una buena sesión de sexo y la verdad es que aquello no se alejaba demasiado de la realidad. Rápidamente, traté de recuperar la expresión de mi cara para intentar parecer menos arrebolada.

Pritkin parecía decepcionado, como si hubiera deseado ver algo que provocara dolor, no placer.

—No me creo que te hayas alimentado. No has cogido sangre, ni llegaste a rasgarle la piel.

—Todo lo contrario —repuso Mircea ajustándose el cuello de la camisa casi con un gesto nervioso—. Lo que has visto ha sido un refrigerio; moderado, eso sí.

Mircea volvió la vista hacia Tomas como si fuera a decir algo, pero al final se echó para atrás. De repente, se giró de nuevo hacia Pritkin y le dedicó una mirada lobuna.

—Raphael te lo demostrará, si quieres —apostilló Mircea.

Antes de que yo pudiera pestañear, Rafe había atravesado la habitación y había envuelto la muñeca de Pritkin con sus dedos. Ráfagas de poder salieron despedidas del mago en oleadas de pánico y yo noté cómo mi brazalete temblaba contra mi muñeca.

—No voy a hacerte daño —le espetó Rafe despectivamente—. No te haré nada más que lo que le han hecho a Cassie. ¿Eres menos valiente que ella?

Pritkin no le estaba escuchando. Su expresión me habría hecho a mí salir corriendo en busca de un lugar seguro, pero Rafe se mantuvo firme. No podía ser de otro modo, porque había recibido una orden directa del maestro de su maestro.

—¡Déjame en paz, vampiro, o por el círculo que te arrepentirás!

De repente, los elementos de Pritkin me rodearon abruptamente. Lanzó protecciones tanto de tierra como de agua, y le florecieron todas al mismo tiempo, así que me sentí como si me estuviesen enterrando y ahogando a la vez. Mi brazalete saltó como si hubiese capturado a un pequeño animal salvaje que quisiera liberarse desesperadamente. Me puse el cuello de la bata delante de la cara, pero tampoco fue de mucha ayuda: no era lo material lo que amenazaba con asfixiarme. Traté de coger aire, pero era como si mis pulmones fueran dos trozos sólidos y pesados dentro de mi pecho que habían olvidado cómo se respiraba. Lentamente, me deslicé por la silla y la visión se me empezó a oscurecer. Lo único que pensé en ese momento era que, en una habitación llena de vampiros, tenía narices que me fuera a matar el único humano que había aparte de mí.

Una mano cálida se deslizó por debajo de mi cuello para acabar descansando levemente sobre la piel de mi clavícula. Sentí que un ligero hormigueo ascendía por mi brazo. De repente, toda la sensación de asfixia disminuyó un poco. El aire seguía siendo pesado y resultaba difícil respirar, pero al menos podía hacerlo.

—Suéltale, Raphael —ladró Mircea, y al mirar hacia arriba comprobé que había sido su tacto el que había atravesado el poder del mago.

Rafe obedeció inmediatamente, sacudiéndose la mano en el muslo como si no le hubiese hecho mucha gracia tocar a Pritkin, casi tan poca como sucedía a la inversa. El mago se esforzaba por recuperar el control de su poder. Seguía manando, pero de manera menos violenta, como las olas que quedan envueltas en el interior de un lago en lugar de romper contra la orilla.

Mircea asintió con la cabeza mirando a Rafe, que se dirigió a la puerta y le dio una orden a uno de los sirvientes. Unos segundos después, trajeron a otro de los híbridos sátiros. Era un macho joven y rubio que, como los demás, había vuelto a su forma no amenazante. Su pelaje era de un color dorado leonino que iba a juego con su cabello y el tono descolorido de sus ojos. Podía medir tranquilamente un metro ochenta y era fornido como la mayoría de los sátiros jóvenes. Si no nacen así, se lo trabajan, porque para ellos lo único peor que ser considerados poco atractivos es la impotencia. Aquel no tenía problemas en ninguno de los dos sentidos. La incertidumbre del cautiverio le había marchitado un poco, pero volvió a animarse en cuanto me vio. No se lo tuve en cuenta: literalmente no podían evitarlo.

—Mira y aprende, mago.

Raphael sacó un cuchillo y, sin mediar palabra, le efectuó un corte superficial al sátiro en el pecho. Aquella criatura no gimió y tampoco me sorprendía. No es que fueran especialmente valientes, pero nunca mostrarían miedo delante de una mujer a medio vestir.

Rafe mantuvo su mano a unos treinta centímetros del torso del sátiro y, lentamente, como si fuera obra de hilos invisibles, empezaron a saltar gotas de sangre que flotaban en el aire hasta estrellarse contra la palma de su mano. En cuanto aterrizaban, eran absorbidas.

—Podemos hacerlo sin el corte, sin hacer ninguna herida —explicó tranquilamente Mircea—. En cualquier momento, a cualquiera, en cualquier lugar. Un encontronazo en el metro, un apretón de manos —prosiguió, posando su mirada sobre mí—, o cosas más placenteras; cualquiera de ellas es suficiente.

Resistí la mirada de los ojos oscuros de Mircea durante un segundo y no pude volver a respirar, aunque esta vez la pelea era con mi propio cuerpo más que con el poder de alguien ajeno a mí. Nadie sabría mirar así, era como si sus ojos contuvieran el secreto de cualquier sueño que uno hubiera tenido, como si cualquier deseo se

hiciera realidad de manera espectacular. La mano que tenía sobre mi piel desnuda se volvió de repente estimulante, más que reconfortante. Su expresión cambió y antes de que pudiera siquiera ponerle nombre, mi cuerpo la interpretó como erótica. Tuve que sujetarme a los brazos de la silla para evitar arrojarme a sus brazos. Joder, esto sí que no me lo esperaba.

Mircea se apartó después de un momento y el río de calor que fluía en mi interior se disipó en parte, pero el anhelo siguió encendido. El problema, además del hecho de que podría tener que matarme siguiendo las instrucciones de la Cónsul, era que no podía estar muy segura de hasta qué punto lo que estaba sintiendo era real y hasta qué punto era solo algo que Mircea quería que sintiese. Pensé en la primera noche con Tomas y su intento de seducción. Me resultaba difícil creer que se hubiese visto tan superado por la lujuria al verme en mi enorme toalla de dibujos animados como para no poder resistirse. ¿Había actuado Tomas bajo las órdenes del senado? ¿Estaba haciendo Mircea lo mismo ahora?

Yo sabía que a Tomas no le había hecho falta tocarme para alimentarse de mí. Mircea no se lo había dicho a Pritkin, pero un maestro no necesita contacto táctil. Cualquiera maestro podría habérmelo hecho desde el otro extremo de la sala, arrancándome la vida en partículas invisibles y microscópicas que nadie más habría podido ver. Y si eran tan buenos como Mircea, ni siquiera habría un moratón o cualquier otra marca que pudiera indicar que alguien había robado sangre de allí. No creí que Pritkin fuese a reaccionar muy bien al saber una cosa así, sobre todo teniendo en cuenta la expresión medio aterrada de animal atrapado que seguía exhibiendo en su rostro. Parecía un hombre que acababa de despertarse de un sueño y se veía rodeado de monstruos.

Podía haberle tranquilizado si se hubiera creído algo de lo que tenía que decirle. La mayoría de los vampiros no serían capaces de alimentarse de él fácilmente, si acaso podían. Sus protecciones eran casi con toda certeza demasiado fuertes, habría tenido que tirárselas contra Rafe para saber hasta qué punto lo eran y la preparación que tenía probablemente le avisaría siempre que se encontrase ante una amenaza. En cambio, un normal nunca se daría cuenta de nada, excepto quizá por una leve sensación de aletargamiento. Los vampiros sólo dejaban un cuerpo marcado por colmillos en las películas, o a veces cuando querían dejar claro algo. Tony recibiría sin duda unas en breve.

En ese momento, Louis-César decidió que Mircea ya había tenido suficiente diversión por ese día.

—Si tan interesado estás en nuestras costumbres, mago Pritkin, puedo recomendarte varios tratados excelentes para que los estudies. No obstante, este no es el momento apropiado —aseguró mirando a su colega—. Pasa el día y la noche va a estar completa. ¿Podríamos proceder?

Mircea inclinó su cabeza y se repantigó elegantemente de nuevo sobre el sofá, haciendo una leve pausa para quitarse la chaqueta de su traje y colocarla sobre la

mesita de café. También se aflojó su camisa de cuello alto, como si de repente la habitación se hubiera vuelto muy caliente. La camisa que llevaba era de una seda gruesa semimate, seguía un patrón chino y tenía pequeños broches en lugar de botones. El material tenía un brillo lustroso, de ese tipo que te hace desear recorrerlo con las manos para comprobar si es tan suave como parece, pero no lucía estampado alguno. Su traje era también liso, totalmente negro, pero en él esa apariencia sobria funcionaba bien. Era como si un marco sencillo rodease una pintura de primera calidad: lo único que veías era el resultado en conjunto y era impresionante. Yo me revolví dentro de mi bata gruesa. Mircea tenía razón, hacía mucho calor en aquella habitación.

La piel de Pritkin se había vuelto del color de los champiñones pasados. Creo que había empezado a asimilar algunos de los datos que se derivaban de lo que había visto. Se volvió hacia Mircea.

—¿Podéis hacer más vampiros de esas maneras? ¿Podéis llamar a vuestras víctimas?

Yo me mordí el labio.

Definitivamente, cuando explicaban el abecé de los vampiros a Pritkin debió pillarle en la hora del almuerzo. Su ignorancia hacía que resultase extraño que el Círculo Plateado le hubiese enviado a él para hacer de enlace con el Senado. Por las cosas que decían los magos que pasaban por casa de Tony, yo sabía que los magos de la guerra se especializaban en distintos campos, cada uno de los cuales se concentraba en una categoría principal de no humanos: vampiros, híbridos, demonios, duendes y criaturas mágicas como los dragones. Me preguntaba cuál sería la especialidad de Pritkin.

Louis-César frunció el ceño sin dejar de mirarle, quizá porque estaba pensando lo mismo que yo, y Mircea extendió su mano hacia mí con un aire muy teatral.

—Ven hacia mí, Cassandra —tronó—. ¡Te lo ordeno!

Su acento habitual se marcó más hasta el punto de que parecía Bela Lugosi.

A pesar de mis esfuerzos, solté una risita. El sentido del humor de Mircea era francamente horrible, pero ayudó a cortar la tensión.

Me acurruqué en la suavidad del sofá repleto de cosas.

—Gracias por el ofrecimiento, pero estoy bastante cómoda aquí.

El sofá parecía mucho más atractivo en ese momento, así que quedarme allí era sin duda una buena idea. Sabía perfectamente que parte de mis problemas eran los efectos posteriores a la succión, pero Mircea habría intentado tentar a un santo si hubiera hecho falta. No me hacía falta complicarme más, sobre todo con un miembro del Senado. Podía ser que yo le gustase de verdad, pero, al final, acabaría haciendo cualquier cosa que le ordenase la Cónsul. Les pasaba a todos.

Mircea se mofaba de Pritkin.

—¿Te das cuenta, amigo mío? Nada. Me desdeña. Mi atractivo no debe ser tan grande como suponía.

—Sólo una mordedura nos puede permitir llamar a uno de vosotros —le explicó Tomas brevemente.

Los ojos de Tomas estaban clavados en mí y tenían un color negro con una expresión que no sabía descifrar.

Yo seguí con la boca cerrada, porque no quería empezar una discusión. Sin embargo, lo cierto era que, aunque Mircea me hubiera mordido, probablemente no hubiera sido muy diferente. Los vampiros pueden controlar a la mayoría de los normales con una mordedura: normalmente una era suficiente, dos lo eran siempre y después de tres, la víctima tenía ya un vínculo vampiro con su maestro o maestra, así que aquello era discutible. Sin embargo, Tony me había mordido dos veces para asegurarse de que le sería leal, una vez cuando era niña y otra después de que regresara a sus brazos siendo una adolescente. Con todo, si estaba intentando invocarme, lo cual daba por sentado, no estaba teniendo mucho éxito.

Yo tenía la teoría de que el hecho de que estuviera constantemente asociándome con fantasmas interrumpía la señal. Billy Joe estaba casi siempre conmigo y yo llevaba constantemente su collar, lo que nos unía hasta cuando estábamos separados. Además, los vampiros no pueden leer a los fantasmas. Uno de los argumentos que empleó Billy para que cerráramos nuestro trato fue precisamente ese, que, con suerte, conseguiría activar una especie de interferencia espiritual. Puede que hubiera funcionado, o puede que yo fuera una de esas que tenía resistencia natural a la llamada. Lo dudaba, porque normalmente ese caso se daba solo con los usuarios de magia muy poderosos, pero cosas más raras se han visto. Qué coño, a mí me pasan cosas raras todo el tiempo.

Mircea me miraba con un deseo desmedido y yo le sonreí.

—Siempre te puedes unir tú a mí —musité.

En el mismo instante en el que lo dije, deseé volver atrás. Era imposible tener la cabeza en su sitio teniéndole a él cerca y lo que yo deseaba era tener activadas todas las habilidades necesarias para estar alerta. De todos modos, tampoco tenía de qué preocuparme. Mircea se quedó expectante durante un momento como si estuviese considerando la oferta, pero después sonrió y meneó la cabeza.

—Es muy amable por tu parte, *dulceață*, pero yo también me encuentro cómodo aquí —musitó mirando a Tomas—. Quizá más tarde.

Louis-César se plantó delante de mí mientras Tomas volvía a acompañar a Pritkin a su sitio, junto a la puerta. El francés parecía ligeramente tenso. Por lo poco que le había podido observar, probablemente su estado en ese momento sería el equivalente a lo que para cualquier otra persona sería una rabieta.

—*Mademoiselle*, necesito que me prestes atención un momento, si me haces el favor. Sé que estás cansada y que esta experiencia ha sido difícil, pero por favor trata de concentrarte.

Yo estuve a punto de señalar que no había sido yo la que había hecho que nos desviásemos del tema, pero me lo pensé mejor y no dije nada.

—¿Recuerdas el nombre de Françoise? —insistió Louis-César.

Le miré con recelo. Así que volvíamos otra vez a lo de antes.

—Sí —respondí.

—Por favor, explícame por qué creíste que ese nombre me convencería para que te dejara en paz.

Miré a Tomas. Él asentía bruscamente.

—Les he dicho todo lo que sé, pero no entendí mucho qué es lo que hicimos. Sólo sé que...

—¡Cállate! —le ordenó Louis-César sin remilgos—. No podemos permitirnos que nada de lo que digas pueda influirle a ella.

El francés se dio la vuelta hacia mí y sus ojos adquirieron un color azul oscuro-gris similar al de las nubes que preparan una tormenta sobre el océano.

—Por favor, dímelo —repitió.

—Vale, pero después quiero hacer unas cuantas preguntas, ¿de acuerdo?

Louis-César asintió con la cabeza, así que les hice un repaso de todo lo que sabía, de cuando me tocó y por alguna razón yo acabé en el castillo, saltándome eso sí dónde estaba y qué estábamos haciendo la primera vez que llegué.

—La quemaron viva, pero no pude —pudimos— hacer nada. Sólo podíamos estar allí de pie y ver lo que ocurría. Después regresé y tú dijiste algo de que deseabas que no hubiera tenido que ver aquello, y la llamaste a ella Françoise. ¿No te acuerdas?

Louis-César se volvió ligeramente verde.

—No, *mademoiselle*, no es así como recuerdo nuestra corta estancia en esta habitación. Ni Mircea, ni Raphael. Te desmayaste mientras yo te curaba la mejilla y, cuando te despertaste, estabas enfadada y desorientada al mismo tiempo. Atribuimos aquello a las recientes experiencias que habías vivido. No mencionaste nada sobre una mujer llamada Françoise. Una vez me dieron una vuelta por los calabozos de Carcassonne, eso es cierto, pero hasta donde tengo conciencia, nadie murió aquella noche —cerró sus ojos un instante—. Ya fue bastante horrible sin eso.

—¡No lo soñé! —salté yo, cada vez más confusa—. ¿Estás diciendo que nunca has conocido a nadie con ese nombre?

—Una persona —repuso Louis-César con voz tranquila, aunque sus ojos bien podían haber encendido una cerilla—. Una joven gitana, la hija de uno de los guardias del castillo. Trabajaba como sirvienta, creo que para costear los gastos de su boda con algún joven.

—¿Qué le ocurrió? —inquirí.

Louis-César parecía mareado.

—Nunca lo supe. Di por supuesto que su padre creyó que nos habíamos vuelto... demasiado íntimos y la había mandado a alguna otra parte. En aquellos días, yo tenía una cierta reputación y Françoise era una de las sirvientas que cuidaban de mí regularmente. Pero nunca la toqué. No quería que estuviera en mi cama ninguna mujer que no estuviese allí por voluntad propia. Y una sirvienta habría tenido pocas

alternativas si yo hubiera... hecho algún avance. No la habría puesto en esa situación.

—¿Entonces por qué querría matarla nadie? —apunté.

Louis-César se sentó en el borde del sofá como si le hubiera sacudido un directo.

—Porque le tenía cariño. Le regalé un collar, una simple bagatela, pero es que no tenía ninguna joya y una belleza como la suya merecía llevar algún adorno. Y en dos ocasiones le di dinero, de nuevo sumas insignificantes, porque mis propios recursos no eran demasiado grandes por aquel entonces. Sólo pensaba en ayudarla en los gastos de su boda y compensarla por su amabilidad. Se lo debió decir a alguien, o quizá vieron que llevaba el collar y pensaron que... —Sus últimas palabras pareció decirlas para sí mismo.

Aquello no era de mucha ayuda.

—¿Por qué iban a matarla sólo porque te gustara? ¿A quién odiabas tanto?

Se inclinó, con los codos sobre las rodillas y el pelo ocultándole el rostro.

—Mi hermano —musitó con un quejido amargo—. Durante años trató de aterrorizarme para someterme.

—¿Puedes contarnos algo más sobre aquella visión, Cassie? —intervino Mircea con gesto muy serio—. Cualquier detalle podría ser vital.

—Creo que no —repliqué.

Me lo pensé un rato, mis facultades mentales no estaban en plenitud en aquel momento como para realizar una observación en profundidad, pero creía haber reparado en prácticamente todo.

—Sólo una cosa —añadí—. El carcelero usó un nombre extraño para referirse a mí, o a nosotros, quiero decir. *M'sieur le Tour*, o algo así.

Louis-César se movió bruscamente como si le hubiera golpeado.

—¿Es eso importante? —le preguntó Mircea.

El francés meneó la cabeza.

—No. Es sólo que... no había escuchado ese nombre en muchísimos años. En cierta ocasión me llamaron así, aunque normalmente no a la cara. La traducción sería «el hombre de la torre» y me lo decían porque a menudo estaba preso en alguna. Según el momento, también puede tener otros significados —añadió levemente.

Yo miré a Mircea, que parecía estar serio pero no hacía ningún comentario.

—Háblanos de tu segunda visión, *dulceață*.

Yo asentí, intentando ignorar el hecho de que mis pequeñas cartas del tarot estaban más preparadas que nunca. Llegué a la conclusión de que era mejor no mencionarlo. Louis-César había dicho que el nombre no era importante y no quería que me las quitaran.

—Está bien, pero no la comprendo tampoco. Normalmente, «veo» lo que ha pasado alguna vez o lo que va a pasar, pero es como ver la tele, me limito a observar, eso es todo —señalé.

—Pero no es así últimamente.

Me revolví incómoda. No había tenido tiempo para procesar lo que me había

ocurrido, así que ¿cómo se lo iba a explicar a otro?

—Ha sido... diferente desde hace más o menos un día. Quizá se deba a que estaba en el cuerpo de otra persona cuando me transporté por segunda vez. Nunca antes me había pasado algo así.

—¿No habías poseído a nadie antes de esta noche?

Era la voz de Pritkin y sonaba escéptica. Yo tenía ganas de ignorarle, pero también quería saber qué estaba ocurriendo.

—No. No sé cómo lo hice, pero cuando Billy Joe se metió dentro de mí...

—¿Billy Joe es el nombre de tu *daimonion*?

—No tengo ningún *daimonion* —irrupí con brusquedad—. Por última vez, no soy una bruja, ¿vale? ¡No soy un demonio ni el puto hombre del saco! Soy una clarividente. ¿Sabes lo que es eso?

Quizá fue porque perdí los nervios, o quizá fue que el brazalete se acordaba de él y seguía guardándole rencor. Sea como fuere, sin mediar aviso, un par de cuchillos entrelazados, con un aspecto tan gaseoso e insustancial como Billy después de una noche loca, se me aparecieron delante de mí y volaron directos hacia él. No parecían reales, era más bien como si la luz hubiese cobrado forma, pero bastaron. No quería hacerle daño, pero según parecía el brazalete no pensaba lo mismo, porque las dagas se hundieron bien dentro del pecho. Pritkin soltó un grito y yo retrocedí instintivamente. Las dagas volvieron conmigo, atravesando la habitación de punta a punta para acabar desapareciendo en el brazalete.

—¡Lo siento! —grité, mientras observaba horrorizada como dos heridas de un color rojo brillante florecían en su pecho—. ¡No sabía que fuera a hacer eso!

Me miré la muñeca con asombro. Lo que había allí no debía ser capaz de hacer daño a un mago, pero el caso es que se había colado entre sus escudos como si simplemente no existieran.

—¿Dónde conseguiste eso? —preguntó Mircea mirando mi brazalete con interés.

—Yo, *eh*, me lo he encontrado, hace poco.

—¡Abandonó al mago oscuro para irse con ella! —rugió Pritkin con una voz endurecida por el dolor y una mirada que estaba clavada en mí llena de odio. Esta vez no podía culparle, la verdad—. Las armas oscuras son inconstantes; siempre se van a la fuente de poder más grande, para poder incrementar la suya propia.

Pritkin hizo un gesto de dolor y cayó sobre sus rodillas.

—¡Es peligrosa! —apostilló—. ¡Maligna!

Del pecho de Pritkin, que estaba tan destrozado como si le hubieran dado con armas de verdad, no dejaba de manar sangre. Le miré con pavor, sin acabarme de creer lo que había hecho. No me gustaba, pero matarle definitivamente no entraba en mis planes. Se rompió la camisa y respiró una bocanada de aire. Poco después, la dejó salir lentamente, farfullando algo. En pocos segundos, las heridas profundas de su pecho empezaron a cerrarse. Demasiado para un humano, se curó tan rápido como un vampiro.

—Entonces, sibila —dijo observándome con desprecio—, dices que eres humana. Y aun así, blandes un arma oscura, un arma que roba poder de sus oponentes y que se vuelve contra ellos. Las brujas oscuras luchan contigo y esta noche te he visto hacer algo que ni siquiera un mago oscuro podría haber hecho. Ni siquiera el Círculo Negro tiene el poder de robarle el cuerpo a nadie, ¡ni mucho menos el de un mago que está protegido contra ese tipo de cosas!

Pritkin agarró el pestillo de la puerta y se incorporó.

—Yo no lo robé... —protesté.

De nuevo me interrumpió con un gesto salvaje.

—Yo he visto algo parecido antes, una criatura que arrebató las vidas de los demás y las usa para su propio beneficio —vociferó.

Pritkin trató de atravesar la barrera de Tomas, pero sin éxito. Aquello pareció enfadarle aún más, así que siguió gritándome por encima del hombro de Tomas.

—¡Es la magia más oscura que existe, sólo los demonios más viles pueden acceder a ella! El círculo tenía razón al enviarme a por ti. Sabían que me daría cuenta de qué eres. ¿Cuántas vidas has arrebatado, sibila? ¿Cuántas muertes han hecho falta para sustentar tu existencia miserable?

Me puse de pie y Louis-César no hizo amago siquiera de detenerme.

—¡Me llamo Cassie Palmer! Tengo una partida de nacimiento que lo demuestra. No voy por ahí robando cuerpos. ¡No soy un puto demonio!

Miré a Mircea, que estaba observando toda la escena como la mayor parte de la gente vería una película que les está entreteniéndolos.

—¿Por qué tengo que repetirlo una y otra vez? —insistí.

Mircea se encogió de hombros.

—Yo llevo diciéndolo años, *dulceață*, y nadie me cree —respondió él.

Pritkin se aprovechó de mi distracción momentánea para lanzar un ataque. Su bandada de cuchillos mágicos salió de la nada y se fue directa hacia mí. No me esperaba el ataque, así que me quedé allí de pie como una idiota, con la boca bien abierta. Tomas se movió a la velocidad del rayo, pero no pudo coger más que dos de los cuchillos. Los otros dos lograron esquivar los aspavientos de sus brazos y se acercaron aún más hacia mí. No tenía tiempo de pensar, ni mucho menos de hacer nada para protegerme. Sentí que mi protección se encendía, pero no sabía si iba a poder con armas encantadas. Un segundo más tarde seguí sin saberlo, porque los cuchillos se clavaron en el torso del golem, que vibraba aún por el impacto. Me quedé mirándolo sin comprender qué pasaba, hasta que se me ocurrió pensar que quizá Pritkin había olvidado anular la orden que obligaba al golem a protegerme. Inmediatamente le rugió para que se apartara de en medio, pero por aquel entonces Tomas ya le había echado el guante.

No sé si Tomas no había tratado antes con magos de la guerra, pero lo que está claro es que a este lo había subestimado. Uno de los pequeños tubitos de Pritkin voló hacia la cabeza de Tomas, impregnándole con una sustancia roja que parecía sangre,

pero quemaba como si fuera ácido. Tomas no le soltó, pero aquello se le había metido en los ojos y se había quedado momentáneamente ciego. Pritkin hizo un gesto extraño, como si sacudiese una cuerda invisible, y los dos cuchillos que se habían clavado en el golem volaron de vuelta hacia él. Uno de ellos se incrustó en la pierna de Tomas y el otro casi le rebana la muñeca izquierda. Tras eso, Tomas hincó una rodilla y Pritkin se las apañó para liberarse. Esquivó un cuchillo que le había lanzado Louis-César, saltó fuera del alcance de las extremidades de Tomas que intentaban alcanzarle y me apuntó con sus dos pistolas.

En ese momento no pensé; me limité a reaccionar, y probablemente fue eso lo que me salvó. Levanté la mano y dos cuchillos gaseosos salieron volando hacia Pritkin, arrancándole las pistolas de las manos en el momento en el que estaba disparando. Con todo, consiguió disparar varias balas, pero desaparecieron sin causar daños en la arcilla del golem. Me quedé mirándole con sorpresa. Con lo torpe y gigantesco que parecía, resultaba difícil creer que se podía mover tan rápido. En ese momento, su amo, enfurecido, le gritó una palabra y desapareció de inmediato. Un segundo más tarde, estaba en el otro extremo de la habitación batallando con Louis-César. El francés le ensartaba con el estoque una y otra vez, pero el golem no tenía órganos vitales a los que se le pudiera apuntar. Por su parte, Louis-César esquivaba sus golpes, aunque eran tan rápidos que yo apenas podía verlos. Con todo, aquella retahíla de viajes le obligaba a retroceder lentamente hacia la pared más alejada de la pelea con el mago.

Pritkin vociferó algo y se fue a por mí, con una granada en la palma. Tomas, que se abalanzó sobre él como si le hubieran disparado desde un cañón, se quedó congelado en el aire a medio camino y se acabó golpeando contra el suelo, donde se quedó, exánime. Medio segundo después, entendí por qué, cuando lo que parecía una mano gigante e invisible me sujetó a mí y a mi brazalete hasta dejarnos completamente inmóviles. Era un truco similar al que había empleado el mago oscuro, solo que en esta ocasión no había nadie para contrarrestarlo. Pritkin saltó por encima de Tomas y rodeó a Rafe, que también se encontraba atrapado por el hechizo. La sala entera era un retablo congelado y yo pude ver como una sonrisa lúgubre atravesaba la cara del mago. Sus ojos se encontraron con los míos y yo supe que aquel loco iba a matarme de verdad, incluso aunque para ello tuviese que morir él.

Sin embargo, Pritkin y yo misma nos habíamos olvidado de Mircea. Salió de la nada, como si fuera una mancha oscura que atravesó mi campo de visión, cogió al mago por banda, le rompió la muñeca y lanzó la granada por la ventana. Después, Mircea cogió a Pritkin por el cuello y le elevó por encima del suelo. Louis-César saltó por encima del sofá un segundo después, dejando atrás al golem hecho pedazos, pero vi en su rostro la sensación de que habría llegado tarde.

Yo seguía sin poder moverme, pero Raphael se las había ingeniado para destruir el conjuro y se estaba apartando un par de tubitos que se le habían alojado encima, utilizando el abrigo que Mircea había desechado para no tener que tocarlos. Entonces,

la explosión de la granada sacudió la habitación, lo que provocó que cayeran trocitos de escayola del techo y que la gruesa cortina se viera atravesada por fragmentos de cristal que acabaron aterrizando en el suelo. La mano invisible acabó por liberarme y yo tosí, cayendo de nuevo hacia la silla, expeliendo el polvo de la escayola y sin poder escuchar casi nada por el atronador pitido que retumbaba en mis oídos.

Lancé una mirada feroz hacia Pritkin, pero estaba bien inmovilizado. Su arsenal era otra cosa, pero Louis-César había empezado a invocar algo que hizo que las piezas volantes acabaran pareciendo inofensivas. Rafe cogió dos tubos que planeaban delante de su cara y las colocó en la cesta de la chimenea después de tirar un arreglo floral seco por todo el artesonado. Cerró la tapa de mimbre y después recogió los trozos restantes del arsenal volante y los añadió a su colección. Pude ver cómo la tapa se movía ligeramente hacia arriba y hacia abajo como si los prisioneros intentaran salir de allí. Uno de los objetos que Rafe no había recogido intentó acercarse sigilosamente hacia mí, moviéndose lentamente por el suelo sin que nadie más se diese cuenta. Yo me quedé mirándole, preguntándome qué clase de defensa podría articular para que el cristal no se hiciera añicos y acabara empapándome de su contenido, pero mi brazalete sabía cómo combatir aquello mejor que yo. Levanté el brazo y envié un cuchillo para destrozar el tubito. El minúsculo recipiente se evaporó de un plumazo, dejando tan solo tras él un olor extraño y rancio.

La voz de Mircea era tranquila pero totalmente convincente.

—Suspéndelos, mago, o te demostraré sin problemas cómo se puede alimentar un vampiro a la vieja usanza.

Yo le creía, pero Pritkin parecía más obstinado, o más estúpido. La pistola se levantó del suelo por sí misma y me apuntó a mí.

—¡Adelante, pero me llevaré a vuestra zorra diablesa conmigo!

Louis-César saltó a por el arma y trató de desviar el tiro hacia arriba justo cuando se disparó. El tiro abrió un boquete en la chimenea que tenía a mis espaldas. Un par de centímetros más a la izquierda y yo habría acabado saltando en más pedazos que el golem. Una lluvia de ladrillo y mortero se unió a la nube de polvo, y unos cuantos trocitos voladores me salpicaron la piel de rasguños. Yo gritaba y un segundo después fue como si un huracán hubiese entrado en la habitación. A través de la tormenta de polvo y escombros que se arremolinaba en torno a nosotros pude ver cómo a Mircea se le había despegado la máscara jovial que llevaba encima y cómo en su rostro se había abierto paso una imagen asilvestrada. Ya había visto a otros vampiros sin el lustre humano, pero desde luego no tenían aquel aspecto. Era horrible y hermoso a la vez, con una piel brillante de alabastro, colmillos de casi tres centímetros y ojos de lava líquida flameante.

El viento empujó a Pritkin contra la pared y la fuerza con la que se golpeó hizo que la expresión de su rostro se distorsionara ferozmente. Su visión, sin embargo, no se había visto afectada y la expresión que tenía en los ojos dejaba claro que no se había imaginado qué había detrás de esa fachada perfecta. ¿Qué se había creído, que

los miembros del Senado eran lo que eran gracias a la caridad? Yo estaba sorprendida de que aquel hombre hubiera durado tanto.

—Cassandra es mía —le advirtió Mircea con un tono de voz que podría haber servido para fundir vidrio—. Ponle la mano encima otra vez y, círculo o no, te daré tu merecido y me aseguraré de que te pasas el resto de la eternidad implorando tu muerte.

—¡Mircea! —gritó Louis-César sin intentar tocarle, pero con una voz que atravesó la tormenta como agua hirviendo abriéndose paso entre la nieve—. Por favor, sabes cuál es la situación. Hay otras maneras de tratar con él.

El viento amainó lentamente y me di cuenta de que estaba temblando por el exceso de adrenalina. Me incorporé sobre mis piernas temblorosas y caminé hacia donde estaba Pritkin que seguía estando aún prisionero contra la pared por el influjo de Mircea, pero que ya no parecía estar en peligro de atravesarlo en cualquier momento. Unos cuantos hilillos de sangre descendieron por mi cara para morir en el cuello de la bata, pero decidí ignorarlos. Comparado con lo que le había ocurrido a Tomas, yo había salido sorprendentemente bien librada. Una versión bastante maltratada de mi antiguo compañero de piso estaba cacheando a Pritkin para ver si le quedaban más armas. La muñeca de Tomas ya había empezado a soldarse. Los tendones y los ligamentos se le estaban volviendo a unir delante de mis propios ojos, pero su cara era una masa de carne escaldada en medio de la cual solo un ojo parecía funcionar correctamente. Me entraron escalofríos al ver su expresión, que dejaba ver a las claras que la única razón por la que el mago no estaba todavía muerto era porque Tomas aún no había decidido qué método de ejecución le iba a doler más.

Miré a Mircea y su rostro no era mucho más reconfortante. El hombre que yo había conocido siempre había tenido una presencia comedida y casi dulce, contaba historias enrevesadas y chistes horribles, le encantaba vestirse bien y no le importaba jugar interminables partidas de damas con una niña caprichosa de once años. Yo no era tan inocente como Pritkin, sabía que la verdad era mucho más compleja. Mircea se había criado en una corte en la que el asesinato y la crueldad estaban a la orden del día, con un padre que había intercambiado a dos de sus hijos por un tratado que no tenía intención de respetar y habiendo sufrido una tortura que le habría conducido a una muerte horrible si la gitana no le hubiese encontrado antes. Ese tipo de cosas no dejan mucho espacio a la compasión. Aun así, había un lado dulce en él, ¿no? Sinceramente, ya no estaba segura.

Siendo niña, nunca le había visto como una amenaza de ningún tipo. Había sido el Mircea sereno y amable de ojos marrones sonrientes y ligeramente arrugados en sus extremos. Resultaba difícil conciliar la imagen de aquella persona con lo que estaba viendo en ese momento. ¿Estaba ese aspecto aterrador siempre ahí, latiendo debajo de la superficie, y simplemente es que había estado ciega todo este tiempo? Ahora lo podía ver bien y aquello me creaba un problema. Con todo lo que me desagradaba Pritkin, tampoco lo quería ver muerto. Podía estar, o mejor, estaba loco,

pero le necesitaba para que me explicase lo que me estaba ocurriendo, o para contactar con alguien que pudiera saberlo. Al fin y al cabo no sabía de mucha más gente a quien pudiera preguntar.

—No le mates, Mircea —le pedí.

—No tenemos intención alguna de matarle, *mademoiselle* —respondió Louis-César, aunque sin quitarle un ojo de encima a su colega.

Tomas había acabado de despojar al mago de sus armas, al menos de las que podíamos ver. Tenía la sensación de que seguían quedándole un montón disponibles y mi brazalete parecía estar de acuerdo. Ardía cálido en mi muñeca y parecía más pesado que hacía unos minutos. Me hubiese gustado quitármelo, porque empezaba a asustarme, pero no era el mejor momento.

—Por lo que a esta noche respecta, ya estamos en guerra con el Círculo Oscuro; no tenemos deseo alguno de enfrentarnos también a la Luz.

—Ten cuidado —espetó Rafe detrás de mí—. Asegúrate de que está completamente desarmado.

—Es un mago de la guerra —dijo Mircea con rotundidad—. Nunca está desarmado.

—Hasta que esté muerto —añadió Tomas.

Me di cuenta de que seguía blandiendo un cuchillo en su mano buena. Se movió como un rayo, supongo que le agradaba la ironía de matar a Pritkin con su propia arma, pero Louis-César fue una fracción más rápido. Su mano atrapó la muñeca de Tomas cuando estaba a milímetros del pecho de Pritkin.

—¡Tomas! ¡No permitiré que provoques una guerra!

—Si dais cobijo a esa cosa —advirtió Pritkin con desdén mirando hacia mí— estaréis en guerra con nosotros os guste o no. Se me envió aquí para descubrir qué era y para lidiar con ella si representaba una amenaza. Esperaba encontrarme una simple casandra, una sibila caída, pero esto es mucho peor de lo que había previsto. Y lo que sé yo, lo sabe el círculo. Si no la mato yo, podéis esperar una docena, qué digo, un centenar más que vendrán a suplir mi lugar.

Pritkin se detuvo un segundo y me miró y si las miradas pudieran matar, se podría decir que ya le habría ahorrado al círculo las molestias.

—Me he enfrentado a una de estas cosas antes —añadió—. Sé lo que pueden hacer y no dejaré que ésta siga con vida.

Arremetió contra mí de nuevo, pero en esta ocasión lo único que consiguió fue estar a punto de estrangularse, porque la sujeción invisible de Mircea era como un guante de acero. Era extraño, porque la cara de Mircea había recuperado su expresión plácida de siempre. Los ojos no mostraban más que un vago interés, las mejillas tenían su color habitual y una ligera sonrisa curvaba sus labios. Ya no había sitio para la rabia incandescente de antes. Yo sentí escalofríos. Habilidades de interpretación como aquellas me preocupaban. Volví a centrar mi atención en el mago y llegué a la conclusión de que la única persona de la que estaba segura que no me estaba

engañando era precisamente el tipo que me había intentado matar. Estupendo.

—No soy una cosa —le repliqué, siempre a una distancia de seguridad—. No sé qué es lo que crees que está pasando aquí, pero no soy una amenaza para ti.

Él soltó una carcajada, que sonó bastante ahogada teniendo en cuenta las circunstancias.

—Claro que no. Soy demasiado viejo como para que una lamia se interese por mí. A la que conseguí matar la encontré siguiendo el rastro de los cadáveres de veinte bebés. Era eso lo que usaba para sustentar la abominación que era su vida. No permitiré que vuelva a ocurrir algo así.

Traté de contener mi furia y me volví hacia la ventana, apartando la espesa cortina para poder ver un paisaje plano y rojizo contra un cielo azul pálido. Un grupo de gente bastante numeroso se había congregado alrededor del boquete que había dejado la granada, pero nadie se preocupaba por nosotros. Me volví a dar la vuelta para encontrarme con aquel rostro lleno de odio.

—¿Y si te equivocas y no soy un ente maligno? ¿No preferirías estar seguro antes de matarme? —apunté.

—Ya estoy seguro. No hay ningún humano que pueda hacer lo que has hecho tú. No es posible —repuso Pritkin.

—Hace unos días habría estado de acuerdo contigo. Ahora pienso de manera diferente.

Me resultaba difícil encontrar sus ojos, nunca había tenido delante a nadie que me estuviese mirando con ese nivel de odio. Tony quería matarme, pero habría apostado a que si alguna vez me atrapaba sus ojos no tendrían aquel aspecto. Él me miraba como una pesada de primera y como un medio para sellar chollos, pero no como la encarnación del mal. Incluso sabiendo que Pritkin estaba equivocado, yo me sentía culpable y aquello me sacaba de mis casillas más que el ataque físico que me había lanzado antes. Al fin y al cabo, la lunática homicida no era yo.

—Dices que has cazado cosas como ésta antes. ¿No hay ninguna clase de prueba que utilices para asegurarte de que no te equivocabas? ¿O te limitas a matar a cualquier sospechoso que se te cruce por delante? —insistí.

—Hay pruebas —dijo Pritkin rechinando los dientes como si el mero hecho de hablar conmigo fuese ya de por sí una tortura—. Pero a tus aliados vampiros no les gustan. Tienen que ver con el agua bendita y las cruces.

Yo miré a Mircea completamente sorprendida y él entornó los ojos y levantó las cejas como si también estuviera asombrado. ¿Qué coño habría estado leyendo Pritkin? ¿Al puto Bram Stoker? Quizá a los demonios les asustaban las cosas sagradas, pero a los vampiros ciertamente no. El escudo de armas de Mircea lucía un dragón, el símbolo del valor, abrazando una cruz, señal del catolicismo de la familia. El emblema adornaba la pared que estaba detrás del asiento de Mircea en el Senado, pero supongo que Pritkin había estado tan ocupado en mirarme a mí que no había reparado en esos detalles. Pensé en darle una lección sobre el vampirismo entendido

como una especie de licantropía, en cuanto que podía considerarse una disfunción metafísica. Sin embargo, tenía mis dudas de que fuera a creerme si le contaba que las leyendas que aseguraban que cada vampiro anidaba en su interior un demonio no eran sino fruto de la histeria de la Edad Media. Pritkin parecía ver demonios por todas partes, los hubiera o no. Lo único del arsenal de armas proyectado por Hollywood que realmente funcionaba contra los vampiros era la luz del sol, contra los más jóvenes, en todo caso, las estacas y el ajo; y este último sólo servía si formaba parte de una protección de defensa. El mero hecho de colgarlo en una puerta no tendría ningún efecto; joder, si a Tony le encantaba comerlo en las brochetas con un poco de aceite de oliva.

Mircea no estaba siendo de ayuda; lo único que hacía era sonreírme abiertamente.

—Y, debo añadir, siempre he creído que las cosas que menos me gustan son el mal vino y la moda hortera —agregó, dirigiéndome una sonrisa tolerante al ver mi expresión—. Muy bien, *dulceață*. Creo que podremos encontrar unas cuantas cruces por aquí. Y, si no estoy equivocado, Rafe tiene en su poder en este preciso momento unos cuantos tubos con agua bendita.

Rafe dio un paso al frente con su caja. Sonaba como si dentro hubiera un montón de frijoles saltarines mexicanos intentando salir a toda costa, y todos nos quedamos mirándola con recelo.

—Yo no estoy de acuerdo con esto —irrumpió Tomas—. La Cónsul me encargó mantener a Cassie a salvo. ¿Y qué pasa si está mintiendo y esas cosas contienen ácido o explosivos? Ya sabéis que no podemos fiarnos de él.

—Nunca te fíes de un mago —suscribió Rafe, como si estuviese citando a alguien.

—Le pondremos a prueba —sentenció Louis-César.

Acto seguido extrajo un tubito con tanta rapidez que no tuve tiempo de detenerle. No le echó el contenido por encima como me había temido en parte, sino que sujetó el tubito aún con el tapón puesto debajo de la nariz de Pritkin.

—Estoy a punto de derramar esto por encima de tu brazo. Si no es seguro que lo haga, más te vale que me avises ahora —le advirtió.

Pritkin ignoró sus palabras, su mirada seguía fija en mí, como si estuviese más preocupado por lo que pudiera hacer que por estar en una habitación llena de maestros vampiros. No había estado con ellos el tiempo suficiente como para entender esa clase de matices. Louis-César simplemente había dicho que no le matarían, pero eso dejaba aún abiertas un montón de posibilidades. Yo estaba preocupada, pero Pritkin estaba tan ocupado lanzándome la mirada de la muerte que apenas se enteró de que el bote se abría y unas pocas gotas de un líquido incoloro caían sobre su piel. Todos nos quedamos mirando como si esperáramos que su brazo empezara a fundirse, pero no pasó nada. Louis-César llegó hasta donde estaba yo, pero Tomas le agarró por la muñeca.

Los ojos del francés soltaron un brillo plateado.

—Ten cuidado, Tomas —dijo levemente—. Esta vez no estás poseído.

Tomas ignoró la advertencia.

—Eso podría ser veneno, podría ser que hubiera tomado el antídoto o que estuviese deseando morir con ella. No permitiré que se le haga daño —avisó Tomas.

—Yo asumiré la responsabilidad ante la Cónsul si ocurre algo —repuso Louis-César.

—No me importa la Cónsul.

—Entonces más te valdría preocuparte por mí.

En ese momento empezaron a surgir dos flancos de energía resplandeciente, suficientemente fuertes como para erizarme el vello del brazo y hacer que mi brazalete volviese a danzar contra mi piel.

—¡Basta! —gritó Mircea, y al agitar su mano la energía de la sala se marchitó considerablemente. Tras esto, le arrebató el tubito de las manos al francés y lo olfateó con delicadeza.

—Agua, Tomas, es sólo agua, nada más —añadió, acercándomela. Yo la cogí antes de que Tomas pudiese decir nada.

Yo me fiaba de Mircea y además, ni mi brazalete ni mi protección reaccionaban contra aquello.

—Está bien —apunté.

—¡No! —dijo Tomas abalanzándose hacia el bote, pero Louis-César se lo apartó.

Miré a Pritkin, quien a su vez me miraba con avidez.

—¡Salud!

Me tragué todo el contenido del tubo. Como había dicho Mircea, no era más que agua, un poco pasada si acaso. Pritkin me miró, como si esperase que empezara salirme humo por las orejas o algo.

—¿Satisfecho? ¿O todavía quieres colgarme unas cuantas cruces del cuello?

—¿Qué eres? —susurró.

Volví hacia donde estaba la silla, pero estaba cubierta por polvo de ladrillo, así que opté por sentarme en el sofá. La ventana se había hecho añicos porque estaba cerrada cuando Mircea arrojó la granada, así que primero tuve que limpiar los trocitos de cristal del suelo. Más le valía a Pritkin tener algunas respuestas, porque me estaba poniendo de los nervios de verdad.

—Alguien que está cansada, aburrida y hasta las narices de ti —respondí yo con total sinceridad.

Mircea soltó una carcajada.

—No has cambiado, *dulceață*.

Pritkin se me quedó mirando y parte de esa furia horrible desapareció de su cara.

—No lo entiendo. No puedes haberte bebido agua bendita y no mostrar reacción alguna si eres un demonio. Pero tampoco puedes ser humana y hacer lo que te he visto hacer.

Mircea se posó en el sofá después de limpiar cuidadosamente el polvo con su

pañuelo. Acto seguido cogió uno de mis pies desnudos y empezó a masajearlo. De repente me sentí mucho mejor.

—He aprendido, mago Pritkin, que nunca se debe decir nunca en este mundo — señalé mientras Pritkin me miraba con una expresión irónica—. Porque precisamente lo que el mundo se empeña en decirnos es que lo que nosotros afirmamos con más énfasis puede no ser cierto.

Louis-César me miraba expectante y yo asentí con la cabeza.

—*Seh*, lo sé. Si la gente deja de intentar matarme un momento, te hablaré de Françoise, al menos te contaré lo que sé.

Rápidamente expliqué lo que me había sucedido en mi segundo viaje, con todos los detalles que podía recordar sin mencionar que una bruja del siglo diecisiete aparecía vagando alrededor de Las Vegas. No quería que mi celda, si es que acababa metida en una, tuviese paredes acolchadas.

—Eso es aproximadamente lo que dijo Tomas —comentó Louis-César cuando terminé—. Pero no es eso lo que recuerdo yo.

—Lo cual nos deja tres posibilidades —apuntó Mircea señalándolas con sus dedos—. Que tanto Tomas como Cassandra estén mintiendo por no se sabe muy bien qué, que ambos tuvieran la misma alucinación al mismo tiempo, o que estén diciendo la verdad. Y lo cierto es que no huelo a mentira en ninguno de los dos —Mircea miró entonces a Louis-César, que asentía con la cabeza—. Y, ¿es preciso que señale lo absurdo de una alucinación dual con tal lujo de detalles sobre acontecimientos que ninguno de los dos podría conocer pues no estuvieron presentes en ellos?

—Lo que nos conduce a pensar que dicen la verdad —añadió Louis-César con un suspiro que sonó de alivio—. Lo cual significa...

—Que han cambiado la historia —concluyó Mircea por él.

—Eso no es posible —protesté yo, sintiendo que caminaba sobre suelo firme—. Yo veo el pasado, no lo cambio.

—El poder de la pitia se traspasa —murmuró Pritkin, como si no me hubiera escuchado—. Pero no. Es imposible. —De repente se pareció a un crío confundido—. La pitia no puede poseer a nadie. No puede haberte traspasado tal habilidad, no la tiene.

—Olvídate de eso ahora —le interrumpió Louis-César casi sin respiración. Su mirada estaba clavada en Pritkin, ansiosa—. ¿Podría el poder de la pitia permitir que Cassandra viaje metafísicamente a otros lugares, a otro tiempo?

Pritkin parecía estar aún menos seguro.

—Tengo que consultarlo con mi círculo —respondió con una voz que perdía firmeza por momentos—. No estaba preparado para esto. Me dijeron que no era más que una granuja sospechosa. La pitia tiene un heredero. Sus poderes no deberían ir hacia esta... persona.

—¿Qué poderes? —repliqué yo, tratando de aprovecharme de la ventaja que suponía volver a adquirir el estatus de persona, aunque fuese en grado de tentativa. Mejor descubrir lo que sabía ahora antes de que volviese a llegar a la conclusión de que era algún tipo de demonio extraño.

—No —dijo Pritkin meneando la cabeza con firmeza—. No puedo hablar en nombre del círculo.

—Llevas intentando hablar en su nombre toda la noche —protestó Tomas, agarrando al mago por el hombro con tanta fuerza que se hubiera trastabillado si Mircea no hubiese seguido sujetándole—. ¿Y ahora, que puedes ayudarnos haciéndolo, te niegas?

La muñeca de Tomas se había curado por completo y sólo le había dejado una horrorosa cicatriz roja, pero lo que no le había mejorado era la cara. Su humor tampoco parecía haber mejorado.

—Yo... son asuntos peligrosos. No puedo hablar de ellos sin autorización.

—Dijiste que ellos sabían lo que tú sabías —gruñó Tomas—. Ponte en contacto con ellos, consigue que te den permiso.

Pritkin miraba alrededor alocadamente, como buscando ayuda. No encontró ninguna.

—Lo intentaré, pero sé que querrán reunirse para debatir esto. Y querrán tenerla a ella ante su presencia. No será algo que se decida rápido.

—¿Cuánto tardará? —Louis-César se unió a Tomas y entre los dos intimidaban bastante, la verdad. Joder, si ya lo hacían por separado.

Pritkin cometió el error de intentar ocultar su nerviosismo siendo grosero. Estaba siendo demasiado descortés para tratar con un senador.

—No lo sé. Quizá días —repuso.

Los ojos azules de Louis-César se convirtieron de golpe en un gris brillante y sus pupilas desaparecieron casi por completo. Contuve la respiración y no fui la única. El único sonido que se escuchaba en la habitación era la respiración áspera de Pritkin, que reverberaba a gran volumen, como si alguien le hubiese colocado un micrófono encima. Mircea le soltó abruptamente, lo que le habría hecho darse de bruces contra el suelo de no ser por Louis-César que le agarró por la camisa y le volvió a golpear violentamente contra la pared.

Ver a Louis-César en acción en el casino no me había convencido de que fuera un depredador de depredadores. Luchaba bien, pero yo ya había visto a un montón de buenos luchadores durante muchos años y no me acababa de convencer la idea de que un estoque, por muy largo y afilado que fuera, pudiera sustituir a un arma de fuego en condiciones. Había pasado mucho tiempo en el negocio de Tony, más conocido como «el Disparo Feliz», como para tragarme ese anacronismo. Comprendía la razón por la que a mí me asustaba tantísimo, no en vano era mi portal hacia el mundo de los fantasmas dementes y los calabozos mugrientos, pero a los demás no les sucedía lo mismo, así que no comprendía por qué le tenían tanto miedo. La mayor parte del tiempo parecía una persona dulce, con esos grandes ojos azules y esos hoyuelos. Aún seguía siendo atractivo, pero era como el esplendor de un tornado justo antes de arrasar una ciudad. En ese preciso instante, me creí que habría sido capaz de hacer que aquel plan alocado de contener a veinte vampiros mientras Tomas me sacaba de allí acabase saliendo bien.

—No tenemos días —siseó, tras lo cual el rostro de Pritkin palideció al instante.

En ese momento intervino Mircea y su voz sonó como un mar de tranquilidad que inundaba la sala, calmando los ánimos y rebajando la tensión.

—¿Quizá el mago Pritkin desearía contactar con su círculo en otra parte? Creo que nos ha dicho lo que queríamos saber, implícitamente, si no hay nada más. —Sonrió en dirección hacia Pritkin—. Quizá quieras preguntarles por qué te enviaron a ti, su cazademonios más famoso, en busca de Cassie. Tienes una cierta reputación de ser... ¿cómo decirlo?... ¿extremadamente obstinado? Si yo fuese suspicaz, casi podría creer que querían que tomaras a Cassie por lo que no es y eliminases a una posible rival de la partida.

Pritkin se le quedó mirando y su rostro empezó a impregnarse de un rojo ladrillo de furia. Yo deseaba que su corazón estuviese igual de entrenado que sus músculos. Y es que me daba la sensación de que si no le daba un ataque al corazón, alguien del círculo iba a tener que explicar unas cuantas cosas.

—¡No se va a ninguna parte! —gritamos Louis-César y yo al unísono.

El francés me dedicó un elegante gesto de deferencia y yo me quedé observándole nerviosa mientras me incorporaba para ponerme frente a Pritkin. Los ojos del vampiro estaban todavía plateados y no quería descubrir qué pasaría cuando perdiera los nervios de verdad.

—Tú no te vas a ningún lado hasta que nos des unas cuantas respuestas. ¿Quién es la pitia, por qué sigues llamándome sibila y de qué poderes estás hablando? —inquirí.

Pritkin obedeció sin rechistar. Parecía que se le habían acabado las ganas de pelear y su voz se había vuelto ligeramente ronca.

—La pitia era el nombre de la antigua vidente de Delfos, el mayor templo consagrado a Apolo. Durante dos mil años, a la mujer escogida para ocupar tal puesto se la consideraba el oráculo del mundo, reyes y emperadores decantaban sus decisiones en función de sus consejos. El puesto perdió importancia con el declive de Grecia, pero el término aún se emplea con respeto. Hoy en día es el título de la jefa de los videntes del mundo, un poderoso aliado del círculo. Es uno de nuestros socios más importantes, porque los no humanos no tienen este don.

—¿Y qué tiene que ver todo esto conmigo? —repliqué yo.

—Siempre que se elige a una nueva pitia, se selecciona a una sibila, el nombre con el que designamos a una clarividente de verdad, como heredera. A la heredera se la prepara con cuidado desde pequeña para que comprenda la carga que tiene sobre sus hombros y cómo puede sobrellevarla. La pitia es anciana y su control del poder está comenzando a fallar. Debería traspasárselo a su heredera, pero fue secuestrada por Rasputín y el Círculo Oscuro hace más de seis meses —prosiguió con ojos de presa a la que han dado caza—. El poder de la pitia ha pasado indefectiblemente de generación en generación durante miles de años. Pero ahora, temo por la sucesión. La heredera debe estar muerta. ¿Por qué si no iría a parar a ti el poder, aunque fuese solo en parte? ¿Por qué iría a una bruja pícara sin preparación, que no comprende siquiera lo que supone tal puesto?

Dos de las palabras de Pritkin resonaron en mi cabeza. Me quedé mirándole aterrizada.

—¿En parte? ¿Qué coño quiere decir eso? —La voz se me había vuelto estridente, así que me paré para calmarme un poco—. De ninguna manera. Dile a tu círculo que no quiero el trabajo.

—No es un trabajo. Es una llamada. Y la heredera no puede elegir.

—¡Y una mierda! Tienes que encontrar a esa sibila y traerla de vuelta —miré a Tomas, y casi hacía daño—. ¿Y qué le has echado en la cara? No se le cura.

—Es sangre de dragón, *mia stella* —respondió Rafe—. No te preocupes. Se curará con el tiempo.

Tomas me lanzó una mirada sorprendida, como si no se hubiese esperado que me fuese a preocupar por él, y yo aparté la vista. Me di cuenta de que Mircea me estaba mirando a conciencia, así que traté de poner una cara lo más neutra posible. Que pensasen lo que quisieran. Me habría preocupado por cualquiera que resultase herido tratando de ayudarme.

—Hemos estado buscándola —intervino Pritkin con voz cansada—. En los últimos seis meses casi no hemos hecho otra cosa. La pitia es muy anciana y ha

tenido que cargar con el poder mucho más tiempo del que debería. Su salud flaquea y su control también. Entendemos mejor que tú lo rápidos que hay que ser en esta tarea, pero nuestra búsqueda ha sido infructuosa.

Yo no veía el problema por ningún lado.

—Entonces designad como heredera a alguna otra.

—Ya te lo he dicho, no es un puesto que se obtenga por designación. El poder se dirige hacia donde quiere, hacia la persona que mejor puede usarlo, lo dicen las antiguas escrituras. No debe haber ningún concurso. Tú eres joven y sin preparación, mientras que nuestra sibila llevaba estudiando años para ocupar el puesto. Se la seleccionó tarde, pero se la preparó bien. No creímos que pudieses ser un rival para ella...

Pritkin se detuvo, pero era muy tarde y yo me abalancé sobre él.

—¿Sabías de mi existencia? ¿Cómo?

La arrogancia volvió a asomar por su rostro.

—Toda tu estirpe está contaminada. Tu madre era igual, si hasta tienes el mismo aspecto que ella.

—Espera un momento. ¿Conocías a mi madre? ¿Cómo? —pregunté.

Pritkin parecía tener unos treinta y cinco años, o quizá menos. Entonces no envejecía a una velocidad normal, a no ser que el círculo admitiese miembros de quince años.

—Ella era la heredera —me dijo Pritkin, con sus labios estrechados por la ira—. Tenía que ser pura, inmaculada, y ella lo sabía muy bien. Sin embargo, prefirió tener una aventura con tu padre, ¡el siervo de un vampiro! Y peor aún, se lo ocultó al círculo hasta que se quedó embarazada de ti y se dio a la fuga con él. ¿Quién sabe lo que habría pasado con el poder si hubiésemos dejado que rellenase una vasija impura?

—¿Impura? —Vale, ahora sí que estaba enfadada—. ¡Era mi madre!

—¡No estaba preparada para ser la heredera! Sólo puedo dar gracias porque la descubriéramos a tiempo.

—Entonces, si alguien no es virgen, ¿no puede ser la heredera? —inquirí.

—Exacto —me sonrió asquerosamente—. Ahí tienes otra razón que te descalifica para serlo.

No me molesté en corregirle. Estaba dispuesta a apostar que mi experiencia sexual podría hacer sudar tinta a su sibila pura-como-la-nieve-recién-caída, aunque las razones de la abstinencia a buen seguro no serían las mismas. Eugenie me había protegido siempre con sumo celo y cuando dejó de estar a mi lado, yo me vi envuelta en una carrera continua para salvar la vida. Nunca me fié de nadie lo suficiente como para que se acercara tanto. También ayudaba el hecho de que la mayoría de los vampiros de Tony rivalizaban con Alphonse en el apartado estético y en cualquier cosa; tenían el aviso de no acercarse demasiado a mí. La mayor tentación la había experimentado con Tomas, el espía del Senado que se había estado alimentando de

mí sin permiso, y Mircea, que probablemente estaba urdiendo algún plan vil. No tenía muy buen gusto para los hombres.

—Déjame que te diga esto sin paños calientes. Primero llegas a la conclusión de que soy un demonio porque tengo un poder que no he pedido y que ni siquiera soy capaz de comprender. Después, cuando eso se te cae por su propio peso, me etiquetas como una sibila caída y una ramera. ¿Me estoy perdiendo algo o simplemente es que no te caigo bien?

Mircea soltó una carcajada y hasta los labios de Louis-César se movieron nerviosamente. A Tomas o bien no le hizo gracia el chiste o bien no estaba como para reírse. Pritkin, por supuesto, estaba molesto.

—Todo lo que dices no hace sino confirmar mi impresión inicial. Serías un desastre como pitia.

—Al poder no parece importarle.

—¡Para eso está el círculo, para intervenir en estos casos! —bramó, tan ferozmente que yo me estremecí irremisiblemente—. ¿Nunca te has preguntado por qué tu madre te llamó Cassandra? Es nuestro término para designar a las sibilas caídas, aquellas que usan el poder para el mal en lugar de para el bien. Si una de ellas se aliase con el Círculo Negro, podría convocar a fantasmas y brujas oscuras para que lucharan a sus órdenes, adoptar forma de demonio y poseer a los humanos, empuñar armas oscuras... ¡No se permitirá que el poder se traspase a alguien como tú!

—¿Y si ocurre?

—No lo hará —contestó, con el suficiente énfasis como para que yo acabase añadiendo mentalmente a otro grupo a la larga lista de personas que me quería ver muerta.

—El Senado te protegerá —me aseguró Louis-César.

—Por supuesto que lo hará —apunté, volviendo mis ojos hastiados hacia él—. Siempre y cuando haga lo que me pida.

Mircea soltó una sonrisa de suficiencia al ver el gesto de Louis-César.

—Se crió en una de nuestras cortes. ¿Realmente creías que no iba a comprender la situación? Ahora, llévate al mago —le ordenó a Raphael—. Seguiremos hablando de nuestros asuntos con Cassandra en privado.

Pritkin fue arrastrado fuera de la habitación; y, por lo que a mí respecta, puedo decir que me alegré de verle marchar. Si no me encontraba con otro mago de la guerra en mi vida, podría considerarme afortunada. Estaba deseando saber cuánto me iba a costar la ayuda del Senado.

—No te entregaremos al círculo, *mademoiselle* —los ojos de Louis-César, que volvían a ser azules, brillaron de sinceridad.

Yo me quedé mirándole. ¿Realmente era tan inocente, o solo era parte de toda su rutina de chico bueno?

—Sin embargo, es posible que no podamos protegerte si su aliado vence en el duelo de esta noche —añadió Mircea—. En ese caso, sería Rasputín el que decidiría

las cosas y no me gustaría verte en su poder. El Círculo Plateado podría matarte si caes en sus manos, pero no quiero ni pensar en lo que te podría hacer el Negro. Si vencemos, será bueno también para ti, Cassandra.

Nos quedamos mirando el uno al otro y tuvimos uno de esos momentos de perfecta comunión. Ah, el loado interés personal: el gran motor de mi viejo mundo. Me sentaba bien volver a estar en un terreno que me resultaba familiar. Con Mircea no se hablaba de honor, sino de negocios, lisa y llanamente.

—¿Fuiste tú el que entrenaste a Tony o qué? —dije con sorna.

Mircea se rió encantado. Louis-César le lanzó una mirada de enfado antes de volver sus ojos hacia mí.

—*Mademoiselle*, hasta esta noche, no me creía de verdad que nadie pudiera hacer lo que puedes hacer tú. Pero ahora que lo sé, vuelvo a tener esperanza. La pitia es el árbitro último que decide sobre las desavenencias dentro de la comunidad mágica, nuestra Corte Suprema, si lo prefieres así. Sin una pitia fuerte, con poder para imponer sus normas, el problema entre los duendes de la luz y el Círculo Plateado puede acabar derivando hacia la guerra, como ha ocurrido entre nosotros y el Círculo Negro. La estructura de nuestro mundo se fractura.

El francés miró hacia la puerta y Mircealadeó ligeramente su cabeza.

—El hechizo está activo. Aunque tuviese audición reforzada, Pritkin no podría escuchar nada. Díselo.

Louis-César me miró y de nuevo volví a sentir esa sensación de poder deslizándose por mi piel. Su control volvía por momentos. Me metí el brazalete dentro del bolsillo para que no se volviese como una cabra. No quería saber qué pasaría si le atacaba.

—Creemos que quien ha retado a la Cónsul, lord Rasputín, está empleando a la sibila desaparecida en su asalto al poder. Durante meses, miembros del Senado han sido atacados por sus propios criados. En algunos casos, se trata de gente que les ha estado sirviendo durante siglos, gente completamente leal que se ha vuelto contra ellos sin previo aviso. Los guardias de la cámara del Senado que te atacaron son de esos. Aunque hayan jurado fidelidad al poder de la Cónsul, siguen rebelándose. Ahora empezamos a entender por qué pasa.

Quizá yo me estaba perdiendo algo. No estaba precisamente en mi mejor momento.

—Vale, pues explícamelo ¿por qué pasa?

Rafe dio un paso al frente y se arrodilló a mis pies. Yo le acaricié sus rizos despeluchados y me sentí algo mejor. Rafe no podía hacer ni una maldita cosa por mí, pero estaba bien tenerle cerca.

—¿No lo ves, *mia stella*? La sibila debe haber viajado en el tiempo igual que tú y ha conseguido interferir en los vínculos entre maestros y siervos. Desde siempre se ha creído que la pitia experimenta todas las épocas al mismo tiempo, en lugar de viajar sólo en una dirección como lo hacemos nosotros. Podría ocurrir que la sibila

desaparecida esté viendo incrementado su poder como ha ocurrido recientemente también contigo. La única diferencia es que ella ha usado el poder para hacer daño.

—Espera un momento —le interrumpí, porque empezaba a dolerme la cabeza—. Hay tanto que objetar a lo que acabas de decir, que no sé por dónde empezar. ¿Cómo se puede interferir en un vínculo tan íntimo? ¿Y qué me dices del hecho de que no soy la heredera? Pritkin ha dejado eso bien claro.

—No —matizó Louis-César—. Lo que ha dejado claro es que no desea que el poder vaya hacia ti. Sin embargo, a lo que tiene miedo es a que ya lo haya hecho, al menos en parte; porque, si no, no habría intentado matarte. Te pido disculpas por eso. Si realmente hubiésemos creído que iba a comportarse de un modo tan hostil, no le habríamos permitido que siguiera presente. Pero esperábamos que confirmara nuestras sospechas.

—Cosa que hizo, en cierto modo —comentó Mircea—. Puede que no haya dicho mucho, pero sus reacciones dejaron bien claro que parte del poder de la pitia ha ido a parar a Cassie y todo apunta a que la otra heredera también ha recibido parte.

Yo meneé la cabeza.

—Pero Pritkin dijo que la pitia no puede poseer gente, así que su heredera tampoco podría, ¿verdad? Y si eso es cierto, limitaría realmente sus habilidades. Las reservas de energía se gastan rápido cuando te transportas a otras épocas, realmente rápido. Sobre todo, si no haces más que mirar lo que pasa.

Cuando yo estuve dentro de, *hmmm...*, Louis-César, no tuve ese problema, pero si ella no puede aferrarse a una fuente humana de energía, no podrá durar mucho tiempo como para hacer grandes cambios.

—Quizá no necesite mucho tiempo —apuntó Mircea meditabundo—. El acto de crear un nuevo vampiro es un proceso delicado. Cualquier desviación puede provocar resultados desgraciados.

Yo había escuchado unas cuantas historias de terror. En el mejor de los casos, el nuevo vampiro simplemente nunca se levantaba. Si permanecía muerto o muerta durante tres días, se sabía que algo había ido mal. En el peor de los casos, se levantaban, pero no podían desplegar ninguna función cerebral de primer orden; eran lo que se conocía como regresados. Eran como animales que solo vivían para cazar. Y dado que no podían razonar, no reconocían la maestría de quien los hizo. Lo único que se podía hacer con ellos era cazarlos antes de que se volvieran locos contra algún grupo de humanos.

—¿Qué podría hacer alguien sin más poder que el de un fantasma recién creado en, digamos, una hora? —miré hacia Tomas—. ¿Es correcto? ¿Cuánto tiempo estuvimos nosotros allí?

—No pudo ser mucho más, pero nos exprimimos al máximo. Podríamos haber sido capaces de prolongar nuestra estancia de otra manera.

—*Seh*, pero no habría sabido cómo interferir con un vampiro que estuviese creando un nuevo siervo; y ni siquiera siendo espíritu me hubiese gustado intentarlo.

¿Cómo lo conseguiría ella?

—La sibila tiene a Rasputín para decirle lo que tiene que hacer —me recordó Louis-César—. Tendría instrucciones detalladas y es posible que tuviera también a otros para ayudarla.

—No sería tan difícil —añadió Mircea—. El individuo en cuestión tiene que ser puro y no puede haber recibido mordeduras de otro vampiro en los últimos años. Tienen que desear la transición y estar en paz cuando se les hace, y con buena salud, o, al menos, no deben tener ninguna enfermedad grave. Si alguien altera cualquiera de esas condiciones, siglos después, un maestro poderoso como Rasputín podría ser capaz de anular el vínculo debilitado.

Mircea se detuvo un momento antes de proseguir.

—Que se pueda interferir en la primera condición me parece poco probable. Lo único que conseguiría es que los sujetos no pudieran levantarse, lo que no ayudaría mucho en la causa de Rasputín, porque el maestro simplemente elegiría otros sirvientes. También parece probable que un maestro pudiera detectar la mordedura de otro, ante lo cual pasaría de largo.

—¿Qué tendría que hacer ella entonces? —insistí.

Mircea se encogió de hombros.

—Hay muchas posibilidades. Envenenarles con una toxina de efecto retardado, por ejemplo. Se morirían antes de que fuese evidente que les han debilitado gravemente y el veneno no les haría daño una vez que se levanten. Aun así, su apego al maestro se vería seriamente debilitado. O también podría darles un estimulante lo suficientemente potente como para estuvieran conscientes y temerosos durante la transición, en lugar de pacíficos y eufóricos.

—Pero, cuando tienes la forma de espíritu, no puedes llevar cosas contigo —apunté yo—. ¿Dónde tendría guardado el veneno?

—Probablemente conseguiría lo que necesitase cogiéndolo del sitio en el que lo hubiesen puesto sus aliados. El Círculo Negro ha existido casi desde el mismo momento en el que nació el Plateado, que data de mediados del tercer milenio antes de Cristo, y el veneno ha sido de siempre una de las armas favoritas de sus miembros. Podían haberle suministrado fácilmente lo que se necesitase.

—Pero ¿por qué se fiaría el antiguo Círculo Negro de Rasputín? —volví a preguntar.

Si Rasputín tenía la fuerza suficiente como para causar todo ese sufrimiento, yo dudaba que ese tipo hubiese nacido de verdad siendo un campesino ruso de finales del siglo diecinueve. Probablemente fue un nombre que adoptó, quizá después de matar a su propietario o tal vez se inventó su historia y utilizó tretas mentales para hacer que la gente se la creyese. Pero lo que no parecía muy probable es que hubiese estado por el mundo el tiempo suficiente como para haber estado en Carcassonne cuando yo estuve allí. El Senado no habría subestimado tanto a un vampiro de tantos años.

—Se ha aliado con sus homólogos modernos, que a su vez pueden contarle lo que tiene que decir —explicó Mircea—. La sibila puede haber llevado un mensaje a los magos oscuros pidiendo ayuda. El Círculo Plateado está aliado con nosotros y esta es una alianza de muchos años. Si consiguen quebrarla, sería un golpe de efecto para los oscuros.

La cabeza me daba vueltas. Me resultaba difícil creer que el Círculo Negro de cualquier tiempo se fuera a esforzar para obtener unas ganancias futuras que ninguno de ellos podría disfrutar, porque no estarían vivos para verlas. En todo caso, no era mi problema.

—¿Qué esperáis que haga? ¿Regresar y echarle un pulso o algo? ¿No deberíais estar más preocupados por el duelo?

—Lo estamos —replicó Louis-César con aire adusto—. En menos de doce horas, deberé batirme en un duelo a muerte con Rasputín. Y le derrotaré, si es que todavía estoy aquí.

—¿Acaso vas a irte a algún lado?

Yo lo dije como una broma, pero él no pareció verle la gracia.

—Es posible. Rasputín aceptó el duelo porque creía que se iba a enfrentar a Mei Ling. Se creía que, cuando se me nombró campeón a mí en lugar de ella, Rasputín se retiraría. Pero no lo hizo, aunque debería saber que no puede derrotarme.

Decidí no recalcar lo creído que había sonado aquello.

—Pero no puede interferir en ti. Eres un maestro de primer nivel; él no es lo suficientemente fuerte como para influir en ti. Ni siquiera aunque debilitase tu vínculo con tu antiguo maestro, que está a tu nivel, ya no importaría. La táctica que ha usado con otros vampiros no funcionaría.

—No, pero podría impedir que me hicieran a mí.

No tenía muy claro si debía señalar lo que me parecía obvio. Al final, decidí arriesgarme.

—No te lo tomes a mal, estoy segura de que haces honor a tu reputación, pero tiene que haber otros campeones a los que la Cónsul pueda elegir. Ella lleva unos dos mil años en danza, tiene que conocer gente.

—Es cierto —por suerte, Louis-César no parecía habérselo tomado como una ofensa—. Tenía otros nombres en mente por si yo declinaba la oferta.

—Entonces, ¿cuál es el problema, aparte del que te afecta a ti personalmente? —insistí.

—El problema, *dulceață* —apuntó Mircea— es que Rasputín tampoco ha perdido ningún duelo. Había otros nombres en la lista de la Cónsul, pero ninguno del que estuviésemos seguros de que podía alcanzar la victoria independientemente de los trucos que se usaran contra él. Louis-César se había batido en más duelos que el resto de las opciones que barajaba la Cónsul juntas. Él debía ser nuestro campeón, pues nuestro campeón debe vencer.

—¿Y qué tiene que ver todo eso conmigo? —pregunté mientras notaba como una

mala sensación empezaba a invadirme.

—Tenemos que asegurarnos de que no altera el tiempo otra vez, *dulceață*. Tenemos que volver atrás en el tiempo para impedir que interfiera en el nacimiento de nuestro campeón —explicó Mircea.

—¿Cómo va a hacer eso? —preguntó Tomas antes de que pudiera hacerlo yo—. ¿Cómo va a protegerse ella de una maldición?

Louis-César se quedó mirando a Tomas como si hubiese perdido la cabeza.

—¿Qué maldición? —inquirió el francés.

—¿No es así como te hicieron? —repuso Tomas.

—¡Sabes perfectamente que no fue así! —protestó.

Billy Joe se filtró por la ventana como una nube gris perla.

—¿Me he perdido algo?

—Habéis perdido el juicio por completo —les informé. Sí, era un contratiempo muy gordo para sus planes, pero yo no iba a morir ni por la Cónsul, ni por nadie más si podía evitarlo—. ¿Entendéis lo que implica lo que estáis diciendo? Yo me traje a Tomas de vuelta conmigo. Vale, fue por error, pero si ellos llevan haciendo esto durante tanto tiempo como decís, también deben haberse enterado de cómo se hace —alguien había abierto la caja de los truenos y no había sido yo—. ¡Podría tener que enfrentarme a Rasputín y yo no soy ninguna duelista!

—Sí que me he perdido algo, ¿verdad? —dijo Billy revoloteando, pero yo le ignoraba.

—Te trajiste a Tomas cuando estabas metida dentro de su cuerpo. La sibila no puede hacer eso; Pritkin nos lo dijo, *dulceață*.

—Pritkin es idiota —le recordé a Mircea—. No sabemos si esa fue la razón por la que Tomas se pudo subir. Quizá lo único que tengo que hacer es tocar a alguien. Quizá ella también pueda hacerlo.

Billy se desplazó hasta ponerse delante de mis narices, haciendo que toda la habitación se apareciese ante mis ojos como velada por un pañuelo gris brillante.

—Tenemos que hablar, Cass. ¡No te vas a creer lo que he descubierto en el Dante! —gritó.

Yo le ladeé una ceja, pero no me atreví a decirle nada. No quería alertar a todo el mundo de su presencia. Tenía la sensación de que podría necesitarle en breve.

—Yo soy la segunda opción de la Cónsul. Puedo apañármelas con Rasputín —dijo Tomas mirándome.

Al oír sus palabras, se me iluminó el rostro. Cualquier cosa que hiciera que no tuviera que enfrentarme al monje loco en aquella casa de los horrores sonaba como música celestial en mis oídos.

Por desgracia, a Mircea no parecía convencerle la alternativa.

—Discúlpame, amigo mío; no pongo en duda tu valor, pero he visto luchar a Rasputín. Tú no. Y cuando es mi vida la que está en juego, prefiero hacer una apuesta segura.

Billy se apartó unos pocos metros y puso los brazos en jarra.

—Vale, pues ya hablaré yo. Antes de que saliera huyendo con el duendecillo, pude saber algunas cosas gracias a la bruja esa a la que tú ayudaste. La versión resumida es que Tony y el Círculo Negro han estado vendiendo brujas a los duendes, y adivina de dónde las han estado sacando. Quiero decir, los caballeros blancos se habrían enterado inmediatamente si de repente desaparecieran un montón de usuarias de magia, ¿no?

Me quedé mirándole. Era como estar atrapado en el sillón del dentista con un ayudante charlatán. No estaba en disposición de responder, la verdad.

—Puedo derrotarle —insistió Tomas, que parecía seguro de sí mismo.

Louis-César emitió un sonido extraño, casi como un estornudo de gato. Supongo que era francés.

—No pudiste derrotarme hace un siglo. Y ahora no eres mucho más fuerte —objetó Louis-César.

—¡Tuviste suerte! ¡No volvería a pasar si nos batiésemos en duelo otra vez! —protestó Tomas.

Louis-César parecía molesto.

—No tengo que batirme en duelo contigo. Te poseo.

Yo pestañeeé confundida. ¿Me había perdido algo al intentar seguir dos conversaciones a la vez? Los maestros y los siervos normalmente tenían un vínculo más fuerte que el que mostraban estos dos. Joder, incluso aunque Tony pudiese intentar matar a Mircea, no le hablaría de ese modo.

—Creí que alguien llamado Alejandro era tu maestro —le dije a Tomas.

—Lo era. Uno de sus siervos fue el que me hizo, pero Alejandro le mató poco después, así que me adoptó él mismo. Él estaba creando un imperio con el territorio español en el Nuevo Mundo y necesitaba a un guerrero que le ayudase. Lo conseguimos y al final acabó organizando un nuevo Senado, pero su táctica no cambió nunca. Hasta hoy ha actuado siempre como si cada pregunta fuera un desafío, como si cada petición de indulgencia fuese una amenaza. En cuanto fui lo suficientemente fuerte, lo reté y habríamos conseguido poner fin a su reinado del terror de no haber sido por una interferencia externa.

Yo miré a Louis-César sorprendida.

—¿Te enfrentaste a él? —le pregunté.

El francés asintió distraídamente.

—Tomas lanzó un desafío para alzarse con el liderazgo del Senado latinoamericano. Su Cónsul me pidió que fuese su campeón y yo acepté. Tomas perdió.

Louis-César dijo la última parte con un ligero encogimiento de hombros, como si casi no hiciese falta decirlo. Me dio la impresión de que quizás a Louis-César le hacía falta perder por una vez. Tener que llevar un ego tan grande tenía que resultar cansino. Pero la verdad es que si perdía, probablemente acabaría muerto; y, en este caso, los demás correríamos la misma suerte. Teniendo en cuenta todo, quizá un poco

de arrogancia no estaba tan mal. Y al menos, aquello explicaba la falta de un vínculo. Los siervos que se ganaban a través de la fuerza tenían que mantenerse de esa manera; no era una relación tan íntima como la que se obtenía a través de la sangre.

Entonces me dio por pensar una cosa.

—¿Le retaste? ¿No tienes que ser un maestro de primer nivel para hacer algo así?

Yo sabía que Tomas era poderoso, pero aquello me impactó. Que Louis-César pudiese mantener esclavizado a un maestro de primer nivel decía mucho de su fuerza. No sabía ni que aquello fuera posible.

—Tomas tiene más de quinientos años, *mademoiselle*. Su madre era una noble inca de alta alcurnia antes de que sucediera la invasión europea —explicó Louis-César con despreocupación—. Uno de los hombres de Pizarro la violó y Tomas fue el resultado. Tomas se crió en una época en la que una epidemia de viruela había acabado con buena parte de los nobles incas, lo cual dejó un vacío de poder. Entonces se encargó de organizar a parte de las tribus que había desperdigadas por ahí y con ellas creó un ejército dispuesto a resistir las acometidas españolas, cosa que acabó llegando a los oídos de Alejandro. Aunque era un bastardo, él... —Tomas le interrumpió con un gruñido y Louis-César se le quedó mirando—. Estoy usando el término de una manera técnica, Tomas. Si recuerdas, yo también soy un bastardo.

—No creo que se me vaya a olvidar eso —murmuró Tomas.

Las refulgentes oleadas de poder estaban de vuelta, esta vez eran más fuertes que antes y ahora yo estaba entre medias. Era como si me estuvieran mojando con dos chorros de agua hirviendo y yo aullé ante tal sensación.

—¡Dejadlo ya! —grité.

—Mis disculpas, *mademoiselle* —repuso Louis-César inclinando la cabeza—. Tienes mucha razón. Castigaré a mi siervo más tarde.

Tomas le miró burlescamente.

—Lo intentarás —matizó.

—¡Tomas! —gritamos Mircea y yo al unísono, con el mismo tono exasperado.

Louis-César le lanzó una mirada de advertencia.

—Ten cuidado con el modo en el que te diriges a mí, Tomas. No quieras que haga que tu castigo sea incluso más... severo.

—¡Eres un niño comparado conmigo! ¡Yo ya era un maestro vampiro antes siquiera de que te hicieran! —bramó Tomas.

Louis-César sonrió ligeramente y sus ojos volvieron a brillar plateados.

—Esa etiqueta te queda grande.

Billy agitaba una mano pálida delante de mi cara.

—¿Me estás escuchando? ¡Últimas noticias, calentitas!

—Luego —le dije de boquilla, pero no se marchó.

—¡Esto es muy gordo, Cass! El Círculo Negro ha ocultado el tráfico de brujas, secuestrando aquellas que estaban destinadas a morir jóvenes, en un accidente, a manos de la Inquisición o por lo que fuese. Así, podían cogerlas en el último minuto

y vendérselas a los duendes sin tener que preocuparse por que hubiera nadie que fuera a echarlas de menos e informara de su desaparición. Nadie esperaba volver a ver a alguien apresado por la Inquisición, no absolvían a muchos, ¿sabes? Era un plan bastante apañado para saltarse el tratado.

—Pero ¿cómo lo supieron?

¿Cómo puede alguien saber antes de tiempo que alguien está destinado a morir? A no ser que... Mircea me lanzó una mirada extraña y yo le sonreí con inocencia. Falsa alarma. Aquellos agudos ojos oscuros revoloteaban por la habitación, pero ni siquiera un maestro vampiro podía ver a Billy.

—Aquella bruja a la que salvaste fue atrapada por un grupo de magos oscuros aquella misma noche —prosiguió Billy—. Los gitanos siempre se han mantenido al margen de ambos círculos, así que supongo que se imaginaron que podían llevársela sin alertar a los caballeros blancos.

Yo fruncí el ceño. Aquello no explicaba cómo acabó llegando la bruja a nuestro siglo, si había sido gente de su propia época la que se la había llevado, pero no había forma de que pudiera preguntarle a Billy nada.

Mircea intervino antes de que la discusión subiera de tono entre los dos vampiros.

—¿Puedo recordarles que mientras siguen ahí, los segundos siguen esfumándose y con ellos nuestras opciones? Su disputa puede esperar, nuestro asunto no.

—Pero la *mademoiselle* no quiere hacerlo —protestó Louis-César recorriendo sus cabellos con una mano.

Parecía que aquella era una de sus costumbres cuando estaba nervioso. Me di cuenta de que sus rizos eran más oscuros que como los recordaba en mi visión, o lo que fuera aquello. Me pregunté si aquello se debía a un efecto óptico provocado por la luz, o si cientos de años lejos del sol pueden llegar a oscurecer un cabello caoba.

—Yo ya me lo temía, pero no podemos forzarla —añadió.

Mircea y yo nos quedamos mirándole, después nos miramos el uno al otro.

—¿Este tío es real? —no pude evitar preguntar.

Mircea soltó un suspiro.

—Siempre ha sido así; es su único defecto de verdad —contestó.

Mircea me sonrió y aquella sonrisa era la de Tony, la misma sonrisa de «olvidémonos de las tonterías y vayamos al grano». Fue la expresión que me recordó el trabajo que Mircea estaba haciendo para el Senado. Él era el negociador jefe de la Cónsul y a pesar de los rumores, no le habían dado el puesto por el respeto que le tenían a su familia los vampiros de todo el mundo. Quizá les agradaba conocerle por el prestigio que suponía, algo parecido a lo que le ocurre a una persona normal cuando se sienta con su estrella de cine preferida, pero aquello no le daba ninguna ventaja en la mesa de negociaciones. No, Mircea se había ganado su asiento de manera justa, siendo el que cerraba mejores tratos de todo el Senado. Y eso era con gente a la que no conocía tan bien como a mí.

—¿Qué quieres a cambio, *dulceață*? Seguridad, dinero..., la cabeza de Antonio

en una bandeja de plata? —preguntó.

—Lo último es tentador. Pero no basta —contesté yo.

Mircea y yo nos habíamos saltado la parte del rechazo y habíamos ido directos al regateo. No tenía sentido mencionar que Mircea me mataría si dijera que no. Lo haría porque no le quedaría otra opción: si no lo hacía, la Cónsul mandaría a otro para que hiciera el trabajo y además él lo haría más rápido. Más que Jack. No me gustaba el recado que me habían encargado, pero, comparado con una tarde con el chico de ojos brillantes que le hacía el trabajo sucio a la Cónsul, aquello era como ir de picnic. Pero el hecho de que no me quedaran más opciones no quería decir que no debiera recibir a cambio de mis servicios todo cuanto fuera posible. Aquello era como un mercadillo. ¿A quién iban a encontrar si no?

Mircea me miró como si estuviese preguntándose si le funcionaría adoptar una pose de ira por haberle pedido la vida de uno de sus criados más antiguos.

Yo entorné los ojos.

—No te molestes —me anticipé yo—. Traerme la cabeza de Tony no es gran cosa y tú lo sabes. Te ha traicionado, tienes que matarle.

—Cierto —dijo esbozando una ligera sonrisa—. Pero también te solucionaría a ti un problema, ¿no?

—Pero no te costaría nada. ¿No vale tu vida algo más que eso?

—¿Qué más querrías entonces, mi hermosa Cassandra?

Mircea dio un paso hacia delante, con un brillo en los ojos, y yo puse una silla entre nosotros dos.

—Ni lo intentes —le avisé.

Él me sonrió abiertamente, sin ambages.

—Entonces pon tú el precio.

—¿Queréis que os ayude? Entonces contadme qué le pasó a mi padre —repuse yo.

Rafe soltó un chillido de sobresalto y miró con los ojos como paltos a Mircea, que suspiró y meneó la cabeza con gesto de disgusto. Sentí lástima por Rafe; siempre había tenido una cara de póquer pésima, le había empezado a ganar a las cartas cuando yo tenía unos ocho años y no había mejorado. Se achicó ante el disgusto de Mircea, pero el daño ya estaba hecho. De todos modos, Mircea volvió a meterse en su papel, por supuesto; no esperaba menos de él.

—¿Tu padre, *dulceață*? Murió en un coche bomba, ¿no? ¿No es esa una de las razones por las que estás enfadada con Antonio?

—Entonces, ¿qué quería decir Jimmy? Me dijo que no le matara, porque sabía la verdad de lo que pasó.

Mircea se encogió de hombros.

—Como él fue el «matón», ¿no es esa la palabra?, de aquel trabajo, estoy seguro de que conoce ciertos detalles, *dulceață*. ¿Por qué no le preguntaste?

—Porque Pritkin abrió un boquete antes de que pudiera preguntarle nada. Pero tú

lo sabes, ¿no?

Mircea sonrió y una vez más vi de dónde le venía a Tony aquella sonrisa suya.

—¿Es esa información el precio que pones?

Miré a Rafe y él me devolvió la mirada. Pensé que iba a hablar cuando la mano de Mircea se posó en su hombro.

—No, no, Raphael. No sería justo darle a nuestra Cassandra una información por la cual aún no ha pagado —sonrió Mircea, con un aire más calculador que afectuoso envuelto entre sus labios—. ¿Hay trato?

Yo me quedé mirando a Billy, que estaba flotando cerca del techo con una mirada impaciente en el rostro. No hacía ningún comentario, así que di por sentado que sus noticias no tenían ninguna relevancia en mi elección. Le lancé una mirada irritada y desapareció, muy enfadado porque no había dejado todo al margen para escucharle a él. Típico. Habría preferido saber más cosas antes de aceptar el trato en los términos propuestos por Mircea, pero no tenía muchas más opciones. Es difícil subir demasiado el precio cuando eres un valor seguro y el comprador lo sabe. Literalmente no me quedaba más remedio que ayudarles, así que técnicamente Mircea estaba siendo generoso al ofrecerme algo. Por supuesto, era probable que él quisiese que yo diese el máximo a la hora de hacer mi cometido, así que merecía la pena hacer una o dos concesiones para tenerme contenta. O quizá es que me tenía cariño. No, ese tipo de pensamiento era peligroso.

—Vale. Hay trato. Dime.

—En un momento, *dulceață*. Primero, creo que tenemos que informar a la Cónsul. Tomas, si eres tan amable. Quizá tenga unas últimas instrucciones que darnos —solicitó Mircea, y en ese momento matizó sus palabras al ver el gesto mohíno de Tomas—. Tienes mi palabra de que esperaremos a que vuelvas. La vas a acompañar, ¿no?

—Sí —espetó él.

Tomas me miraba desafiadamente, pero yo no le dije nada. Si a Rasputín le daba por presentarse, estaría bien tener a alguien a mi lado, sobre todo alguien que había demostrado saber apañárselas en casos de emergencia. Incluso si solo iba a tener su compañía cuando todo se fuera al garete. Tomas empezaba a decir algo más, pero se detuvo cuando Mircea se acercó hasta donde estaba yo y me puso una mano en el hombro.

—¡Ya, Tomas! —ordenó Louis-César, que parecía impaciente. Tomas le miró fijamente, pero al final se acabó marchando, pegando un portazo al salir.

—¿Y necesitamos las lágrimas, no, para estar seguros?

Louis-César asintió y se marchó justo detrás de Tomas.

—¿Las lágrimas? ¿Quiero saber qué son?

—Nada de lo que tengas que estar preocupada, te lo aseguro —sonrió Mircea tranquilizadoramente—. Las lágrimas de Apolo son un mejunje ancestral. Durante siglos se han usado para ayudar en trances de meditación. Son bastante seguras.

—Pero ¿por qué las necesitamos? Nunca las había usado antes.

—Y por eso antes te quedabas rápidamente sin energía. Te serán de ayuda, Cassandra. Recuerda, tengo un interés personal en que esto acabe bien. No te voy a mentir —recordó.

Esa respuesta me resultaba mucho más creíble que una sentida declaración de preocupación por mi bienestar, así que asentí con la cabeza. Usaría las condenadas lágrimas, fueran lo que fueran. Cualquier cosa con tal de incrementar las posibilidades de éxito.

Mircea miró a Raphael.

—¿Serías tan amable de mirar si ya le han preparado la ropa a Cassie? Ya debe estar cansada de llevar esa bata tan voluminosa —se detuvo para lanzar una extraña sonrisita, tras lo cual volvió a intervenir—. Tómame tu tiempo.

Rafe parecía vacilante y juraría que no quería dejarnos a Mircea y a mí solos por alguna razón, pero al final se marchó. Mircea cerró la puerta con llave y apoyó su cuerpo contra ella, dedicándome una mirada que, de repente, se había vuelto seria.

—Ahora vamos a negociar de verdad, mi Cassandra.

Yo miraba a Mircea con recelo.

—No soy tu Cassandra —protesté.

Él comenzó a soltarse los broches que le quedaban abotonados en la camisa.

—Dame un minuto, *dulceață*, y lo veremos —musitó él, quitándose la camisa y colocándola hacia el final del sofá. No llevaba nada más debajo.

—¿Qué estás haciendo? —grité, incorporándome y con mi pulso acelerado.

Realmente él no había hecho nada que fuese realmente como para alarmarse, pero ahí estaba, entre mí y la puerta, con una cara tentadora que de repente se volvió muy intensa.

Mircea empezó a quitarse sus zapatos perfectamente brillantados.

—Habría preferido que tuviéramos más tiempo, *dulceață*. Llevaba mucho tiempo esperando que nos pudiéramos conocer más a fondo, pero no era este el escenario que había previsto. Sin embargo, —hizo una ligera pausa para colocar los zapatos y los calcetines ordenadamente junto al sofá—, estoy empezando a aprender que, contigo, es mejor asumir lo inesperado.

Yo podía haber dicho lo mismo de él.

—Para ya, Mircea. Límitate a decirme qué está pasando aquí —le interrumpí.

Él me miraba fijamente mientras seguía quitándose lentamente el cinturón de las trabillas de su pantalón.

—No deseas ser entregada al círculo, supongo.

—¿Y eso qué tiene que ver con que te desnudes? ¿Qué es esto?

Mircea se movía como si estuviese patrullando la habitación, no había otra palabra para describir la manera en la que se desplazaba y se arrodilló a mis pies. Entonces alzó su vista y me miró conmovido.

—Míralo como si fuese un rescate, *dulceață*. Soy tu caballero y vengo a salvarte de todos aquellos que te podrían hacer daño.

No pude evitar que se me escapara una carcajada.

—Creo que eso es lo más cursi que he oído nunca.

Mircea lanzó una mirada exagerada de indignación que despertó en mi rostro una tímida sonrisa.

—¡Me has herido! Te lo aseguro, hubo una época, como dicen, en la que yo fui exactamente eso —protestó él.

Me quedé pensando en lo que había dicho y, técnicamente, tenía razón. Por supuesto, los caballeros de verdad enfundados en una armadura brillante no habían sido exactamente iguales a los de las leyendas. La mayoría de ellos habían dedicado más tiempo a acosar a sus campesinos con impuestos que rescatando doncellas.

—Vale, ¿y ahora qué eres? —repuse yo.

No contestó, pero me di cuenta de que sus ojos se habían vuelto de un color

canela ámbar brillante. La única vez que lo había visto antes, estaba amenazando de muerte a Pritkin, pero ahora no parecía estar enfadado. Llevó su mano a la parte trasera de su cabeza y abrió un broche de platino que liberó su pelo largo y moreno.

—El círculo exige tu vuelta, *dulceață*, y en virtud de nuestro trato con ellos, no tenemos derecho a negarnos. Si fueras una humana normal, bastaría con que un maestro te reclamase para no entregarte, pero no ocurre lo mismo con una poderosa vidente. La corte de la pitia tiene control sobre todas esas personas.

Su pelo se extendió por sus hombros y su espalda como si fuera una capa oscura. El contraste entre su cabello de medianoche y la perfección pálida de su piel era hipnótico.

Mircea reparó en que me había quedado absorta admirándolo y su voz se deslizó hasta convertirse en poco más que un susurro.

—Antes te gustaba mi pelo, *dulceață*, ¿no te acuerdas? Te gustaba hacer trenzas con él cuando eras niña. Cuando estaba en la corte de Antonio, me pusiste todo tipo de estilos y adornos, como si fuera una muñeca —musitó.

Entonces cogió mis manos y las puso sobre sus hombros, para que sintiera el peso de su pelo. Era como una madeja de seda sobre mis manos y no estaba muy segura de qué me distraía más, si su tacto o el de los músculos firmes de sus hombros.

—No me importa que juegues conmigo, *dulceață* —espetó, moviendo su cabeza para posar un beso en la palma de mi mano—. Ahora no me importa.

Yo abrí ligeramente mis escudos para ver si estaba imitando a Tomas para intentar influirme como él, pero no había ninguna señal que indicase que un poder tal se estaba ejerciendo sobre mí. El torrente de estímulos que había sentido anteriormente simplemente no estaba allí. No obstante, por aquel entonces él ya no lo necesitaba realmente. Mircea frotó lánguidamente su mejilla contra mi mano y yo me di cuenta de que probablemente podía oír el latido de mi corazón en mi muñeca. Tragué saliva.

—¿Qué intentas, Mircea?

Sus manos se habían movido mientras estaba distraída y fue todo un impacto sentir las de repente deslizarse dentro de mi bata y rodear mi cadera. No me había dado cuenta de que me había quitado el cinturón, pero el caso es que ya no estaba allí. La bata tampoco se había abierto de par en par, pero sí lo suficiente como para desnudar una línea completa de carne que iba desde mi cuello hasta el ombligo. Yo me moví para cerrarla, pero Mircea me apartó la mano y la oprimió contra sus labios. Entonces noté el suave roce de su lengua deslizándose por mi piel, como si tratase de descifrar su sabor. Un relámpago de deseo me recorrió desde donde él me besaba hasta todas mis terminaciones nerviosas y aquella sensación me robó un jadeo.

—Mircea... —susurré.

—¿Tienes idea de a qué sabes, mi Cassandra? —preguntó él suavemente—. Nunca antes había conocido algo igual. Sales disparada hacia mi cabeza como si fueras brandi añejo.

Antes de continuar, respiró profundamente sobre la parte de mi piel por la que

circulaba mi pulso.

—No puedes imaginarte lo embriagador que me resulta tu aroma —prosiguió, mientras su pulgar se movía ligeramente por mi cadera, arriba y abajo por el centro de mis costillas. No era un tacto excesivamente sexual, pero yo no podía sino contener la respiración—. O lo extraordinario de tu tacto.

—Mircea, por favor —musité.

—Lo que quieras —susurró el gran negociador, inclinándose de tal manera que hablaba justo encima de mi propia boca, dejando que su respiración exhalase cálida sobre mis labios.

Su boca danzaba sobre la mía, suave, como si no estuviese allí, y yo me estremecí. Él había dicho que íbamos a negociar, pero no estaba intentando siquiera cerrar ningún acuerdo, lo que ya de por sí daba miedo

—Cualquier cosa que esté en mi mano, es tuya —añadió.

Su mano se volvió a mover en la parte frontal de mi bata, con un dedo recorriendo la línea de piel expuesta desde el cuello hasta el ombligo. De repente, todo ese camino se puso de piel de gallina y yo me quedé sin respiración.

Intenté enfadarme para intentar encontrar así alguna emoción que me permitiera reprimir ese hormigueo de placer que me recorría la espalda de arriba abajo.

—¡Joder, Mircea! ¡Sabes que odio los juegucitos!

—Nada de juegucitos —prometió, colocándose entre mis piernas, que quedaron separadas por su cuerpo. La bata se me abrió hasta los muslos, pero no podía cerrarla con él allí arrodillado. Intenté quitármelo de encima porque quería que hubiese algo de espacio entre nosotros para poder pensar, pero era como empujar una estatua de granito.

—¿Quieres que te lo implore? —susurró, mirándome hacia arriba con esos ojos refulgentes.

—No, yo... —miré alrededor tratando de encontrar a Billy, pero seguía ausente con su enfado. ¡Joder!

—Pues te imploraré —murmuró antes de que yo pudiese articular una frase completa.

Estaba lo suficientemente cerca como para que yo pudiese saber que su aroma era tan agradable como su presencia; no era colonia cara como había pensado, sino limpia y fresca, como el aire que queda después de la lluvia.

—Y te suplicaré —prosiguió, deslizándose sus manos bajo mi bata para acariciar mis pantorrillas—, con toda mi alma. —Las manos subieron hasta mis rodillas, acariciando esa piel tan sensible que se esconde detrás de ellas—. Gustosamente —añadió, masajeándome hasta los muslos—, ávidamente —insistió, hasta que sus manos se detuvieron en mis caderas, con los pulgares amasando suavemente mi carne—. Si eso te agrada.

Acto seguido enterró su cara en mi vientre y mis manos se movieron por sí solas arremolinándose entre aquel cabello oscuro. Lo extendí por sus hombros, mientras él

seguía escalando a besos por mi cuerpo. Me esforcé por volver a tener la cabeza en su sitio, pero entonces sus labios reclamaron los míos para sellar un beso abrasador que me estremeció hasta las puntas de los dedos. Después, volvió a dirigir su cabeza hacia abajo y empezó a descender por el mismo camino de besos por el que había venido antes, esta vez con movimientos lentos, casi de adoración. Mis pechos se vieron invadidos por una sensación de aire frío cuando Mircea decidió abrir por completo mi bata; aquello me empujó lentamente fuera de la bruma en la que me había visto envuelta, pero resultaba difícil ordenar las ideas ahora que el placer seguía atravesándome todo el cuerpo.

—Eres hermosa, *dulceață* —murmuró, moviendo sus manos hacia mí reverencialmente—. Tan suave, tan perfecta.

Su tacto era tan caliente que yo me temía que estuviera dejando huellas sobre mi piel. Su respiración sobre la piel tierna de mi pezón era electrizante; su lengua, que se abrió paso un momento después, era casi insoportable y cuando empezó a lamer, succionando profundamente, oleadas de placer estallaron en mi interior hasta tal punto que me pareció que lo que sentía era dolor.

—Mircea, por favor... ¡dime qué está pasando!

Como respuesta, rápidamente me colocó entre sus brazos y me llevó al dormitorio. A un movimiento de su mano, las cortinas de las ventanas se cerraron de golpe. Mircea me dejó con suavidad sobre la cama y empezó a desabrocharse los pantalones.

—El Círculo Plateado te quiere a toda costa, Cassie. Antonio les dijo que habías muerto en el coche con tus padres y se enteraron de que no era así sólo cuando tu protección se activó por primera vez hace unos años. Era la propia protección del círculo que tenía tu madre y que te transfirió a ti, es inconfundible. Desde entonces, han estado detrás de ti. Mientras sigas siendo una sibila de pacotilla, tienen derechos sobre ti, como los tienen sobre todos los humanos usuarios de magia. No hay forma de negarse a su petición sin arriesgarse a desatar una guerra. Bueno —matizó, mientras se acababa de quitar los pantalones—, no hay casi ninguna.

Ver a Mircea luciendo tan solo unos bóxer de seda negra era suficiente para que mi mente se volviese confusa sin que hiciese falta que me dijese que la sociedad de magia más poderosa de la tierra, que resulta que me odiaba, tenía el derecho de decidir sobre mi futuro.

—No lo comprendo —musité.

Mircea gateó por la cama y yo retrocedí hasta que me di con el cabecero. El sonrió y tiró del borde de la bata, en la que yo me había envuelto de nuevo a modo de protección.

—Estás preciosa con cualquier cosa, *dulceață*, pero preferiría prescindir de esta prenda. Si hubiera sabido que este iba a ser nuestro escenario, habría preparado algo más adecuado —apuntó, deslizando sus manos lentamente por mis pantorrillas, masajeando mi cuerpo según subía—. En cuanto tenga ocasión trataré de corregir este

descuido.

—¡Mircea! ¡Quiero una respuesta! —grité, alejándome de él y mirándole fijamente. Tras una pausa, se sentó sobre sus talones con gesto triste.

—¿Por qué sabía que no iba a ser tan fácil contigo? —suspiró—. Cassandra, tiene que ser uno de nosotros. Parecías responder mejor conmigo y yo me sentiría honrado de ser el elegido, pero si prefieres a alguno de los otros... No me gustaría, pero dadas las circunstancias, estaría de acuerdo.

—¿De qué estás hablando? —vociferé, cada vez más enfadada porque siguiese pasando de mí.

—A Tomas no se le envió exclusivamente para que te protegiese, Cassie. Mantenerte a salvo era su función principal, pero también se le dijo que debería asegurarse de que la exigencia del círculo podía ser rebatida con éxito —Mircea arqueó una ceja—. Estoy empezando a comprender por qué fracasó.

—Yo... ¿Qué haces? —inquirí, mientras Mircea se mesó con una mano su torrente de cabellos y después deslizó las dos, hermosas y bien formadas, hacia su pecho para dejarlas planeando sobre sus pezones. Su torso no tenía pelo y estaba perfectamente esculpido, con músculos torneados y una extensa cintura. Acto seguido siguió por las líneas que recorrían desde su vientre plano hasta el extremo de talle bajo de la única prenda que le quedaba puesta. Sus dedos se entretuvieron en ese sitio, deslizándose provocativamente una y otra vez por aquella barrera insustancial, haciendo que mis ojos se clavaran en la línea de pelo negro que comenzaba bajo su ombligo y desaparecía más allá de la seda negra. Aquel tono azabache contrastaba asombrosamente con la perfección pálida de su piel y, junto con el rosa palo de sus pezones, era el único borrón de color en la parte superior de su cuerpo.

—¿Que qué hago, *dulceață*? —preguntó con inocencia—. Estoy intentando dar lo mejor de mí mismo para seducirte.

Dicho esto, extendió su mano y la fundió con las mías, acariciando mis palmas con sus pulgares.

—Te voy a hacer una oferta. Contestaré a una de tus preguntas por cada trayecto de placer que te permitas; ¿estás de acuerdo?

—¿Cómo? —grité clavando mi mirada en sus ojos—. ¡No me puedo creer que hayas dicho eso!

Mircea sonrió abiertamente; y, de repente, volvió la versión provocativa de antes.

—Me dejas pocas alternativas, Cassie. Vas a mirar y con anhelo, pero no podrás tocar. Y eso que deseo tu roce, lo deseo enormemente —prosiguió, colocando mis manos sobre su vientre, justo por debajo del borde de seda. Como yo me quedé ahí sin más, sin decir ni pío y totalmente asombrada, él soltó un suspiro—. No obstante, mis encantos no parecen ser suficiente, así que te ofrezco un trato. Y como señal de buena voluntad, yo seré el que primero cumpla con su parte del trato. El círculo tiene influencia sobre ti mientras seas una sibila de pacotilla, pero, si te conviertes en pitia, dejará de tenerla. En ese caso estarías fuera de su alcance, Cassie; estarías por encima

de ellos en el escalafón, por así decirlo. Y Pritkin no fue del todo sincero. La sibila escogida, la heredera del poder de la pitia, debe ser casta durante su adolescencia, supongo que para impedir que nadie consiga ejercer una influencia indebida sobre ella. Sin embargo, no puede convertirse en pitia en ese estado. Todas las fuentes antiguas están de acuerdo en eso: en Delfos, después de los primeros años, a quien se seleccionaba era a una mujer madura y experta, porque se dieron cuenta de que el poder rehuía de las chicas jóvenes. —Me sonrió de nuevo y movió mis manos aún más abajo, hasta el punto que pude sentir su silueta, creciendo firme bajo mi roce—. Nadie está seguro de por qué, pero el poder no podrá traspasarse de manera completa a una virgen, Cassie.

Me quedé mirándole estupefacta.

—Tienes que estar de coña —murmuré.

Por supuesto, aquello explicaba por qué todos menos Rafe estaban vestidos como si fueran a participar en una sesión de fotos de *Playgirl*.

Mircea no dijo nada, se limitó a pasear sus habilidosas manos por detrás de mis rodillas, acariciando la piel suavemente. De alguna forma se imaginó lo que habían supuesto aquellas palabras para mí.

—Hemos intentado hacer que te resultase fácil. Enviamos a Tomas, que normalmente no suele tener problemas, cómo podría decirlo, a la hora de persuadir a las mujeres para que caigan rendidas a sus encantos. El caso es que tú le rechazaste, pese a todos sus esfuerzos por conseguir tu cariño —Mircea interrumpió su discurso con una breve carcajada—. Creo que has herido su orgullo, *dulceață*. No sé muy bien si le habían dado calabazas alguna vez.

Yo tragaba saliva.

—Podía haberme obligado a hacerlo a la fuerza.

El rostro de Mircea perdió entonces su aire divertido.

—Sí —espetó ligeramente— y yo le habría arrancado el corazón, como le dejé bien claro antes de que se marchase —en ese momento sus manos subieron hasta mis muslos y me agarró con firmeza—. Tú eres mía, Cassie.

Hubiera ido adonde estabas si hubiera sabido lo fuerte que iba a ser la atracción entre nosotros dos. Sin embargo, he de admitir que, hasta hoy, no te veía realmente como una joven mujer. Por no mencionar que había dado por sentado que te sentirías incómoda viendo cómo tu «tío Mircea» tenía de repente tanto interés en ti.

—Nunca te llamé así —protesté.

Nunca había pensado en él de ese modo. Con once años uno es joven, pero no tanto como para no poder enamorarse y yo lo estaba de él, y mucho. Según parecía, las cosas no habían cambiado, al menos para mí. No me creía en absoluto que Mircea sintiese nada por mí. Esta vez le tocaba a él fingir que me deseaba, para que pudieran seguir usándome. En cierto modo también era hiriente saber que los intentos de Tomas por seducirme los realizaba bajo las órdenes de la Cónsul y que probablemente con Mircea ocurría lo mismo, pero tampoco era una sorpresa. Por mi

propia experiencia vital, hacía tiempo que sabía que todo el mundo quería usarme para algo.

—¿Sobre qué más mintió Pritkin? —insistí.

Mircea sonrió maliciosamente.

—¿Eso es una pregunta, *dulceață*? —repuso él, mientras yo tragaba saliva nerviosamente al notar cómo sus manos empezaban a masajear la parte inferior de mis muslos. Al percatarse de mi mirada confundida, soltó un pequeño suspiro—. No te voy a hacer daño, Cassie. Te juro que sólo obtendrás placer de mí.

—¿Responderás a la pregunta... completamente? —volví a interrogarle.

—¿No cumplo siempre mis promesas? —contestó él, de nuevo, con otra pregunta.

Yo asentí; aquello era una verdad como un puño. Al menos hasta entonces. Mircea sonrió abiertamente y se volvió a recostar sobre los talones.

—Muy bien, ¿en qué mintió Pritkin? —se quedó pensando un momento—. La mayor parte de lo que dijo, *dulceață*, no era mentira; simplemente eludió las cuestiones. Fue sincero cuando dijo que si la sibila se había vuelto oscura o si la habían asesinado, el poder se traspasaría a otra persona. Pero no lo fue tanto cuando negó, menos convincentemente, que el poder te escogerá a ti en cuanto estés... disponible.

—¿Por qué el círculo no puede soportar la idea de que el poder recaiga sobre mí? —inquirí.

Mircea se rió a carcajadas y el sonido reverberó por toda la habitación.

—Te odian porque te tienen miedo. Nadie puede dar órdenes a la pitia. El círculo está obligado a protegerla, incluso a obedecerla en ciertas cosas, y tú eres la primera en siglos que podría detentar el poder sin haber sido adoctrinada por ellos desde la cuna. Tú no serías su mascota, como sí ha ocurrido con muchas otras pitias. Tú usarías el poder en función de lo que estimes justo y eso puede significar que te opongas a sus deseos en algunas ocasiones.

Mircea se detuvo un segundo para acabar de quitarse los bóxer, tras lo cual los colocó inconscientemente a un lado. Vi cómo caían sobre la alfombra con el corazón en un puño y negándome a mirar a Mircea.

—Me han contado lo que te dijo el mago oscuro, Cassie. Te dijo la verdad, pero, de nuevo, solo en parte. La mítica Cassandra fue la única vidente que se negó rotundamente a estar bajo el control de nadie. Se escapó del influjo del mismo Apolo para que no fuese otro quien decidiese cómo había que usar su don. El círculo tiene miedo de que hagas honor por completo a tu nombre.

—¿Estás diciendo que tengo a todo un ejército de Pritkins detrás de mí? —pregunté horrorizada. Aunque estaba rodeada por cuatro maestros vampiros, uno de ellos el actual campeón de los duelos y aun así, Pritkin había estado a punto de matarme.

—No necesariamente. Si eres lo suficientemente maleable como para que te

utilicen, intentarán hacerlo. Pritkin no mentía cuando dijo que la pitia actual se está muriendo y no será capaz de controlar su don mucho más tiempo. Han perdido a su sibila y necesitan urgentemente dar con ella o encontrar otra. Sin embargo, se les presenta un dilema enorme: no desean que el poder te sea traspasado, pero ¿quién sabe adónde iría si te eliminan? Es posible que fuera a alguno de sus otros adeptos, pero también es igualmente posible que acabase yendo a otra vidente de pacotilla cuya existencia hayan pasado por alto. Si recuperan a su sibila perdida o si ven que tú planteas dificultades, pueden optar por matarte; si no, sin duda alguna intentarán ser ellos los que te controlen. En cualquier caso, *dulceață*, estarás bastante mejor con nosotros, de lejos.

Pensé que aquello era discutible, pero si el resto del círculo era como Pritkin, definitivamente no quería conocerlos.

—¿Qué estás diciendo? ¿Que hacemos el amor y, ¡bam!, soy la pitia? ¿A esto se reduce todo lo que ha estado pasando?

Mircea soltó una carcajada alegre y ligeramente perversa.

—Esa es otra pregunta y aún tienes que pagar por la última que hiciste.

Yo alcé los ojos para encontrarme con su rostro y los mantuve ahí con firmeza.

—¿Qué es lo que quieres?

Mircea sonrió y en esta ocasión el gesto fue tierno.

—Muchas cosas, Cassandra, pero por ahora me conformo con que me mires.

—Ya te estoy mirando —repuse yo.

Mircea dio la callada por respuesta. Yo suspiré. Normalmente, yo no era especialmente tímida. A menudo Raphael tenía modelos desnudos en casa y también había visto utilizar la desnudez como parte de un castigo tantas veces que había perdido la cuenta. La diferencia era que quien estaba delante esta vez no era un desconocido; era Mircea, que de repente había pasado de ser una fantasía intocable a una realidad absolutamente a mi disposición. No era tan vergonzosa como para no mirarle y probablemente él también lo pensaba. Ya estaba haciendo grandes esfuerzos por no saltar encima de él, al menos hasta que consiguiese unas cuantas respuestas; y mirar aquel cuerpo espectacular cuando no podía tocarlo era casi una condenada tortura.

Me humedecí los labios y acepté lo inevitable. Mis ojos emprendieron un viaje que partió de los finos huesos de su rostro y la perfecta curva de sus labios, pasó por la solidez de sus hombros y su pecho, y concluyó en su vientre y la delgada línea de pelo que me había parecido tan intrigante anteriormente. Su cuerpo era soberbio, como si una estatua de mármol hubiese cobrado vida, era una de esas obras maestras esbeltas esculpidas por algún genio griego de la Antigüedad. Su sexo estaba perfectamente proporcionado con el resto de su cuerpo, pálido y sin circuncidar, pero, en cuanto mi mirada se posó sobre él, se agrandó, ganando peso y anchura casi por arte de magia. Sus piernas eran las mejores que había visto nunca en un hombre y sus pies estaban esculpidos finamente, igual que sus manos elegantes. Era exquisito.

Le escuché respirar entrecortadamente.

—¿Cómo puedes hacerme sentir así con sólo mirarme? Tócame, *dulceață*, o permíteme que te toque, o me volveré loco —murmuró.

Vale, quizá me había equivocado. Mircea podía estar haciendo aquello a instancias de la Cónsul, pero estaba claro que no se oponía a la idea. Aquello me hacía sentir un poco mejor.

—Contesta la pregunta —dije, con voz firme, aunque no sonó mucho más alta que un susurro.

Mircea soltó un gemido y dio una vuelta sobre su vientre, proporcionándome unas vistas de sus nalgas firmes y de sus hombros tensos.

—Tendrás que repetir la pregunta. Mi concentración no está en su mejor momento.

—Si hacemos esto, ¿seré pitia?

—Eso yo no lo sé, ni lo sabe nadie. El poder se traspasará pronto, casi con total seguridad, o a ti o a la sibila perdida. Lo único que estamos intentando es que sigas en la carrera, por así decirlo. Si la pitia muere y sigues siendo virgen, puede ser que el poder acabe traspasándose a tu rival.

—Eso no me suena tan mal. Si lo que he experimentado es solo parte de su poder, no creo que quiera el resto —apunté yo.

—¿Ni siquiera para ayudar a tu padre?

Pestañeé. No me podía creer que me hubiese olvidado de aquello, lo cual decía algo sobre la confusión que me rondaba la cabeza.

—¡Me prometiste que me ibas a hablar de él y esto no es parte del trato!

—No me das pena, *dulceață*. Tampoco me has pagado por la última pregunta —replicó él, mirándome desde detrás de una cortina de seda negra.

—Háblame sobre mi padre y quizá lo haga.

Mircea salió de la cama dando vueltas y empezó a caminar, lo cual no ayudó a tranquilizar mi pulso. Más que caminar, me acechaba, como si fuera un gran felino de la jungla.

—Muy bien —dijo, volviéndose hacia mí rápidamente, con sus ojos brillantes y dorados—. Si insistes, tendremos que hablar de ello. No quería contártelo, pero tú me has obligado. Roger está muerto, como te contaron. Está muerto, pero no se ha ido.

—¿Quieres decir que es un fantasma? —le interrumpí, meneando la cabeza—. No es posible. Lo habría sabido. Habría venido a mí, estuve justo ahí, en casa de Tony durante años. No es que fuese difícil dar conmigo.

Mircea se detuvo cerca de la cama, un tanto demasiado cerca como para que me sintiera cómoda y continuó como si no le hubiera interrumpido.

—Roger era empleado de Antonio, uno de sus humanos favoritos. Eso hizo que su traición fuese aún más amarga. Así fue como entendió Antonio su negativa a entregarte cuando se le ordenó que lo hiciera. No podía dejar a Roger con vida y guardar las apariencias, pero tampoco quería que su muerte le dejase sin el don de tu

padre. Tú recibiste tu conexión con el mundo de los espíritus de él; de él también se dice que podía convertir a los fantasmas en siervos.

—Eso no es lo que yo hago —repliqué.

—Llámalo como quieras —espetó, dejando a un lado mi objeción—. Huelga decir que a Antonio le resultaba útil de vez en cuando. Fuiste inteligente al escondérselo, *dulceață*. Le pregunté si tenías ese don, además del de «ver» cosas, y él dijo que no.

—Eugenie me dijo que no lo dijese —apunté yo, comprendiendo al fin por qué me lo había dicho.

Por supuesto, los fantasmas pueden ser útiles, sobre todo cuando hay que tratar con otras familias. Como los vampiros no pueden detectarles, hacen las veces de perfectos espías. Joder, si podía hasta haberlos mandado para que le dijeran qué estaba haciendo el Senado. Una gran ventaja.

—¿Qué pasó? —volví a preguntar.

—Tus padres se dieron a la fuga cuando se dieron cuenta de que habías heredado sus dones, porque sabían que Tony querría hacerse contigo. Él mandó a sus mejores hombres para que les encontraran y pagó dinero a algunos magos oscuros para que crearan una trampa para tu padre mientras esperaba. El artilugio fue diseñado para capturar su espíritu según salía de su cuerpo después de su muerte y funcionó a la perfección. Cuando oí lo que habían hecho a Roger, le ordené a Antonio que le liberaran, pero él puso objeciones. Prefería mantenerlo confinado a modo de castigo perpetuo y de advertencia a los demás, aunque ya había descubierto que Roger no podía dar órdenes a los fantasmas ahora que él era uno de ellos.

—Pero al final lo liberó de acuerdo a tus órdenes, ¿verdad? —pregunté, porque no me estaba gustando adónde se encaminaba la historia.

—Me juró y perjuró que era imposible hacerlo, y me invitó a llevar a un mago que yo eligiese para que examinase la trampa. Así lo hice —continuó, mirándome con cara de pena—. Escogí al mejor, Cassie, porque tu padre me caía bien. Pero el mago, que era un miembro del círculo que me debía un favor, me dijo que no había visto ninguna trampa como esa y que no tenía suficiente poder para romperla. En resumen, el fantasma de tu padre sigue viviendo con Antonio.

Mis labios estaban paralizados. No quería creerle, pero era exactamente el tipo de cosa que haría Tony.

—Tiene que haber alguna manera de romper el hechizo —dije yo.

—El Círculo Plateado debería tener suficiente poder como para arreglarlo. Eso me dijo mi socio aquella vez. Incluso si hubiese sido el Círculo Negro el que hizo la trampa, el Plateado es más fuerte. Pero no se embarcarán en una empresa así por propia voluntad. Despreciaban a tu padre, como a cualquier humano que trabaja para nosotros, y le culpaban de haberles arrebatado a tu madre de su seno. No le ayudarían ni aunque fuese la mismísima Cónsul la que se lo pidiera, pero si fuera la nueva pitia...

—¿No podrían negarse? —insistí.

Mircea se sentó en la cama a mi lado. Mis ojos se mantuvieron firmes en los suyos.

—Podrían, ciertamente, pero dudo que lo hicieran. Si el poder va hacia ti, Cassandra, se tragarán su orgullo y tratarán de ganarse tu simpatía. Si creen que con algo así podrían ganarse tu favor, van a hacerlo sin pensárselo dos veces.

De repente, yo estaba tumbada de espaldas, mientras que Mircea, sujeto sobre las manos y las rodillas, se cernía sobre mí.

—Y ahora, *dulceață*, creo que hay una cosita que me debes.

Yo tenía un montón de preguntas en la recámara, pero se esfumaron temporalmente, junto con mi habilidad para construir frases coherentes. Mircea me incorporó y me quitó la bata, que salió despedida contra la pared, como si le ofendiese. Sus manos volvieron a deslizarse lentamente por mis brazos, desde los hombros hasta las muñecas. Me tumbó con cuidado y recorrió mi cuerpo con su mirada del mismo modo que yo lo había hecho antes. Me sorprendió que se tomase su tiempo y también el peso de su mirada, que bastaba para que mis pezones se contrajeran y para que mi cuerpo entero se tensase.

Sus manos siguieron enseguida el camino que habían explorado antes sus ojos. Empezó por mis tobillos y después subió lentamente por mi cuerpo, masajeando la carne según ascendía. Yo ya estaba retorciéndome cuando llegó a mis rodillas, gemía cuando se paró a masajear mi bajo vientre, y había perdido completamente la respiración cuando volvió a aprisionar mis pechos. Mircea siguió, no obstante, moviendo sus dedos por mi cuello y mi cara, entreteniéndose ligeramente en mis labios, para después dirigirse hacia mi cabello. Cuando paró, me sentía como si mi cuerpo estuviera en llamas, y a juzgar por el rubor que había mancillado su habitual complexión del color de la madre de todas las perlas, no se podía decir que a él no le estuviese afectando tampoco. Mircea tragó saliva varias veces hasta que pudo arrancar un hilo de voz.

—Si tienes alguna pregunta, Cassie, te sugiero que la hagas rápido.

No estaba segura de que se me pudiese ocurrir ninguna, pero realmente necesitaba algo que pudiese distraerle, o muy pronto me iba a convertir en una candidata elegible para el trabajo de la pitia.

—¿Cómo me encontraste? —pregunté. Él me había abierto las piernas y se movía entre ellas. Me sentía terriblemente expuesta y no totalmente preparada para aquello —. ¡Mircea!

—Te juro que te contestaré a tu pregunta, Cassie —musitó con los ojos de un color ámbar fuego—. Más tarde.

—¡No! Ese no era el trato —protesté.

Mircea soltó un gemido ahogado y se derrumbó sobre mis piernas, con el pelo cubriéndome la ingle. Se quedó así aproximadamente un minuto, respirando con dificultad y de manera entrecortada, antes de levantar la cabeza. Su cara estaba de

color rosa y sus ojos brillaban oscuramente, si bien parte de la calentura había remitido. Su voz era más baja de lo habitual y su acento era más pronunciado cuando empezó a hablar, rápido y sin preámbulos.

—La Cónsul tenía sospechas de lo que estaba haciendo Rasputín antes que ninguno de nosotros, ni siquiera Marlowe. Los ataques comenzaron poco después de que el círculo solicitase la ayuda de MAGIA para encontrar a su sibila perdida y la Cónsul se adelantó con una de sus famosas intuiciones. Sin embargo, parecía que había poco que pudiéramos hacer, aparte de ayudar en la búsqueda y esperar que la recuperaran rápidamente. Las verdaderas sibilas son raras y creímos que no habría otra con fuerza suficiente como para duplicar las acciones de Rasputín. Pero nosotros nos aseguramos de que aquellos que tuvieran habilidades probadas fueran vigilados estrechamente, por si la sibila moría y el poder se traspasaba. Yo tengo intereses económicos en Atlanta, Cassie. Yo llevaba un tiempo siguiendo tus pasos y por supuesto, puse tu nombre en la lista de la gente a la que había que seguir.

Sus ojos se posaron entre mis piernas y yo sentí como me ruborizaba. Traté de zafarme de su roce, pero lo único que conseguí fue que se diese de bruces contra la cara interior de mi muslo, justo en el punto donde latía el pulso. Sus labios se movieron con ternura y yo no sentí colmillo alguno, pero la leve fricción de su boca hizo que el hilo de calor líquido que se había ido formando en mí explotase repentinamente.

—Mircea, por favor... —susurré.

No estaba segura siquiera de qué le estaba pidiendo y él se limitó a sonreír perversamente.

—No, contestaré a tu pregunta—dijo, inspirando—. Y después te haré gozar plenamente.

Yo me retorcí bajo sus manos y él cerró los ojos.

—Cassie, por favor, no te muevas. Las vibraciones son... molestas y mi concentración está dispersa como ella sola.

—¡Nunca acepté practicar sexo si tú respondías a la pregunta! ¡Esto no es justo!
—rezongué.

Mircea hizo una pausa y levantó la ceja.

—Perdóname, *dulceață*, pero, exactamente, ¿qué es lo que crees que estamos haciendo ahora?

—Ya sabes a qué me refiero —repuse, respirando hondo e intentando ignorar lo que mi cuerpo me pedía a gritos—. Nada de coito.

Mircea recorrió con su lengua el pliegue de mi rodilla y escaló por mi pierna hasta detenerse justo antes de llegar adonde, súbitamente, yo deseaba con desesperación que llegase. En ese momento irguió la cabeza levemente para fundir sus ojos con los míos, pero su respiración aún planeaba sobre mis partes más íntimas. El cuerpo me temblaba y sus dedos se adentraron con más firmeza por mis muslos.

—Me deseas tanto como te deseo yo a ti, *dulceață*. ¿Por qué privarnos de esto?

—Ya sabes por qué. No se trata sólo de placer; se trata de ponerme en una situación para la que no sé si estoy preparada.

En cuanto lo dije, me di cuenta de que le había dicho la verdad. La única razón por la que no estaba abalanzándome sobre Mircea eran las repercusiones que vendrían después. Practicar sexo con él significaba arrojar la toalla de mi independencia, posiblemente para siempre. Lo mirase por donde lo mirase, la perdía. El Senado podría ser una alternativa más apetecible que el círculo y Mircea le daba mil vueltas a Pritkin como carcelero, pero sería una cárcel igualmente. Sin embargo, si no me convertía en pitia, habría mucho menos interés por saber dónde estaba y qué estaba haciendo.

—Y si no aceptas tu llamada, ¿qué plan tienes para persuadir al círculo para que te ayude con lo de tu padre? —inquirió Mircea.

Yo suspiré. Ahí, como diría Shakespeare, estaba la cuestión. Yo no quería ser pitia. Ese era el poder que había ayudado a que mi madre acabase muerta y solo me prometía una vida en una jaula de oro, todo eso dando por supuesto que el círculo no me matara. Además, Pritkin tenía razón: a mí no me habían preparado para eso. No sabía si podría llevar mis «visiones» más allá de donde lo había hecho hasta ahora. No me habían gustado los nuevos poderes que había obtenido y dudaba que fuera a disfrutar mucho más de los demás, fueran cuales fueran. Pero, si rechazaba el puesto, no estaba segura de que pudiera hacer nada para ayudar a mi padre. Conocía a Tony lo suficiente como para saber lo vengativo que era. Para él, la reclusión de mi padre cumplía el doble propósito de torturarlo tanto a él como a mí, así que nunca le liberaría voluntariamente.

—No estoy diciendo que no —le dije a Mircea sinceramente—. Es solo que necesito algo de tiempo. Nada de coito por el momento, confórmate con cualquier otra cosa.

Mircea posó un beso sobre mi bajo vientre.

—Eso no será difícil, Cassie. Eres un festín para los sentidos.

—Limítate a responder la pregunta.

Aquella respuesta le cogió de sorpresa, pero después se rió.

—¿Sabes que, en realidad, me agradó bastante pensar que estaría al cargo de esta tarea? La próxima vez sabré mejor a qué atenerme.

Mircea volvió a sonreírme abiertamente, describiendo lentamente con sus caricias círculos lánguidos en mi vientre, haciendo que aquel calor delicioso volviese a encenderse aún más. Yo me retorcí bajo aquel ligero roce y aquello le agradaba.

—Mi bella y ardiente *dulceață*.

—No soy tuya —volví a matizar.

—Todo lo contrario —sonrió él con suficiencia—, siempre has sido mía. Te aseguro que no me quedé en la corte de Antonio durante casi un año por el placer de su compañía.

Yo me quedé mirándole sorprendida y él volvió a reírse, una carcajada grave y

tangible que no hizo sino acrecentar la tensión.

—Yo había oído hablar de tus dones, así que lo dispuse todo para poder conocerte. Sabía que añadir a mi personal a una clarividente tan reputadamente poderosa como tú sería una incorporación muy útil, pero quería asegurarme con qué me estaba quedando antes de negociar con Antonio. En cuanto te conocí, sospeché que podría estar delante de la próxima pitia, pero no lo pude saber con certeza hasta que creciste.

Mircea perdió su mirada en la distancia y suspiró.

—Cometí un error al no acogerte inmediatamente en mi hogar —prosiguió—, pero tenía miedo de que aquello fuese demasiado notorio y de que yo no fuese capaz de evitar que la atención del círculo se centrara en ti. Por eso te dejé con Antonio y le ordené que siguiera ocultando tu identidad. Mi plan era volver a por ti cuando hubieras madurado, pero por aquel entonces ya te habías metido en muchos líos, ¿verdad?

—Espera un minuto. ¿Sabías lo del asesinato de mis padres?

—Sólo me enteré cuando ya había pasado y en ese momento parecía un asunto menor —respondió él y, al verme fruncir el ceño, soltó un suspiro—. ¿Habrías preferido que te mintiera? No sabía de ti entonces, Cassie, y no podía castigar a Antonio por ocuparse de un siervo como desease. Aunque me pareció que era un despilfarro, estaba en su derecho. Me dijeron que había una mujer con él en el coche, pero había adoptado el apellido de tu padre y no la relacioné con la heredera huida. Perdóname, pero aunque tu padre era el más fiable de los humanos de Antonio, aquello no era decir mucho. No había razón para relacionar a su mujer con la corte de la pitia.

—¿Y qué me dices de mí? ¿Cuándo te enteraste de que tenían una hija? —pregunté, pensando que si Mircea había abandonado a un bebé indefenso en las manos gordas de Tony, mi opinión sobre él se resentiría considerablemente.

—No me enteré hasta años después —respondió con gesto serio, como si se diese cuenta de lo importante que era aquella pregunta para mí—. Hablé con Raphael pocos meses antes de mi visita. Antonio le había mandado a mi corte a hacer un recado y él aprovechó la oportunidad para contarme la verdad. Por supuesto, inmediatamente dispuse todo lo necesario para conocerte.

Yo le creía y no sólo porque quería que aquello fuese verdad. Mircea habría protegido a mis padres si hubieran acudido a él en busca de ayuda. No habría permitido que asesinaran a un activo tan valioso como mi madre si hubiese sabido quién era. Entre otras razones, habría sido un mal negocio enfadar a la pitia y a los magos cuando podría haberles puesto fácilmente a su favor devolviéndosela.

—¿Cómo me encontró Tony? —volví a preguntar yo.

—Y cómo no, Cassie. —Sonrió abiertamente—. Ahí estaba yo, preocupándome por tu seguridad, cuando debía haberme estado preocupando por tus crueles intenciones para con mi siervo indefenso. Lo que le hiciste a Antonio salió de sobra a

la luz, incluso en la prensa humana. Mi gente empezó inmediatamente a buscarte y yo tuve un ojo bien puesto sobre sus siervos por si acaso daba contigo y era tan tonto como para no mencionarlo. En ese caso, debían distraerle y ponerse en contacto conmigo, pero en ese momento irrumpió la suerte. Un miembro de la familia aliado con él se había quedado tirado en Atlanta toda la noche por un retraso en el aeropuerto y te vio en el club. Tú le estabas adivinando el futuro a la gente y aquello le trajo a la memoria a la jovencita a la que había visto en la corte. Acto seguido informó a su maestro, que le vendió la información a Antonio. Por fortuna, yo ya te había encontrado, con la ayuda de la red de inteligencia del Senado.

—Marlowe —apunté yo.

—Exacto —rió Mircea—. Ese hombre es un prodigio, aunque fuiste endiabladamente difícil de encontrar, hasta para él. Quiere conocerte, por cierto. Dijo que eras una persona tan ladina como él, un cumplido extraño, *dulceață*. Te localizamos hace menos de un año, pero nos parecía más seguro dejarte donde estabas y protegerte en vez de arriesgarnos a que el círculo descubriera que te teníamos e invocara el tratado como están intentando hacer ahora —su rostro se volvió sobrio de nuevo—. La Cónsul está demorándolo, pero no podrá hacerlo durante mucho más tiempo. No podemos luchar contra el Círculo Blanco y el Círculo Negro a la vez, Cassie. ¿Lo entiendes?

—Sí —respondí, echando la vista atrás a la cantidad de ataques al corazón que estuve a punto de tener durante todos estos años, pensando que había vampiros aquí o allá, cuando en realidad siempre era la gente de Mircea—. Podrías haberme evitado un montón de problemas si me hubieras contado qué estaba pasando.

Mircea se limitó a mirarme. No se molestó en decir lo que ambos sabíamos: ningún maestro vampiro y mucho menos un miembro del Senado, discutiría nada con una simple sierva. La vida de ella se planifica sin tenerla en cuenta y solo se le informa cuando se considera apropiado.

—¿Es así como supiste que Tony me había encontrado? ¿Te lo dijo tu gente? —insistí.

—No —repuso Mircea esgrimiendo una sonrisa triste—, ahí tuviste suerte. Antonio le ordenó a un pistolero que te metiera dos balas entre ceja y ceja hacia medianoche, pero Raphael lo escuchó a hurtadillas y me llamó. Yo le ofrecí mi protección y le dije que se viniera conmigo. Antonio llevaba un tiempo dándome problemas, pero eliminar a un maestro de tercer nivel, incluso si es tu siervo, requiere sutileza. Sin embargo, si iba expresamente en contra de mis órdenes y atentaba contra tu vida, podía matarle legalmente por desobediencia. Yo transmití la información que tenía sobre ti al Senado y ellos te asignaron a Tomas desde la desaparición de la sibila. Por si acaso tenían problemas con él, yo ya había entrado en contacto con algunos socios míos en Atlanta, pero ellos tuvieron problemas para localizarte. Cuando llegaron a tu despacho, ya te habías ido.

—¡Podías haber usado un puñetero teléfono, Mircea! —vociferé yo.

—Sí que intenté llamarte, *dulceață*, primero a tu casa y luego a tu puesto de trabajo. Pero no respondiste. En cualquier caso, nos diste un buen susto. Mis socios se vieron envueltos en un altercado con cuatro vampiros a los que Rasputín había mandado ir a por ti. Cuando se deshicieron de ellos, tú y Tomas ya os habíais topado con los asesinos de Antonio. Por suerte, os ocupasteis de ellos casi sin problemas.

De nuevo me sentía confusa.

—¿Así que esa noche tenía a nueve vampiros detrás de mí? —inquirí, sin poderme creer que hubiera sobrevivido. Con menos arsenal había maestros vampiros que habían doblado la rodilla—. Pero, si Tony y Rasputín son aliados. ¿Por qué mandaron a dos equipos distintos?

—Ahora sí que estás perdiendo tiempo —sonrió Mircea—. La versión corta es que Antonio envió a cinco vampiros de noveno o décimo nivel para que te mataran en cuanto se enteró de dónde estabas. Cuando Rasputín se enteró de lo que había hecho, mandó a cuatro maestros para que ayudasen a los demás. Es más listo, creo, que Antonio. Sabía que el Senado te habría puesto guardianes y quería asegurarse de que no sobrevivirías. Eres el único poder que puede oponerse a sus acciones y salir victoriosa, *dulceață*. Y él lo sabe.

La cabeza me daba vueltas.

—¿Entonces la banda de Tony es la que fue al club, y la tuya y la de Rasputín fueron a mi despacho después de que me fuera? Entonces, ¿quién me dejó el mensaje en el ordenador?

—¿Qué mensaje? —preguntó él.

Yo meneé la cabeza. Aquello se estaba volviendo demasiado complicado para mí.

—No importa. ¿Lo que estás diciendo básicamente es que todo el mundo está detrás de mí? —inquirí.

Mircea no contestó porque aquella cabeza oscura había vuelto a la carga, dibujando con su lengua un camino que subía por la parte superior de mis muslos. Su lengua ardía contra mi piel y sus labios parecían de terciopelo.

—No sé si todo el mundo, *dulceață*, pero yo desde luego que sí. Y ya está bien de charla —me sonrió perversamente—. Es hora de que saldes tu deuda plenamente.

Intenté pensar rápido en otra pregunta, pero me resultaba difícil, sobre todo cuando sentí como sus manos me agarraban las nalgas y me elevaban hacia arriba. Su lengua alcanzó su objetivo y yo jadeé. Mircea recorrió todo mi cuerpo lentamente, explorando mi silueta, memorizando mi sabor, antes de hundirse dentro de mí todo lo que pudo. Yo grité y mi cuerpo se arqueó contra el suyo, sin poder hacer nada más, embebida por él. Noté cómo empezaba a gestarse algo en mi interior, algo enorme, pero antes de que me hiciese explotar los sentidos por completo, Mircea se apartó.

Yo quería gritar de frustración, pero sus labios sellaron los míos y me olvidé. Recorrí con mis manos aquella piel sedosa, examinando desde su columna hasta sus costillas y ese hoyuelo que se hundía entre esas dos preciosas nalgas. Él se estremecía sobre mí y sentirle firme y caliente sobre mi vientre era casi abrumador. Deseaba tenerle dentro más de lo que había deseado nunca nada, era casi una necesidad insoportable. Pero cuando noté algo pesado, duro y caliente entre mis piernas, le empujé el pecho.

—No, Mircea lo prometiste —murmuré.

Él soltó una risa grave desde su garganta y me besó el cuello.

—Seré bueno, *dulceață* —alegó él.

Antes de que pudiera decir que eso era precisamente lo que me preocupaba, arrastró aquel peso pesado por toda la longitud de mi sexo, sin penetrarlo, sólo acercándolo provocadoramente. Yo estaba mojada y le deseaba tanto que dolía, y no creía que aquello fuese divertido. Llegué a la conclusión de que había que darle una pequeña recompensa.

Deslicé una mano entre nuestros cuerpos y le agarré. Era lo suficientemente grueso como para que no pudiese agarrarle por completo, pero aquello sirvió para llamar su atención. Yo estrujé su carne, maravillada por lo increíblemente suave que era su piel, y él entornó los ojos. Me resultaba extraño sujetarle, tan caliente y aterciopelado al tacto, y me hacía sentir poderosa. Me vino a la mente lo que le había hecho la mujer de mi visión al cuerpo de Louis-César y traté de imitarla lo mejor posible. Unos cuantos vaivenes después, el poderoso Mircea soltó un pequeño grito medio ahogado y se estremeció contra mí. Por un segundo creí que le había hecho daño, pero lo único que había logrado es que se hiciera más grande en mi mano. Yo sonreí abiertamente al ver su cara de sorpresa y, recordando lo que le habían hecho al cuerpo del francés, recorrí con un dedo la pequeña hendidura de la cabeza. Esta vez sí gritó de verdad, y me miró con los ojos abiertos.

—Cassie, dónde —se detuvo y humedeció sus labios— ¿dónde has aprendido a hacer eso?

Yo me reí. Esto prometía.

—Si te lo contara no me creerías —dije, empujándole por el hombro—. Túmbate.

Mircea se recostó y yo le seguí, sin dejar de agarrarle, pero con cuidado de no hacerle daño, sintiendo en cada momento lo sensible que era esa parte de su anatomía. Dejé que mi mano le explorase a él como antes había hecho él con su lengua y descubrí que su cuerpo era fascinante. Había visto a muchos hombres desnudos, pero esta era la primera ocasión oportuna que tenía de tocar uno de manera tan íntima, y la verdad era que Mircea estaba haciendo que mi pulso se disparase.

Después me di cuenta de que la piel de sus bolsas era aún más suave y la recorrí con mis dedos suavemente hasta que noté que él gemía y se retorció a mis espaldas. Me gustaba hacerle esto, verle así de indefenso; con su cabello, habitualmente perfecto, enredándose a medida que el sudor empezaba a adosárselo a la cara. Resultaba excitante hacerle abrir las piernas aún más, exponerle a lo que quiera que fuese lo que yo le quisiera hacer. Su indefensión era embriagadora y me hacía atreverme a más cosas. Mi repertorio no era lo que se dice amplio, pero tenía buena memoria, y la francesa había estado a punto de probar algo con Louis-César que parecía interesante.

Gateé entre las piernas de Mircea, recorriendo con mis manos sus músculos tensos. Él intentó alcanzarme, pero yo le aparté las manos.

—Quieto —le ordené.

Él se detuvo, pero el gesto de sorpresa en sus ojos me indicaba que no estaba acostumbrado a que le diesen órdenes. Le volví a agarrar en toda su extensión mientras seguía moviéndose provocadoramente delante de mí. Al sentir mi roce, cerró sus ojos una vez más y una expresión de vulnerabilidad se escapó de su rostro. Empecé con vaivenes lentos, sin comprender muy bien esa mirada de dolor, porque sabía que no le estaba haciendo daño.

—Cassie...

Su voz se quebró y yo le mandé callar. Acto seguido me acerqué y, lentamente, con cuidado, lamí su tenso mástil. Sabía bien, ligeramente salado, y con un cierto regusto ahumado. También me gustaba su aroma, que era más fuerte y ligeramente almizclado en esa zona. La sobrecarga de sensaciones entremezcladas era embriagadora. No tenía ninguna experiencia previa que pudiera guiarme, pero decidí empezar por la punta y seguir después hacia abajo. Parecía un buen plan, pero mi lengua apenas le había tocado cuando Mircea se corcoveó violentamente, haciendo que no pudiera seguir sujetándole.

—¡Cassie, no! No me puedo controlar si tú...

—He dicho que te calles —le espeté enfadada.

Tenía que centrarme, así que su mejor ayuda sería quedarse bien quieto y calladito. Así se lo hice saber y la reacción de su rostro fue de absoluto asombro.

—Me aseguraron que no habías hecho esto antes —replicó él, tratando de incorporarse sobre sus codos.

Yo le lancé una mirada de advertencia.

—Y no lo he hecho. Así que si no te quedas quieto, no me eches la culpa si te hago daño —le amenacé.

En cuanto acabé de hablar, él se derrumbó sobre la cama y cubrió su rostro con un brazo. Musitó algo en rumano, pero yo ignoré sus palabras. Él sabía que yo no lo hablaba y que aquello no me ponía las cosas fáciles precisamente. Si no hubiera estado disfrutando tanto de su cuerpo, quizá me habría quejado.

Como sí que estaba disfrutando, volví a centrarme en el apasionante estudio de aquello que le hacía gemir. Esta vez, cuando deslicé mis labios y mi boca por él estuvo mucho más quieto, excepto por un ligero temblor que seguramente no pudo evitar. Descubrí que me gustaba más lamer la punta, aunque el sabor era algo más amargo ahí. Con todo, merecía la pena ver cómo se esforzaba por no moverse o gritar con mis caricias, con las manos convertidas en puños a ambos lados. En ese momento, decidí que quería ver qué haría falta para que el gran Mircea perdiese completamente el control.

Justo entonces le rocé accidentalmente la piel con mis dientes al intentar acogerle más dentro aún en mi boca, y la sensación le arrancó un grito sobresaltado. Después de imaginarme que era un sonido de aprobación, comencé a intercalar pequeños mordisquitos con el roce de mis labios, y pronto él empezó a emitir quejidos débiles, como si ni siquiera fuera consciente de estar haciéndolo. Unos minutos después, descubrí su verdadera debilidad cuando bajé más abajo y empecé a lamerle la piel suave de sus bolsas. Debía ser extraordinariamente sensible ahí o quizá la presión se había ido acumulando ahí durante un tiempo. Antes de que me diese cuenta de lo que estaba pasando, Mircea me había agarrado por las caderas y me había puesto encima de él; así que una vez más ahí estaba, presionando con todo su vigor contra mi entrada. Era una sensación tan increíble, tan perfecta, que estuve a punto de dejar que nuestros cuerpos se fundieran. Sin embargo, en ese momento alguna parte de mi cerebro me recordó el precio y yo me eché hacia atrás.

Me moví tan rápido que acabé cayendo torpemente fuera de la cama. Un segundo después, el rostro ruborizado de Mircea se asomó por el extremo del colchón, mirando asombrado cómo me había quedado ahí tirada en la alfombra. Yo agarré la bata y sus ojos se oscurecieron.

—Me encargaré personalmente de tirar esa prenda ofensiva para que nunca más vuelva a esconder tu belleza —murmuró.

Su voz era ronca y sus ojos miraban feroces. No perdí el tiempo en ponerme la bata como debía, sino que me limité a rodearme con ella como si fuera una manta. Aquel era un pobre sustituto del calor de su piel, pero era mucho más fácil pensar con algo de ropa encima. Mi respiración no era demasiado firme aún y me sentía algo confusa todavía, como si siguiera necesiéndole, pero me eché hacia atrás hasta toparme con la ventana.

—Tenemos un trato, Mircea —le dije con voz no demasiado firme.

Él se incorporó, lo cual era ya de por sí una distracción importante, teniendo en

cuenta que la erección no se le había bajado ni lo más mínimo. Hizo una mueca de contrariedad, pero sus ojos ardientes siguieron clavados en los míos. Eran más canela que ámbar ahora, una hermosa luz rojiza y resplandeciente. Era casi tan oscuro como el color que casi había hecho desmayarse a Pritkin; a mí en cambio me hacía desear salir corriendo hacia él y echarme en sus brazos. Me agarré a la repisa de la ventana tratando de apoyarme en algo, pero enseguida noté cómo siseaban las protecciones. Estaban frías, en comparación con el calor de mi piel en ese momento.

Mircea deslizó una mano por su rostro y estaba temblando. Me miró hacia arriba con desesperación en los ojos.

—Cassie, por favor, no hagas esto. Te he explicado la situación... ya sabes qué es lo que peligra. Quiero hacer que esto te resulte placentero, no que me odies por ello. Pero hay que hacerlo. Tú no eres como ese ridículo mago que no comprende nada de lo que somos. Por favor, no compliques esto. Podría ser hermoso.

—¿Y si digo que no? —inquirí.

Mircea se quedó paralizado de repente. La habitación se tiñó de un poder apenas controlado, del mismo modo que las oleadas de calor flotan sobre la arena del desierto.

—¿No me forzarías? —insistí.

Mircea tragó saliva y se quedó mirando intensamente a la alfombra un buen rato. Cuando, finalmente, miró hacia arriba, sus ojos habían vuelto a adquirir su habitual marrón vivo.

—Vamos a ser completamente sinceros, *dulceață*. Yo podría invadir tu mente, usar trucos que sobrepasen tu razón y obligarte a entregarte a mí como sé que deseas hacerlo. Pero si hiciera esto, no volverías a confiar en mí nunca más. Te conozco demasiado bien, sé cómo te tomas la deslealtad. Es algo que no puedes olvidar y no quiero que me veas como un enemigo.

—Entonces, ¿me puedo ir? —pregunté.

Yo sabía la respuesta, pero necesitaba que me explicara qué opciones tenía.

—Lo sabes mejor que yo —suspiró Mircea, con el rostro invadido rápidamente por una apariencia de cansancio—. Si no hacemos esto, la Cónsul simplemente designará a otro. Sé que Tomas despierta algún tipo de sentimientos en ti, pero también sé lo enfadada que estás con él. Traicionó tu confianza, y aunque lo hizo siguiendo órdenes que no podía desobedecer, no creo que le hayas perdonado por lo que hizo.

—No —corroboré, rodeándome el cuerpo con los brazos.

Hubo un tiempo en el que me fié de Tomas, al menos tanto como me fiaba de cualquiera, un tiempo en el que le había deseado e incluso le había querido un poco. Pero aquello había ocurrido con un hombre que solo estaba en mi imaginación, que no se correspondía con el que existía en la realidad. Ahora, cuando lo veía, sentía como si estuviese mirando a un extraño. No quería que sus manos se posaran sobre mí. Además, había invadido mi mente una vez siguiendo órdenes del Senado. Si se le

ordenaba, no tenía dudas de que lo volvería a hacer.

—Entonces, ¿quizá Louis-César? Es atractivo. ¿Le preferirías a él? —musitó con una voz ligeramente ahogada.

Creo que, por alguna razón, aquella idea le atraía incluso menos que la de imaginarme con Tomas. Quizá porque el francés era un miembro del Senado a todos los efectos, con el mismo estatus que él. Pero ¿qué se pensaba, que yo me iba a enamorar perdidamente del primer tío con el que practicara sexo y que me fugaría a Europa con él? Si realmente creía que era así, no me conocía tan bien como pensaba.

—No —espeté.

No quería tener cerca a un hombre al que apenas conocía y cuyo tacto me había arrojado a una pesadilla ya dos veces.

—¿Entonces quizá Raphael? Él te ve como una hija, como sabes, pero haría esto por ti, si lo prefieres —prosiguió Mircea.

Yo meneé la cabeza. No quería que Raphael ni yo pasásemos por algo así. Y tampoco estaría dispuesta a estar con alguien que lo vería todo como una tarea que había que ejecutar. Mircea extendió las manos.

—Eso era lo que yo pensaba también. Entonces, ves dónde estamos. Si nos descartas a todos, la Cónsul designará a uno de sus siervos para que haga el trabajo y no creo que fueras a disfrutar de algo así. No hay más alternativas. Tu talento es demasiado importante. No se puede permitir que el poder sea traspasado a otra persona solo porque no he tenido tiempo de cortejarte adecuadamente.

—¿Y qué sacas tú de todo esto, Mircea? —pregunté, arqueando una ceja—. ¿Sólo seguridad? ¿O quizá la Cónsul te dará lo que pidas si esto sale bien? ¿Tú también quieres usarme?

Mircea soltó un largo suspiro.

—Nadie controla a la pitia, Cassie. Si el poder acaba yendo hacia ti, no podré retenerte. Siempre he sabido eso.

—Entonces, ¿por qué me has protegido todos estos años? ¿Por qué hacerlo ahora?

Mircea tenía razón; yo sabía cómo funcionaban los asuntos políticos de los vampiros. Él había empleado un montón de tiempo y energía en protegerme, y yo dudaba que aquello fuese simplemente para obtener una clarividente para su corte. Y aquello era especialmente cierto si, una vez que me convirtiese en pitia, él perdía el control sobre mi don. Tenía que haber algo más ahí detrás de lo que me estaba contando.

Mircea no parecía contento con la pregunta, pero la contestó. Su risueña máscara de siempre había desaparecido y había sido sustituida por una expresión cruda y llena de dolor.

—Tú sabes lo que es perder a tu familia, *dulceață*. Entonces quizá puedas apreciar lo que significa para mí que Radu sea el único de mi estirpe que sigue con vida y él... ya te dije lo que le hicieron.

—Sí.

—Lo que no te conté al respecto, porque rara vez hablo de ello y tú sólo eras una niña, es que aún sigue sufriendo. Todas las noches al despertarse, es como si se lo hicieran todo de nuevo. Le han destrozado, *dulceață*, en cuerpo, alma y espíritu. Incluso hoy, cientos de años después de que murieran sus torturadores, grita de agonía como si sintiese los azotes y los marcados. Todas las noches vuelven a caer sobre él mil tormentos, una y otra vez.

Los ojos de Mircea se volvieron de repente viejos y terriblemente tristes; a mí me habían contado que Radu no había sido el único que había sufrido.

—Muchas veces he pensado en matarle para liberarle —prosiguió—, pero no puedo. Él es lo único que tengo. Sin embargo, ya he dejado de creer que una noche se despertará de su pesadilla.

—Lo siento, Mircea —murmuré, resistiéndome al impulso que me ordenaba ir hacia él, a acariciarle su pelo enmarañado y reconfortarle. Era demasiado pronto para eso. Los años de experiencia me habían enseñado que tenía que escuchar la historia completa antes de ofrecer compasión—. Pero no veo qué tiene que ver todo esto conmigo.

—Tienes que ir a Carcassonne.

Tardé un momento en establecer la relación, pero ni siquiera entonces tenía sentido.

—Tú liberaste a Radu de la Bastilla —dije yo.

—En 1769, sí. Pero un siglo antes, él no estaba allí. Le tuvieron preso y le torturaron muchos años en Carcassonne —prosiguió él, y al mencionar ese nombre, lo dijo como si fuese deleznable; aunque para él probablemente lo era—. ¿Sabes cuál es el otro nombre con el que se hace mención a la pitia, Cassie?

Yo meneé la cabeza entumecida.

—La llaman el Guardián del Tiempo. Tú eres mi mejor oportunidad, mi única oportunidad. Pero si la pitia muere y tú pierdes el poder que has adquirido porque no eres un receptáculo adecuado para acogerlo todo, yo perderé la única puerta del tiempo que he podido encontrar.

Todo aclarado.

—Así que la Cónsul te prometió la oportunidad de ayudar a Radu. Ese es el pago que recibirás si yo les soluciono este pequeño problema —resumí yo.

Mircea inclinó la cabeza.

—Ella aceptó que me convirtiera en el tercer integrante de nuestro grupo. Yo iré contigo en cuanto te transformes. Mientras tú y Tomas detenéis el ataque contra Louis-César, yo rescataré a mi hermano —dijo, con ojos sombríos y completamente serios.

En ese instante supe que, si bien era posible que no me fuera a forzar, no había duda de que se apartaría a un lado para ver cómo lo hacía otro. Puede que no le gustase, pero le gustaba aún menos abandonar a Radu a su suerte. Quería odiarle por ello, pero no podía. En parte lo que sentía era pena: no podía imaginarme cómo tenía

que haber sido aquello, cuidar durante siglos a alguien que estaba loco de remate, verle atormentado día tras día y no poder hacer absolutamente nada al respecto. Pero era más que eso: aunque tenía todas las razones para haberlo hecho, Mircea no me había mentado. Tenía razón: yo podía perdonar casi todo, excepto eso.

—¿Cómo sabes siquiera que vamos a volver allí otra vez? —pregunté, porque ya que él estaba siendo sincero conmigo, qué menos que hacer yo lo mismo para devolverle el favor—. Ya no siento la misma aprensión, o miedo, o lo que fuese que rodeaba a Louis-César. Y cuando me sacó del Dante, no pasó nada. Por lo que sé, el poder ya ha sido traspasado, o quizá quiera llevarme a otra parte.

—Creemos que Rasputín intentará ir a por él esa noche, esa en la que tú has estado dos veces; porque fue entonces cuando Louis-César cambió. No sabías que fue mi hermano quien le hizo, ¿no?

—Creí que Tomas había dicho que estaba maldito —apunté yo.

Mircea meneó la cabeza.

—No sé dónde escuchó eso, Cassie. Quizá lo cree porque Louis-César no sabía lo que era tener un maestro. Como yo, tuvo que aprender sin apenas nadie que le guiase. Como mi hermano estaba en prisión, el nacimiento de Louis-César no quedó registrado hasta mucho después de que ocurriera. Cuando otros maestros pudieron saber de su existencia y pudieron intentar reclamarle, él era demasiado poderoso ya. Radu le mordió por primera vez la noche en la que tú estuviste allí, después de que los carceleros les dejaran solos en un intento por aterrorizar al francés. Radu le invocó de nuevo las dos noches posteriores hasta que se hizo el cambio. Quizá intentaba conseguir un siervo que pudiera liberarle.

—¿Y por qué no lo hizo? —pregunté.

Mircea me miró con algo de sorpresa.

—¿Tú no sabes quién era Louis-César?

Yo meneé la cabeza y él sonrió levemente.

—Dejaré que sea él quien te cuente la historia. Baste decir que no pudo moverse con libertad durante mucho tiempo; y, cuando pudo hacerlo, a Radu le habían trasladado y no pudo encontrarle. En cualquier caso, lo único que tiene que hacer Rasputín para eliminar a nuestro Louis-César es clavarle una estaca antes de que se produzca la tercera mordedura; matarle cuando todavía sea humano y esté indefenso, y así nunca tendrá que pelear con él.

—Podría matarle todavía más fácilmente cuando estuviera en la cuna, o cuando fuera un niño. No sabéis si será entonces —objeté.

Mircea meneó la cabeza con énfasis.

—Creemos que tu don te ha estado mostrando dónde está el problema, dónde hay alguien que intenta alterar el curso del tiempo. ¿Por qué si no estarías volviendo una y otra vez allí? En cualquier caso, los conocimientos que se tienen sobre la vida de Louis-César en sus primeros años son muy escasos —argumentó Mircea—. El primer momento en el que Rasputín puede estar seguro de encontrarle es cuando le hicieron.

Quedó registrado, al igual que las peculiares circunstancias de su carencia de maestro. Rasputín no se la jugaría con algo tan importante. Intentará encontrarlo donde sabe seguro que va a estar. Y yo sé dónde tienen a Radu, Cassie. Será cuestión de segundos que sea capaz de liberarlo.

—¿Y puedes decirme la fecha exacta en la que se le fue la cabeza? Hay una ciudad alrededor de ese castillo, Mircea. No te voy a ayudar a soltar a un asesino loco en medio de sus habitantes.

—He hablado con Louis-César —intervino Mircea con rapidez—. Radu estaba en sus cabales cuando le convirtió. Puedes ayudarme a salvarle, *dulceață*. Para los demás, la tortura llegaba a su fin enseguida, bien porque morían o, raras veces, porque les exoneraban. Con él no ocurría lo mismo. Sus torturadores no le liberarían nunca porque no creían que se le pudiera redimir, pero tampoco le matarían porque verle sufrir suponía un buen escarmiento para todos aquellos a los que querían asustar.

Era difícil atisbar un rastro de emoción en sus ojos y la desesperación era demasiado contenida como para describirla.

—¡No le queda otra salida! Ya has visto ese lugar. ¿Le dejarías ahí, sabiendo cuál va a ser su destino? ¿Canjearías su vida por tu castidad?

No era mi castidad lo que me preocupaba; era mi libertad. Sin embargo, yo era lo suficientemente lista como para no entablar una negociación sobre esas bases. La Cónsul no iba a renunciar de ninguna manera a intentar al menos quedarse conmigo. Si me convertía en pitia, quizá fuese capaz de evitar su manipulación y la de los dos círculos; quizá podría hasta ayudar a mi padre. Era un paso enorme, pero era mi mejor baza. Respiré hondo y me aparté de la ventana, dejando que la bata fuese cayendo a mi paso.

Mircea observó mientras caminaba hacia él, con un halo de esperanza despertando en sus ojos. Le puse una mano en el hombro, en medio de ese cabello decadente como seda áspera, y con la otra recorrí levemente la curva de su cara.

—Has contestado a mi pregunta. ¿No quieres tu recompensa? —musité.

Mircea me apretó contra su cuerpo y empezó a hablarme con suavidad contra mis labios, palabras de agradecimiento y pasión entremezcladas. Noté como caían lágrimas sobre mi cuello y mis pechos según me besaba, me lamía y mordisqueaba, abriéndose camino por la parte superior de mi cuerpo. Me tumbó con cuidado sobre la cama y volvió a besar el centro de aquella presión creciente que había regresado con afán de venganza. Enseguida me tenía ya casi pidiendo a gritos que algo más grande que su lengua calmase mi dolor. Como si me estuviese leyendo la mente, Mircea deslizó un dedo hacia el centro de mis vibraciones y lo introdujo hasta el fondo. La sensación era maravillosa, pero no era suficiente ni de lejos.

—¡Mircea! —jadeé.

Él no contestó, se limitó a deslizar dos dedos dentro de mí y yo me eché encima de ellos, desesperada como estaba por tener más de él. Así calmó esa sensación casi

de dolor e incrementó la de placer hasta que me vi a mí misma soltando un gran gemido y cabalgando sobre su mano con tanta fuerza como quería cabalgar sobre su cuerpo. La presión de mi interior continuó escalando tanto que llegué a pensar que me desmayaría ante aquella deliciosa quemazón. Entonces estalló y lo único en lo que pude pensar fue en la sensación maravillosa que me dejaba sin aliento y que me invadía una y otra vez. Oí cómo gritaba su nombre y después el planeta entero estalló en una erupción de luz, color y sonido que pareció un vendaval que irrumpiera en mi cabeza.

Un segundo más tarde, me di cuenta de que no era viento.

—*Um, ¿Cassie?* Mira, sé que este no es un buen momento y todo eso...

Estaba tan embebida en la euforia posterior que tardé un minuto en asociar la voz con Billy Joe.

—Billy. Tienes exactamente un segundo para largarte —le espeté.

Mircea me sujetó en los estertores de mi orgasmo, musitando palabras en rumano. De verdad que tenía que hacer que dejase de hacer aquello.

—Lo haría, de verdad, pero tenemos que hablar. Ha pasado algo. Algo malo —explicó Billy.

Yo refunfuñé y le expulsé de mi cabeza. Y allí apareció, flotando justo encima del hombro desnudo de Mircea.

Mircea se había puesto encima de mí, sosteniéndose sobre los brazos, y colocándose con cuidado.

—Te he preparado lo mejor que he podido, Cassie —murmuró con una voz áspera y casi entrecortada—, pero quizá esto te duela un poco. Se me considera en cierto modo... más grande de lo habitual, pero tendré cuidado.

Yo quería gritarle que se dejara de tonterías, mi cuerpo quería tenerle dentro y no le importaba que pudiera doler.

Billy se quedó mirando a la cara empapada de sudor de Mircea y entornó los ojos, y dijo:

—Por favor. Tenías *qu'haberme* visto en mi apogeo. La condesa decía que yo tenía el mayor...

—¡Billy! —le interrumpí.

—... talento que había visto. De cualquier manera, tampoco me parece que él sea tan impresionante —concluyó malhumorado.

—¡Cállate y largo de aquí! —volví a exclamar.

Billy pasó de mí y, antes de que pudiera detenerle, le lanzó una bocanada de aire helado a Mircea.

—Ahora menos que nunca —musitó.

Mircea aulló ante aquella sensación y miró a su alrededor alarmado, mientras yo seguía mirando a Billy.

—¿Has perdido la cabeza? —le recriminé.

Billy volvió a emprenderla con Mircea a modo de respuesta. Aquel frío no me

parecía tan terrible, pero también había que tener en cuenta que yo no sentía a los fantasmas del mismo modo que los demás. A Mircea parecía que le había arrollado una ventisca; tenía la piel de gallina por todo el cuerpo y su pelo había pasado de estar húmedo a tener cristales de hielo en su interior. El efecto sobre nuestras actividades fue el mismo que el de una ducha fría.

Antes de que pudiera explicarle a Billy exactamente en qué lío se había metido, la voz sobresaltada de Rafe se hizo oír desde el otro lado de la puerta.

—¡Maestro! ¡Lamento molestarle, pero Rasputín está en camino! ¡Está a punto de llegar!

Rafe se detuvo justo en la puerta y miraba inquieto al suelo, casi temblando por el susto. Tomas entró justo detrás de él. Yo me tapé enseguida con el edredón, pero él no me dedicó apenas una mirada.

Los ojos de Mircea se quedaron en blanco, como si por un segundo no comprendiera lo que estaba pasando; después asintió con la cabeza.

—¿Cuánto tiempo nos queda? —preguntó.

—No lo sé —respondió Rafe aceleradamente. Nunca había visto a nadie retorcer las manos así, pero era exactamente lo que estaba haciendo él—. Louis-César ha salido a su encuentro, ¡pero ese ruso *testa di merda* tiene un ejército de híbridos y magos oscuros a su lado! ¡Y dispone de suficientes maestros como para intentar atacarnos a plena luz del día!

Tomas asintió para constatar las palabras de Rafe.

—El Senado está preparando una defensa, pero nos sobrepasan enormemente en número. Nadie esperaba un ataque estando previsto el duelo para esta noche. Puedo llevarme a Cassie más abajo. La cripta debería aguantar, al menos un rato.

Mircea ignoró los brazos extendidos de Tomas. Se limitó a cogerme, con edredón y todo, y a caminar a zancadas hacia la sala de estar de la suite.

—Mircea —musité. Al mirarle hacia arriba se descubrió ante mí un rostro tenso y pleno de determinación, así que tuve que tirarle de su pelo escarchado para llamar su atención—. ¿Qué pasa?

Mircea me miró mientras nos encaminábamos a las escaleras que daban a la cámara del Senado. A nuestro alrededor, las oquedades de la pared de hierro se habían salido hacia fuera y el decorado a modo de cuchillos que poblaba los extremos inferiores ya no apuntaba al suelo. Empecé a pensar que quizás aquello no era algo decorativo, así que deseé interiormente que nuestros afilados acompañantes supieran bien quiénes eran sus amigos.

—No tienes de qué preocuparte, *dulceață* —explicó Mircea—. Nunca romperán las protecciones internas. Y esto cambia poco las cosas. Si Rasputín no vence al campeón de la Cónsul antes de intentar su asalto al poder, el resto de senadores le considerarán un fuera de la ley. Nada de esto le va a beneficiar.

—Eso no me hace sentir mucho mejor, teniendo en cuenta que estaremos todos muertos antes de que el resto de senadores puedan dar con él.

—¡Rápido! —espetó Tomas mientras abría de golpe la pesada puerta que conducía a las escaleras y se oía una explosión desde el exterior—. Han roto nuestras defensas exteriores.

En cuanto acabó de hablar, varios hombres y una mujer nos adelantaron a toda pastilla para dirigirse al lugar de la explosión. Llevaban suficiente material encima como para hacer que Pritkin pareciese poco armado. Yo sentí su poder según pasaron, eran magos de la guerra. Bueno, eso debería hacernos ganar algo de tiempo.

—Te aseguro que eso no va a pasar, Cassie. Yo te protegeré —me aseguró Mircea.

Yo no respondí. Mircea lo iba a intentar, no me cabía duda, pero Rasputín tenía que estar loco para intentar algo así. Y un loco siempre tiene una gran ventaja a la hora de sembrar el caos.

Pritkin dobló la esquina y nos siguió mientras empezábamos a bajar por las escaleras. Me quedé mirándole y él me devolvió la mirada.

—¿Qué pasa? ¿Qué artimaña es esta?

Todo el mundo pasó de él. Las escaleras daban bandazos a nuestro paso y las luces del techo se agitaban peligrosamente.

—¡*Vaffanculo!* ¡Los secundarios están aquí abajo! —gritó Rafe.

Yo no sabía de qué estaba hablando, pero en cuanto vi la cara de Mircea supe que no era nada bueno.

—Eso es imposible. ¡No deberían haber sido capaces de llegar hasta aquí tan rápido! —vociferó Mircea metiéndome la cabeza en su pecho.

Un segundo después estábamos al final de la escalera. Supongo que salimos volando, pero todo pasó tan rápido que no estoy segura. Nos introdujimos en la cámara del Senado casi en el mismo momento en el que se escuchó una nueva explosión, esta vez de la parte de arriba. Acto seguido, cayó sobre nosotros una lluvia de pedacitos de escalera ardiendo. Una astilla en llamas no me dio en la cara por un milímetro; entonces Mircea hizo un gesto y la pesada puerta de metal de la cámara se cerró violentamente.

Rafe miraba a todos lados aterrorizado.

—¡Esto no puede estar pasando! —exclamó.

—Te necesitamos para apuntalar las defensas —le dijo Tomas a Mircea apresuradamente—. ¡Dame a Cassie!

Tomas intentó cogerme, pero Mircea se apartó y atravesó la habitación con otro movimiento vertiginoso. Entonces se abrió una puerta en la misma roca que hasta aquel momento no era más que piedra lisa y desnuda. No debería haberme sorprendido; aquello era algo que construían los usuarios de magia, así que probablemente tendría que haber más puertas ocultas que visibles allí. Sin embargo, seguía siendo el mejor ejemplo de protección perimetral que había visto, no se podía ver ni siquiera una grieta aunque te colocaras a escasos centímetros del lugar donde estaba la puerta oculta. Tenía que haber sido así como había aparecido Jack de la

nada anteriormente.

Detrás de nosotros se oyó una explosión ensordecedora y pude ver por encima del hombro de Mircea cómo la pesada puerta que acababa de cerrar a conciencia saltaba en pedazos hacia dentro como si fuera papel. Un mago saltó por la abertura para acabar ensartado por dos trozos de hierro que aparentemente salieron de ninguna parte. Miré hacia arriba y vi que las arañas del techo habían experimentado una transformación similar a las oquedades del piso de arriba. Aquellos cientos de puntas tremendamente afiladas estaban ahora vibrando, haciendo reverberar el eco de un latido sordo y metálico por toda la habitación, como el ruido que harían los miles de pies saliendo en estampida al unísono en un partido de fútbol americano. Parecía como si estuvieran esperando ansiosamente a que alguien más metiese la cabeza en la sala.

Después de que Mircea consiguiese convencer a las protecciones para que nos dejaran pasar, nos encaminamos por un pasillo largo. Las antorchas se encendían a nuestro paso a derecha e izquierda. La electricidad tendía a interferir con ciertos tipos de protecciones y el pasillo casi crepitaba con ellas. Atravesamos tres puertas metálicas enormes que estaban tan protegidas que me pareció que la piel se me deformaba según pasábamos, como si hubiera pequeñas manos que me estuviesen agarrando por todo el cuerpo. La última fue la peor. La resistencia era tan fuerte que, por un momento, no creí que fuera a dejarnos pasar a ninguno. Sin embargo, Mircea berreó una orden y, al final, la barrera casi física se debilitó lo suficiente como para que pudiéramos pasar.

Dentro, había una pequeña habitación que daba paso a cuatro vestíbulos dispuestos cada uno en un ángulo diferente. Mircea se paró tan bruscamente que Tomas casi se lo come.

—¡Mircea! ¿Por dónde?

—¿Cómo han podido entrar tan rápido? —se preguntó Mircea otra vez, aunque pensé que me estaba hablando a mí.

Después miré hacia arriba y vi la cara de Tomas. No quedaba nada del hombre al que había conocido. Era un semblante altivo, salvaje y hermoso; un rostro que habría encajado perfectamente acuñado en alguna moneda antigua. Podía ver al noble inca a través de aquellos rasgos; lo que ya no se divisaban eran los gestos del hombre dulce que yo había conocido.

—¡Lo podemos discutir más tarde! ¡Dime por donde, Mircea!

Mircea sonrió, con su atención aparentemente fija en mí.

—He sido un estúpido, según parece, Cassandra.

Yo miraba al uno y al otro sin salir de mi confusión. Se estaba creando una corriente de poder en la habitación que me preocupaba. A las protecciones tampoco les gustaba; el aire se estaba enrareciendo y se volvía más denso por momentos.

—¡Dímelo, Mircea! —exigió Tomas—. Nadie tiene por qué morir hoy.

—Oh, te puedo asegurar —respondió Mircea, casi gentilmente— que alguno sí

que lo hará.

—¿De qué estás hablando? —grité yo, intentando ponerme de pie, pero Mircea no dejó de sujetarme.

—Parece que Tomas se ha cambiado de bando, *mía stella* —me contestó Rafe a mi espalda, con voz amarga—. ¿Cuánto ha costado tu traición, bastardo?

Tomas le lanzó una sonrisa sarcástica y se le dibujó una expresión extraña en su rostro habitualmente estoico.

—¿De verdad creías que iba a trabajar para seguir manteniendo mis cadenas? ¡Yo debería ser Cónsul! Yo estaría al frente del Senado latinoamericano hoy si no hubiera sido por la interferencia de esa criatura. ¡No dejaré que me sigáis teniendo sujeto a los caprichos de un crío!

—Ah, vale—intervino Billy Joe flotando alrededor de la cabeza de Tomas—. Por eso los magos oscuros han sabido tan rápido dónde estaban las protecciones. Tomas les dijo qué se iban a encontrar. Me *pa'ece* que no le entusiasmaba la idea de seguir sirviendo al francés. —Se detuvo un momento para echar un vistazo por encima de su hombro al sitio por el que habíamos venido—. Vuelvo en un minuto.

—Llegarán pronto —le dijo Tomas a Mircea—. No seas estúpido. Ayúdanos y se te recompensará. ¡Te doy mi palabra!

—¿Por qué habría de fiarse nadie de la palabra de un traidor? —preguntó Rafe con tono insultante.

Yo le habría sugerido que se callase si hubiese pensado que las cosas mejorarían algo así. La expresión de la cara de Tomas me recordó en cierto modo a la de Tony, y no era muy inteligente hacerle frente cuando se ponía así.

—¿Qué planeas hacer con Cassandra? —preguntó Mircea.

Los ojos de Tomas parpadearon en mi dirección.

—Han prometido que sería mía, como parte de mi recompensa. No se le hará daño —contestó él.

Mircea soltó una carcajada despectiva.

—Cassandra puede convertirse en pitia. Menudo premio, Tomas. ¿De verdad crees que tu maestro te dejará quedártela?

—¡Yo no tengo maestro! —vociferó Tomas, y yo sentí que un relámpago de poder impactaba contra los escudos de Mircea, justo encima de mi cabeza. Sus defensas consiguieron aguantar, pero no pude ver cómo lo hicieron. Yo me había quedado aturdida por el ataque fallido y Rafe estaba en el suelo, gritando.

—¡Rafe! Mircea, bájame —le ordené.

Él me ignoró. Me daba la impresión de que tanto él como Tomas se habían olvidado de que pudiese haber alguien más en la habitación.

—Si Rasputín mata a Louis-César fuera de un combate justo, tu bando no ganará nada. Lo sabes, Tomas. ¿Qué estás planeando?

—Rasputín luchará contra Mei Ling, no contra Louis-César. Ganará con facilidad y el resto de senadores tendrá que aceptar su victoria. El francés esquivó nuestro

primer intento, cuando Cassie y yo salvamos a la chica, pero pronto eso no importará.

—¿Cómo? —pregunté yo.

Tenía la sensación de que me estaba perdiendo algo. Mircea, en cambio, parecía entenderlo todo.

—Te confundiste al pensar que estaba maldito. No lo estaba y tú deberías haberlo sabido, has sido su siervo durante un siglo. Debí haberlo entendido entonces. Antes de que tú y Cassie interfirierais en el curso del tiempo, a Louis-César aún no le habían hecho; estaba maldito, ¿verdad? Fue la familia gitana cuya hija murió por él. Fue así como ocurrió originariamente, ¿no?

Tardé un segundo en asimilar todo lo que estaba diciendo.

—Tienes que estar bromeando —le dije. Él me respondió con una mirada de advertencia y yo me callé.

Por lo que parecía, Tomas no se había enterado.

—Ella era su única hija. El rey ordenó su muerte para que a su medio hermano le quedase una huella duradera, pero la familia de ella no lo sabía. Culparon al hombre que creyeron que la había seducido primero y asesinado después cuando dejó de resultarle entretenida. Su abuela era una mujer muy poderosa; y por eso, invadida por el dolor, echó sobre él la maldición del vampirismo.

Rafe había conseguido incorporarse, aunque no tenía buena pinta. Empezó a hablar, pero yo le miré y empecé a menear la cabeza frenéticamente. Lo último que quería yo era que Tomas se acordase de que Rafe seguía en aquella habitación.

Sin embargo, Tomas estaba demasiado enfrascado en su historia como para preocuparse.

—Cuando me di cuenta de que Cassie nos había llevado a una época en la que Louis-César era aún humano —prosiguió Tomas—, supe que me encontraba ante la oportunidad perfecta para liberarme. Creí que, si liberábamos a la chica, la maldición no caería sobre él y él moriría al cabo de una vida humana normal y corriente. Le culpo a él de ser el responsable de causar mucho sufrimiento con su interferencia, pero también entiendo que en gran medida no sabía lo que estaba haciendo. Creí que no sería algo trágico morir como el resto de los hombres, cuando le llegase su hora, pero debí haber sido más firme. No sé qué salió mal, cómo acabó convirtiéndose en vampiro de todas formas, pero no importa —se detuvo y volvió su vista hacia mí—. Me volverás a llevar, Cassie, y esta vez seré más directo. Tienes que ayudarme a poseer su cuerpo para que pueda tener la fuerza suficiente como para matarle.

Yo me quedé mirándole. ¿Qué coño esperaba que dijera yo: «sí, claro, no hay problema»? Empezaba a pensar que estaba tan loco como Rasputín.

Antes de que pudiese articular ninguna réplica, Billy Joe apareció delante de mis narices.

—¡Cassie! Están en la cámara del Senado. Si vas a hacer algo, este sería un buen momento —gritó.

—¿Hacer qué? —pregunté yo—. Necesito tocar a Louis-César para transportarme

en el tiempo. ¡Y no está aquí!

—Bueno, pues estaría bien que se te ocurriera algo. Las protecciones del Senado están cayendo como si las hubiera fabricado un novato y la parafernalia de la cámara de fuera no va a engañar a nadie si ya saben dónde está. Estarán aquí en un minuto.

—¿Por qué debería ayudarte Cassandra? —preguntó Mircea, que mantenía tanto la compostura que parecía que él y Tomas estuvieran tomando el té mientras mantenían una distendida conversación—. ¿Qué puedes ofrecerle a ella que no podamos ofrecerle nosotros?

Tomas posó su mirada en Rafe.

—La vida de su viejo amigo, para empezar —explicó, volviendo los ojos hacia mí—. Yo te garantizo que Raphael estará a salvo, Cassie, si nos ayudas. En caso contrario, Tony ha invocado el derecho a ocuparse de él personalmente por actuar como informador para Mircea. ¿Eres consciente de lo que significaría eso?

—No lo pillo —espeté con sinceridad—. Hemos vivido juntos durante meses. Si ibas a traicionarme, ¿por qué no entonces? ¿Por qué ahora?

—No te he traicionado —repuso con intensidad—. Piénsalo. Mircea casi deja que te maten; ¿por qué le crees? ¿Te mantuvo a salvo? ¿Estaba allí cuando te atacaron? ¡Yo te salvé, no él! Y yo fui quien se dio cuenta de que Rasputín podría ser la respuesta para nosotros dos —me miró suplicante—. ¿No lo ves? En cuanto Louis-César muera, puedo volver a retar a Alejandro, ¡y esta vez le derrotaré! Ahora mismo tengo que emplear muchas de mis fuerzas en resistirme a la voluntad de mi maestro; y eso me debilita demasiado como para hacer lo que hay que hacer. Sin embargo, esa carga desaparecerá en cuanto muera el francés y yo puedo salvar a mi pueblo. Y después, no tendrás que volver a preocuparte de que nadie te pueda hacer daño. Como Cónsul, podré hacer más que simplemente prometerte protección. ¡Podré asegurártela!

—¿Tú te pusiste en contacto con Rasputín? ¿Cuándo? —le interrumpí yo.

—Después de tu primera visión, cuando supe a ciencia cierta lo que podías hacer. Llamé a Tony y le ofrecí entregarte, pero solo a Rasputín. Él prometió no atacarte a cambio de mi ayuda. Como sus planes coincidían con los míos, yo accedí.

—Rafe te dijo que yo iba a ir a por Jimmy y tú se lo dijiste a Tony —proseguí yo, aunque todavía no me lo creía.

Tomas vio en mi expresión el daño que me hacía aquello y por eso se suavizó.

—Tenía que decirle que ibas a ir al Dante, Cassie. Si no había trato y ellos te encontraban antes, podrías haber muerto.

—¡Casi muero porque sabían dónde iba a estar, Tomas! —le recriminé—. Nos tendieron una emboscada.

Él meneó la cabeza.

—Yo estaba allí para garantizar tu seguridad. No estuviste en peligro, era a Louis-César a quien querían. Cuando él desaparezca, Mei Ling no será un problema.

—¡Tomas! —yo quería gritarle para que saliese de su obcecación. ¿Cómo podía

tener alguien medio milenio de vida y ser tan estúpido?—. ¡Rasputín no me necesita! ¿No lo pillas? Él ya tiene a una sibila que hace lo que él quiere que haga. ¡Lo único que quiere de mí es verme muerta!

—Muy perspicaz, señorita Palmer —dijo Pritkin, entrando en la sala empuñando sus armas.

Yo ya me había olvidado de él. Supongo que al resto le ocurría lo mismo. Su mirada seguía clavada en Tomas, pero me hablaba a mí.

—Parece que tendremos que aliarnos... por el momento. Yo me encargaré de retenerle aquí, pero te sugiero que te des prisa. Hay diez caballeros negros ahí fuera. He construido unas cuantas sorpresas sobre las que nadie les habrá informado, pero no les tendrán ocupados mucho tiempo. Estarán aquí en cuestión de minutos.

—¡Nuestras protecciones aguantarán! —exclamó Rafe orgulloso—. El traidor no ha podido revelarles los secretos de las protecciones internas; no las conoce.

Pritkin le lanzó su habitual sonrisa despectiva.

—¡Créete lo que quieras, vampiro, pero nosotros hacemos ejercicios de entrenamiento más difíciles que lo que vosotros llamáis defensas! Si no actúa pronto, la sibila morirá y no habrá nada que pueda evitar que el Senado actual se vea reemplazado por otro aliado de los oscuros. —Sus ojos y sus armas siguieron apuntando firmemente a Tomas, pero de nuevo volvió a hablarme a mí—. Si hay algo que puedas hacer, que sea ahora.

—¡No sé cómo! —protesté, mesándome los cabellos con mi mano, como si quisiera sacar algo de ellos presa de mi frustración, y me topé con algo sólido.

Mis dedos escrutaron la horquilla del pelo que Louis-César me había dado cuando me estaba atendiendo la herida de la mejilla. De algún modo había conseguido no soltarse de allí durante todo aquel tiempo. Me concentré y sentí un ligero hormigueo, una sombra distante de la desorientación que solía preceder a las visiones, pero no era suficiente. La pinza era de Louis-César, había estado en contacto con su cuerpo; así que tenía que haber funcionado del mismo modo que hubiera funcionado tenerle a él allí presente. Sin embargo, o bien yo no era lo suficientemente fuerte como para transportarme con un simple objeto, o bien no hacía mucho que lo tenía y el vínculo era débil. En cualquier caso, necesitaba ayuda.

—¡Billy! Necesito algo que se llama lágrimas de Apolo.

—Estupendo, ¿y eso está en...? —preguntó él.

Miré hacia arriba buscando con mis ojos a Mircea.

—¡Las lágrimas! ¿Qué aspecto tienen y dónde están?

—En el sanctasanctórum, en una pequeña botella de cristal con un tapón azul. Pero si entramos en la cámara, Tomas sabrá cuál es el camino. Estos cuatro vestíbulos son la última barrera. Hay tres falsos que solo conducen a la muerte. Únicamente hay uno que lleva hasta la Cónsul. Si muere, nuestra causa estará perdida.

Billy se había puesto por encima de nosotros mientras hablábamos.

—Sólo hay un pasadizo auténtico, Cass. Los otros son pura ilusión.

Enseguida vuelvo.

—¡Cassie, no lo hagas! —gritó Tomas lanzando una mirada de odio hacia Mircea—. ¡Nunca te dejaré marchar! Si quieres ser libre de verdad, ayúdame.

Al verme menear la cabeza, su rostro se tiñó de desesperación.

—¡Alejandro es un monstruo! —prosiguió—. Le he implorado a Louis-César que me liberase. Le conté las atrocidades que ha cometido Alejandro y las que seguirá haciendo hasta que alguien le detenga, y aun así, se negó.

—No me puedo creer que no te vaya a ayudar. Yo podría intentar...

—¡Cassie! Si no he podido convencerle durante un siglo de ruegos, ¿por qué crees que a ti sí te escucharía? Alejandro tiene algún tipo de poder sobre él. Tiene algo que Louis-César quiere y ha prometido dárselo si consigue tenerme bajo control. He pensado en esto durante años y no hay otra salida. Alejandro tiene que morir y su campeón también.

Mis ojos se zambulleron en la luz refulgente de la mirada de Tomas y pude ver que sentía todas y cada una de las palabras que estaba diciendo. Quizá era verdad que quería ser Cónsul, pero lo que deseaba de verdad era ver al tal Alejandro muerto. Hasta donde yo sabía, quizá el tipo se merecía lo que Tomas quería hacerle. Pero no era yo quien tenía que decidir aquello.

—No voy a intercambiar la vida de una persona por la de otra, Tomas —le expuse yo—. No puedo permitir que asesines a Louis-César. No soy Dios, ni tú tampoco.

Tomas hizo una mueca violenta en dirección a Mircea.

—¿Cómo es posible que no veas que lo único que quiere es utilizarte? ¡Si no tuvieras tus poderes, no significarías nada para él! —bramó.

—¿Y qué significaría para ti si no pudiera ayudarte a conseguir el consulado? —repuse yo.

Tomas sonrió y aquello transformó su rostro, haciendo que pareciera más aniñado y adorable de nuevo. Como mi Tomas.

—Ya sabes lo que siento por ti, Cassie. Yo te daré paz y seguridad. ¿Qué te puede ofrecer él?

Estaba a punto de señalar que no me había respondido a la pregunta, cuando Billy apareció de nuevo de repente, sujetando un pequeño bote con una mano incorpórea.

—Espero que no *t'haga* falta *ná'más*, Cass, porque yo ya estoy en las últimas —dijo, dejando caer las lágrimas en la palma de mi mano. El minúsculo botecito era sorprendentemente pesado.

Destapé el frasco justo al mismo tiempo que Tomas se abalanzaba, no sobre mí como había esperado en parte, sino hacia Rafe. Pritkin abrió fuego, pero el disparo fue repelido por las gruesas protecciones de la cámara y salió rebotado contra él. Sus escudos aguantaron el golpe, pero su pistola acabó hecha una masa retorcida de metal humeante y él salió despedido contra la pared, bruscamente.

—Dame las lágrimas, Cassie —dijo Tomas extendiendo una mano, mientras con la otra sujetaba a Rafe por el cuello—. Mircea no puede protegeros a todos al mismo

tiempo, pero nadie tiene por qué salir herido. Ayúdame y dejaré que se marche.

No tuve que preocuparme por pensar una respuesta. Tomas, una vez más, había subestimado al mago. Supongo que creyó que si las protecciones estaban dejando inutilizadas las armas mágicas y de fuego, Pritkin no podía suponer una amenaza. Descubrió que no era así cuando el mago dio un salto, se sacó un cordón del bolsillo y le rodeó el cuello con él. El garrote podía ser un poco primitivo, pero funcionaba.

Tomas soltó a Rafe y Mircea no perdió el tiempo en empujarle por la entrada por la que había salido Billy. Justo cuando Rafe acababa de pasar por allí, las protecciones de la cámara fallaron y toda una multitud de gente entró en avalancha. Pritkin gritó algo y salió de allí, lanzando a Tomas contra la multitud. Mircea me agarró fuerte y, en un abrir y cerrar de ojos, estábamos en otro vestíbulo, corriendo a toda prisa. Escuché cómo las protecciones del pasadizo se cerraban a nuestra espalda y pude ver lo que lo que estaba pasando en la cámara exterior escudriñando la escena por encima del hombro de Mircea. Tomas yacía desplomado sobre el suelo, con una mano en la garganta, con arcadas. Detrás de él, había varios humanos con las suficientes armas como para decirme con tanta claridad como si se lo hubieran tatuado en la frente que eran magos de la guerra. Vi de pasada a Pritkin y su rostro aparecía distorsionado por el gruñido que estaba soltando según hacía frente a sus oponentes; y acto seguido doblamos una esquina y nos vimos dentro del sanctasanctórum.

Era una habitación pequeña, quizá de diez por doce, con paredes, suelo y techo de piedra desnuda. La única fuente de luz procedía de un par de antorchas, una a cada lado de un armario de metal de aspecto bastante convencional. Verdaderamente parecía estar fuera de lugar, era más bien algo que debería estar en un edificio moderno de oficinas, no en la cripta de una fortaleza de la magia. La Cónsul estaba allí de pie delante de él, tan inmóvil como una estatua de no ser por su traje viviente, sujetando una pequeña bola de plata en la mano.

La puerta del armario estaba abierta y dentro de ella se podían ver estantes llenos de cajas negras.

No perdí tiempo en saludar, me limité a esparcir el contenido de la botella sobre Mircea y sobre mi misma. En cuanto el líquido entró en contacto con mi piel, fue como si hubieran quitado un velo. Podía «ver» todo, cada imagen y cada sensación de aquel otro tiempo, con tanta nitidez como si estuviera pasando las hojas de un libro. Mircea me bajó y yo me agarré a él en cuanto mis pies tocaron el suelo. Las imágenes que pasaban por mi cabeza me hacían ver doble y tenía miedo de caerme.

—Tenemos cinco minutos —musitó la Cónsul tranquilamente, como si estuviera hablando del tiempo.

—Lo sé —repuso Mircea bajando la vista hacia mí—. ¿Puedes hacerlo?

Yo asentí. Estaba en medio de la escena que había deseado. Era perfecto: dos personas completamente a su aire sin que nadie estuviese allí para ver si de repente empezaban a comportarse de manera extraña. Suponía un aliciente especial que una de ellas fuera Louis-César. Me imaginaba que sería mucho más difícil matarle estando allí Mircea.

—Voy a intentar que nos transportemos en un par de cuerpos, porque eso nos va a dar más tiempo. Podemos nutrirnos de ellos igual que hace Billy conmigo. Lo que no sé es si funcionará. Nunca he intentado hacerlo a propósito —miré a Billy Joe, que estaba flotando ansiosamente—. Entra.

—Cassie, escucha, yo... —replicó.

—No hay tiempo, Billy —le interrumpí.

Miré al espíritu al que estaba confiando mi cuerpo, posiblemente de manera permanente, y por un segundo, vi al hombre que podía haber sido de haber estado vivo.

—Si no regreso —le insistí—, haz todo lo que puedas para matar a Tony y liberar a mi padre. Promételo.

No sabía si podía hacerlo, pero Billy era sorprendentemente ingenioso cuando quería. Se me quedó mirando y al final asintió lentamente con la cabeza. Después se volatilizó en una nube de energía brillante y fluyó a través de mi piel como una manta vieja y familiar. Yo le recibí de buena gana, ignoré el fogonazo mental que me

mostraba su última partida de cartas, que debía de haber perdido, y sentí cómo se acomodaba en mi interior. No quedaba nada más que marcharse. Me concentré en la escena que había seleccionado, volví a ver aquella habitación tenuemente iluminada por las velas, noté la brisa fresca que se colaba por la ventana y pude oler los aromas de la leña, las rosas y el sexo. Después la tierra se abrió en dos y empezamos a caer.

La sacudida provocada por el impacto fue como si me hubiera golpeado contra el suelo después de caer por una ventana del segundo piso. Sin embargo, apenas me enteré, teniendo en cuenta la cantidad de sensaciones que fluían por el cuerpo que había tomado prestado. Miré hacia arriba y por un instante vi a Louis-César enmarcado en un halo producido por la luz de una vela, y entonces él se adentró en mi interior. Yo grité sorprendida, pero no de dolor. No dolía, como me había advertido Mircea; era una sensación maravillosa. Observé cómo se retiraba para intentar decir algo, pero justo después se volvía a adosar a mí de nuevo y lo único que yo quería era que fuera más rápido, más fuerte. Mis uñas se clavaban en su espalda, pero no parecía que le importase. Le miré a los ojos y vi que se habían vuelto de un hermoso color ámbar líquido, un color que Louis-César nunca había tenido ni en vida ni muerto.

Resultaba difícil pensar porque mis pensamientos se confundían con los de la mujer cuyo cuerpo había tomado prestado. Intenté centrarme, pero la atención de aquella mujer estaba exclusivamente dedicada a las finas perlas de sudor que se deslizaban por la cara y el cuerpo de Louis-César, así que sus pensamientos acabaron por anular los míos. Alcé una mano y la hundí en sus húmedos rizos caoba hasta su cuello para atraerlo hacia mí. La cadencia no cesó, pero el ángulo cambió ligeramente y los dos gemimos al unísono al sentirlo. Recorrí su cuerpo con mi lengua, saboreándole, y el ansia que tenía hizo que su cara se tensara. Le rodeé la cintura con mis piernas y empujé, metiéndole dentro de mí incluso con más fuerza. Los músculos de mis partes bajas se estrecharon, lo que le arrebató un jadeo ahogado. Yo me llené las manos con su pelo, arrastrando su boca hacia la mía, forzándole para que se doblase aún más. Entonces soltó un grito y, finalmente, acabó perdiendo el ritmo.

Yo me reí en su boca mientras él me asestaba empujones desiguales, como si no tuviese suficiente, como si no pudiese ir todo lo rápido o lo fuerte que quería, para saciar aquella necesidad desbordante. Yo lo comprendía, porque también estaba sintiendo dos oleadas crecientes de deseo, la mía y la de la mujer cuyo cuerpo había invadido. A ella no parecía importarle; en ese momento, lo único que quería era saciarse y en aquello estábamos ambas de acuerdo.

En ese momento me deslicé por debajo de él, provocando que él intentara sujetarme de manera desesperada para que nuestros cuerpos siguieran estando juntos, pero yo continué hasta que conseguí darle la vuelta. Cuando lo logré, sonreí de satisfacción. Se le veía espléndido, allí extendido entre las sábanas pálidas y suaves, con su pelo brillando suntuosamente a la luz de las velas. Debía haber parecido que algo estaba mal, ver el cuerpo de Louis-César con la mirada cómplice de Mircea,

pero la verdad es que no era aquella la sensación que tenía.

—Quiero ponerme arriba.

Él no discutió. Sus manos se movieron hacia arriba por mi cuerpo hasta copar con ellas mis pechos y ambos suspiramos mientras lentamente me volvía a colocar encima de él. Este ángulo me gustaba más: me gustaba verle debajo de mí, aunque aún tenía que esforzarme por no tener aquella extraña doble visión. Era el rostro de Louis-César el que me miraba, repleto de deseo, pero era la sonrisa triunfal de Mircea la que yo veía cuando empezó a moverse de nuevo.

—Te lo dije antes, Cassie —murmuró—, lo que quieras.

Entonces las oleadas de placer nos atraparon a ambos, nos dejaron sin palabras y yo me despreocupé de todo. El universo estalló en un placer perfecto y líquido un minuto después y yo grité su nombre, pero no era mi voz ni era el nombre del cuerpo que estaba debajo de mí.

Cuando el universo se recompuso, yo estaba envuelta en unos brazos cálidos y unas mantas suaves, con la cabeza acomodada sobre un pecho que aún estaba inmerso en un carrusel de ligeros temblores. Una mano me recorría el cabello, acariciándome, y me di cuenta de que estaba llorando. Sus palabras eran una extraña mezcla de francés y rumano, y yo no entendía ninguno de los dos, pero de algún modo conseguían reconfortarme.

—Cassie —oí murmurar en mi oído, un sonido que me devolvía a la realidad, tras el cual dejé que la mujer disfrutara de aquella bruma cálida y maravillosa por sí sola—. Es verdad que puedes hacerlo —me miró intrigado—. ¿Puedes elegir a qué época nos puedes devolver también? ¿Puedes mandarnos al momento anterior del ataque, para darnos tiempo a prepararnos?

Sus palabras me ayudaron a levantar un muro entre la mujer, que se regodeaba en el fulgor dorado de la satisfacción sexual, y yo misma. Miré a la puerta presa del pánico, pero seguía cerrada, sin señal alguna de la mujer mayor, los guardianes, o un psicópata ruso. Parecía que por el momento estábamos a salvo, pero probablemente había gente en camino para matarle incluso mientras estábamos allí tendidos, recuperándonos.

—Mircea, ¡tenemos que salir de aquí! ¡Vendrán aquí primero!

—Cassie, calmante, no hay prisa. La sibila y sus ayudantes saben dónde estará este francés. Como dijiste, estarán aquí enseguida y esperarán que esté despreocupado e inconsciente de lo que se le avecina. Pero, en lugar de eso, estaremos esperándoles —explicó, deslizándose fuera de la cama y caminando hacia el espejo. Se acarició la mejilla de Louis-César con suavidad—. ¡Esto es una maravilla!

Acto seguido, examinó con sorpresa el cuerpo que había tomado prestado. Se volvió hacia mí sin dejar de mirar por encima de su hombro para ver qué pasaba por detrás y yo me quedé sin palabras. Louis-César era simplemente imponente; no había otra palabra para describir aquello. Con el reflejo del fuego a su espalda, su pelo

adquiría un halo rojizo alrededor de su cuerpo, podría haber sido un ángel del Renacimiento que hubiese cobrado vida.

—Ésta es la famosa máscara, ¿verdad? —preguntó Mircea cogiendo un trozo de terciopelo que había ido a parar al espejo y mirándola con curiosidad—. Un pedazo de historia, nada menos.

—¿Me vas a decir ahora quién era —inquirí impacientemente—, o voy a tener que adivinarlo?

Mircea se rió y apartó la máscara.

—La verdad es que no —repuso él, colocándose sin darse cuenta en el borde de una cómoda baja que estaba cerca del espejo.

Yo deseaba que hubiese dicho algo, porque en ese momento la falta de información no me estaba ayudando precisamente a ponerme en situación.

—Estaré encantado de contártelo si te apetece saberlo —prosiguió Mircea—. Su padre era George Villiers, a quien quizá conozcas mejor como el duque inglés de Buckingham. Durante una visita de Estado a Francia, logró seducir a Ana de Austria, la esposa del rey Luis XIII. Luis prefería a los hombres, ya sabes, un hecho que durante años había dejado a la reina frustrada y sin hijos —se quedó pensativo por un momento—. Así que quizá fue ella quien sedujo a Buckingham con la esperanza de conseguir un heredero. En cualquier caso, la cosa le salió bien. Sin embargo, por lo que parece a Luis no le agradaba la idea de tener a un bastardo en el trono, sobre todo teniendo en cuenta que era medio inglés. Ana ya le había puesto a su hijo el nombre del rey, como intentando, supongo, decirle al rey que era mejor tener un heredero bastardo que no tener ninguno; sobre todo si nadie sabía que era bastardo. Sin embargo, aquello no consiguió convencer al rey, así que el primogénito fue enclaustrado.

En ese momento la historia empezó a tomar forma para mí, como si empezase a recordar algún episodio histórico que aprendí hace mucho tiempo, pero no acababa de acordarme por completo de él. En cualquier caso, Mircea no esperó a que acabase de hacerme mis componendas.

—Al final —concluyó Mircea—, la reina tuvo otro hijo, concebido, según dicen muchos, gracias a su asesor, el cardenal Mazarino. Quizá en esta ocasión ella optó por ocultar el engaño, o quizás al rey empezaba a asustarle la idea de no dejar descendencia, pero el caso es que el chico subió al trono con el nombre de Luis XIV. Y la verdad es que no le hacía gracia tener un medio hermano que se parecía enormemente al duque de Buckingham. Aquello podía poner en entredicho la decencia de su madre y levantar dudas sobre su propia ascendencia, y por ende sobre su derecho a regir.

—*¡El hombre de la máscara de hierro!* —salté yo cuando por fin caí en la cuenta—. Leí ese libro de pequeña. Pero no fue así como ocurrió.

Mircea se encogió de hombros.

—Dumas fue un escritor de ficción. Podía decir lo que quisiera y podía escoger

entre una gran cantidad de rumores que circulaban en ese momento. Pero resumiendo, el rey Luis recluyó a Louis-César en una prisión para que pasase allí el resto de sus días, amenazándole con atentar contra sus amigos si no se comportaba con docilidad. Para que quede más claro: le mandó a hacer una excursión por la casa de los horrores más infame de Francia, el castillo puntero en lo que a cazas medievales de brujas se refería, Carcassonne. El rey Luis lo utilizaba como lugar de confinamiento de disidentes, pero, una mañana de 1661, los torturadores y las tropas que se encargaban de mantener el orden fueron hallados muertos, lo que provocó que la mayor fortaleza de la Edad Media fuese abandonada. Así, acabó en ruinas y no fue restaurada hasta doscientos años después.

—Pero ¿no dijo Louis-César que estuvo allí aquel año, en 1661? —pregunté mirando nerviosa a todas partes. Aquello era lo último que me faltaba, que irrumpieran allí un maniaco homicida o un grupo de lugareños enfurecidos con horcas en la mano y dispuestos a aniquilar a todo el mundo.

Mircea no parecía demasiado preocupado.

—Sí, le fueron trasladando por muchas prisiones durante esos años y estuvo preso hasta poco antes de que su hermano falleciese, momento en el que el último de los amigos a los que estaba protegiendo perdió la vida. Entonces se quitó para siempre la máscara que le habían obligado a llevar para que nadie se percatase de su enorme parecido con cierto duque inglés narcisista que había dejado retratos suyos por toda Europa. Louis-César me contó una vez que sus carceleros solo le obligaron a ponerse la máscara de hierro después de que se convirtiera y que incluso entonces sólo le forzaban a hacerlo cuando le trasladaban de una prisión a otra —me sonrió abiertamente—. Era una precaución, ya sabes, para que no se comiera a nadie por el camino.

Yo le lancé una mirada de desagrado porque no era momento para bromas y le arrojé la bata que había utilizado en mi visita anterior.

—Vístete —le espeté—. Tenemos que salir de aquí.

Mircea atrapó la bata en el aire. La posesión no parecía haberle mermado sus reflejos, pero, por si quedaban dudas, aquella exhibición las despejó por completo.

—Ya te lo he dicho, Cassie; te estás dejando llevar por el pánico sin necesidad alguna. Van a venir adonde estamos y una vez que nos deshagamos de ella, salvaremos a mi hermano.

Cerré y abrí los ojos. Deseaba no haber escuchado bien.

—¿Qué quieres decir con deshacernos de ella? ¡La secuestraron, Mircea! Puede que no esté mucho más contenta de formar parte de esto de lo que lo estoy yo —protesté.

Él se encogió de hombros y aquella indiferencia despreocupada me dejó helada.

—Ha ayudado a nuestros enemigos y es responsable indirecta de las muertes de al menos cuatro miembros del Senado —al ver mi expresión, suavizó el gesto de su rostro—. Te has criado como uno de nosotros, pero a menudo lo olvido, no eres un

vampiro —musitó pronunciando la última palabra con acento rumano.

Sonaba mejor así, pero las implicaciones de aquellas palabras me retumbaron como si me hubieran golpeado con un mazo.

—Ella es la clave de todo esto. En cuanto desaparezca, no habrá ninguna manera de que nadie pueda moverse en el tiempo y por ende no habrá más amenazas —explicó Mircea.

Empecé a meterme con esfuerzo en las prendas de aquella mujer, que estaban desperdigadas por todas partes, e intenté pensar una respuesta que tuviese sentido para Mircea. Pensé en los cuatro guardianes del Senado que habían sido asesinados. Por su aspecto, debían de haber estado con la Cónsul cientos de años y debían de haberla servido fielmente; en caso contrario, no se les habría encomendado la labor de proteger la cámara del Senado. Quizá no habían decidido traicionarla, sino que había sido la sibila la que había interferido en su transición; y a eso había que sumar que Rasputín era un maestro poderoso que podría haber sido capaz de obligarles a obedecerle. Parecía improbable que, si hubieran tenido más alternativas, hubiesen optado por suicidarse intentando atacarme ante tal auditorio. Sin embargo, aquel hecho no había valido para salvarles.

La ley de los vampiros era muy simple, si acaso un tanto medieval, y la intención no era para nada igual de importante que en los tribunales humanos. A nadie le importaba por qué se había hecho algo. Si alguien causaba problemas, era culpable y como culpable, tenía que pagar por lo que había cometido. Si uno se veía inmerso en una disputa con otro maestro, su propio maestro podría intervenir para salvarle si era lo suficientemente útil como para embarcarse en una empresa tal, bien a través de un duelo u ofreciendo compensaciones, pero nadie podía hacer nada si la amenaza iba dirigida al Senado. En ese caso, no había una instancia más alta a la que apelar.

Después de un minuto, dejé de intentar entender cómo funcionaba aquel vestido tan complicado y en su lugar me puse a toda prisa una ligera combinación. Era demasiado fina, pero al menos me tapaba. Gateé por debajo de la cama y recuperé los zapatos de la mujer, y después me quedé sentada mirándolos con disgusto. Así que los tacones altos no eran un invento moderno. No me podía creer que las mujeres se hubieran estado calzando esos instrumentos de tortura durante siglos.

—¿Quieres que te ayude, *dulceață*? —inquirió Mircea sujetando un vestido con estampado de pavo real que di por supuesto que había llevado la mujer en algún momento anteriormente—. Hace tiempo que no hago de criada, pero creo recordar cómo se hace.

Yo le miré con los ojos achinados. Seguro que lo había hecho. Después de quinientos años, probablemente Mircea no se podía acordar de todos los tocadores en los que había estado.

—Te olvidas —le respondí yo mientras me ayudaba con aquel vestido engorroso — que aún habrá una manera de moverse en el tiempo, incluso si muere la sibila.

Sus manos se posaban cálidas sobre mis hombros mientras me colocaba el vestido

en su sitio. Primero ajustó el escote, bien abierto, y después con la mano acarició la carne que el vestido dejaba expuesta en esa parte.

—La pitia está mayor y enferma, Cassie. No durará mucho más tiempo —repuso él.

Yo elevé la vista hasta su rostro y comprobé que en él había ternura, pero también implacabilidad. Mircea deseaba arrastrarme hasta su punto de vista, pero en realidad no le importaba demasiado el mío. Ya había decidido cómo se iba a gestionar aquel asunto: encontrar a la sibila, matarla y a casa. Era absolutamente práctico, tanto como frío.

—Pero yo sí —le recordé yo—. ¿O planeas matarme a mí también una vez que salves a Radu?

Mircea abrió enormemente aquellos ojos azules que había tomado prestados, pero no quedaba en ellos nada de la inocencia de Louis-César. Sus manos me rodearon hasta alcanzar el encaje de la espalda de mi vestido.

—Te lo he dicho, *dulceață*, tú eres mía. Lo has sido desde que tenías once años. Y lo serás siempre. Y nadie hace daño a lo que es mío. Tienes mi palabra.

Aquellas palabras me recordaban alarmantemente a las de Tomas. Yo ya sabía, por supuesto, que era así como me veía él. Era el modo en el que cualquier maestro vería a un siervo humano, como una posesión. En mi caso, yo era una posesión útil y, por tanto, de alta valía, pero ahí acababa todo. Aun así, resultaba duro escucharlo decir así de crudo.

—¿Y si no quiero pertenecer a nadie? ¿Qué pasa si quiero decidir por mí misma lo que quiero hacer? —protesté.

Mircea me besó paternalmente la cabeza.

—No puedo mantenerte a salvo si no sé dónde estás —explicó, dándome la vuelta, con el encaje perfectamente colocado y elevando mi mano hasta sus labios. Sus ojos refulgían con más fuerza que las velas de la habitación—. Lo ves, ¿no?

Lo veía, sí. Veía una vida en cautividad a las órdenes de uno de los dos círculos, del Senado o del propio Mircea. Daba igual lo que me dijese sobre el respeto y la influencia que acarrearía mi poder; lo cierto era que nunca se me vería como otra cosa que no fuera un títere al que manejaban a su antojo. Si me convertía en pitia, nunca sería libre. Mierda. Esperaba que el sexo metafísico no contase.

—Sí, por supuesto —musité.

Me senté en la cama mientras él cogía mi pie entre sus manos y deslizaba una de las medias largas de aquella mujer. Dejé que terminara de vestirme, e intenté pensar en alguna manera de salvar a la sibila; porque estaba claro que discutir no iba a evitarlo que le iba a pasar. Tenía que quitar a Mircea de en medio hasta que pudiese dar con ella y descubriese si había hecho aquello de manera voluntaria o no. Si no lo hacía así, el vampiro práctico que tenía junto a mí se limitaría a matarla sin más. Y aunque aquello solucionaría el problema, yo no creía que fuera a ser una solución que mi conciencia pudiera soportar el resto de mis días.

Entonces se me ocurrió algo en el momento en que él me colocó la última liga en su sitio.

—Mircea, tú me dijiste que tu hermano hizo a Louis-César. Esa era la razón por la que lo que Tomas y yo hicimos no cambió nada. En lugar de que la familia de Françoise le maldijese con el vampirismo, Radu le convirtió por el procedimiento habitual, ¿verdad?

—Sí, parecería que nuestro francés tiene un destino que no se puede negar —corroboró Mircea.

—Entonces Rasputín no tiene que ir a por Louis-César directamente, ¿no? Si destruye a Radu, nadie morderá a Louis-César y morirá al cabo de una vida normal y corriente, en lugar de acabar convirtiéndose en un maestro vampiro. A Radu lo tienen que tener inmovilizado en alguna parte porque, si no, no habrían sido capaces de mantenerle aquí. Y asesinar a alguien que está atado e indefenso es algo mucho más fácil para un espíritu que atacar a un hombre libre y pletórico de fuerza, ¿no?

Mircea palideció.

—¡Soy cien veces tonto, Cassie! ¡Ven, rápido! ¡Quizá ya estén allí!

Yo me resistí mientras él intentó que me incorporara.

—Vete delante. Si me equivoco, debo quedarme aquí para cogerles cuando vengan —le rectificué.

—¡Rasputín es un maestro vampiro! ¿Qué podrías hacer tú contra él?

—Es un maestro en nuestro tiempo, pero aquí sólo es un espíritu. Yo tengo un cuerpo, así que seré el fuerte de los dos. Además, yo creo que Radu es un objetivo mucho más probable, ¿no?

Mircea quería seguir discutiendo, pero la preocupación por su hermano desbordó su habitual precaución y se marchó. Yo esperé treinta segundos y después salí detrás de él. Me dirigí hacia el pasillo en el que me había encontrado con el enjambre de fantasmas y, con esfuerzo, me las apañé para sentirles incluso dentro de un cuerpo que no era el mío. No podía verles como sí pude cuando tenía forma espiritual, lo cual resultaba molesto, pero definitivamente ellos sabían que estaba allí. Me quedé de pie en medio de aquel vestíbulo de piedra fría y sentí como se arremolinaban en torno a mí como una neblina fría. Un segundo más tarde, la puerta que daba a la cámara de tortura comenzó a abrirse y yo me metí entre las sombras que revestían las paredes.

—Escondedme —susurré— y yo os ayudaré.

Las sombras me envolvieron como formando una capa invisible, protegiéndome de la mirada aturdida de la mujer mutilada que parecía estar flotando en la entrada. La habían suspendido casi un metro por encima del suelo, pero aunque no los podía ver, sabía quién la había puesto allí. Esperé hasta que su cuerpo flotó escaleras abajo, sujeta en los brazos invisibles de Tomas, y después no pude evitar sobresaltarme al escuchar como una voz perpleja me susurraba al oído.

—En inglés, por favor —le dije impaciente.

Aunque dentro del cuerpo de esa mujer podía entender francés si me concentraba,

aquello requería mucho esfuerzo y yo necesitaba mis fuerzas para otras cosas. Lentamente, Pierre se apareció delante de mí. De ningún modo su forma era tan clara como antes, pero no me sentía con ánimos como para quejarme.

—¿Cómo es que puede sentirnos, *madame*? —preguntó.

Yo me di cuenta que él veía a la mujer a la que yo estaba poseyendo, no a mí misma.

—Es una larga historia y no tenemos tiempo. Lo importante es que ambos queremos venganza y creo saber cómo podemos cobrarla.

Unos minutos más tarde, mi ejército fantasmagórico y yo nos dirigimos hacia a los calabozos de abajo. Yo creía que ya había visto lo peor que Carcassonne podía ofrecer, pero me equivocaba. Estas cámaras hacían que, en comparación, las de los pisos de arriba resultasen más atractivas, al menos para mí. Probablemente a la mayoría de la gente le habría parecido una cámara desierta, simples habitaciones de piedra viejas y húmedas, situadas demasiado por debajo del nivel del agua como para usarlas siquiera como almacén. Sin embargo, para mí las paredes llenas de musgo y el suelo resbaladizo estaban llenas de huellas de fantasmas, vestigios de lo que una vez fueron espíritus poderosos que habían estado rondando por allí durante más siglos de los que podría contar.

Traté de fortalecer mis escudos, pero no pude activarlos por completo; porque, si no, no habría sido capaz de entrar en contacto con mis aliados. Como resultado de eso, un montón de sensaciones me abrumaban por todas partes, pequeños fogonazos de vidas perdidas hace tiempo y de torturas padecidas por aquellos fantasmas. Vi cómo unos soldados romanos azotaban a un chico joven tantas veces como rezaba su condena, a pesar de que ya estaba muerto. Justo detrás de ellos, un cazador de brujas medieval amenazaba a una mujer joven, que se encontraba en avanzado estado de gestación y suplicaba por la vida de su bebé aún no alumbrado. Yo estreché mis defensas un poco más para no ver lo peor de aquellos horrores, pero ocasionalmente se me colaba alguno. Y se posase donde se posase mi mirada luminosa y oscilante, siempre había rastros de fantasmas que cubrían el suelo y las paredes, y tejían en el aire una tela tan densa que caminar por allí era como hacerlo entre una bruma viscosa y verdosa. Aquellos rastros iluminaban las mazmorras de abajo hasta el punto de que opté por dejar la antorcha que había cogido en un hueco del piso superior. No la necesitaba.

Pero lo peor lo habían reservado para el final. Seguí a mis guías hasta una minúscula sala interior y, antes siquiera de abrir la puerta, ya pude escuchar sollozos. En cuanto me acerqué, se interrumpieron abruptamente y el grueso pestillo de la puerta quedó fuera del alcance de mi mano al soltarse con violencia. La puerta se abrió bruscamente y Louis-César se me quedó mirando. Por un minuto, me pregunté si algo se había torcido irremediablemente. La bata se había abierto hasta su ombligo y junto al intenso brocado color rojo cereza, refulgía un color aún más oscuro. Estaba sangrando abundantemente por unas mordeduras en el cuello y en el pecho, y su

rostro estaba pálido. Al reconocirme, se tambaleó y yo apenas pude sujetarle antes de que se golpeará contra el suelo.

Detrás de él se apareció ante mis ojos una figura arrodillada en un charco de oscuridad que, después de unos instantes, pude identificar como una capa con caperuza. Lentamente, levantó su cabeza y vi lo que parecía un esqueleto con barba. La piel, del color del queso suizo enmohecido, cubría los finos huesos de su rostro y tan solo sus ojos de color ámbar encendido le hacían parecer real. Con tales pistas, me decidí a hacer un intento.

—¿Radu? —murmuré.

Una mano huesuda retiró la capucha hacia atrás. Me quedé mirando a aquella cosa que una vez tuvo el sobrenombre de «el Guapo» y me entraron ganas de vomitar. Le tenían bajo control, sí, pero no le habían atado. No necesitaban cuerdas porque le habían restringido su alimento vital hasta casi dejarle muerto. Personalmente no había oído que la privación de sangre pudiera matar a un vampiro, pero aquella cosa acurrucada en el extremo de la sala opuesto al mío no parecía muy viva. Nunca había visto nada igual.

—Eh... estamos aquí para ayudarte. ¿Te lo ha dicho Mircea? —le pregunté.

La criatura acurrucada en la esquina no respondió. Deseaba que Mircea tuviese razón con lo de su locura, aunque empezaba a dudar.

—Probablemente... eh... debemos irnos. ¿Puedes andar? —insistí.

—No puede andar, *dulceață* —irrumpió Mircea con una voz apagada e inexpresiva.

Dicho eso se sentó en el suelo junto a la puerta y su cabeza se venció contra la pared como si no tuviera fuerzas para seguir manteniéndola erguida.

—Le he dado toda la sangre que puedo sin arriesgar la vida de este cuerpo —explicó—, pero no es suficiente. Lleva años muriéndose de hambre, solo ha podido mantener la conciencia cazando ratas de vez en cuando. Pasa semanas enteras sin recibir ninguna visita y cuando vienen, es sólo para atormentarle.

Me obligué a mirar con detenimiento a aquella figura maltratada. Resultaba difícil decirlo con total seguridad viéndole enfundado en aquella capa, pero era probable que hasta yo misma pudiera llevarle en brazos si se diese la necesidad. El cuerpo en el que yo estaba metida era ligero, pero es que él era poco más que hueso y piel. No obstante, la verdad es que prefería una alternativa que no requiriese que le tocara. Solo pensar en esas manos esqueléticas encima de mí, aunque mi cuerpo fuese prestado, bastaba para hacerme sentir escalofríos; por no mencionar que no me gustaba la idea de convertirme en el postre. Radu podría no ser capaz de alimentarse a distancia en su estado actual, pero si se acercaba lo suficiente, no sería ningún problema. No estaba segura de si su tez se había retraído hasta sus dientes porque su cara estaba extraordinariamente demacrada o porque aún tenía hambre, pero el caso es que tenía los colmillos completamente desplegados y no era algo que me agradase,

—¿Y ahora qué? —inquirí.

Mircea irguió la cabeza, respirando grandes bocanadas de aire como si no pudiese llevar suficiente cantidad a sus pulmones.

—Dame unos momentos para que me recupere, *dulceață*, y después le sacaremos juntos de este lugar.

Estaba a punto de concedérselos cuando se hizo evidente que no disponíamos de ese tiempo. En el pasillo que había detrás de nosotros irrumpieron una docena de humanos y una ventisca compuesta de demasiados espíritus como para poder contarlos a todos. Yo ya sabía quiénes eran antes siquiera de que se materializaran. Ningún fantasma, por más recientemente que acabe de morir, tiene tanto poder. Una joven, que rozaba quizá la veintena, fue la primera en aparecer y se puso al frente de la multitud. Tenía una daga fantasma en la mano y parecía como las que salían de mi brazalete. Sus ojos se centraron en mí durante un instante y no me gustó la expresión que tenían en el rostro, pero entonces sus miradas, casi hambrientas, se trasladaron hacia Radu. Una sombra que había a su espalda empujó a la joven mujer hacia delante.

—¡Ese! ¡El de la capa! ¡Mátale, rápido!

Yo me quedé allí de pie, mirándoles boquiabierto durante un segundo. Resultaba desconcertante descubrir que mi desvío había acabado yendo a parar justo al objetivo. Me interpuse entre Radu y la chica, pero ella se limitó a caminar a través de mí. No estaba acostumbrada a que un fantasma fuese capaz de hacer eso sin mi permiso. Inconscientemente, puse una mano para intentar quitármela de encima y entonces mi brazalete decidió que era el momento de empezar la fiesta. Me di la vuelta y al segundo siguiente ella estaba gritando mientras aparecían dos agujeros en el trazo nebuloso de su cuerpo. No sangró, por supuesto, pero le dolía. Estupendo. Al final acabé haciendo daño a la persona a la que quería ayudar.

La presencia oscura que estaba a sus espaldas retrocedió tras una muralla de humanos, que se levantó hacia mí como un ente único. Mis dagas volvieron a funcionar, pero eran demasiados. Tres cayeron ante los golpes fulminantes de los cuchillos, pero la mayoría consiguió atravesarlos. El primero que me alcanzó me sujetó el hombro y mi protección se encendió, lanzándole por toda la sala hasta hacerle estrellarse contra la piedra dura. Me quedé mirándole sorprendida. No estaba en mi cuerpo, así que ¿cómo había podido seguirme mi protección? El mago no me lo pudo decir, porque, tras rebotar en la pared, cayó al suelo y se quedó allí inmóvil.

Otro mago pronunció una palabra que se parecía a la que Pritkin había usado contra el híbrido en el Dante y una cortina de llamas se erigió a mi alrededor. Yo retrocedí antes de darme cuenta de que no me estaba tocando; el fuego se detenía a algo menos de medio metro, tras el trazo dorado del pentáculo que había en el suelo. Mi protección tenía que estar empleando una cantidad ingente de energía para poder detener una palabra de poder, pero lo cierto es que yo no me sentía agotada. No sabía quién o qué la estaba propulsando, pero lo que estaba claro es que no era yo.

A través de las llamas pude ver una silueta alta y oscura que empezaba a moverse

cuidadosamente alrededor de la pared. Estaba intentando colocarse detrás de mí, lo cual no era una muy buena señal. Mircea no se encontraba en ese momento en condiciones de pelear ni siquiera con un crío de dos años, ni mucho menos con el espíritu de un maestro vampiro. Entonces volví la vista al ejército que había detrás de mí y asentí con mi cabeza mirándole a él.

—Es todo vuestro —grité.

Acto seguido, una tormenta de sombras cayó sobre el fantasma como si fuera un enjambre de abejas y él acabó desapareciendo de nuestra vista en medio de un grito ahogado. Quizá no podían hacer nada contra los humanos, pero con los espíritus la cosa cambiaba. Unos segundos después, volvieron a formar filas a mis espaldas, aunque el espectro del enemigo no se podía ver por ninguna parte.

—Se lo han comido —le aclaré a la alta figura que permanecía de pie detrás de los magos, rodeados por sus espíritus. Rasputín se había quedado sin héroes. Genial, y muy valiente además.

—Marchaos o les seguiré dando comida —amenacé.

—No se pueden alimentar de humanos, sibila —repuso él, haciéndose eco de mis pensamientos.

En cuanto dijo eso, se movió ligeramente y pude capturar la imagen de un rostro pálido rodeado de un cabello negro y graso. No había nada de belleza en él, pero sus ojos sí desprendían un extraño hipnotismo.

—Ni siquiera tú puedes vencer a una docena de magos del Círculo Negro —prosiguió—. Entréganos al vampiro. No queremos hacerte daño.

La voz, profunda, tenía también un acento muy marcado, pero era extrañamente reconfortante. Sus poderes vampiros se debilitaban cuando no estaba en su cuerpo, pero no desaparecían de golpe. Estaba tratando de ejercer su influencia sobre mí y funcionaba. De repente, su postura me parecía muy lógica. ¿Por qué morir en este sitio, a cientos de años y miles de kilómetros de cualquier cosa que me pudiera resultar familiar? ¿Por qué dar mi vida por alguien que ni siquiera conocía y que, en cualquier caso, estaría mejor muerto por la vía rápida que vivo y condenado a sufrir siglos de tormento? Parecía incluso un gesto de humanidad dejarles pasar para que Radu muriese. Rasputín lo haría rápido y entonces yo podría... Literalmente me di un bofetón a mí misma. Me dolió, pero el dolor me aclaró las ideas. ¡Joder! Incluso en forma espiritual había conseguido meterse dentro de mí.

—¿Doce magos? —miré al cuerpo del mago que estaba junto a la pared y que no había movido ni un músculo. El cuello le colgaba en un ángulo que dejaba entrever que probablemente no volvería a moverlo otra vez.

Mis cuchillos habían ensartado a otros tres magos y habían vuelto a planear a mi lado, uno en cada parte de mi cabeza. Ninguno de los tres magos que estaban en el suelo parecían muertos y sus compinches debían pensar lo mismo, porque les estaban arrastrando hacia las escaleras en lugar de dejarles donde habían caído. Sin embargo, tampoco tenían pinta de volver a la pelea.

—Yo sólo veo ocho activos, Rasputín. Pregúntale a tus amigos quién quiere ser el siguiente en morir —continué desafiándole.

Él ni se inmutó. Quizá no le gustaba cómo pintaba la cosa, o tal vez sus amigos no lo eran tanto cuando se trataba de dar sus vidas por él. En cualquier caso, su cuerpo espiritual se abalanzó hacia mí adoptando una forma de nube brillante y llegando justo hasta el borde de mi protección, tras lo cual mi grupo se lanzó al ataque.

—¡No hagáis daño a la chica! —bramé, mientras miles de espíritus me adelantaban a toda pastilla en una oleada centelleante de color y sombras. Por todas partes caían chispas blancas verdosas mientras los espíritus de Carcassonne comenzaban a destrozar a sus enemigos, secando hasta la última gota de vida que quedaba en ellos. Tenía la sensación de que muchos cuerpos vampiros no iban a levantarse después de esa noche.

Cuando la pirotecnia cesó sobre nuestras cabezas, me incliné para ayudar a la aturdida sibila. Parecía pálida y asustada, pero al menos estaba viva. Sus grandes ojos grises me miraban desde una cara pequeña y ovalada flanqueada por un pelo lacio y rubio.

—No te preocupes —le dije, aunque aquello sonaba bastante extraño en aquellas circunstancias—. No permitiré que te haga daño. Tenemos que...

Nunca llegué a acabar la frase porque, de repente, todo se quedó congelado. Miré a mi alrededor atemorizada, preguntándome a qué nuevo truco tendría que enfrentarme, y entonces me di cuenta de que el cuchillo seguía aún en manos de la sibila. Estaba como a un milímetro de mi pecho. Me quedé mirándolo incrédula. ¡La muy puta había estado a punto de apuñalarme! Y, a juzgar por el ángulo, habría ido directa al corazón. Vale, no era mi cuerpo, pero creí que sería más elegante por mi parte devolverlo sin muchos agujeros.

Además, tampoco sabía qué pasaría conmigo si la mujer moría. Ni siquiera Billy lo sabía. Quizás habría sobrevivido, quizá no, pero lo que estaba claro es que en ese estado no les habría servido de mucha ayuda a Radu ni a Louis-César. Por no mencionar lo que suponía añadir una muerte más a mi conciencia.

—Veo que recibiste mi mensaje —dijo una voz que atravesó la habitación, con la claridad metálica de las campanas que repican.

Miré hacia arriba y vi a una chica bajita y bien formada de pelo largo, oscuro y rizado que le caía por la espalda casi hasta las rodillas. Se abrió paso entre los fantasmas flotantes, algunos de los cuales estaban congelados, con las mandíbulas bien abiertas, haciendo esfuerzos por tragarse a otros fantasmas. Nadie se movía, nadie respiraba. Era como si me hubiese colado en una fotografía, salvo porque dos de nosotros seguíamos estando activos.

—¿Cómo? —pregunté yo zafándome de la sibila y de su cuchillo, lo cual también me permitió retroceder ante el avance de quienquiera que fuese la recién llegada.

—El de tu ordenador —prosiguió la mujer—. En tu despacho. Aquello fue

inteligente, ¿no crees?

La mujer echó un vistazo en dirección a Louis-César, pero no hizo ningún movimiento para acercarse a él. Sus grandes ojos azules se volvieron hacia mí y su pequeño rostro dulce adquirió de pronto un matiz ligeramente malhumorado.

—¿Y bien? ¿No me merezco al menos un agradecimiento por salvarte la vida? El obituario era real, ¿sabes? Si no te hubieras marchado del despacho cuando lo hiciste, los hombres de Rasputín te habrían encontrado. Te las habrías apañado para dejarlos atrás, pero un par de calles más abajo te habrías encontrado con los vampiros enviados por ese tal Antonio y te habrían disparado. Yo fui quien te mandé el óbito por adelantado para avisarte.

Inteligente, ¿verdad?

—¿Quién eres? —pregunté.

Yo ya me había dado cuenta de quién era justo en el momento en el que se lo pregunté, pero quería oírsele decir. Ella sonrió y sus hoyuelos eran tan grandes como los de Louis-César.

—Me llamo Agnes, aunque nadie usa ya ese nombre. A veces creo que ni siquiera se acuerdan de que me llamo así.

—Eres la pitia —apunté yo.

—Acertaste.

—Pero... pero pareces más joven que yo. Me dijeron que estabas en tu lecho de muerte, que eras realmente vieja.

Ella se encogió ligeramente de hombros. Aquello me permitió ver lo que llevaba puesto: un vestido largo y de cuello alto que se parecía mucho a los que Eugenie ordenaba hacer para mí. Parecía algo sacado de una tarde de té allá por el 1880.

—Acertaste de nuevo, me temo. Es bastante posible que este viaje sea lo último que haga. Mi poder lleva un tiempo marchitándose y cuatrocientos años son muchos años para un viaje —comentó, aunque no parecía demasiado afectada por su inminente deceso—. De todos modos, en poco tiempo tú también aprenderás a manipular tu espíritu para que adquiriera el aspecto que desees. Yo prefiero recordarme como era. En los últimos años, he pasado más tiempo fuera de esa mole vieja y arrugada que dentro —explicó, doblando sus dedos—. La artritis, ya sabes.

Yo me quedé mirándola. En cierto modo yo esperaba que la pitia fuera más, cómo decirlo, majestuosa.

—¿Qué haces aquí? —le pregunté.

Agnes se rió.

—Resolver un problema, ¿qué si no? —respondió ella, inclinándose para ver la cara distorsionada de la mujer que estaba a punto de clavarme una daga. Yo me había movido, pero la sibila no; así que su cara todavía seguía congelada en escorzo y el cuchillo seguía inmóvil a mitad de trayecto.

—Me he tirado veinte años preparando a esta. Viéndola nadie lo diría, ¿verdad? Veinte años y mira lo que he tenido que hacer —dijo, meneando la cabeza—. Estoy

aquí porque este embrollo es en parte culpa mía. Yo escogí a tu madre como aprendiz. La preparé durante casi una década, la quería como a una hija. Y cuando empezó a verse con cierta frecuencia con tu padre, yo se lo prohibí y me dije a mí misma que le estaba haciendo un favor. ¡Él era un miembro de la mafia vampira, por el amor de Dios! No le llegaba ni a la suela de los zapatos a mi preciosa creación.

—No lo entiendo —dije yo.

—¡Podía haber ido a buscarla! —saltó mientras sus grandes ojos azules se empañaban de lágrimas cristalinas y brillantes—. Me dije a mí misma que si ella no se preocupaba por la llamada, si era capaz de tirarlo todo por la borda tan fácilmente, es que no la necesitaba. Podía empezar de cero, podía escoger a otra aprendiz, crear una nueva estrella brillante... lo único, por supuesto, que no pude. Yo era demasiado orgullosa como para admitir que no había sido mi tutela lo que había convertido a Lizzy en lo que era, sino su propio talento innato. No fui a por ella y ese jefe vampiro de tu padre se la cargó para llegar hasta ti.

Agnes se cubrió la cara y sollozó. Yo me quedé allí de pie, sin decir nada. ¿Qué esperaba, que le mostrase mis condolencias? Tampoco era que quisiera hacer leña del árbol caído ahora que estaba de bajón, sobre todo si realmente estaba en su lecho de muerte, pero lo cierto es que no me sentía tampoco con ganas de reconfortar a nadie. Así pues, opté por cruzarme de brazos y esperar a ver qué pasaba.

—La compasión no es lo tuyo, ¿verdad? —me preguntó después de un minuto, mirándome a través de sus dedos.

Acto seguido bajó las manos y me miró con curiosidad. Yo me encogí de hombros. Teniendo en cuenta dónde me había criado, ¿qué coño se esperaba?

Entonces ella suspiró y dejó de montar el número.

—Vale, me había equivocado. Culpa mía. No obstante, tenemos que dejar claras algunas cosas. No te puedo preparar adecuadamente porque no tengo tiempo, pero es bastante obvio que no se puede permitir que el poder vaya a parar a Myra. Ella se ha metido en esto o bien voluntariamente o bien coaccionada. Si es lo primero, es mala; si es lo segundo, es débil. En cualquier caso, se ha quedado fuera de la carrera.

Yo me quedé mirando al cuchillo largo y afilado de la mano de la sibila y a la expresión de sus ojos. Si hubiera tenido que apostar, habría dicho que voluntariamente. Su expresión era un tanto enfadada como para que se encontrase bajo algún tipo de control mental. Empezaba a abonarme a la teoría de Mircea.

—Vale, de acuerdo. Es una sibila mala. ¿Quieres llevártela contigo para leerle la cartilla? Adelante, hazlo.

—Eso no es exactamente lo planeado —repuso ella.

Yo no estaba de humor para hacer veinte preguntas.

—¿Quieres llegar a algún sitio? Es que estoy algo ocupada, la verdad.

—Por supuesto —dijo Agnes alzando las manos—; por favor, perdóname por darte la tabarra. Se supone que este es un momento especial, ya sabes. Sólo intento darle un aire de ceremonia.

De repente aquello me pareció un mal presagio.

—¿Qué momento especial?

Ella me lanzó una mirada desprovista de la alegría anterior.

—El poder te ha seleccionado a ti. Lo has conseguido; eres pitia —espetó, haciendo un gesto—. Enhorabuena y todo eso.

Yo llegué a la conclusión de que a la mujer le faltaban unos cuantos tornillos.

—¡No me puedes soltar algo así de esa manera! ¿Y si no quiero?

—¿Y no querrías por...? —inquirió encogiéndose ligeramente de hombros.

Yo me quedé mirándola. Su descaro era increíble.

—Olvídalo, señorita. Búscate a otra vidente.

Agnes se llevó sus pequeños puños a las caderas, estrechas, y se me quedó mirando.

—Cuanto más hablo contigo, más convencida estoy de que serás o la mejor de todas nosotras, o la peor con diferencia. Si me quedara alguna alternativa, créeme, optaría por ella. Pero el caso es que no tengo ninguna otra. El poder quiere ir contigo. Haz caso a mis consejos y facilita la transición. Cuanto más te resistas, más problemas te dará.

—Y un cuerno —gracias a Dios tenía un as en la manga—. Tu poder no puede ir a una virgen. Y técnicamente, aún soy pura e inmaculada.

Ella se me quedó mirando durante un segundo, aparentemente sin poder articular palabra. Entonces le dio la risa floja hasta que, finalmente, logró recomponerse y pudo decir algo.

—¿Y eso quien lo dice? ¡No me digas que has estado escuchando a los magos! ¡Por favor!

—Espera un minuto. Los vampiros también lo creen. En realidad todo el mundo lo cree.

Agnes meneó la cabeza e intentó reprimir la carcajada.

—Dios, sí que eres inocente. ¿Quién te crees que les contó eso? Una de las antiguas pitias se cansó del código que decía que una sacerdotisa tenía que ser «pura e inmaculada», según tú misma decías. Por eso les dijo a los sacerdotes de Delfos que había tenido una visión. Según ella, el poder sería mucho más fuerte si iba a parar a una mujer experta. Ellos se tragaron la historia y ella consiguió al amante que quería. Sin embargo, en realidad no hay gran diferencia. Bueno, en lo que se refiere a obtener el poder, al menos.

—¿Qué quiere decir eso? —le interrogué.

Ella se volvió a reír e hizo una pequeña pirueta alrededor de la sala, pasando a través de un par de magos por el camino. Los magos se estremecieron ligeramente, pero no se despertaron.

—Significa que te sugiero que completes el ritual lo antes posible si esperas ser tú quien controle el don en lugar de que suceda a la inversa —sonrió abiertamente—. Y yo no estoy precisamente equipada para ayudarte si eso sucede.

Agnes se dio cuenta de que yo seguía con los brazos cruzados y una expresión de terquedad y se detuvo. Me dio la impresión, por el modo en el que fruncía ligeramente el ceño, de que no estaba acostumbrada a que cuestionaran sus dictados.

—Estupendo, hazlo como tú quieras, pero si dejas el ritual a medias, no solo tendrás un control imperfecto, sino que los magos te considerarán sólo heredera. La pitia no puede ser depuesta, pero la heredera sí. Tu posición es vulnerable mientras no acabes esto —explicó, mirándome de arriba abajo y elevando delicadamente la ceja—. Me resulta difícil creer que tengamos que tener esta conversación.

Yo estaba molesta de cojones, sobre todo cuando empezó a bailar de nuevo.

—A ver, ¿cuántas veces te lo tengo que decir? No, gracias, no quiero el trabajo.

—Perfecto. Entonces al menos seguiré pensando que no estás loca —dijo, deteniendo su escorzo de pequeña bailarina tan abruptamente que las faldas se le arremolinaron entre las piernas—. Yo tampoco lo quería, ¿sabes? Imagínate, ahí, en medio de todas las sibilas de mi generación... ya me habría gustado que no me hubieran cogido a mí. Es un gran honor, pero también es una carga muy pesada. Además, tienes que aguantar al Círculo Plateado y, créeme, no es exactamente la idea que uno tiene de pasárselo bien.

Su expresión se volvió sombría de repente y prosiguió.

—Pero hasta eso merece la pena, Cassie, siento decirlo así. No ha habido ninguna pitia desde la primera que haya ocupado el cargo sin ninguna preparación previa. No obstante, con tus capacidades, es muy probable que seas capaz de reescribir el libro de normas de todos modos. Por ejemplo, ¿sabes que ahora mismo estás habitando en la misma época dos veces? Ahora mismo tu espíritu intenta huir de aquí por todos los medios junto a la chica a la que rescataste, escabulléndose por las calles de ahí fuera, mientras estás aquí dentro hablando conmigo. Yo no puedo hacer eso. Además, la mayoría de nuestros adeptos tardan años en aprender lo que tú has sido capaz de enseñarte a ti misma en unos pocos días tan solo. ¡Llévate a otro espíritu contigo! Es impresionante.

Yo tenía ganas de gritar.

—¿Quieres dejar de hablar y escucharme? ¡Yo-no-soy-la-pitia!

Entonces ella atravesó la sala rápidamente para llegar hasta donde estaba yo y me besó en la mejilla.

—Ahora sí —musitó, y acto seguido desapareció.

En ese mismo instante sentí un golpe tremendo, como si me hubiera pasado por encima un camión de mercancías. No puedo describirlo ni siquiera cercanamente, así que no me molestaré en intentarlo. Lo más parecido que había sentido nunca fue cuando estuve metida en el cuerpo de Tomas y sus sentidos hiperdesarrollados me distrajeran de una manera extraordinariamente saturante. Lo único, que los sentidos que se vieron aguzados en esta ocasión no fueron el gusto o la vista; sino esa conciencia de otros mundos, distintos al nuestro, pero intercalados con él, que siempre había tenido en pequeñas dosis cuando hablaba con fantasmas. Ahora la tenía

en grandes dosis, y las imágenes y sonidos que me rodeaban me distraían tanto que ni siquiera me enteré de que el tiempo había dejado de estar paralizado. Quiero decir, no me enteré hasta que alguien me pegó una puñalada en el pie.

Yo miré hacia abajo y pude ver que aquella sibila maligna había logrado alcanzarme, aunque no en la manera que había planeado. Con todo, aún dolía un montón y la sangre empezó a manar a través del satén de mis zapatitos de tacón, lo que provocó que el tejido se volviese de un color morado oscuro.

Entonces, miré hacia arriba en dirección al ejército que batallaba sobre mi cabeza.

—Está bien, he cambiado de idea. Coméosla.

En ese instante un grupo de fantasmas se salió de la nube principal y cayó en picado hacia ella, pero Rasputín se movió con la rapidez de un vampiro y se les adelantó. La cogió por la cadera y desaparecieron, junto con los pocos vampiros de su tropa que habían sobrevivido al ataque fantasma. Los magos vieron que su aliado escapaba y le siguieron inmediatamente. Mis pequeños cuchillos se sobreexcitaron y les dieron caza más allá de la puerta e incluso ya en las escaleras, y yo opté por dejarles trabajar. Cargarse a unos cuantos magos oscuros más podría alterar el curso del tiempo, pero en ese momento estaba demasiado cansada y harta como para preocuparme.

Me senté y me quité el zapatito. ¡Joder! Esa puta loca casi me había cortado un dedo. Mircea me dio un pañuelo que había sacado del bolsillo de su bata y yo me vendé la herida lo mejor que supe. La verdad es que no creía que la mujer en cuyo cuerpo estaba metida fuera a perder el dedo, a no ser que se infectara. No obstante, teniendo en cuenta el estado de la mazmorra, aquello parecía, cuanto menos, posible. Estupendo.

Yo miré hacia arriba y vi a mi ejército fantasmal planeando sobre mí, con una mirada exigente que no precisaba articular palabras. Yo sabía lo que querían y no tenía sentido intentar convencerles de lo contrario. La energía que habían obtenido de los vampiros de Rasputín podría servirles de sustento durante años, pero ¿quién deseaba una existencia en un lugar como ese? A ellos sólo les interesaba una cosa y yo se la había prometido, pero iba a haber unas cuantas condiciones.

—Nada de ciudadanos ni inocentes —les dije, y enseguida obtuve un espeluznante asentimiento colectivo de cabeza a modo de respuesta. Suspiré—. Está bien, entonces, el resto es vuestro.

Inmediatamente se formó un remolino de espíritus que parecía una ventisca multicolor alrededor de mi cabeza. Era tan densa que manchó toda la habitación por un instante y estaba tan llena de rabia contenida que sus lamentos colectivos sonaron como un tren de mercancías. En un abrir y cerrar de ojos, desaparecieron. No intenté seguirles con mis sentidos; aquella era la parte que prefería no ver.

Me quité las manos de los oídos y vi que Mircea me estaba mirando con ojos cautelosos. Yo suspiré. No quería tener esta conversación; lo deseaba menos que volver a enfrentarme a Rasputín. Pero no quedaba más remedio.

—Creo que lo hemos conseguido —le dije—. ¿Le has explicado las cosas a Radu?

Mircea asintió lentamente.

—Sí. Ha aceptado traer a Louis-César y dejarle que siga su progresión en solitario como ocurrió anteriormente. Radu escapará, pero evitará entrar en contacto con nadie durante un siglo, hasta el momento en el que le yo le rescataré de la Bastilla. Incluso después de eso, tratará de pasar lo más desapercibido posible. ¿Será suficiente?

Me quedé pensándolo un minuto. No era perfecto, pero aparte de dejarlo metido en una habitación durante tres siglos y medio, no veía muchas más alternativas. Y en cierto modo tenía dudas de que Mircea aceptara algo así.

—Pse, debería valer, siempre y cuando no haga ningún vampiro hasta llegar a nuestros días. De algún modo, Rasputín ya está creando vampiros no registrados y no nos viene bien que sean dos los que lo hagan. Ah, y cuéntale a Radu lo de Françoise. Me da la sensación de que alguno de los magos puede intentar recuperar parte de sus pérdidas con ella esta noche.

Buena prueba de que Mircea estaba muy cerca del límite fue que ni siquiera me preguntó qué quería decir.

—Como deseas —se limitó a responder.

—¿Qué puedes ver tú? —le interrogué, gesticulando vivamente.

—Muy poco, pero, dado que seguimos vivos, me da la impresión de que hemos ganado.

—No exactamente —repuse yo.

Entonces le expliqué brevemente a Mircea la situación, incluyendo lo de mi ascenso. A fin de cuentas, cuando volviera y se diera cuenta de que Agnes estaba muerta, se enteraría de todos modos.

—Tienes que contarle al Senado que Rasputín logró huir y que la sibila se fue con él. No sé si seguirá teniendo el poder que había cogido prestado, pero es posible que sea así —le expliqué.

Teniendo en cuenta lo que había hecho Myra después de que yo acabase de hablar con la pitia, parecía probable que siguiera teniendo poderes. Quizá se fueran difuminando con el paso del tiempo, pero no había forma de saberlo con seguridad. Lo cual me dejaba ante un gran problema. Cuando se recuperase de mi pequeño ataque con cuchillos, podría hacerme a mí lo que había estado intentando hacerle a Louis-César. Las posibilidades eran infinitas, incluso podía matarme siendo yo niña o atacar a mis padres antes siquiera de que me concibieran, asegurándose así, por ende, que yo no naciera. Lo único bueno para mí era que la mayor parte de mi vida la había pasado en la fortaleza de Tony, protegida hasta los dientes como si fuera el equivalente vampiro a Fort Knox, o escondiéndome; así que no iba a ser un objetivo fácil. Sin embargo, algo me decía que a Rasputín le gustaban los retos.

Mircea se quedó callado un buen rato. Cuando le dio por hablar, parecía tan cansado como yo misma.

—Se lo puedes decir tú misma —me dijo.

—No, no creo que pueda —sonreí yo.

Él empezó a decir algo, pero yo le puse un dedo sobre los labios. De una cosa, al menos, sí que estaba segura.

—No voy a volver allí, Mircea. Ya fue bastante mal la primera vez, pero ahora todo el mundo se estará peleando por mí: el Senado, los dos círculos, quizá Tomas... No. ¿Qué clase de vida sería esa?

Mircea me cogió la mano, la posó sobre la suya y empezó a besarme los dedos cuidadosamente. Sus ojos estaban cansados, pero aún hermosos al fundirse con los míos. Aquel brillante ámbar canela se superpuso completamente sobre el azul de Louis-César. Me daba la sensación de que nunca volvería a ver otros ojos tan impresionantes, ni tan tristes.

—No puedes huir toda la vida, Cassie —replicó él.

—Ya me he escondido más veces. Lo puedo hacer de nuevo.

—Las otras veces te acabaron encontrando —repuso Mircea estrechando mi mano todo lo fuerte que pudo y, por un instante, yo le dejé. Podría pasar mucho tiempo antes de que pudiera tocar a otra persona y no digamos a alguien que me importase.

—Sólo Marlowe y tú pudisteis dar conmigo —le respondí con calma—. Dile que se coja unas vacaciones. Le van a hacer falta para recuperarse del ataque. Cógelas tú también.

Mircea meneó su cabeza, como yo sabía que lo haría. Ni siquiera en ese momento me mentiría. Para ser un vampiro, la verdad es que era todo un partidazo. Yo hundí mi mano entre su cabello y deseé que por un momento fuese sus propios mechones lisos y oscuros en lugar de los rizos bronceados del francés. Resultaba en cierto modo difícil hacerse a la idea de que quizá no volvería a tocarle nunca más, que no volvería a tenerle en mis brazos nunca más. Pero el precio era demasiado alto. Tenerle cerca conllevaba demasiadas cosas.

—Te encontraré, Cassie. Sólo rezo para que lo consiga antes de que te encuentren los círculos. Los dos irán detrás de ti, puedes estar segura de ello. No les subestimes —me advirtió.

—No lo haré —respondí yo. Me intenté levantar, pero él me sujetó la mano.

—¡Cassie, quédate conmigo! Yo te mantendré a salvo; ¡lo juro!

Entonces le hice la misma pregunta que le había hecho a Tomas. Sólo que esta vez sí hubo respuesta.

—¿Me querrías igual, incluso si no fuera pitia? —le pregunté.

Él me llevó la mano hasta su boca. Sus labios estaban fríos.

—Empiezo a pensar que preferiría que no lo fueras —respondió él.

Yo miré a mi alrededor y vi el cuerpo del mago caído, las paredes viscosas y toda esa habitación repleta de desesperanza. Después, lo sujeté con más intensidad.

—Yo lo preferiría, seguro —le dije, y me marché.



KAREN CHANCE nació en Orlando, Florida y ha vivido en Francia, Gran Bretaña, Hong Kong y Nueva Orleans, donde ha ejercido la enseñanza como profesora de historia. Actualmente vive en DeLand, Florida.

Hasta que un buen día se planteó dedicarse a la novela romántica y de aventuras hasta que consiguió que publicaran la primera entrega de una serie paranormal en donde sumergió a los lectores en un fascinante mundo lleno de vampiros.

Con sus libros ha conquistado a los lectores de habla inglesa permaneciendo durante muchas semanas en las lista de los libros más vendidos en el *New York Times* y el *USA Today*.